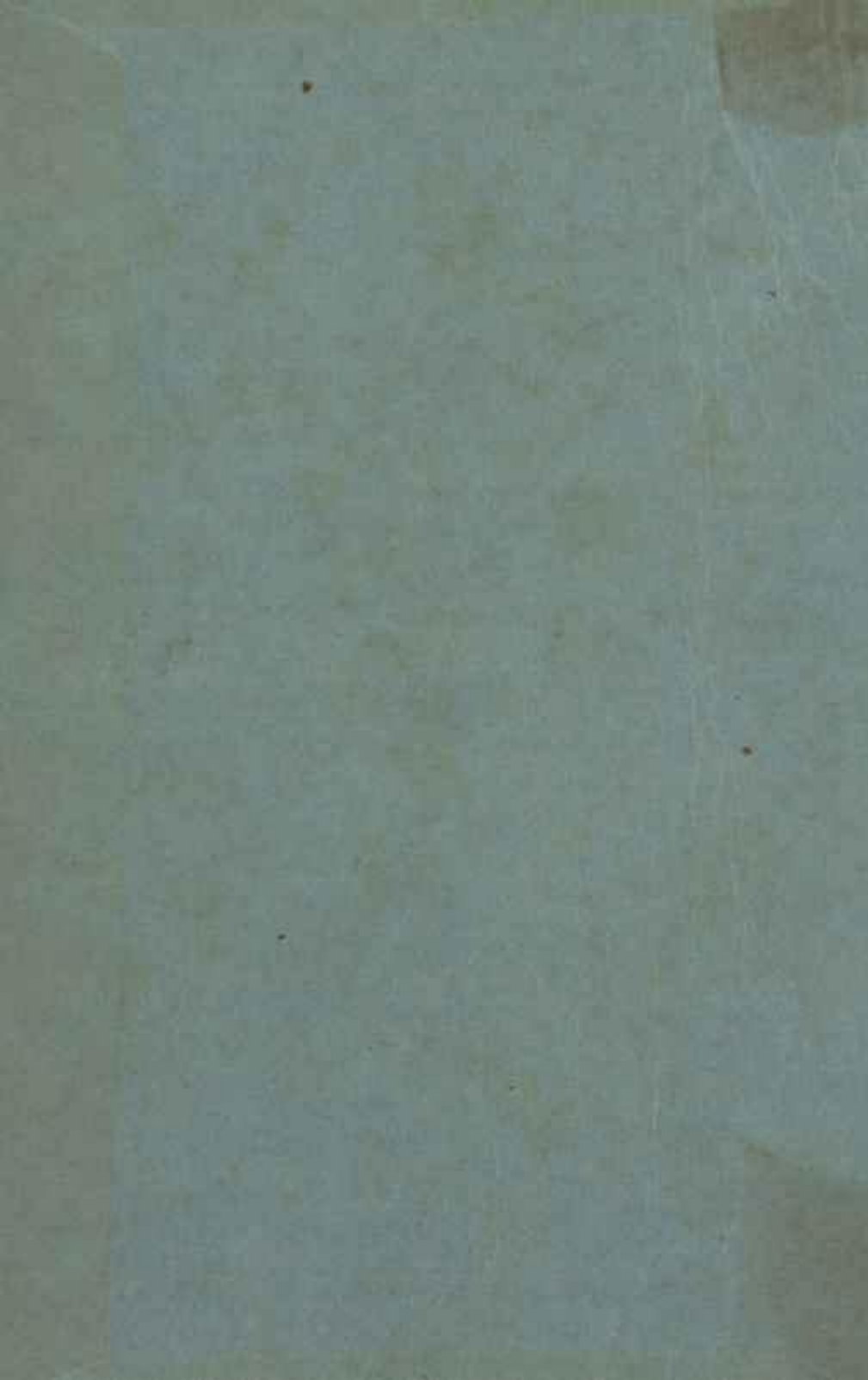
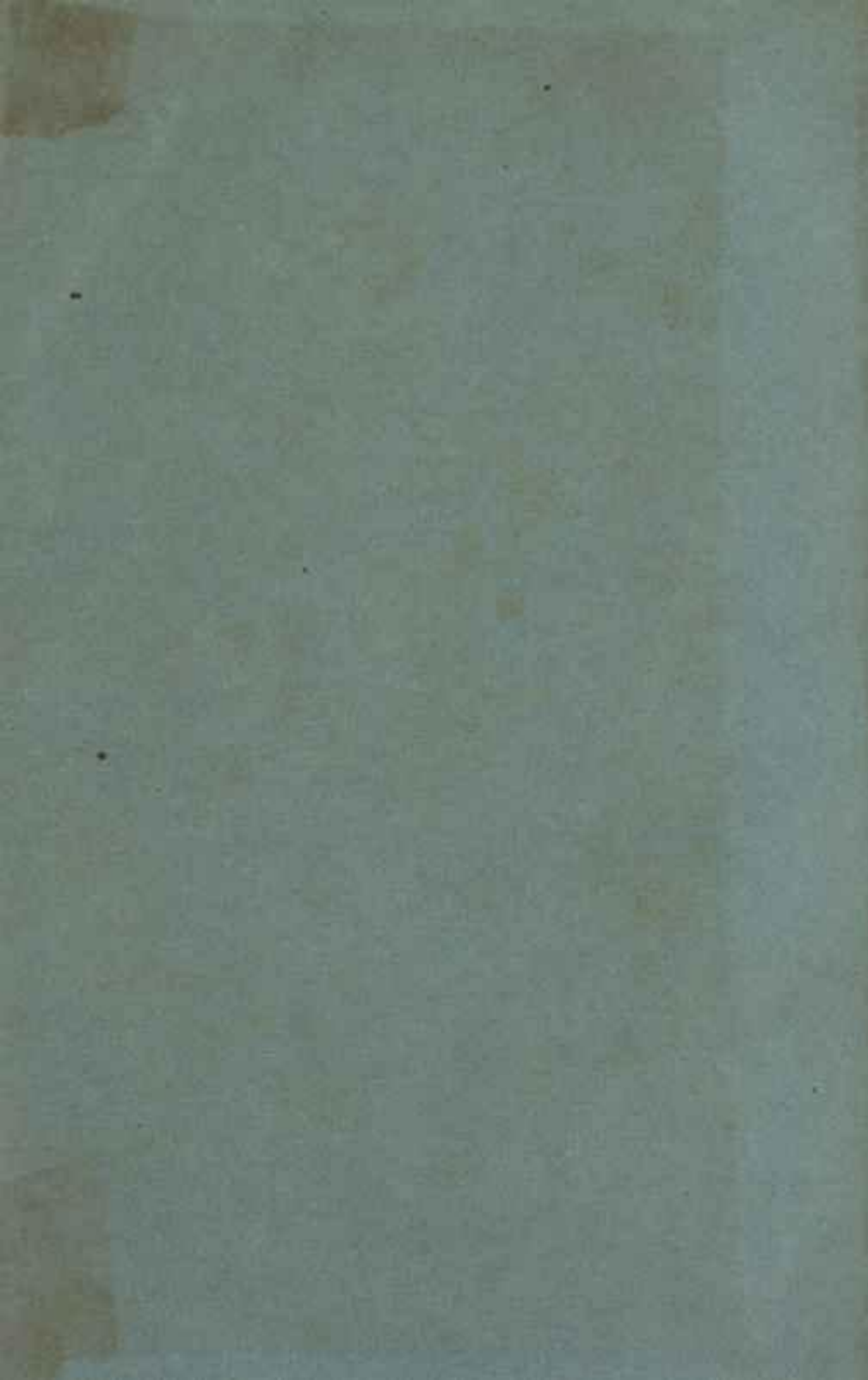










REVISTA DE ANDALUCIA

REVISTA
DE
ANDALUCIA

SEXTA SERIE—TOMO XV

ANEXO AL VOLUMEN

IMPRESA EN MADRID
EN LA REVISTA DE ANDALUCIA
EN LA REVISTA DE ANDALUCIA

REVISTA DE ANDALUCIA

SEXTO AÑO.—TOMO XV

DIRECTOR
ANTONIO LUIS CARRION



MALAGA
IMPRENTA DE LAS NOTICIAS
Y DE LA REVISTA DE ANDALUCIA

Calle del Cister, núm. 9

1879

1847

THE GEOGRAPHICAL MAGAZINE

A MONTHLY JOURNAL

OF

The purpose of this Journal is to afford a medium for the communication of original and interesting facts and observations in the various branches of Geography, History, and Natural History. It is intended to be a repository for the most valuable and authentic information on these subjects, and to be a source of instruction and amusement to the general reader. The Journal is published monthly, and is sold by subscription only. The price of the Journal is £1 per annum in advance, and is sent by post free. The Journal is published by the Editor, who is also the Proprietor, and is printed by the Printer, who is also the Proprietor.

As the Editor is not responsible for the opinions or sentiments expressed by the contributors, he is not responsible for the consequences of any errors or omissions which may appear in the Journal. He is not responsible for the consequences of any errors or omissions which may appear in the Journal.

EL NEGRO JUAN LATINO.

POR

A. GONZALEZ GARBIN



INTRODUCCION

Una numerosa raza humana condenada á bárbaro martirio, por espacio de siglos, ha llegado en el nuestro, despues de una peregrinacion larga y penosísima, á fijar para siempre su planta dolorida en la tierra de promision de la justicia y el derecho. Solo la dulce mano de la caridad evangélica habia restañado alguna vez las heridas lastimosas del triste mártir sin ventura; solo á algunos hijos afortunados de esta raza envilecida, al abríseles de par en par las puertas del templo de Dios, se les habia dejado probar, con los dulces bienes del amor y los deleites inefables de la civilizacion y de la justicia. Para sentir y para amar, para pensar y para querer, para luchar y para morir en el combate, para todas las grandes energías del alma se habia mostrado diestramente preparada esta raza inteligente: ella habia dado al mundo valerosos guerreros, héroes de la santidad, poetas inspirados, excelsos ciudadanos... ¿Por qué razon hemos tardado tanto en reconocer á este hermano nuestro, dotado como nosotros de esas alas esplendorosas que remontan el espíritu hasta el cielo? (1).

(1) En los primeros dias de este grandioso siglo XIX en el que la familia humana camina, con avanzada marcha, y á vueltas de errores y extravíos, por la senda cada hora más ámplia de la libertad y del progreso,

Pero no basta que hayamos roto para siempre las cadenas del mísero esclavo negro, como antes quebrantamos las del siervo blanco y el cautivo, ó las de ese hermoso ser que nos nutre con sus entrañas, nos consuela en la vida, y aromatiza de grato perfume la existencia. Es preciso que escribamos con amor las páginas que pueden ilustrar la interesante historia de esta desdichada raza negra, ya por fortuna redimida, como hemos hecho la glorificación de la mujer y del antiguo siervo de nuestra noble raza; es necesario que estendamos la ejecutoria que tiene merecida en la santa aristocracia del trabajo, de la virtud y de la inteligencia esa raza de piel negra como las sombras de la noche, pero en cuya sangre roja hierve el fuego ardiente de la pasión, y cuya pura fúlgida mirada despide la radiante luz del pensamiento.

Movido por un anhelo vehemente é irresistible de nuestra voluntad á enaltecer á los débiles y oprimidos,—habiendo encontrado entre los antiguos empolvados libros, que nuestra profesión nos obliga á revolver y hojear á la continúa, curiosos pormenores para escribir una página de esta interesante historia,—vamos á aprovecharlos, haciendo la biografía del docto humanista é inspirado poeta JUAN LATINO, de aquel singular celebrado etiope, honor de las aulas granadinas en el áureo siglo de las ciencias y de las letras españolas.

la raza negra infortunada, esclava y maldecida, sacudia con heróico ardimiento, en una colonia francesa de América, el yugo pesado y vil de su dura servidumbre. Un nuevo valeroso Espartaco, *Tont-Saints Overture*, era el que daba al viento la bandera de la emancipación, en torno de la cual se agruparon los eternamente desheredados y oprimidos. Aquel honrado esclavo negro, aquel génio superior, aquella alma generosa, aquel sublime representante de su raza mártir, fué nombrado Cónsul de la nueva república, que se alzaba en el continente libre americano. El saludo de *Ouverture* «*el primero de los negros al primero de los blancos*» dirigido con noble dignidad al déspota avasallador de las naciones, al altivo Bonaparte, fué correspondido con una traición infame, que hizo acabar sus días en oscuro, húmedo calabozo al negro, eminente repúblico, que con tanta grandeza y noble superioridad acababa de enaltecer á su mísera raza menospreciada... Verdad es que esta sombría página de su sangrienta historia causó hondos remordimientos al desterrado de Santa Helena... Los derechos del hombre habían sido reconocidos; pero este pária, por siglos aguijoneado como bestia vil, ó cambiado como mísera mercancía, todavía tenía que bogar en el mar de sus eternos dolores. Mas de medio siglo restaba aun para que las naciones todas, llamadas cristianas y civilizadas, arrojaran de una vez el látigo sangriento, conmovidas ante la tremenda queja de la víctima: «*esta carne negra, duele como esa blanca*.»—Gloria á Lincoln!

BIOGRAFÍA DEL MAESTRO LATINO.

I

Corrian los primeros años del siglo xvi, de aquella centuria memorable en la cual llegó á su apogeo el astro de la fortuna militar y política de nuestra España, y en la que lució con todo su fulgor el esplendente sol de su grandeza literaria. — La nacion española era la primera de las naciones, pues además de ceñir la corona del Sacro Imperio las sienes del monarca de Castilla, tenia España otros vastos dominios en el Antiguo y en el Nuevo mundo, enseñoreándose en todos los mares y en todos los continentes. Por otro lado, en aquel siglo de soberana gloria para nuestras armas, entonaban sus inspiraciones, al áspero crujir de las espadas y rodela nuestros sublimísimos poetas, á la vez que los egregios maestros de nuestras famosas escuelas derramaban su copioso saber por todo el mundo.

En aquellos dias de brillante poderío convocaba el emperador D. Carlos V en la real capilla de Granada (de la hermosa Granada, último baluarte de la morisma, recientemente conquistado) una asamblea de prelados, de consejeros y de próceres del reino, que debían deliberar sobre las medidas más pertinentes y eficaces para conseguir la cabal conversion de los moriscos y poner á salvo de todo riesgo la fé de los conquistadores. — De aquella junta de obispos, de letrados y de magnates salió ei aconsejar á la majestad cesárea del Sr. D. Carlos V, como de perentoria necesidad, la creacion de una Escuela general de estudios, idea que realizó el augusto monarca estableciendo «*ad tenebras infidelium fugandas*» la Universidad imperial granadina. No obstante que el principal ánimo del monarca y de sus consejeros fué hacer de la nueva escuela un gran centro de enseñanza de las sagradas letras, en pró de los intereses católicos, á la sazón amenazados sériamente, no ya solo por el bárbaro furor del islamismo, sino por el creciente libre vuelo que habia tomado el pensamiento con la propagacion de la Reforma; á pesar de que la Universidad naciente no venia directamente á emular en las ciencias y *letras profanas* con las antiguas es-

cuelas españolas, ni ménos á hacer renacer la musulmana *madrasa* granadina,—no por eso dejaron de brillar en esta celebrada escuela, en los primeros dias de su existencia, y á despecho de rudas contrariedades, reputados maestros y varones eminentes en todo linaje de *profanos estudios*.—Las letras latinas habian sido ya honradas en Granada por el insigne gramático Pedro de la Mota, áun antes de abrirse las aulas de nuestra Universidad pontificia; pero á los pocos años de su existencia hubo otro gran humanista y eximio poeta, que llegó á alcanzar más universal nombradía entre los catedráticos de la imperial escuela: el famoso africano que en la república de las letras se conoce con el nombre del *Maestro Juan Latino*.

II

En el dia 18 de Octubre del año de 1565 se veian, á las horas del medio dia, cruzar por las calles y pasadizos del Zacatin y de la morisca Alcaiceria y por las calles de ellos circunvecinas (1) y dirigirse á la Casa Real de los Estudios de Granada los personajes de la ciudad que en aquella sazón disfrutaban las mas altas dignidades y empleos, que ocupaban el mas elevado rango, ó que gozaban de superior reputacion en las ciencias y en las letras.—¡Por qué acudian presurosos á la Universidad todos aquellos ilustres representantes del poder, de la ciencia y de la fortuna?... ¡Oh maravillosa luz del sol de la sabiduría! ¡Oh mágico talisman irresistible del génio! ¡Oh dulce yugo de la divina belleza del espíritu! Aquellos egrégios señores y altos dignatarios iban á tributar público homenaje de admiracion y de respeto á un *antiguo esclavo de la Etiopia*, que debia pronunciar como catedrático de la Universidad la oracion académica que anualmente en el dia de San Lúcas se encargaba á uno de los maestros por el respetable Claustro universitario (2).

Bajo el amparo de la noble doña María Manrique, duquesa de

(1) La Universidad tuvo sus aulas y su teatro, desde su fundacion hasta la época de Cárlos III, en el local que actualmente ocupa la curia eclesiástica. *Historia de la Universidad*, pág. 53.

(2) Véase en este archivo eclesiástico el Acta capítular correspondiente al dia 16 de Octubre del mismo año. En ella acuerda el Cabildo contestar á la invitacion del Maestro Juan Latino: *«que tendrá sumo gusto en ir á oír su plática al Colegio Real, en el dia de San Lúcas.»*

Terranova, viuda del *Gran Capitan* D. Gonzalo Fernandez de Córdoba, se crió el insigne negro Juan Latino, traído niño de Berbería, su patria, en compañía de su madre y en calidad de cautivo. Acompañaba al estudio al jóven duque de Sesa, nieto de la egrégia dama, y con esto tuvo ocasion el mancebo africano de iniçiarse en la lengua latina; despertándose en él la grán vocacion hácia las letras, que debia conducirle al templo de la fama inperecedera. El jóven bereber se quiso consagrar á las ciencias médicas; pero le disuadieron de ello sus amigos, y se dedicó con ardoroso afan al cultivo de la literatura latina, de la música y de la poesía. (1) El dia 2 de Febrero de 1546 recibió el grado de *bachiller en filosofia* (2), y once años despues el de *licenciado* (3), en la imperial Universidad, donde más tarde adquirió tan merecido renombre como maestro, enseñando aquellas letras latinas que tanta gloria granjearon á los Nebrijas y Brocenses, á los Abriles y Sepúlvedas... y parece que dedicó un especial estudio á su compatriota, el gran dramático imitador de Menandro: tal vez considerando que habia presidido la misma afortunada estrella en el destino de ambos:—los dos igualmente esclavos africanos, los dos favorecidos por la liberalidad generosa de elevados próceres, y ambos regocijo de la musa latina;—pues las crónicas contemporáneas se gozan en referirnos con grata complacencia, que el Maestro Latino era de singular gracia en traducir y comentar los poetas de la antigüedad clásica romana, *particularmente en declarar á Terencio* (4).

Pero no sólo conquistó laureles innarcesibles el insigne etiope por sus eruditas profundas lecciones en la cátedra. El docto

(1) *Antigüedades y excelencias de Granada* por el Ldo. Francisco Bermudez de Pedraza, natural della, abogado de los reales Consejos de S. M.—Granada, 1608: cap. XXXIII.—*Descripcion historial del insigne reino y ciudad de Granada, bellisima entre todas las ciudades*, compuesta en verso y marginada en prosa por un hijo de la misma ciudad.—M. S. de la Biblioteca nacional, al parecer del año 1615, citado por Gallardo en el *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros*, Madrid, 1863: t. I, pág. 866.—*Bibliotheca nova hispana a N. Antonio hispalensi*, I, 546.

(2) *Libro de Efemérides* formado por el rector del Refugio D. Nicolás de la Rosa y Esquivel, escritas en el libro de misas que empezó en 1793 (fol. 33: dia 2 de Febrero.)

(3) En el primer libro de cuentas de la Universidad, al fol. 270, se encuentra la lista de grados del año 1557, en la cual hay la partida siguiente: Del licenciado Ju.º Latino: ... d c l j j j mar.º

(4) Ms. anón. citado, de la B. N.

humanista que tan hábilmente sabia verter al idioma popular las hazañas de los antiguos héroes, trasladando al habla castellana el majestuoso poema del Cisne de Mántua,—pulsaba con igual maestría la lira de Virgilio, y cantó en la noble lengua de la que fué reina del mundo, en la Edad antigua, el valor indomable de los héroes de esta grandiosa patria española que en los días del poeta era la señora de la Tierra.

¡La religion, la independendencia, la libertad y la pátria! Estas ideas sublimes del alma han sido y serán eternamente fuentes purísimas, de las que broten inagotables raudales de poesía. ¿Qué personaje mas interesante que el valeroso campeón de la cristiandad, D. Juan de Austria, le era dado escoger para héroe de un poema al negro vate latino, agradecido á una religion que le habia abierto amorosa sus brazos, y cuyos eminentes prelados le colmaban de distinciones (1), y á una noble pátria adoptiva que no solo habia quebrantado sus cadenas, sino que habia ceñido á sus sienes la corona de la gloria?... No le era dado al esclarecido humanista, influido por el espíritu de la sociedad intolerante de su tiempo, apreciar la grave injusticia que una política inexorable ejercitaba con los desdichados míseros moriscos. Granada habia recibido con frenético entusiasmo al apuesto hijo de Carlos V, que venia á poner término á aquella rebelion formidable que amenazaba levantar, sediento de sangre y de venganza, el antiguo reino de los alhamares; ella le vió tornar de la áspera Alpujarra coronado con el laurel de la victoria: la fama de su grandioso triunfo, en las aguas de Lepanto, lo pregonaban las cien trompetas de la Fama por todas las naciones cristianas, sobrecogidas de espanto, cuando vieron avanzar sobre Europa las nuevas hordas que tremolaban la enseña del Profeta... el héroe, pues, de la *Austriada* debió ser para el poeta Juan Latino el emblema insigne de la religion y de la pátria.

Figura asimismo en la rara coleccion de los poemas latinos del esclarecido etiope (2) una bella coleccion de epigramas de-

(1) Fué tan estimado de los arzobispos, de los duques de Sesa y gente principal de la ciudad, que todos le daban su mesa y silla, etc... Pedraza, *Antigüed.*, xxxiii. N. A. *Biblioth.* n. 1, 546.

(2) El título de la Coleccion de poemas del Maestro Latino, que dió á luz el impresor Hugo de Mena en Granada, en el año de 1573, es el siguiente:

dicados al natalicio del serenísimo príncipe D. Fernando,—otro libro en obsequio del Pontífice que á la sazón regía los destinos de la Iglesia,—y otros poemas de ménos importancia, exceptuando el último, en el que con noble agradecimiento honra la memoria de su dueño el Gran Capitan D. Gonzalo de Córdoba.

El aura que respiraba el docto maestro Juan Latino, bien podemos apreciarla por los espléndidos elogios que le tributan reputados humanistas y discípulos entusiastas; alabanzas que preceden, al uso de la época, en su libro, á las celebradas composiciones del poeta. En sus armoniosos versos encuentran aquellos doctos el grato perfume que exhalan las flores poéticas del tierno cantor de la Eneida, mezclado con los aromas divinos que despiden el Eden celestial de la mística poesía cristiana.

Tal fué el afamado poeta africano, el eminente latinista que dió lustre á la Universidad de Granada, por cerca de treinta años (1). El se vió honrado con la singular predilección del arzobispo don Pedro Guerrero, que ceñía entónces la mitra de la diócesis metropolitana; él gozaba de la amistad del notable presidente de la Chancillería el togado D. Pedro de Deza, tan mentado en los sucesos de aquella época;—el noble duque de Sesa, su ilustre patrono, consideraba las honras que disfrutaba el sábio maestro como timbres gloriosos de su casa;—los caba-

Ad Catholicum patiter et invictissimum Philippum Dei gratia Hispaniarum Regem «De felicissima Sereni simi Ferdinandi Principis natiuitate», epigramatum liber;—«De que Sanc issin: Pü Qinti Romanæ Pontificis Sumi re us, et affecti ut erga Philippum Regem Christianissimum» liber unus;—«AUSTRIAS carmen, «de Excellentis. Domini D. Joanneis de Austria, Caroli Quinti filli ac Phillippi invictissimi fratris re bene gesta in victoria mir abili jusdem Phillippi adversus peridos turcas parta» ad Illustriss, pariter et Reverendiss, D. D. Petrum á Deza Præsidem—per MAGISTRUM JOANNEM LATINUM Garnatæ studiosæ adolecentiæ moderatorem—libri duo.—Cum Regiæ Majestatis privilegio.—Garnatæ: ex officina Hugonis de Mena. CIDLXXIII.

(1) Véanse las actas capitulares de este Cabildo eclesiástico de 8 de Agosto de 1556;—las de 9 de Agosto de 1574 sobre una petición del maestro J. Latino, «pidiendo aposento donde lea»;—la de 17 y 20 de Agosto del mismo año, en la que se ocupan del mismo asunto;—la del día 20 acordando se acomode en el colegio eclesiástico, por estarse componiendo las aulas del Colegio Real;—y por último la de 6 de Febrero de 1586, en la que se trata «de la grave enfermedad de Juan Latino y sobre elección de otro maestro de gramática.—Debo la noticia de estos acuerdos á mi querido amigo y compañero de la Comisión de monumentos históricos de esta provincia D. Manuel Gomez Moreno.

llos mas ilustres de la ciudad, los hombres mas eminentes, tributaban muestras de interés y respeto señaladas al docto gramático, á quien con afectuoso envanecimiento daban el título de *Maestro*.

Para que el nombre de este negro ilustre se viera conservado á perpetuidad en la memoria de las gentes, como tipo excelso de su raza, no sólo se conserva en la brillante historia de las letras granadinas,—sino que se hizo memorable por la novelesca historia de sus amores.—El licenciado Carleval, gobernador del estado del duque, era persona considerada en aquella época por su posicion y su linaje. Su hija, doña Ana, era una de las damas mas preciadas por su discrecion y por su hermosura. El Maestro Juan Latino, de ánimo regocijado, agraciado en el decir y diestro tañedor de vihuela, parece que habia sido solicitado para enseñar el arte de la música á la hermosa doña Ana... El corazon del poeta se sintió estremecido ante los encantos de la peregrina belleza, y con aquel fuego y arrobamiento que hablan eternamente la musa de la poesía y del amor, descubrió su corazon á la ilustre discípula. Ella escuchó al principio estremecida la declaracion del etiope; pero el sutil hábil ingenio del maestro, estimulado por la pasion vehemente que devoraba sus entrañas, consiguió al fin rendir el ánimo de doña Ana, y que accediera á sus deseos;—habiendo costado al padre la vida, la firme resolucion de la hidalga doña Ana, de no faltar á la palara que habia empeñado á aquel hijo del Africa ardiente, en las redes de cuya elocuente poesía habia quedado voluntariamente cautiva (1).

Numerosa prole hubo el Maestro Latino de su matrimonio con la noble doña Ana, que fueron el encanto de su existencia (2). Su ancianidad se vió amargada por haber quedado ciego

(1) En el ms. citado,—en Pedraza,—en D. N. Antonio B. n. se hace mencion de estos novelescos amores del afamado etiope.

(2) Vivió noventa años, dice Pedraza, dejando hijos y nietos, *que hoy viven*.

En el libro 1.º, fól. 36 de bautismos de la parroquia de Sta. Ana se encuentran las siguientes partidas: «en de 2 abril (1552) se *baptizó bernaldino* hijo de ju.º latino y de su mujer: fueron compadres albaro alcocer y su cuñada doña ana.»

En el fól. 82 se encuentra esta otra: «en 22 del dicho (Junio de 1556) se *baptizó ana* hija del bachiller ju.º latino y de doña ana carlabal: fueron compadres di.º de pisa ye dona leonor de los cobos.—al.º romano».

En el fól... (5 de Marzo de 1559) «fué baptizado en este dia ju.º, hijo

el preclaro Maestro; y, sin embargo, en sus últimos días, le rodeaban aún tiernos niños, á quienes enseñaba con singular bondad é inimitable gracia los misterios y encantos de la clásica lengua de Horacio y de Virgilio.

El día de su muerte fué un día de luto para Granada. El pueblo que le habia honrado en vida con sin igual entusiasmo, acudia con el mismo intenso duelo al templo mudelar de Santa Ana, donde iba á ser sepultado (1), á tributar los últimos honores á aquel de quien (segun cuenta la tradicion) su noble amigo y dueño, el duque de Sesa, solia decir con alguna frecuencia: *mi negro es como el ave fénix (rara avis in terra corbo simillima nigro)*.

del maestro ju^o y de doña ana de carlebal, su mujer: fueron sus padrinos luis de leyva y cathalina de Santa Cruz, su mujer.»

En el libro 1.^o de S. Gil: en 30 dias del mes de junio de 1569? se baptizó á juana, hija de juan latino y de ana de carlebal».

El famoso negro Juan Latino fué feligrés de la parroquia de Sta. Ana. Probablemente debió ser morada del ilustré etiope, una casa que aparece anotada en los padrones de 1643 con el nombre de *casa de Juan Latino*, cuyas señas convienen con la que hoy está en solar, situada en la calle de Sta. Ana, pasada esta iglesia, y ántes de llegar á la placeta del puente de Cabrera, dando por la espalda al rio Darro. (*M. Gomez Moreno: Memoria sobre las moradas de algunos hombres ilustres que han vivido en Granada.—Granada, 1870*).

(1) D. Nicolás Antonio, en su *Biblioth. nova*, I, 546, dice:

Jacet in Santa Annæ Paræciali ecclesia granatensi uti fert præ se lapidis titulus quæ ipse in ea urbe argens scripsit.

DEL

MAESTRO JUAN LATINO CATEDRÁTICO DE GRANADA, Y DE DOÑA ANA DE CARLEVAL SV MVGER Y HEREDEROS MDLXXIII

Granatæ, doctus, claræque doctorque juvenus
Oratorque pius doctrina et moribus unus,
Filius ætiopum, prolesque nigerrima patrum,
Infans illæsus cepit præcepta salutis,
Augusti et Austriadæ cecinit qui gesta *Latinus*.
Conditur hoc cippo: surget cum conjuge fida.

D. Nicolás Peñalver y Lopez, en un artículo que insertó en el periódico «La Alhambra,» en 1843, copió esta inscripcion, probablemente tomada de la «Bibliotheca nova.»—Este epitafio es auténtico?—La fecha que hay inscrita en él, no puede ser la del año en que murió el negro ilustre; pues, por las notas que anteceden, habrán visto nuestros lectores que en Actas capitulares de los años 1574 y 1577 se hacian reclamaciones al Cabildo sobre la cátedra en que debia leer Juan Latino; y en 1586 se trata «de su grave enfermedad y de nombrar quien le suceda en la clase de gramática.»

EL CAMINO DE LA VIDA

POR

VENTURA RUIZ AGUILERA

Á LA MEMORIA DE DON JOSÉ MARIA MARANGES.

Ea, pues, alma abatida,
Acelera el paso tardo,
Y prosigue con tu fardo
El camino de la vida.
Escabrosa es la subida;
Entre precipicios vas;
Tiemblas, resbalas quizás;
Pero ten en la memoria
Que no hay mas grande victoria
Que aquella que cuesta mas.
¡Valor! ¡Valor, y adelante!
No te acobarde la empresa;
La vida, que á tantos pesa
Dura sólo breve instante.
¡Dichoso el varon constante
Que la lleva con fé suma!
¡Ay de aquel á quien abruma!
Que, en su condicion extraña,
Para el malvado es montaña,
Para el inocente, pluma.
Tendrás sed, y acaso fuente
No descubras que la acalle,
Ni césped blando en el valle
Donde reclinar la frente.
Mas ya en la cumbre eminente,
Injustos fueran tus gritos
Contra los cielos benditos;

Que allí gozarás, sin pena,
Aire puro, luz serena,
Horizontes infinitos.

Alborotado, iracundo,
Tambien tu fragil barquilla
Arrancará de la orilla
El oleaje del mundo.
Si por su golfo profundo
Rota vaga, el mal precave;
Remedio el marino sabe,
Y así su muerte no fragua:
Cuando entra en la nave el agua,
Hay que aligerar la nave.

¡Ira de Dios! No los llores;
Arroja al hambriento abismo
La ambicion, el egoismo,
Las venganzas, los rencores.
¡Que con afan atesores
Tanta mentida riqueza!...
Despréciela tu entereza,
Y piérdase tal tesoro;
Con virtud, pobreza es oro,
Oro con vicio pobreza.

¡Al mar, soberbia insensata,
Ruín engendro del lodo,
Que juzga pequeño todo
Lo que en ella no se acata!
¡Al abismo, envidia ingrata,
De donde no vuelvas ya!
Tan arraigada en tí está
La perfidia, tu alimento,
Que envenenas con tu aliento
Al mismo que el sér te dá.

Dios, que no hace nada en vano,
Sembró en nuestros corazones
El gérmen de las pasiones
Con sábia y pródiga mano.
Ninguna da fruto insano,
Sabiéndolas bien regir;
Así, blasfema al decir
Quien esto no quiere hacer:
«Nuestro delito es nacer;
»Nuestro castigo, vivir.»

No; vivir es aplicar
Nuestras nobles facultades
Á la obra en que las edades
No cesan de trabajar;

Nuestro sér perfeccionar
Al bien abriendo camino,
Del mal no culpando á un sino
Ciego, sin forma y sin nombre;
No lo olvides, cada hombre
Es autor de su destino.

De la verdad corre en pos,
Mas no la impongas airada;
Toda conciencia es sagrada,
Sagradas las hizo Dios.
Luz y amor, son uno en dos;
Fueros goce soberanos
La razon, sin que á villanos
Impulsos de ódio se tuerza,
Que siempre ha sido la fuerza
La razon de los tiranos.

Cielo no esperes sin sombra,
Mas no es sombra todo cielo,
Ni páramo todo suelo,
Ni todo florida alfombra.
La tempestad, que te asombra,
Pasará con sus furores;
Alzando, nuncio de amores
Por el hombre bendecido,
Iris sobre el mar dormido,
Su arco de siete colores.

Si la vida juzgas triste,
Es porque tus ojos vieron
Las espinas que te hirieron,
No las rosas que cogiste.
Pero la armonía existe,
Y con voz muda ó soncra
La revela al que la adora,
En la tierra y en el viento,
En el mar y el firmamento,
Lo que canta y lo que llora.

¡Ánimo, pues, alma mía!
¡Valor! Un esfuerzo mas;
Camina, y tú llegarás
Por fácil ó áspera vía.
Que cuando acabe tu día,
Quede huella de tu pié;
Y el mundo, que tu obra vé,
Diga al rendirte su palma:
«Por aquí ha pasado un alma,
Digna de su origen fué.»

CRÓNICA CIENTÍFICA Y LITERARIA

POR

R. IBAÑEZ ABELLAN.

Consignar en una REVISTA de la índole é importancia de la presente, el movimiento científico y literario de nuestro país, es sin duda empresa árdua y por demás difícil para quien, como nosotros, carece de la experiencia y aptitud necesarias en esta suerte de trabajos; mas si la imparcialidad, si el buen deseo, fuesen méritos suficientes á contrapesar la carencia de aquellas envidiables cualidades, no vacilaríamos un punto en cargar sobre nuestros hombros tan enorme peso sin que por ello nos detuviese la insignificancia de nuestras fuerzas; pero convencidos plenamente de que la nobilísima misión de la crítica ha menester de más suficiencia y criterio, rehuimos de antemano toda responsabilidad que pudiera cabernos por nuestra extraña ingerencia en terrenos vedados, y declaramos francamente que ni es ese nuestro objeto, ni por ese camino nos han conducido hasta ahora nuestros estudios é inclinaciones; solo, sí, aspiramos á dar á nuestros lectores una idea de cuanto, siquiera por breves momentos sea, merezca ocupar su atención, y concretándose á tan reducido espacio nuestras aspiraciones, ciñéndonos exclusivamente al secundario papel de *cronistas*, esperamos ser dignos de su benevolencia, no porque en realidad nos hayamos hecho acreedores á ella, sino en gra-

cia al menos á que somos los primeros en reconocer y confesar nuestros propios defectos.

Hecha esta importante salvedad, procuraremos dar comienzo á nuestra tarea dando ligera cuenta de dos de las obras que con antelacion esperan nuestro fallo, y dejaremos para otra ocasion el análisis de las que á nuestro poder llegaron con retraso mas ó menos notable.

*
* *

El materialismo desenmascarado se titula la última produccion de Mr. A. H. Simonin, vertida á nuestro idioma por el Sr. C. P. V., y, aunque á decir verdad, no tiene semejante libro importancia alguna en el movimiento científico europeo, como la tiene; y marcadísima, entre los elementos afines á las ideas del autor, nos ocuparemos de ella en primer término, pero someramente, toda vez que su propia índole no exige otra cosa.

Esta obra—ya lo hemos dicho en otras palabras,—no es ni con mucho la produccion de un pensador ilustre, ni de un escritor mediano siquiera. Distínguese, si, Mr. Simonin mas como polemista que como filósofo pagado de sostener la verdad y la justicia, y si á estas cualidades se agregan las de pertenecer el autor á la escuela escolástica, y dedicarse á defender una causa, se tendrá una cabal y precisa idea del mérito que entraña su último libro, que dicho sea de paso, está compuesto de retazos mas propios de figurar en las columnas de un periódico que de afectar otra forma cualquiera, mucho menos la que tiene.

Nosotros no reconocemos en el Sr. Simonin una autoridad, ni era fácil reconocerla, toda vez que entre sus propios amigos carece del necesario apoyo y valimiento; pero si al menos sus producciones fuesen de tal género que por sí solas bastasen á revelar la aptitud de su autor en semejante suerte de trabajos, seríamos, aunque nos doliese, lo suficientemente explícitos para aplaudirle y aun para proclamar sus doctrinas como las únicas verdaderas y leales; más esto, repetimos, no sucede así, y á ello contribuye eficaz y poderosamente la circunstancia del apasionamiento estremado del autor, que, por propio temperamento es inclinado á la polémica y contro-

versia, con el agravante de no conocer á fondo la materia de que trata.

Y esto lo hace constar el mismo Mr. Simonin en su produccion última. Con franqueza verdaderamente encantadora confiesa que jamás ha cogido entre sus manos, para estudiarlo profunda y detenidamente, un libro de filosofía, y la razon de este aserto se echa de ver desde luego con solo hojear el suyo.

Desde Platon hasta Descartes, desde San Agustin hasta Dives, no le ha quedado por revolver; pero de sus innumerables citas, de los muchos y extensos párrafos que, ora de este, ora de aquel, ha llenado las hojas de su libro, no se desprende otra cosa sino que, ó no conoció cumplidamente á los citados filósofos, ó de conocerlos—lo cual dudamos en honra y provecho suyo,—ha entresacado lo peor de cada uno; los puntos débiles; las que, quizás en la mayor parte de las ocasiones, dieran como hipótesis, y que por lo tanto debieran haber sido respetadas, ó combatidas á ser posible con una alteza de miras que en la obra de que venimos haciendo mencion huelga completamente.

Y sino, puede juzgarse de la afirmacion que hace cuando refuta á Leibnitz por decir que no hay espacio real fuera del mundo material, y que ese mismo espacio, por consiguiente no existiria sin la prévia existencia de las criaturas. A esto Mr. Simonin contesta, y cree rebatidas en sus últimos límites las frases del eminente filósofo, que si las cosas que tienen existencia no existieran, ni habria duracion ni duraciones posibles; lo cual bien considerado no es sino afirmar lo propio que Leibnitz: pues como la duracion implica la existencia en el espacio, y la palabra duracion se puede aplicar lo mismo á la criatura que á todo aquello que existencia propia tenga, resulta que aquel no existiria sin ésta, de igual suerte que no puede haber efecto sin causa, ni movimiento sin fuerza.

En estos y otros errores abunda la obra de Mr. Simonin, y de ellos hacemos gracia al lector en honor á la brevedad y en la creencia de que con lo dicho basta: mas no hemos de terminar estos ligeros apuntes sin tributar nuestros aplausos, al inteligente traductor primero, quien quiera sea, por haber conservado en esta obra la pureza del pensamiento, y la energía de la frase que tanto caracteriza á Mr. Simonin, y al infatigable

editor Sr. Calleja, que, con un desprendimiento digno de mejor causa, ha hecho en sus mismos talleres una de las mejores y mas baratas ediciones que conocemos.

*
* *

La misma casa editorial, y con el título de *Novísimo manual de derecho*, ha publicado una nueva edicion de las obras del Sr. Lamas Valera, y de ella nos ocuparemos tambien por creer que es de gran importancia, sino á todas las clases sociales, á una clase por lo menos de esa misma sociedad.

Nosotros pertenecemos al número de los que siempre opinaron que no por estudiar en extensos y voluminosos tratados se adquieren mas grandes y profundos conocimientos en cualquiera de las distintas ramas del saber humano. Ciertó que para razonar ó disertar atinadamente se hacen precisos determinados estudios: mas no por eso hemos de reputar como inútiles los extractos de tal ó cual obra, toda vez que mediante ellos podemos almacenar una série de ideas, ó mejor aun, allanarnos el camino que mas tarde se ha de seguir con toda suerte de trabajos y facilitar por semejante medio la compresion de lo que de otro modo y á primera vista pareciera absurdo y extraño.

Ya se comprenderá por lo dicho que la utilidad de semejantes obras no importa á los que se encuentran en el grado máximo ó siquiera medio de su cultura intelectual; pero sí son de indiscutible necesidad para los que empiezan su mas ó menos largo aprendizaje científico, y en este caso se encuentra una respetable clase: la clase escolar, que por lo mismo que ignora los secretos del estudio, debe atraérsela paulatinamente con cómodos resúmenes que faciliten la clasificacion de los conocimientos adquiridos y la preparen al mismo tiempo para mas profundas disquisiciones.

La obra del Sr. Lamas Valera es de este número; en sus páginas están compiladas las diferentes asignaturas que constituyen la Facultad de Leyes, y no de un modo ligero y breve, sino con la suficiente extension que su importancia requiere, y hasta con las mas importantes modificaciones que la jurisprudencia ha experimentado en estos últimos tiempos.

Forma un abultado tomo en 4.º español de unas mil páginas, y el hecho de ser esta la tercera edicion, demuestra mejor que nuestras palabras la favorable acogida que siempre le ha dispensado el público.

*
* *

En el Ateneo han empezado sus trabajos dos de las tres secciones en que se divide, y aunque en un principio los debates parecian como amortiguados por no sabemos que causas, en breve alcanzaron su acostumbrado incremento merced á la oportuna intervencion de varios y distinguidos oradores que han sabido mantener á su altura la importancia y trascendencia de los temas puestos á discusion.

¿Cuáles son los principios esenciales á que debe sujetarse la organizacion de la enseñanza pública? fué el tema cuyo planteamiento y enunciacion encomendó la seccion de ciencias morales y políticas á su primer secretario, Sr. Garcia Alonso, y excusado es decir lo bien que cumplió su cometido, toda vez que, sino muy experto en estos debates, su no comun ilustracion le basta para salir airoso en semejantes ó parecidos trances.

El Sr. Alonso defendió la enseñanza pública, gratuita, obligatoria y láica, proclamando al propio tiempo la enseñanza moral como útil en extremo y de suma trascendencia, puesto que discretamente organizada impediría la ingerencia del clero, que, por lo comun tuerce el espíritu y le encamina por sendas no muy conformes con la moderna ciencia; pero el señor Alonso no quiere que la enseñanza sea completamente libre, ni que la colacion de grados pertenezca á nadie, excepto al Estado, y en esto se evidencia su espíritu eminentemente conciliador y ageno por consiguiente á toda medida radical; el Sr. Alonso ha buscado con esquisita prudencia un punto desde el cual pudiera mantener en equilibrio sus opiniones, y le ha encontrado sin duda alguna; mas sus principios no nos parecen aceptables, aun estando, como lo están, en perfecto acuerdo con determinadas escuelas liberales, toda vez que dentro de esas mismas escuelas hay una, la democrática, preferible en nuestro concepto á las restantes por ser sus principios eminentemente radicales y por hallarse más conformes con la razon y la lógica.

Los Sres. Iñigo, Benito, y Bravo y Tudela pronunciaron así mismo buenos discursos, atacando el primero con argumentacion no muy poderosa la enseñanza láica; defendiendo el segundo la iniciativa individual y el principio de libertad profesional, y armonizando, en fin, el Sr. Tudela todo lo expuesto, dentro de un criterio tan mesurado y católico como es el suyo.

*
* *

En la seccion de literatura se planteó el tema *¿es la belleza cualidad real de los objetos, ó es una creacion de la mente humana?* y no pudo menos de ser brillantemente explanado y aun sostenido afirmativamente en la primera de sus partes, siendo así que esa enunciacion estaba encomendada al señor Hinojosa.

Este jóven orador, ortodoxo católico y acérrimo escolástico, es elocuente cuando quiere, y en esta ocasion lo ha querido; pero su discurso, aunque perfectamente dentro de la escuela á que el Sr. Hinojosa pertenece, no está tan dentro de lo razonable y justo, toda vez que en sus conceptos abundaba la argucia más que la lógica, y más que el raciocinio el sentimiento.

Estos son viejos achaques en los de su bando, y no por eso hemos de combatirle, sabiendo como sabemos, que no llevaríamos el convencimiento á su ánimo, mas en las muchas afirmaciones que como verdades inconcusas sentó desde el principio, hemos de señalarle algunos lunares, que sí lo son, y que ya antes que nosotros y en oportuno tiempo los hizo resaltar el Sr. Gonzalez Serrano con la inimitable galanura de frase y fuerza de lógica que le es característica.

Dijo el Sr. Hinojosa, á vuelta de argumentos parecidos, que el saber no es cualidad de los objetos, sino, antes por el contrario, puramente subjetiva. Semejante afirmacion no tiene razon de ser: pues, si el saber no fuese íntima propiedad de los objetos, si no existiese con ellos, mal podian producir, como producen en nosotros, tan distintas y encontradas sensaciones: á no ser esto cierto, el saber seria único, nunca vário, y sus efectos por consiguiente, serian los mismos, como necesaria consecuencia de causas matemáticamente iguales. Aquí, además, y por no ceder una pulgada de terreno á la ciencia, se

ha hecho caso omiso con notable menoscabo de la lógica, de uno de los mas principales elementos de apreciacion, ó quizás del elemento mas importante; este no es otro que el nervioso, y todas las escuelas, incluso la misma en que el Sr. Hinojosa milita, han reconocido el importantísimo y trascendental papel que la fibrilla nerviosa desempeña en todos nuestros actos. Hoy no existe quien niegue los fenómenos psico-físicos; en esta cuestion, no hay, como decia el Sr. Serrano, izquierda ni derecha; aquí no hay mas que hechos: experiencia: y ante los hechos y las experiencias no cabe sino rendirse; que es mayor el mérito que se contrae reconociendo á tiempo un error, que persistir en él por ciertas misteriosas afinidades que ni se explican ni comprenden.

Cree asimismo el Sr. Hinojosa que la belleza tiene mas íntimas relaciones con el bien que con la verdad, y esto podrá ser en su escuela; pero no creemos que las restantes opinen de semejante modo. Entendiéndose, como comunmente se entiende, que la verdad es una relacion de conformidad subjetivo-objetiva, no cabe indudablemente nada mas bello que esa relacion determinada y concreta, desde el punto que sabemos que la verdad se encuentra informada por el concepto de bondad más absoluto; esta, por otra parte, es cuestion de palabras, y en ellas no ha hecho el Sr. Hinojosa sino demostrar su argucia; quizás hubiera sido mas explícito—segun nuestra humilde opinion—haber escrito una memoria en vez de pronunciar un discurso: pero ya le llegará ocasion de completar semejante idea, y aun de extenderse á los límites de la moral—tal y como él la entiende—: que este y no otro nos parece su deseo.

Dijo tambien el orador de la derecha, que la idea de belleza se atribuye no solo á cualidades diversas, sino á cualidades contrarias, llamando bellas á la armonía, á la unidad, á la variedad, á la vida y al movimiento; mas la belleza no puede resultar nunca de un conjunto de cualidades: sino que se identifica con el ser, y tiene su simplicidad; de aquí deduce el Sr. Hinojosa que á pesar de ser la belleza eminentemente objetiva, es inmaterial en el más alto grado, y de indiscutible necesidad por consiguiente el concurso del ser para poderla aquilatar debidamente.

Esto no es consecuencia de principios; declararse partidario del objetivismo, y hacer á la postre un asidero del subjetivismo, será á lo mas un término medio; pero nunca un término convincente.

Tanto se puede decir del Sr. Sigura: idealista *porque sí*, y falto de conceptos con que refutar cuerdamente las aseveraciones del que le antecedió en el uso de la palabra. Solo podemos decir de este otro orador, que, desde el punto en que dió comienzo á su discurso, tal aluvion de imágenes, tal lluvia de oro empezó á descender sobre nosotros, que, ofuscándonos completamente, no nos detuvimos á considerar su verdadero y justo valor; pero afortunadamente no sucedió lo propio al Sr. Gonzalez Serrano, quien con calma verdaderamente estoica y con la balanza de su criterio, evidenció la falta de quilates en el oro que con tan pasmosa profusion nos regalaba el Sr. Sigura; oro completamente falso; de mala ley aunque de grandes apariencias.

Decir cuan bien impugnó el Sr. Serrano las anteriores teorías (?); consignar sus argumentos y sus enérgicas frases, fuera para nosotros empresa ociosa, toda vez que nuestros lectores conocen de sobra cuanto es y cuanto vale. Para este eminente orador, la belleza es subjetivo-objetiva, y la nota característica de esa relacion es la identificacion: para el señor Serrano no hay belleza sin finalidad; allí donde la conjuncion existe, existe la belleza.

El Sr. Campillo afirmó por su parte que la belleza tiene existencia con ó sin nosotros; que tiene accidentes y escencias: aquellos variables: estas no; de lo que deduce el eminente poeta que hay que estudiarla en lo mudable y en lo que no puede mudar. Despues, por una série de argumentos y consideraciones, vino á afirmar el Sr. Campillo que la belleza es subjetivo-objetiva; que se la encuentra en los órdenes fisico, moral y científico, y que estas tres séries de tan várias manifestaciones, se hallan tan ligadas, que son como los lados de un triángulo y tienen entre sí igual relacion que aquellos con éste.

La brevedad del tiempo nos impide ser mas extensos, y nos hace dejar por consiguiente para mejor ocasion la reseña de los discursos pronunciados por los Sres. Carracido, Juste, Burell y Martos Gimenez.

MONOR Y GLORIA

POR

AURELIANO RUIZ.

EN LA SOLEMNE DISTRIBUCION DE PREMIOS
DE LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAIS DE GRANADA.
28 DE NOVIEMBRE DE 1878.

La Humanidad con pasos de gigante
Por el camino del progreso avanza:
Rompiendo diques y salvando escollos
Por entre escollos y entre diques marcha.
Del pasado los férreos eslabones
En el presente funde y abrillanta,
Y la cadena de los siglos prende
Del tiempo en el espacio y la distancia.

Leyes, usos, costumbres, tradiciones,
—Carácter de los pueblos y las razas,—
En nuevos moldes y en crisoles nuevos
A la vez se confunden y amalgaman;
Y componentes varios, en el todo
Entran, se purifican y se ensanchan:
Así del mar los rios afluentes
En el inmenso piélago desaguan.

Y se suceden nuevas sociedades;
Grandes problemas surgen y se implantan;
Y se producen hondos cataclismos,
Y otras verdades y otras enseñanzas.
Nuevos inventos, el trabajo antiguo
Fiado á la fuerza muscular, reemplazan
Con otra fuerza superior que brota
De agentes nuevos y de ignotas causas;
Y lo que ayer utilitario fuera

Rémora acaso nos será mañana;
 Que al mundo sus recónditos arcanos
 Al par la ciencia y el estudio arrancan.
 Tal de la vida en los revueltos giros
 El ser finito se trasforma y cambia,
 Y luz y sombra con tenaz porfía
 Riñen en duelo singular batalla.

En tanto, el Pueblo que estimula y premia
 La virtud, el trabajo y la constancia;
 Y extiende su comercio y su cultura;
 Y en producir y en mejorar se afana;
 Y desarrolla las industrias y artes
 Que en rica vena el bienestar derraman;
 Y abre nuevos veneros de riqueza
 Y mas ancho horizonte á sus miradas;
 Cumpliendo su destino venturoso
 Y la mision á que su fin le llama,
 Salva su nombre del profundo olvido,
 La rueda audaz de la fortuna pára,
 Gran civilizador y firme atleta
 Resume toda la grandeza humana,
 Y sus luchas, sus triunfos y sus glorias
 La admiracion universal proclama.

¡Ilustre Sociedad, cuyos anales
 De veinte lustros el progreso narran,
 Y enriqueces un día y otro día
 Con mas fecundas y brillantes páginas;
 Tú que el estudio y el saber alientas,
 Y las conquistas del trabajo ensalzas,
 Y estimulas las fuerzas productoras
 Que harán feliz y próspera á la pátria;
 Hoy que enalteces y honras y sublimas
 El talento y el arte y la enseñanza,
 Recibe con los plácemes ardientes,
 El aplauso sincero y entusiasta
 Que el pátrio sentimiento enardecido
 Rinde á tu nombre y suena en tu alabanza!

Y á vosotros, que el premio merecísteis
 En noble lid, y en lucha afortunada
 En pos de vuestro afán, habeis logrado
 El triunfo que corona la esperanza
 Y el galardón que os dá la inteligencia:
 ¡A vosotros, *honor!* ¡*gloria* á Granada!

LOS DOS MÉDICOS.

POR

NARCISO CAMPILLO.

«¡Quiéres que sufra mas la turba ingrata
de tanto nécio, imbécil, presumido,
que vende plomo vil por rica plata?»
(EL P. ISLA.)

Aunque indigno pecador, no he nacido de las hiervas; hijo soy de un hombre, y éste á su vez lo fué de otro. Conste, pues, que he tenido abuelo. No lo digo para fundar en ello nobiliarias pretensiones, si bien es cierto que en menor motivo suelen cimentar otros las suyas; sino por ser pura verdad, y porque este abuelo no era un abuelo cualquiera de los de pacotilla y sainete; antes al contrario, era tal y tan admirablemente chapado, que gusto daba el verle y alegría el oírle. Muchas cosas tenia extremadas y notables; y por no decirlas todas, citaré solo su buen humor, su gran nariz y los encajes de su chorrera. El uno sufrió incólume la prueba de suegra avinagrada, muchos hijos y escasos bienes de fortuna; de la otra, aunque partía de la cara, nadie pudo averiguar el término, y en cuanto á los encajes, fueron más punteados que vihuela, al sacudir abuelito el rapé que por onzas tomaba. Pero al sorber y sacudir no dejaba la lengua quieta, y solia narrar candorosamente algunos cuentecillos, de los que vá el siguiente para muestra.

En cierta poblacion, no tan grande que mereciese el nombre de ciudad, ni tan pequeña que pudiera llamarse aldea, vivian dos médicos; gordo, rico y afamado el uno; flaco, pobre y ásperamente tratado por la fortuna el otro; llamábase don Bodoque el primero, don Salomon el segundo. Aun cuando suelen verse Blancos mulatos, Delgados obesos y Caballeros sin...

caballo (que no siempre está de acuerdo el apellido con quien lo lleva), esta vez habia tal concordancia entre los nombres y los sujetos, que el pedirle mayor fuera gollería. Don Bodoque, pues, era tan corto de entendimiento, como largo de fortuna; comenzó su carrera de aprendiz en una barbería, alternando entre la escoba, las sanguijuelas y la guitarra; tuvo padrino, pasó á mayores vuelos y llegó un día, feliz para él y desgraciado para la humanidad, en que se encontró con título y salvo-conducto para matar á todo bicho viviente, sin temer persecucion de tribunales; quiero decir, que vió trecados los barberiles aparejos en baston de caña con borlas, sortijon en el pulgar, como era usanza en el gremio, y por fin, en todos los atavíos de médico, siendo médico él mismo, á despecho de Hipócrates, Avicenas y Boheraves.

De estos señores ni aun los nombres conocia; mucho menos sus aforismos y observaciones; pues con tres récipes de *oleum serpentorum*, sangrías á diestro y siniestro y seis docenas de sanguijuelas tamañas como culebrones de vallado, amén del ungüento y la cataplasma de cualquier cosa y puestos en cualquier parte, era don Bodoque muy capaz de curar ó matar cada día un regimiento. De anatomía estaba tan ayuno, que solía confundir el carpo con el tarso, las primeras nociones químicas eran para él misterios de ultra tumba; y en eso de patología, no entendia la «logia», y el «pathos» le daba tres patadas en la boca del estómago. A pesar de todo, bogaba con próspero viento; cada Navidad lo encontraban más gordo y rico, y celebraba cada Pascua con más cara de idem.

Era su colega don Salomon el reverso de la medalla; comenzó su carrera medianamente rico, y habia llegado á las puertas de la pobreza; tenia pocas carnes y poca fortuna, vasto y bien poblado entendimiento, leía bastante y meditaba mas; hubiera brillado en una academia científica y vegetaba oscuramente relegado á un poblachon de provincia. Cada invierno lo encontraba más flaco, más sábio, más pobre y más olvidado de todos.

Sucedió que un día el sábio macilento y el asno de oro se reunieron en una consulta; habló el primero, rebuznó el segundo, y el rebuzno prevaleció sobre la palabra. Don Salomon fué despedido por la familia del doliente, y quedó instituido

médico de cabecera el triunfal don Bodoque. A poco tiempo compraba éste una finca y vendia el otro sus cubiertos de plata. Dos meses despues quedaba en el pueblo un solo médico; don Salomon ya no ejercia su facultad; ó mejor dicho, le habian obligado á no ejercerla de puro no llamarle alma viviente.

Trataba de emigrar, y para hacerlo hubiera querido ir á los antípodas, ó poco más allá; pero ¡ay! no poseia las alas del águila, ni aún las de la golondrina, viajeros gratis para los cuales no existen aduanas, diligencias, barcos ni ferro-carriles; y hallándose exhausto de ese vil metal, así llamado por los que no lo tienen, su propósito quedaba reducido á pensamiento vano y fantástica quimera. Véase, pues, sin posibilidad de salir del pueblo, cual si con clavos timoneros allí estuviese clavado y fijo; pasaba largos dias meditando en su desgracia, y cada vez miraba mas oscuro y cerrado su horizonte. Pero como no hay mal que cien años dure, ni enfermo que lo resista, llegó ocasion en que por inesperados medios logró los de cumplir su propósito, dando un eterno adios á aquel pueblo donde tan poco estimadas y tan escasamente premiadas habian sido su honradez y su ciencia.

Ya tenemos á nuestro don Salomon preparando cofres y maletas para emprender su viaje, ya encajona sus libros, únicos amigos que le restan, y ya por fin, envuelto y rebozado en un ancho leviton de camino, espera que luzca el siguiente dia, que será el de su marcha. Entre la multitud de pensamientos que batallaban entonces en su cerebro, fijósele uno de tal suerte, que absorbió á los demás, y dominando su voluntad por completo le llevó... ¡á que no aciertan ustedes dónde? Ni mas ni menos que á casa de su cofrade el venturoso cuanto afamado galeno don Bodoque.

Entró, sentóse, y venciendo su natural circunspeccion y modestia con el desparpajo del hombre que sacude su capa y piensa irse para no volver jamás, dijo á su afortunado colega: —Que su merced no ha estudiado medicina como debiera, cosa es averiguada; que no la sabe ahora, es cierto y evidente; que no la sabrá jamás, es posible y aún probable. Le he visto siendo guitarrista y pela-barbas, convertirse en doctor afamado; me he visto á mí propio de hacendado médico transfor-

mado en triste pelagatos; y en verdad, en verdad, que tales metamorfosis ni aún las soñó el mismo Ovidio. Estudié yo y medité mientras su merced holgaba, perdí pelo y su merced mejoró el suyo; enflaquecí viéndole engordar por libras, y empobrecí mirándole enriquecerse. Puesto que le cedo el campo y no imagino volver ni he de hacerle competencia, suplícole por cuanto mas ame que me descifre el enigma y me desate este para mí nudo gordiano, diciéndome cómo, por qué y con qué medios ha logrado tan numerosa clientela y fama tanta, mientras yo apenas tengo quien de mí, triste, se acuerde.»

Tamaño descarga á quema-ropa no produjo efecto; verdades de tanto peso hubieran agoviado á un gigante; pero don Bodoque no se inmutó lo más mínimo, y aún escuchó todas y cada una de estas palabras con sereno ademan y risueño semblante: se levantó, abrió una puerta de cristales y asómose al balcon que sobre la plaza mayor del pueblo daba y frente del Ayuntamiento. Despues, con voz tranquila, dijo—Venga vuestra merced aquí conmigo, señor don Salomon, que voy á darle las explicaciones que pide. Vuestra merced ve esta plaza y la multitud de los que por ella van y vienen. ¿Cuántos calcula su merced que pasarán al cabo del dia?—No sé, respondió don Salomon, extrañando aquella salida: lo menos diez mil—Bueno, y de esos diez mil ¿cuántos cree vuestra merced que tienen instruccion, imparcialidad y recto criterio?—Hombre, esas cualidades son muy raras: quizá de entre los diez mil apenas habrá seis ó siete que las tengan.—Perfectamente; pues esos seis ó siete son los parroquianos de vuestra merced y los demás son los mios.»

De lo que pasó despues pada contaba mi abuelo: al llegar aqui tomaba un polvito, se sacudia los vuelos de la chorrera y decia á sus oyentes, á guisa de moraleja; «Para graduar y «aquilatar el mérito en la ciencia ó el arte, ciencia y arte se «necesita, y no multitud de jueces; que en casos tales no deben considerarse los votos como groseros terrones que se «cuentan por aranzadas, sino como oro finísimo que por adar- «mes se pesa, valiendo mas ó menos, segun su *mejoria* y no «segun su *mayoria*.»

Traslado á los criticos sin ciencia y á los admiradores de reata.

LAS GOLONDRINAS

POR

ANTONIO LUIS CARRION.

A LAS QUE VIENEN.

Ya vuelan sobre el Estrecho,
mensajeras de las nieves,
mis dulces compatriotas
las golondrinas alegres.

Huyendo de los rigores
del crudo invierno se vienen:
¡yo tambien me vine huyendo
los rigores de mi suerte!

Llegad, que el suelo del Africa
templado asilo os ofrece;
venid á colgar los nidos
en los altos minaretes.

A LAS QUE VAN.

Golondrina que te alejas
de las costas africanas,

pon tu nido en mis hogares
cuando cruces por España.

Y en tu lengua misteriosa
dí á las prendas de mi alma,
cuánto siente el desterrado
no acompañarte á la pátria.

Cariñosas mensajeras
de mi amor y mi esperanza,
al volar sobre los mares
Dios impulse vuestras alas.

A LAS QUE SE QUEDAN.

Vuestras hermanas alegres
de nuevo los mares cruzan,
y solitarias quedais
en vuestros nichos de plumas.

Dios guarde á las golondrinas
que encontraron pobre tumba
entre las sombrías grietas
de las mezquitas morunas.

¡Quién sabe si yo tampoco
volveré á la pátria nunca,
y tan lejos de los mios
hallaré la sepultura!

LA VIEJA DE TINTIN.

TRADICION

POR

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

I.

Por la puerta antigua de Córdoba, calle de Santa Brígida, cuya calle se desliza á la derecha del colosal castillo de Montilla, se sale directamente y en línea recta, siempre descendiendo hasta la fuente de la *Malenita*, situada precisamente en la falda del cerrillo que ostentaba en el tiempo de nuestro relato la ermita del Santo Cristo de los Caminantes. Dicho sitio, vereda de Huelma, estrecha hoy como un camino por estar aprovechada en su totalidad como todos los terrenos del comun de los pueblos, usurpados y arrebatados á la propiedad y disfrute de los mismos por los privilegiados del poder, es el lugar primero donde empezaremos nuestra narracion.

Desde dicha vereda y fuente, y dejando á la izquierda algunas huertas, y á la derecha tierras y olivares, se abre un caminito que despues se prolonga en forma de cauce, por donde ruedan las aguas llovedizas, hasta la distancia de un cuarto de hora, es en donde se encuentra la mal llamada fuente de Tintin, que no es otra cosa que una pequeña charca de agua cristalina.

En la izquierda de dicho caminillo cauce, y corte recto de una piedra ó trozo de granito, cuya extension no se puede medir por estar sus límites cubiertos por las tierras cercanas, aparece una hendidura, que se prolonga en forma de montera, dentro de la cual puede penetrar un hombre como unos dos metros, siendo su fondo estanquillo cristalino de agua, cuyos sobrantes ruedan por la parte baja del camino, ya desde aquel punto con mas ó menos corriente.

La laboracion de las tierras circunvecinas, y principalmente en la superficie ó techumbre de esta cueva, ha hecho que desaparezca el chorro natural del agua, gota á gota caída desde el peñasco á la charca, y cuya circunstancia, presumible y lógicamente, desde los mas antiguos tiempos, daria el nombre de Tintin á dicho manantial.

De esta cueva pues y estanquillo, que en los tiempos de nuestra leyenda era de mayor extension interior, aunque á la vista no presentase mas que la descripcion que hemos hecho, se conserva en Montilla la tradicion de *La Vieja de Tintin*, que segun ha pasado de unos en otros, parece que «era verde y jeñosa, y cernia continuamente en el hueco del manantial, con ce-dazo monstruoso, los higos que arrojaban las higueras plantadas en los superpuestos terrenos de la peña. Estos higos tenían la virtud al comerlos, de que cesaban inmediatamente las querellas entre los padres y los hijos.»

II.

El 31 de Julio de 1589 se habian aprobado en la ciudad de Montilla las Constituciones de la órden de Caballeros Quantiosos, aparecidos por primera vez en la España cristiana áraiz de la batalla de Clavijo, año de 844; y cuyo principal objeto, era el de combatir la raza mora, y últimamente toda inmixtion extranjera en los asuntos nacionales.

En la casa del Baillo, calle hoy de Juan Diaz, se determinaron y aprobaron dichas Constituciones, y allí surgió en su última reunion aprobatoria, una lucha, una enemiga de sangre, que no debia terminar sino con la muerte.

D. Alonso de Vargas y el licenciado D. Pedro de Figueroa, personas de la primera reputacion y nobleza, y entre los cuales

existia siempre una ligera emulacion de cual mas preponderase en las esferas de la vida social, por cuestion de quién fuese más ó quién ménos, en la aprobacion de uno de los artículos, se trabaron de palabras, y despues de obra yendo á las manos.

D. Alonso de Vargas dió un bofetón á Figueroa, y éste á su vez y casi simultáneamente una estocada al D. Alonso, sin poder pasar á mayor violencia, porque los caballeros concurrentes pusieron término á la querella separándolos en el acto.

En los primeros dias, despues de pasada la escena que acabamos de referir, los amigos y las respectivas familias de los contendientes, sirvieron de escudo con su vigilancia á los rencores de ambos caballeros; pero algun dia terminada ó descuidada ésta, dió por resultado la muerte de Figueroa, al subir la cuestecilla de Rompe-haldas, hoy cuesta de Lozano, al comenzar el crepúsculo de una tarde de Setiembre.

Frente por frente de la casa número 17 de dicha cuesta de Rompe-haldas, casa donde vivió desde la edad de tres ó cuatro meses hasta la de 19 años, el ilustre general, hoy espatriado D. Juan Contreras y Roman, se encontraron los dichos Vargas y Figueroa solos, y en desafío reñido se batieron, quedando muerto el último.

La esposa de D. Pedro de Figueroa, D.^a Juana Paez de Liébana, que idolatraba á su marido de una manera enloquecedora, casi estuvo á la muerte por causa de la pérdida de su esposo. Sin embargo, se salvó quedando para siempre perturbado su organismo, hasta el punto de que ocultamente, principió á madurar y á preparar su cerebro, una idea terrible, al conocer habian sido infructuosos los deberes de la justicia para encontrar al matador de su marido.

Efectivamente nada, nada se pudo conseguir ni averiguar del causante de dicha muerte, aunque se practicaron toda clase de diligencias oficial y extraoficialmente.

Para esta esposa delirante de dolor, y perturbado su cerebro por la venganza, nadie, ninguno otro habia sido la causa de la muerte de su esposo, mas que su contrario D. Alonso de Vargas; y contra éste, soñó, acarició y preparó, una venganza terrible.

D. Alonso de Vargas desde su casamiento con D.^a Mencia de

Astorga, habia sido siempre el hombre mas feliz de la tierra, con el amor de su esposa mientras vivió, y con el amor de su hija única Teresa, que era el encanto de su existencia. Perfecto caballero como era y esclavo del honor, por causa de éste, y de su carácter demasiado violento, en duelo de igual á igual, ya hemos dicho habia sido en verdad el autor de la muerte del don Pedro; muerte que habria de traerle su desesperacion eterna.

La vengativa esposa de Figueroa, buscó con refinamiento persistente el flanco mas doloroso de su enemigo, y lo encontró al fin, haciéndole aparecer manchada á sus ojos, su hija idolatrada Teresa.

Tal fué, pues, su trabajo, y tan continuado dia por dia, que antes de los tres años hubo de lograr su terrible propósito.

Este es el asunto que nos proponemos brevemente referir á continuacion.

III.

Era el 4 de Mayo de 1591.

Entremos en una gran casa de la calle de S. Fernando de la ciudad de Montilla, que aun en su esquina conserva un sello de la antigüedad de Ulía (1) y dejando una placetilla que le precede, atravesemos sus grandes y macizas puertas oscuras.

Despues de penetrar, torzamos á la derecha hasta buscar la última habitacion baja, que tiene alta y pequeña ventana á la calle Anton de Aguilar. Esta es la casa de D. Alonso de Vargas.

Misteriosa y sombría, de altos y macizos muros, parece inhabitada, y efectivamente casi lo está, desde hace unos diez dias, pues en ella no moran mas habitantes, que D.^a Teresa de Vargas, hija única del D. Alonso, y un criado y una criada tan

(1) Es una piedra sepulcral romana que la trae D. José Vazquez Vene-
gas de los papeles del Dr. Enrique Vaca de Alfaro, y publicada por
Musatori, y últimamente por el Dr. Emilio Hubner en su *Corpus Inscriptio-
num latinorum* señalada con el número de órden 1542. Para sacar el cal-
co de esta piedra fuimos en el año de 1856 con el Dr. Hubner, al si-
tio donde aun se encuentra, que es la esquina de la calle de S. Fernan-
do á la de Anton Aguilar.

ancianos y tan servidores de la casa, que el cariño que les conceden sus dueños les dá derechos de familia.

Son las ocho de la noche, y en la cámara que hemos referido, tapizada en grandes recuadros de madera sugetos á las paredes, con cuero avellana de Córdoba, y con clavetillos dorados, se encuentra la jóven hija de D. Alonso, sentada en un sitial, y apoyada en un reclinatorio portátil que tiene delante, pareciendo sumida en un profundo aletargamiento.

Silenciosa y calladamente ha penetrado en la estancia un anciano mayordomo, completamente encorbado por los años, y sostenido en una muleta para auxiliar sus pasos vacilantes.

Teresa no se ha incorporado en el asiento ni ha demostrado señales de conocer que alguien se acercase, hasta que el anciano al llegar á ella le tocó suavemente en el hombro.

—Niña Teresa, le dijo, aquí me tienes y te traigo una noticia.

Teresa se incorporó y mirando tiernamente á Cristóbal Perea, que así se llamaba este antiguo criado, le respondió:

—Hablad, hablad, porque ya no tengo alientos para tanto sufrir. ¿Y mi padre?

—De él, hija mia, de él es la noticia.

—Venid, venid pronto.

—No te impacientes por Dios, á mis años no se puede ir de prisa, y á mis años tambien, hay alguna esperiencia y muchos temores.

—Pero decid de una vez, Cristóbal.

Sosíégate y ten calma, y empecemos antes por la conversacion de siempre. ¿En qué le has ofendido? Dímelo por Dios.

—En nada, en nada Cristóbal, os lo he dicho ya muchas veces; en nada os repetiré siempre, y en nada, en nada, diria al mismo Dios que me lo preguntase.

—Si, tienes razon, tienes razon, hija mia, y no puedes menos de tenerla. En nada, porque eres un ángel; en nada, porque no cuentas mas que quince años; en nada, porque tu educacion no ha tenido igual; en nada, porque nadie ha fijado aun en tí los ojos; y en nada, por último, porque la inocencia está todavia inmaculada en tu alma. Pero, ¿por qué está tu padre sério y reservado contigo, y el dolor y la desesperacion es lo que últimamente hemos visto en su rostro?

—Sabeis que no lo sé, y me lo preguntais para hacerme sufrir, replicó Teresa derramando un mar de lágrimas.

Cristóbal al verla tambien lloró, y sus sollozos mezclados con los de Teresa, interrumpieron el silencio de aquella estancia.

—Templa por Dios tu llanto, querida hija mia, añadió Cristóbal, sujetando sus lágrimas, y tomando aptitud mas serena; templa por Dios tu llanto, y sigamos hablando de tu padre.

Teresa iba á interrumpirle; pero el anciano continuó:

—No podemos, pues, de ningun modo explicarnos el dolor y reserva que se reflejaba antes de partir en el rostro de tu padre, y muchísimo menos al haber despedido todos los criados antes de partir, á excepcion de la vieja Florencia y yo, y sin embargo, hay aquí un misterio terrible que no podemos penetrar.

—Y yo ¿qué he podido hacer mas que respetar las órdenes de mi padre, y no admitir otros criados aun á pesar de vuestros deseos?

—Tú nada has hecho ni has debido hacer, y en el mismo caso yo me encuentro, que desde el tiempo de mis abuelos servimos esta casa. Pero ahora, y esa es mi venida, te suplico hagas lo que te aconseje.

—Hablad, decid; ¿á quién he de obedecer mas que á vos que me quereis con el cariño de un padre?

—Acabo de saber, repuso Cristóbal, que mi Sr. D. Alonso se encuentra en casa de su sobrino el Alcalde mayor de Alcaudete, y es preciso que le escribamos una carta.

—Marchó sin decir dónde, añadió Teresa. ¿Cómo sabeis que allí se halla?

—Me lo acababa de decir el demandadero de las monjas de Santa Clara, pues su hijo que ha llegado hoy aquí, despues de estar en Baena, y antes en Alcaudete, dice haber visto al señor.

—Pues bien. ¿Qué he de hacer?

—Dirigirle esta carta que ya traigo aquí escrita.

—La firmaré; con eso basta, y vos tambien.

—Así lo he hecho, hija mia, y si acaso no respondiese, ponernos en camino, y allí al amparo de la familia, en Alcaudete, pedirle explicaciones y perdon hasta tanto de traerlo á nuestro cariño.

—Dádmela.

Cristóbal alargó á Teresa un papel enrollado, y ésta despues de leerlo se levantó y dirigiéndose á una mesa, suscribió la carta dirigida á su padre, entregándosela despues á Cristóbal.

—Adios, hija mia, añadió éste: dentro de un momento llegará Anselmo á quien he mandado llamar, y éste la llevará mañana á Alcaudete al amanecer. En seguida pienso acostarme; creo que me encuentro un poco indispuesto.

Desde el momento en que Teresa habia entregado la carta á Cristóbal, volvió á quedar sumida en su aletargamiento, pareciendo no oirle.

El anciano Cristóbal se retiró.

IV.

Una hora escasa habia pasado, y el golpe lento y monótono de las campanadas de la queda, parecian haber dado en el cerebro de la jóven Teresa, conmoviéndose todas las fibras de su cuerpo, volviendo otra vez á la realidad de la vida, cuando penetró en la estancia la vieja Florencia.

Aquella niña de quince años, sola, y con su pensamiento luchando hacía ocho dias, sin poder ni aun vislumbrar ligeramente el misterio que envolvía la resolucion última de su padre, de abandonar su casa, dejándola en aquel estado; sola únicamente, con su pensamiento en lucha, habia sufrido torturas infinitas. Estas torturas, este anhelo, esta ansiedad en una palabra, latente, continúa, y pertinaz, le habian por completo destrozado su alma vírgen, cuando su alma vírgen aun no habia empezado á sonreír tristemente con las ilusiones de los problemas sérios de la vida.

Este estado de nueve dias consecutivos, la habian trasformado de repente, y la habian hecho ser mujer en el camino de las amarguras.

Su belleza admirable, se habia agostado como la flor; blanca y pálida casi llenaban por completo el óvalo perfecto de su semblante, la dilatacion de sus pupilas, y la cinta azulada que cada vez se extendía mas á su alrededor.

En su mirada, antes dulcísima, se destacaba profundo fuego sombrío, precursor de aliento poderoso, de resoluciones rápi-

das, extremas, indestructibles; y eternamente ciega en su lucha de descubrir y de adivinar, su intenso padecimiento y anhelo la sostenia.

Un estremecimiento nervioso hemos dicho que recorrió todo su cuerpo galvanizándolo, con los lentos y monótonos golpes de las campanadas de la queda, despertándola de su marasmo, en el momento de penetrar en la cámara su criada Florencia.

Esta era una anciana de los mismos años y los mismos achaques de Cristóbal.

—¿No te has acostado? le dijo Teresa admirada de verla entrar.

—Y cómo he de hacerlo, señorita, sin vos haberlo realizado.

—Tienes razon; egoista con mis dolores, no comprendo que los causo á los demás. Retírate y acuéstate.

—¿Pero vos no lo haceis?

—Retírate y acuéstate, pobre Florencia; yo aun he de tardar algun tiempo. Tengo la cabeza que me arde, y no podria conciliar el sueño.

—Yo no quisiera.... se atrevió á murmurar Florencia.

—Pues lo harás, en seguida, replicóle Teresa, con cariño á la par que con entereza. ¿Lo entiendes?

Florencia pareció hacer una demonstracion para retirarse sin replicar cuando la jóven añadió:

—¿Y Cristóbal, está ya acostado?

—Si señora, respondió Florencia. Apenas salió de este aposento se retiró á su cuarto para descansar, porque se encuentra indispuerto.

—¿Entonces no ha venido nadie? interrumpió la jóven.

—Eso iba á continuar diciendo. Ya en su cuarto Cristóbal, llegó Anselmo á quien entregó una carta diciéndole que al amanecer partiera para Alcaudete, retirándose en seguida éste y quedando en hacerlo.

—Bien está, ahora á descansar, Florencia.

—Puesto que la señora lo ordena, lo haré. ¿No necesitais nada?

—Nada: retírate. Buenas noches.

—Buenas noches, repitió Florencia al atravesar las puertas

de la estancia, y en cuyo momento se oyeron fuertes golpes en la puerta de la calle.

Florencia tornó en seguida á penetrar en la cámara.

—¿Habeis oído llamar á la puerta? dijo.

—Quién será á estas horas?

—Yo creo que no se deberá abrir; dos mujeres solas é indefensas...

—Dices bien; pero no deja de sorprenderme quién ha de venir á mi casa.

—No sé, señora, no sé: como no fuese el amo.

—Sí, sí, abre inmediatamente; no tardes, replicó Teresa anhelante é impaciente.

Florencia, sin embargo, permanecía como clavada en su sitio sin obedecer las órdenes imperiosas de su señora, cuando se repitieron los golpes en la puerta con mas fuerza.

—Marcha, Florencia, marcha inmediatamente, repitió la joven, y en el mismo momento de pronunciar estas palabras, se lanzó precipitadamente en dirección de las puertas de la calle apartando á Florencia de su camino, que visiblemente temblaba de miedo.

Florencia, sin embargo, con voz apagada, aun se atrevió á murmurar:

—No vayais, no vayais por Dios, señorita.

Teresa no hizo caso y llegando á la puerta, y decididamente descorriendo el cerrojo, la abrió.

Un hombre del campo se presentó á su vista, que sin saludarla, y demostrando impaciencia é inquietud, le dijo:

—Si quereis ver vivo á vuestro padre, en este instante está espirando en la huerta de la Plata, por la venganza y los asesinatos de D.^a Juana Paez de Liébana.

—Mi padre, mi padre!; esperad, con vos partiré.

El hombre del campo sin parecer oírla, pues habia echado á andar precipitadamente, antes de volver la esquina inmediata de la derecha, pronunció estas palabras:

—Voy á avisar á la justicia.

—Esperad, gritó nuevamente la joven Teresa, cuando ya los pasos del campesino, se oían por última vez al entrar en la calle Corredera.

Teresa habia quedado inmóvil y pálida en la puerta de la

calle, y si no hubiera llegado Florencia, que solo habia oido el grito de «esperad,» tal vez no se hubiera movido de aquel sitio en algun tiempo.

La oscuridad del portal hacia que Florencia, ignorante de todo, no pudiese percibir lo desencajado del rostro de su señora, y esta misma ignorancia le hizo exclamar viendo la inmovilidad de Teresa:

—¿Pero señorita, que haceis? Quién era el que llamaba? Algun burlador sin duda. No habia nadie.

Ante el tropel de tantas preguntas de Florencia, pudo rehacerse por completo la jóven, y fingiendo serenidad, respondióle:

—Si, nadie, Florencia; alguno que equivocaria su casa en la oscuridad; alguna burla como has dicho; algun loco probablemente.

—Veis como yo lo decia?; y á Dios gracias, que...

—Marchémonos pues á acostar, cierra la puerta.

Florencia corrió el cerrojo inmediatamente, y añadió:

—¿No os acompaño?

—No: ya te lo he dicho.

Teresa marchó delante y penetrando en su cámara cerró la puerta por dentro. Florencia al echar el cerrojo en la puerta de la calle se retiró á su aposento.

V.

Son las dos de la madrugada del dia 5 de Mayo de 1591, es decir, próximamente cinco horas despues de las escenas que acabamos de reseñar.

Un chiquillo, un jóven hermosísimo, escasamente de unos doce años de edad, de rasgados ojos negros y con el traje de un trabajador, se encuentra tristísimo y ojeroso y anonadado, sentado sobre una peña inmediata á una posilla de agua, que es la que hemos designado lleva hoy el nombre de la *Malenita*.

Sin embargo de su postracion y anonadamiento, como de haber corrido grandes distancias, y estar poseido de inmenso dolor, parece esperar atento el menor ruido para huir, segun la inquieta actitud que le sobrecoge al sentir el mas leve é imperceptible de las ramas.

Su sufrimiento revelado en su semblante y mirada es intenso, y ráfagas rosadas que brotan y desaparecen por instantes en sus mejillas, marcan profundísimo rubor.

Aunque la noche es clara y serena, va ya desapareciendo lentamente la oscuridad y sucediéndole en cambio la reverberación lejana de los ausentes resplandores del alba.

El tiempo no es de primavera como debiera marcar la estación, sino por el contrario bochornoso y cálido, sin que se mueva la mas ligera brisa.

El jóven no tiene conciencia del estado en que se encuentra, que debe ser gravísimo, y sin embargo le estraña tanto silencio y tal soledad, pues creia que ya debia notarse el primer movimiento del trabajo por los campesinos sus compañeros, que madrugando saliesen á sus faenas.

Efectivamente, á esa hora y en todos tiempos, hay diligentes trabajadores que madrugan muchísimo antes del alba, y ningún movimiento, ningún ruido, ni cerca ni lejos percibió el chiquillo, que esto determinase. Era con todo natural y de facil esplicacion esta carencia de movimiento. El venidero día era el primero de la Pascua de Pentecostes ó venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, y la huelga era general en todos los trabajadores.

La actitud en que se encontraba el jóven de esperar atento el menor ruido, y la nerviosa inquietud que le dominaba, se han realizado.

El ruido, y en su consecuencia la sorpresa que le ha sobrecojido, han sido tan instantáneas, que en el momento de levantarse y huir, un perro podenco hermosísimo, se le ha acercado con demostraciones de júbilo.

A la presencia del perro tembló mas poderosamente nuestro jóven, y vaciló unos momentos para no caer en tierra, sin fijarse en los aullidos lastimeros del animal, ni en los esfuerzos que este hacia desgarrándole sus ropas.

El podenco sin darse un punto de reposo, intentaba avanzar tirando del jóven, y este, mudo, tembloroso, jadeante, la vista perdida, extraviada, prensándose las sienes con ambas manos, no podia fijar sus ideas, y hacia esfuerzos poderosos por llamar su razon que se le escapaba.

Empezó á andar á los empujes del perro, y en seguida é ins-

tantáneamente á la par de una sacudida nerviosa de todo su cuerpo gritó desgarradamente.

—¡Ya es tarde! Ya es tarde!

El perro acompañó con un aullido mas lastimero este grito de desesperacion, y continuó tirando de los calzones del muchacho.

Este, rígido y nervioso pareció tomar aliento, y dirigiéndose al perro le dijo:

—Sí, sí, vamos, aún todavía podré llegar á tiempo.

Y chiquillo y podenco empezaron mas bien á correr que á andar en direccion del Norte.

La caminata del perro y del jóven, tomada en línea recta por enmedio de los escasos sembrados, y mas abundantes matorrales, fué pesada y fatigosa; y el podenco latía, y el jóven jadeaba, pareciendo que se le rompía el pecho á cada aliento que despedía.

Así caminaron durante unos breves momentos, cuando el perro lanzando un leve gemido; quedó tendido en tierra.

El jóven se detuvo y miróle espantado, sin embargo de la oscuridad.

El animal exhalaba en aquel instante su último aliento.

No adivinó el muchacho la causa de esta parada, y sin percibirlo siquiera, iba á continuar su marcha desalentada, cuando tropezó con el cuerpo del animal.

Se detiene, se baja, recoge al perro con sus manos que se le tornan húmedas, y nota el enfriamiento cadavérico, y presiente que aquella humedad es sangre, y arrima sus manos ávidamente á sus ojos. La ténue claridad de las reverberaciones crepusculares, le permiten adivinar la oscuridad de sus manos, y notar que aquella humedad es pegajosa, y lanzando un grito desgarrador, prosigue su camino, ya incierto desde aquel instante por falta de su guía.

Seis ú ocho päsos ha avanzado con prodigiosa rapidéz cuando instantáneamente se detiene y vuelve hacia el perro, pidiéndole ayuda. Cae desplomado con todo su peso en tierra, y toma en sus brazos el cadáver del animal, levantando su cabeza sobre sus dos manos hasta la altura de sus ojos. Sus pupilas penetradoras quieren contemplar la vida que ya habia huido de aquel cadáver, y sus lábios quieren pedirle consejo, ayuda, auxilio, en su situacion de misterios y angustias.

Sus ropas se han manchado de sangre, sus manos están tintas en ella, y el cadáver se desprende nuevamente cayendo en tierra.

En esta ansiosa actitud, desencajado el semblante, y en medio de aquel profundo silencio, ha oído repercutir sobre el suelo, á su espalda, lejanos pasos de corceles en carrera, y esto le hace pensar en que se retarda en su empresa. Fija su oído con mas atencion; se asegura de la verdad del ruido que oyera, y tomando desesperada resolucion, se precipita en veloz carrera hasta perderse de vista.

VI.

Una casería rústica, esencialmente campestre y anchurosa, con numerosos establos, enclavada en un estenso valle, y con gigantescas arboledas y exuberante frescura por la parte del Oeste, y limpia y despejada por las demás á excepcion de los sembrados de trigo, es lo que tenemos necesidad de presentar á nuestros lectores en la noche de nuestra referencia.

En la estensa planicie que precede á las puertas de entrada de esta casería ó quinta, se ven en tendida fila casi sin levantarse del suelo, seis pilas rústicas, derramando el agua sobrante un reguerillo que se pierde entre los árboles de su izquierda, del abundoso venero que las llena.

De frente precisamente de estas pilas, se encuentra la puerta principal de este caserío, y no decimos puerta principal por su importancia, sino porque á su lado derecho aparece otra, y á su lado izquierdo una empalizada, semejando otra de entrada á los establos.

Por esta puerta principal que hemos dicho, se penetra en una inmensa cocina adornada á uno y otro lado con asientos de piedra pegados al muro; y despues á las demás dependencias que solo son establos y caballerizas y tinados, y en su parte superior graneros.

La puerta otra que hemos señalado á la derecha de la principal, es la única que en la oscuridad se puede ver está entreabierta, pues se nota desde lejos un rayo de luz, semejante á una ancha cinta en toda su longitud.

Esta quinta, á pesar de estar hace tiempo deshabitada, no

extrañaria á ningun pasagero el verla con luz en esa hora de la noche, pues muchos de los cazadores de lobos, venados y ciervas, corsarios nómadas por estos terrenos, la suelen tomar como deshabitada para su abrigo, y principalmente para sus pequeños festines y orgías.

Sin embargo, fuera de estos aventureros, nadie se hubiera ocupado en visitarla, pues su último morador hacia unos nueve años, había amanecido ahorcado en una mañana de viernes santo.

Son las doce ó mas de la noche, es decir, unas tres horas próximamente despues de la escena referida en la casa de Teresa de Vargas con los ancianos criados Cristóbal y Florencia.

Un silencio profundo reina por doquiera, y solo se advierte de momento en momento, que una sombra intercepta el rayo de luz que se desprende de la puerta entreabierta, que ya hemos indicado.

La escasa claridad de la noche hace que no se puedan percibir los contornos de esta figura, y esta figura en su rápido movimiento por la planicie delante de la puerta, ó es pura fantasía de los sentidos, por el pavoroso terror de los campos, ó es fantasma materia fingiendo perfecta realidad, ó sér angustiosamente desesperado que allí sufre tortura infinita, próximo á estallar su cerebro.

Sus paseos, idas y venidas por delante de la puerta, son regulares y rápidos, y parece que quiere cansar su cuerpo en su constante ejercicio para ponerlo á la altura del estado de sus facultades.

Su figura, aunque no puede definirse, mas bien representa la de un hombre, pero un hombre envuelto en capa ú hopalandá rastreador.

Momentos hay en que se para y escucha en la direccion de los campos, volviendo despues de un breve espacio á seguir sus interrumpidas vueltas.

Son mas de las doce como hemos dicho, y el fantasma se acaba de detener, y ha avanzado rápidamente por el sendero mas inmediato á la casería.

Unos instantes despues se oye el murmullo de dos que hablan sigilosamente en la direccion y el sendero que tomára el de la hopalandá.

Agitada y rápida parece su conversacion, y despues de pasados unos instantes, quedó interrumpida de repente.

En dicho punto, las dos figuras se han separado bruscamente, y la segunda que no hemos visto, se ha ocultado detras del caserío abandonado mientras que la de la hopalanda, se ha dirijido á la puerta por donde destellaba un filamento escaso de luz.

VII.

¿Qué hay en el caserío del ahorcado? ¿Qué hilo de luz es este que se desprende por la pequeña puerta de su derecha? ¿Quién es este fantasma de la hopalanda? ¿Con quién ha hablado? ¿A qué entró rápido por la puertecilla interceptando la luz que de su interior derrama?

Eso es lo que vamos á ver dentro de breves instantes, y lo que tratamos de referir á nuestros lectores.

Cerca de dos horas han pasado y en todo este tiempo ni un solo murmullo se ha percibido dentro ni fuera del caserío.

Dijimos anteriormente que la decidida y desesperada carrera del muchacho campesino hasta perderse de vista dejando abandonado el cádaver del perro, habia sido efectuada en el momento de convencerse del ruido y galopar de caballos.

Este galopar habia terminado de repente, al parecer á distancia de la casería por la parte del Norte como de unos quince minutos de camino.

Los que habian detenido de improviso sus caballos, casi no habian tenido necesidad de desmontarse, pues estos habian quedado tendidos sobre la tierra.

Larga y vertiginosa carrera acababan de dar. Larga, incansable, terrible, y los nobles brutos al terminarla, esperaban acabar tambien con su vida, desangrados por los acicates, sudorosos y jadeantes, donde las fuerzas y el dominio les habian arrancado todos sus esfuerzos.

Uno de los ginetes al bajar descolgó dos pistoletes del arzon, é igualmente ordenó al otro su criado que hiciese lo mismo.

—Pedro, marchemos á pié y pronto, dijo el primero, y vuelve por última vez á mirar si nos sigue Lobeuzno.

—Es inútil señor, le repuso el criado; Lobeuzno queda tam-

bien tendido en tierra y desangrándose. No se levantará mas.

—Así me gusta, añadió con voz ronca el llamado señor. En marcha, pues.

—Os lo ruego por Dios, una vez mas; señor, deteneos.

—Calla y sígueme, ó vuélvete.

—¿Y estas señales?

—¿Cuáles?

—Primero, Lobeño tendido y muerto en tierra, y despues estos pobres animales, cadáveres.

—Esas señales, Pedro, alumbrarán mi camino.

—Esas señales, señor, os darán á conocer á la justicia.

—A la justicia yo la buscaré ó ella me encontrará cadáver.

—Calla; no me repiques, repuso el caballero impidiendo con la accion y la palabra que su criado hablase. Oye bien mi último encargo por si quieres cumplirlo. Vela despues de mí porque se realice mi última voluntad escrita y firmada en este dia. En marcha pues, sígueme ó vuélvete.

—Señor.

—Vivo, y silencio.

Pedro bajando la cabeza se apresuró á cumplir las órdenes de su amo, y recojiendo de su tendido y cadáverico caballo una pistola de arzon, le siguió silencioso.

VIII.

Ya dijimos que el muchacho campesino al sentir el rumor del galopar de caballos, habia tomado decidida y desesperada carrera, perdiéndose en la inmensidad de los campos.

Instantes despues llegó á la puerta principal de la casería, y llamó con sus manos, con todo su cuerpo, ciego como iba en su carrera desesperada.

Silencio profundo siguió á su violento empuje, y silencio profundo continuó despues de repetir otra llamada mas poderosa.

Un momento despues, rehecho el jóven, y estendiendo su vista en la longitud del frente del caserío, vió en la segunda puerta el filamento de luz, y á ella dirigióse penetrando de repente.

En el primer departamento donde la luz se hallaba, viejo y destruido velon de Lucena colgando de un clavo en la pared, y sin otra clase de moviliario, sino algun palo roto de sillón en uno de sus rincones, sucios y mugrientos por el abandono, oyó el jóven un gemido ahogado, semejante á un suspiro, y penetró sin vacilar por otra segunda puerta que daba á otra estancia.

En esta otra estancia no habia otro moviliario sino un jerigon y unas mantas colocado todo sobre poca alzada tablazon carcomida, semejando un lecho, donde habia reclinado un hombre, cubierto todo con las mantas y semi inclinado á espaldas de la puerta de entrada como para escusar la luz que por ella penetraba.

En el momento de entrar nuestro muchacho, oyóse otro quejido del que estaba en el lecho, mas vago é indefinible, y este exclamó arrojándose sobre aquel cuerpo.

—Padre mio! padre mio! ..

El de la cama pareció hacer un movimiento como para volver la cabeza, y repitiendo desgarradoramente el jóven ¡Padre mio!, cayó desplomado y sin fuerzas sobre el lecho.

Dos ruidos casi simultáneos siguieron á este segundo grito del muchacho, el de la primera y el de la segunda puerta que se abrieron con un empuje poderosísimo.

El primer viajero de los que habian abandonado los caballos moribundos, habia penetrado en esta segunda estancia.

Al ruido que produjo su entrada, el muchacho que un momento antes cayera desplomado sobre las ropas del lecho, se incorporó, al par que otro hombre, el del lecho, se deslizaba del mismo.

Lo que vamos á referir no tiene esplicacion, no tiene detalles, como no los pueden tener ninguno de los monstruosos crímenes que se cometen en la ceguedad de las pasiones.

Al incorporarse el jóven, en el despertar de su desmayo, no habia aun terminado de volver la cabeza, á la impresion del ruido de la puerta, cuando un terrible pistoletazo se la atravesó de una sien á otra.

Mientras el chiquillo caia en tierra sin lanzar un grito, el viagero asesino gritó con voz terrible:

—La liviandad y la deshonra no se sostienen en mi sangre.

A la par que estas palabras, una segunda detonacion oyóse, dirigida, al parecer, al hombre que se habia deslizado del lecho por la parte opuesta, pero apareciendo en este instante por una puertecilla allí oculta el bulto de la hopalanda, este fué quien recibió el golpe cayendo tambien herido.

Al dar paso la puertecilla oculta en el muro y detras del lecho á el hombre que habia de él descendido, sustituyóle tan precisa é inmediatamente el bulto de la hopalanda, que éste fué quien recibió en su pecho la segunda detonacion.

El primer cadáver, el del jóven, como hemos dicho, se habia desplomado en el suelo; el segundo, el fantasma de la hopalanda se habia quedado en el lado opuesto del lecho entre las almohadas y el muro.

El viagero asesino contempló pasmado y atónito esta nueva figura de aquel cuadro, mientras ésta se enderezaba lentamente como haciendo supremos esfuerzos, apoyando sus manos en el jergon, mirándole á su vez terriblemente.

Con horribles torturas de dolor, y descompuesto y cadavérico el semblante del fantasma, sus ojos estremadamente abiertos no pestañeaban sin apartarlos de su asesino, y esforzándose mas en su agonía, asomando sarcástica risa á sus labios, gritóle:

Alonso de Vargas, Alonso de Vargas, Alonso de Vargas! ya está vengado mi esposo D. Pedro de Figueroa.

D. Alonso de Vargas, pues este era el viagero asesino, intentó saltar encima del lecho, pasando por el primer cadáver, para alcanzar á la esposa vengadora D.^a Juana Paez de Liébana, cuando esta gritó aun casi ronca por la agonía:

—Has muerto á tu hija Teresa apareciendo por mí culpable á tus ojos. Muerta está por tu mano, pero es inocente. Ahora conclúyeme de matar, mi obra está terminada.

Un doble grito de dolor y desesperacion, apagado el primero, atronador el segundo, conmovieron hasta los muros de aquella estancia. El bulto de la hopalanda, D.^a Juana Paez de Liébana, habia lanzado un gemido al rodar en tierra; el otro por don Alonso, cayendo inanimado sobre el cuerpo de su hija Teresa, el muchacho campesino, á quien asesinara un momento antes. Se habia atravesado el corazon con su puñal.

A pesar de que Pedro el criado se habia quedado fuera en

el campo habiendo jurado á su señor el no penetrar en el caserío, al oír las detonaciones, avanzó y penetró en el momento en que su señor caía moribundo, abrazándose en su agonía con el cadáver de su hija.

Pedro no podia hacer nada para favorecerlos: eran cadáveres.

Inmediatamente se dirigió al bulto de la hopalanda, la vengativa esposa de Figueroa.

Esta al sentirlo, aun murmuró débilmente.

—Matadme, matadme; ya nada me importa sino mi salvación.

Pedro el criado, reflexionando instantáneamente sobre tan terrible drama, casi lívido de terror, y en el mas sombrío silencio, y en medio de la oscuridad, huyó por los campos llevando en sus brazos á D.^a Juana, moribunda.

IX.

Empezando el alba á sonreír, momentos despues de esta escena, llegaban al caserío el Alcalde mayor de Montilla Licenciado D. Diego de Calmaestra, y su alguacil Lebicton y el familiar del Santo Oficio D. Pedro de Córdoba y Porres, con otros dos familiares y un par de criados.

En silencio y misteriosamente despues de reconocer la casería, sin encontrar viviente ni vestigio alguno que denunciase al criminal, levantaron los cadáveres de D. Alonso de Vargas y de su inocente hija Teresa, disfrazada de mancebo, para acudir, segun el falso aviso, en auxilio de su padre; y los condujeron á la ciudad, lo mismo que los dos pistoletes y el cuchillo, autores de la catástrofe.

Muy pocas personas vieron entrar en la ciudad este cortejo fúnebre; y los cadáveres fueron llevados á su casa, sin que nadie pudiese apercibirse de ello.

Toda clase de indagatorias se hicieron para descubrir el autor de tan tremendo crimen, pero todo fué en valde.

Solo apareció entre las ropas del D. Alonso, el cual se hizo constar en las diligencias incohadas, el siguiente documento:

«Hoy cuatro de Mayo salgo de Alcaudete en direccion á la casería de la Plata, donde mi hija Teresa y yo encontraremos

la muerte. A mi criado Pedro con recado falso lo he mandado á Cabra. Mis herederos, pues no tengo otros, serán mi dicho criado Pedro, y mis otros dos criados Cristóbal y Florencia. Yo D. Alonso de Vargas.»

Al volver Pedro á la casa de su señor al dia siguiente, y enterado por Cristóbal, prestó despues declaracion ante la justicia de haber estado en Cabra por mandato de su amo, y renunció su parte de herencia para que se emplease en sufragios por el alma de sus señores.

Nunca habia podido Pedro comprender la vida monacal, que en su juicio no era otra cosa que contrariar en un todo las purísimas doctrinas del Salvador; pero en aquel momento y en las condiciones que se encontraba, cuando ya sin familia, sin cariños, sin fuerzas para el trabajo, sin mision de virtudes que llenar en el mundo; donde ya no podia ser útil á nadie ni para nada, comprendió como pago eterno de su cariño para con sus amos, y su siempre adoracion al Ser supremo, su incesante silencio y sus eternas plegarias hasta la terminacion de sus dias.

En el convento extramuros de San Laurencio, profesó y allí continuó con vida ejemplar hasta su muerte.

Los funerales de D. Alfonso y de D.^a Teresa de Vargas fueron ostentosos, y sólo supo el público por conducto de Cristóbal y Florencia, sus ancianos criados, que al volver dichos señores sus amos de Alcaudete, habian sido asesinados por unos facinerosos.

El proceso incohado aunque secreto, en la imposibilidad de descubrir el crimen, despues de bastante tiempo y á instancia de sus parientes, se mandó destruir.

Poco mas tiempo que sus señores vivieron Cristóbal y Florencia, y al finalizar el último de los dos habia terminado con la herencia. La repartieron constantemente en los pobres sin tomar nada mas que lo preciso para su sustento.

X.

A los treinta años de nuestro drama y en medio de la noche, dos legos del convento de San Laurencio, vestidos de trabajadores, y dos frailes conducian en un sillón de brazos un cadáver desde la cueva de la charca de Tintin al dicho convento.

El cadáver era el de D.^a Juana Paez de Liébana, que con vida ejemplar y santísima, despues de curada de su herida, habia allí pasádo toda su vida, alimentándose sólo del pan que le llevaba Fray Pedro de la Visitacion su salvador, y de las yerbas y frutos que producía el terreno.

Pedro el criado allí la habia conducido para intentar salvarla de su herida, de su delito y de su pecado, y ya hemos visto habia conseguido uno y otro.

No es estraño, pues, que alguna que otra vez los campesinos viesén aquella mujer penitente, y se ahuyentasen de aquellos lugares llamándola *La Vieja de Tintin*.

Lo cierto es, que durante la vida de la penitente y mucho tiempo despues, los higos que las higueras de la peña producían servían, en la buena fé de las sencillas gentes, para aplacar las diferencias y rencores entre los padres y los hijos.

Al siguiente día de llevar el cadáver á S. Laurencio se celebraron solemnísimas honras y sufragios por toda la comunidad, por la muerte de la donadora de unos cuantiosos bienes.

Esta donadora era la esposa de D. Pedro de Figueroa doña Juana Paez de Liébana, arrepentida y penitente: *La Vieja de Tintin*.

LAS PLAGAS DE MADRID.

POR

SOFÍA TARTILAN.

Siete fueron, segun la historia, las plagas que afligieron á Egipto; pero aun nos quedamos cortos si aseguramos que la muy noble y muy heroica villa y corte de las Españas, tiene, no siete, sino catorce y algunas mas, con el recargo, sobre las que soportó el reino de los Faraones, de reproducirse periódicamente todos los años en épocas fijas, como se reproducen las plantas en un terreno fértil y bien cultivado. Madrid es un pueblo que, no poseyendo vida propia, ni por su industria, ni por su suelo harto estéril, vive de esos mil recursos que le proporciona la poblacion volante que se agita en su centro, la cual trae, al venir á la corte, aspiraciones, deseos, hábitos y costumbres que forman ese todo abigarrado y confuso, capaz de desorientar en sus deducciones al mas frio observador.

Al venir á instalarse en Madrid, cada provincia se cree con derecho á trasplantar á este suelo algo del suyo, de lo que resulta un mosaico tan variado en colores y formas, que difícilmente podrán ya decir los madrileños cuales son los usos que les pertenecen por herencia de sus abuelos, y cuales los que han tomado de los huéspedes que la casualidad ha hecho sus conciudadanos. Mas sea de esto lo que quiera, el resultado positivo es que, de unas cosas y de otras, se han formado esas que nosotros llamamos *plagas*, porque las consideramos tales.

Empezaremos por el último mes del año, porque, para nuestro proyecto se enlaza estrechamente con el primero. Apenas el calendario señala el mes de Diciembre, cuando algunos papás, harto condescendientes con los caprichos de sus pequeños herederos, les compran el consabido tambor, para que celebren lo mas ruidosamente posible, el antes, despues y medio de la *Noche-Buena*: esta es una de las *plagas* de Madrid.

De dia, de noche, por la mañana y por la tarde, el tambor de los niños os aturde, os persigue en la cama, en la mesa, en las calles, por todas partes. Hasta cuando no suena le sentís en vuestros oidos, llega á causaros vértigo, y hay momento en el que odiais cordialmente á los niños, á pesar de sus gracias, de su inocencia y de su debilidad.

Llega, por fin, el día 7 de Enero: han pasado las Pascuas, el año nuevo y los Reyes, y entregados al descanso del silencio, habeis llegado á figuraros que todo el ruido infernal que os perseguia era una pesadilla de la que acabais de despertar. En este bienestar llegais hasta olvidar que existen otros tambores que los de la tropa, y en tan dichoso olvido transcurre la mitad de Enero y algunos dias de Febrero. Mas hé aquí que llega el carnaval con sus estudiantinas, sus músicas, sus comparsas y sus mil socaliñas: esto es casi universal, y no queremos achacárselo exclusivamente á Madrid. Sin embargo, pasa el miércoles de ceniza: ya estamos en la cuaresma, al fin de la cual está la semana de Pasion con sus tinieblas y sus procesiones. Lo natural parecia que, solo en tales dias, es decir en la semana de Pasion, ó mas bien el miércoles, jueves y viérnes santo, los niños tocasen la *carraca*, puesto que tal es la costumbre en todas partes. Pues bien, en Madrid, los angelitos empuñan el *sonoro* instrumento el mismo miércoles de ceniza, y no lo sueltan durante cuarenta y seis dias. Lo mismo que el ruidoso tambor de *Noche-Buena*, el estridente *rac-rac* de la carraca os persigue y asedia en todas partes. Hallais en la calle á un amigo que os detiene para saludaros, y en lo mas interesante de la conversacion un chico descarga á vuestro lado el furibundo *rac-rac*. Veis, por casualidad á la mujer de vuestro cariño, y quereis aprovechar la ocasion para decirle algunas frases amables, ó darla una amorosa queja; pues en medio del párrafo mas patético, el funesto é inarmónico *rac-rac*, desgar-

ra vuestro oído, obligando á que la hermosa haga un mohín de impaciencia y huya despavorida.

Amanece la pascua de Resurreccion; callan las carracas: las que no se han roto se guardan en un oscuro rincon hasta el año siguiente, y parece que, despues del alegre clamoreo de las campanas, vá á restablecerse el silencio, y que podrá circularse por las calles y plazas sin temor á un ataque de nervios, producido por el discordante estruendo de los instrumentos de infantil recreacion; pero esta calma no deberá durar mucho tiempo. Apenas si hemos empezado á saborearla, cuando viene el florido mes de Mayo, y con él los preparativos para la fiesta de San Isidro. Los tambores de Noche-buena y las carracas de la cuaresma se convierten en arpas eólicas de dulcísimo sonido, al lado de la infernal algarabía que producen los cien mil *pitos* de San Isidro, que se tocan por chicos y grandes, hombres y mugeres, mozos y viejos. Durante ocho ó diez dias, por mañana y tarde, en el campo, en las calles, en los cafés, en las casas, en los paseos, es una irrupcion de *pitos*, una verdadera plaga, que hace desear la venida del cólera morbo, una invasion extranjera, una calamidad, en fin, que hiciera enmudecer á todos los tocadores de pitos en un mismo cuarto de hora, para escarmiento de las futuras generaciones.

La plaga de los pitos tiene prolongaciones. A manera de los tentáculos del cefalópodo, despues que con la ventosa principal sujeta su presa, con sus cien brazos la atormenta, la exaspera y acaba por hacerla sucumbir. La fiesta de San Isidro inaugura una era de ruidos que dura desde el 15 de Mayo hasta fines de Octubre.

San Isidro y *las ferias* se dan la mano por una série no interrumpida de ruidosas fiestas, llamadas la Verbena de San Antonio, la de San Juan, San Pedro, la vírgen del Cármen, Santiago, San Cayetano, la vírgen de la Paloma y San Francisco, ó sean las fêrias de Madrid. Enumerar todas las calamidades que traen consigo esas expansiones del pueblo de la villa y corte de las Españas, es punto menos que imposible; campanillas de barro, flautas de caña, mas rústicas y primitivas que las del dios *Pan*; pitos de cristal, de plomo, de hoja de lata y de porcelana, figurando cabezas monstruosas, de euyas horribles bocas brotan chillidos discordantes; guitarrillos des-

templados, castañuelas mal tocadas, tamboriles y gaitas, anunciando las vistas del *mundo nuevo*: ciegos tocando guitarras, violines y triángulos; saboyanos que destrozan las cuerdas de viejas y destempladas arpas; acordeones, armoniums, tímpanos, todo en fin, cuanto hace ruido, molesta, crispa los nervios, exaspera y aburre, sale de una fiesta para entrar en otra, sin solución de continuidad; por lo que no sabemos si calificarlo de *plaga* ó de *plagas*. En este último caso, que cuentan bien nuestros lectores y hallarán que son once, y aun no ha terminado el año.

Hemos hablado hasta ahora solo del ruido ocasionado por los instrumentos que la costumbre ha sancionado para celebrar las citadas fiestas; pero aun lo hemos hecho de otra porción de cosas que pueden muy bien representar las siete *vacas gordas*, devoradas por las siete *flacas* que vió ensueños Faraon.

Comencemos por orden de fechas. Día 7 de Enero, San Antonio Abad, los *panecillos del Santo*. Plaga de panecillos de todos los colores, y de todas las pastas: desde la de almendra hasta el engrudo de empapelar. Día 20, San Sebastian; mas *panecillos del Santo*. Día 23, San Ildefonso; siguen los panecillos del *Santo*. Día 3 de Febrero; San Blas; continuacion de los panecillos del Santo. 19 de Marzo, San José; se venden los consabidos panecillos del Santo.

En Abril descansan los fabricantes de panecillos, despues de haberse hecho reos de algunas gástricas; mas apenas se han enfriado los hornos, cuando llega San Isidro y comienza la invasion, la plaga de *las rosquillas*; y ya tenemos á Madrid inundado de tan apetitoso manjar hasta las férias, pasando por todas las verbenas. Las rosquillas recorren la misma escala de los panecillos: los hay de todos los colores y de todas las pastas, desde las de harina de flor, hasta las de cal y canto.

Las veladas de San Antonio, San Juan y San Pedro, tienen además del ruido y las rosquillas, la adición de los buñuelos. Madrid entero parece una inmensa caldera, en donde se están friendo buñuelos sin cesar tres dias con sus noches, cada vez que llega una de las citadas fiestas, tal es el humo y el insoportable olor de aceite que se estiende por la atmósfera. La *plaga* de los buñuelos se reproduce el día ó mas bien la noche de difuntos.

Noviembre no había de ser menos que sus once hermanos y comenzando con los buñuelos, media con las *bellotas*. Desde el 15, en cada esquina, en cada plazuela, en cada sitio, en fin, en donde puede colocarse un cesto sin temor á que un carruaje se lo lleve por delante, se situa un vendedor del fruto de la encina. Por lo tanto, plaga de *bellotas*.

Además de estas bagatelas, en Diciembre vienen á coronar el edificio los AGUINALDOS.

Sobre todo lo que ligeramente hemos indicado, y como si dijéramos, para rellenar los huecos, restan otra porcion de pequeñeces, tales como los *ciegos* que venden romances milagreros y canciones populares; los que no venden nada, pero cantan y tocan, los *expendedores* de billetes de rifas; los barquilleros; las casas de huéspedes á seis reales, con chocolate y principio; los *cafés-cantantes*; los que recogen *colillas*; los *ropavejeros*; los *areneros*; los baratilleros de *d real la pieza*; las *burras de leche*; las *mangas de riego* y los salones de baile.

Madrid, pues, visto así, á la ligera, con sus grandiosas calles, sus palacios magníficos, sus arenados paseos, sus fuentes monumentales, sus teatros, sus bellos jardines públicos, sus museos, sus mujeres hermosas y elegantes, sus hombres de *esprit*, sus poetas, sus grandes artistas, su salon del Prado, y su nunca bastante alabada *Puerta del Sol*, es el sueño dorado, la tierra de promision del provinciano. No hay pollita que, al vestir el primer traje largo, allá en su pueblo, no piense en el ansiado viaje á Madrid; no hay estudiante que, á los seis meses de cursar en el instituto de su pequeña ciudad natal, no sueñe, no con la Universidad de Madrid, sino con la córte, con sus lujosos teatros, sus billares, sus salones de baile y sus mujeres.

Sin embargo, Madrid se asemeja mucho á las casas desalquiladas. Cuando un inquilino toma una casa, le parece haberla visto bien: cree que tiene todas las comodidades: bonita sala, bonito gabinete, bello tocador, despacho confortable, comedor espacioso, dormitorios abrigados, sol en todos los balcones, vistas agradables, etc., etc.

Mas helo ya instalado, y entonces empieza lo bueno. Detrás del hermoso papel de la sala y del gabinete hay una verdadera

plaga de chinches; el despacho dá á un patio, en el cual cantan diez criadas á la vez durante todo el día: sobre el dormitorio están acunando un niño toda la noche: encima del comedor, angelitos del segundo, juegan, corren y arman un estrépito infernal: en las despensas hay ratones, en la cocina correderas; la casa de enfrente es de huéspedes, y la portera es súa, curiosa y chismosa.

Aseguramos á nuestros lectores que el cuadro nada tiene de recargado, antes, por el contrario, segun dijimos al comenzar, creemos no haber enumerado todas las plagas que afligen á esta moderna Babilonia, por más que estemos convencidos de antemano de que nada influirán estas líneas en los que desean ver de cerca este mónstruo con trescientas mil cabezas: que tal es la condicion humana.

À UNA FUENTE. (1)

POR

ANTONIO DE LOS RIOS ROSAS.

Serena noche de estío,
tan serena como oscura,
del firmamento descende
y el vergel en torno inunda.
De la callada arboleda
por la cabellera adusta,
colgado en pliegues inmensos
su negro capuz fluctúa;
negro capuz y pesado,
que así el triste suelo enluta
cual del infeliz al pecho
desesperación profunda:
porque ni aun lejos asoma
entre la tiniebla ruda,
liviano fulgor de estrella,
ni tibio rayo de luna.
En valde rechaza el ojo
de las sombras la espesura,
sombras que palpa la mano,

(1) Nuestros queridos amigos los Sres. Giner de los Rios, ván á coleccionar, para darlas á luz, todas las producciones, así en verso como en prosa, debidas al ingenio y talento del eminente repúblico, publicista y literato, Excmo. Sr. D. Antonio de los Rios Rosas, de inolvidable memoria.

Esta poesía, y alguna otra que estamos autorizados á publicar, formarán parte de la citada coleccion.

y que las sienes abruman.
 Hundida en letargo torpe
 desfallece la natura,
 y sus alas temerosas
 recoge el aura nocturna.
 No ladra el can vigilante,
 no suena la esquila aguda,
 y ni el cárabo agorero
 débil lamento murmura.
 No llueve fugaz rocío
 que agite las hojas mustias,
 ni el vuelo de flaco insecto
 entre los árboles zumba.
 ¡Oh silencio pavoroso,
 ancha lobrete augusta!
 La eternidad será inmensa!
 callada será la tumba!
 Soledad donde me abismo,
 ay! ¿por qué yaces tan muda,
 sin que un eco ni un murmullo
 tu adusto sueño interrumpa?
 ¿Será que el diciembre eterno,
 que al polo invernizo abruma,
 á deshora en tu regazo
 su letal aliento infunda?
 mas un trémulo ruido
 se percibe en la espesura...
 ¿Es el ruiseñor medroso,
 que dulce *cancion* preludia?
 ¿Es el *vagoroso ambiente*,
 que en las hojuelas menudas
 vá sacudiendo el rocío
 de sus alas mal enjutas?
 No: que el ruiseñor del parque
 gime con menos ternura,
 y el ambiente de la noche
 no tan plácido susurra.
 Y luego, perenne brota
 tras la misteriosa gruta
 esta voz inagotable,
 que blandas quejas arrulla.
 ¡Oh fuente, mágica fuente,
 que entre las cañas circulas,
 arpa eterna del verano,
 que el valle suspenso escucha;
 ¿por qué con metro inefable
 alterna en tus ondas puras

el ay! del placer alegre
con sollozos de tristura?
Tras un ruiseñor gorgéo
un peñado son modulas,
y al morir uno en el bosque
otro nace de tus urnas.
En concierto misterioso
la humana dicha dibujas,
do en el fondo del deleite
el dolor siempre despunta.
¡Oh cadena incomprensible,
fatal cadena y oculta,
cuyos graves eslabones
ciñe toda la natura!
¡Y con teson insensato
el hombre en romperlos lucha,
y saca en las manos sangre,
y en el pecho fiera angustia!
Y tras su tormento llora,
y en las soledades busca
a sus lágrimas consuelo,
enseñanza á su locura.
Y oyendo el canto del agua
sus turbios ojos enjuga,
y bebe la vida en ella,
cual flor del ábrego mustia.
Melancólica corriente,
que regalas tierna espuma
de tu márgen halagüeño
á los jazmines y murtas;
melancólica corriente,
que el rayo de blanca luna,
y el fulgor de las estrellas
y el azul del cielo hurtas;
tú que fantásticos himnos
entre las guijas preludias,
¿en dónde, dí, los aprendes,
que tan fugaces los mudas?
Sigo tu raudal humilde,
cuya armónica dulzura
se quiebra en las espadañas,
en las arenas se anuda,
y ora el trino de las aves,
ora el eco de las grutas,
ora el vibrar de los ramos
remeda en voz moribunda:
y á veces brota un suspiro

entre su lecho de juncia,
 leve, sutil, cariñoso,
 cual recuerdo de ventura;
 aéreo, divinal suspiro,
 que en el corazon retumba,
 y del coro de los astros
 lo sublima á las alturas.
 Asi, corriente piadosa,
 tú dentro el alma inoculas
 del infinito y la muerte
 la contemplacion fecunda;
 asi, corriente piadosa,
 tú del dolor la amargura
 con los misterios del cielo
 regaladamente endulzas;
 asi el espíritu vuela
 hasta las regiones puras,
 dó el alarido mundano
 en valde á elevarse pugna;
 y cavilando se mece
 en meditacion oscura,
 y del tiempo venidero
 el vago rumor escucha,
 y de ensueños inmortales
 labra madeja confusa,
 dó leves hilos desata,
 dó leves hilos anuda;
 y engarza en los mas sutiles
 ilusiones de ventura,
 aljófar que el sol deshace,
 y flores que el viento insulta;
 flores al fin, que la senda
 embellecen y perfuman,
 aljófar que al seco prado
 promete rica verdura.
 ¡Oh nunca me desamparen,
 siquiera espinas encubran,
 siquiera el yermo inclemente
 el cesped no alfombre nunca!
 Vivanme mis ilusiones,
 y ultrájeme la fortuna,
 que no desmaya el piloto,
 mientras el faro le alumbra.
 Tú, que tierna las halagas,
 sagrada fuente y oculta,
 y en tus raudales las meces,
 y las guardas en tu urna,

si en tus recónditos senos
en mal hora se sepultan,
otras dame mas suaves,
que me acaricien y nutran.
A implorartelas humilde,
en medio la noche oscura,
vendré con furtiva planta
á la misteriosa gruta.
Y el espejo reluciente,
y la virginal espuma,
y el hervidero del agua,
y su murmurio y frescura,
con santo recogimiento
adoraré entre las murtas,
porque se goza en el culto
pecho que el dolor fecunda.
Yo esconderé del impío
á la sacrílega burla
el hospitalario albergue
que con blanda huella surcas.
Nunca á mi afan lo rehuses,
sagrada fuente y oculta,
arpa eterna del verano,
que gimes en la espesura!

Madrid, Agosto, 1839.

CRÓNICA CIENTÍFICA Y LITERARIA

POR

R. IBÁÑEZ ABELLAN.

Un libro de cuentos es á primera vista cosa trivial y ruin, y por triste privilegio parece ya como ley universalmente acatada y reconocida que darse á la estampa una de estas producciones y relegarse al olvido no bien vé la luz pública, es cosa indispensable y como corolario fatal é imprescindible. Ciertamente estamos perplejos é irresolutos entre achacar este funesto resultado á la general creencia que entre nosotros existe acerca de la ineptitud, de los que á su cultivo se dedican, ó á la poca importancia y trascendencia que infundadamente se supone por lo comun á ese género; mas séase de ello lo que quiera, lo cierto es que ninguna de las especies vertidas á semejante propósito está apoyada por sólidas y verosímiles razones, toda vez que los solos nombres de Hartzembuch, Fernan Caballero, Campillo, Castro y Serrano y tantos otros desautorizan completamente y en todas sus partes dichas opiniones que por lo demás, no merecen en justicia los honores de una refutación seria y digna.

El cuento se ha cultivado en el extranjero por los más insignes escritores, y en esto precisamente estriba la enorme dificultad con que se tropieza al abordar ese género. Cuando Tourgueneff, Dickens, Offman, Poe, Sacher-Masoch, Karr, Balzac, Merimee, Gauthier y otros innumerables han escrito tan bri-

llantes páginas, el ánimo mas aventurado se detiene como si temiera malograr su intento ó excitar las burlas de las gentes por su temeridad y osadía. Indudablemente infunde respeto la sola consideracion de un escrito que, á pesar de sus reducidas dimensiones, han hecho tan grande los más celebrados ingenios de todos los paises, y esta y no otra es á nuestro entender la causa por la que entre nosotros no ha logrado todavía una boga que sin duda alguna logrará un tiempo mas ó ménos lejano dada la importancia de sus fines; pero así y todo, los que por acá han cultivado tal género, merecen ser dignos del general aprecio y estima, no tanto por requerirlo así sus propios é indisputables méritos, sí que tambien por haber marchado contra la corriente intentando popularizar lo que á todas luces es digno de una causa en un todo distinta de la que, por no sabemos que extraña casualidad, se la ha designado.

Cumple además á nuestro propósito hacer una distincion hácia la que el curso natural de nuestras divagaciones nos ha conducido. Dicho como queda que el cuento ocupa un importantísimo lugar en todas las literaturas, réstannos por consignar ciertas tendencias que el mismo implica, y ciertas cualidades que le informan, y cuya omision ataca directamente á su mayor ó menor trascendencia, como tambien á su desenvolvimiento y desarrollo.

El cuento es una composicion que ha menester el concurso de un sin número de requisitos sin los que es punto menos que imposible darle propiamente semejante denominacion; su forma ha de ser puramente narrativa, y su asunto, real ó ficticio, ha de basarse sobre hechos pasados ó acontecimientos futuros; lo presente debe rehuirse en grado posible, ó de lo contrario, se hace preciso relatarlo de modo tal, que mas parezca trasunto de sucesos anteriores ó ficcion de cosas venideras; pero de un modo ú otro, siempre resultará á nuestro entender lo que venimos afirmando; esto es; que lo presente debe descartarse de semejantes concepciones, ó idealizarle de tal modo, que nos aparte siquiera sea momentáneamente de la época en que su ejecucion se lleva á cabo; el cuento es por esto esencialmente imaginativo, y el mundo de sus dominios no es otro, podemos decirlo imitando á Goethe, que ese mundo tan lleno de lo pasado, tan preñado de lo porvenir.

Desgraciadamente no se han tenido en cuenta estos preceptos por los que entre nosotros se han dedicado á su cultivo, y hay necesariamente que hacer hincapié en este hecho, como asimismo remontarse á las causas que, mas ó menos remotas, han tenido señalada influencia en las peculiares tendencias de que venimos haciendo mérito.

Partiendo del principio que anteriormente hemos sentado respecto de la forma mas adecuada que conviene al cuento, es claro que inmiscuir el diálogo en lo que por su propia índole lo rechaza, es contravenir una de las mas importantes reglas de la preceptiva, que en este punto no está sinó acertadísima y digna por lo tanto de ser respetada. Grande es el número de los que en España han creído cultivar el cuento, siendo así que sus producciones no tenian nada de tales, toda vez que en ellos el diálogo era la forma mas comunmente empleada con notable perjuicio de la parte descriptiva, y de aquí ha resultado, no un nuevo género, sino un nuevo orden de composiciones sin trascendencia ni importancia alguna ni clasificacion literaria, puesto que en realidad huelga completamente dentro de la preceptiva, que en este punto mas que en algun otro cuenta precisamente con el asentimiento y apoyo de los escritores de todos los tiempos y paises. Esta suerte de composiciones es una importacion extranjera, y no ha faltado quien la cultive con decidido empeño intentándola dar carta de naturaleza entre nosotros por haber sido recibida allá en sus comienzos con cierta benevolencia y simpatía que auguraba resultados mas felices; pero el desengaño ha cundido por doquier, y hoy es estimada generalmente como vana de significado esa que entre nuestros vecinos de allende el Pirineo se conoce con la denominacion de *nouvelle* que es á la que nos venimos refiriendo. La *nouvelle* pues, ha pretendido usurpar en la propia literatura un puesto que en manera alguna la pertenecia, y en la impotencia de lograr sus fines, ha caido, no estrepitosamente y por su propio peso como cumple al vistoso edificio falto de las necesarias y sólidas bases: sino en el silencio y el olvido; desnudada, cual el grajo de la fábula, del espléndido plumaje que encubria la enormidad de sus faltas.

Estas consideraciones nos han sido sugeridas por la lectura de un libro que el Sr. Coello, su autor, titula *Cuentos inve-*

rosimiles, y á la verdad que no podemos menos de congratularnos por el giro que ha dado á sus talentos, toda vez que se conforman en un todo con la doctrina que venimos sustentando desde los comienzos de este artículo. Dijérase, segun las muestras, que el Sr. Coello se ha pasado con armas y bagajes al enemigo campo, y no será, ni mucho menos, extraño para quien conozca las cualidades que le adornan y que le han servido para afrontar temerario toda suerte de composiciones, bien estas fuesen graves y serias como el género dramático requiere, bien alegres y festivas como á lo cómico implica, verle cultivar una cosa completamente distinta de la que otro tiempo cultivaba y tan opuesta á sus gustos é inclinaciones, y lo que es mas notable, cultivándola á satisfaccion y con general provecho.

A decir verdad, pudiérase acusar al Sr. Coello de falta de originalidad en algunas de sus producciones, y no dejaria de andar bien avenido con la razon quien tal hiciese; pero lo cierto es que si *El otro mundo* conserva analogía con las *Zahurdas de Pluton*, de Quevedo, y *El nuevo Lázaro* con *Lo que será el mundo en el año tres mil*, de Souvetre, la forma, la tendencia, la urdimbre, en fin, de tales composiciones, difieren hasta tal punto de las de estos escritores, que ni ellos mismos se atreverian á sostener semejante especie sin menoscabo y riesgo de su indisputable autoridad.

Fuera de esto, que bien considerado no entraña importancia alguna, el Sr. Coello merece bien de la literatura por haber tratado tan importante género con la importancia que requiere sin caer en el amaneramiento y comunidad de lugares que tan pervertido traen el buen gusto en esta época. Sus *Cuentos inverosimiles* tienen un alto sentido dramático bajo el lijero y festivo tono que les reviste, y mas de un consejo, de una sentencia, de una provechosa enseñanza, se desprende de aquel continuo juego de palabras y frases que ayudan poderosamente al mejor y mas cabal complemento de la obra.

Pero entre todos ellos, el más importante; el de más trascendencia; el que se puede decir que es y será siempre de actualidad es el denominado *El nuevo Lázaro*, y que por sí sólo constituye un acontecimiento literario, no precisamente por la parte que le quepa en nuestra literatura, sino por referirse á

ella y precisamente en una de sus mas brillantes páginas si no la mas brillante.

El nuevo Lázaro es una ingeniosa y chistosísima burla de los cervantistas españoles, y en ella ha desplegado el Sr. Coello un lujo tal de erudicion, que verdaderamente asombra, é indica lo muy de cerca que el autor ha seguido el movimiento que en ese sentido se determinó y sigue determinando en nuestro pais mucho tiempo há.

Esa cervanto-manía que se ha desarrollado en los bibliófilos pretendiendo con la mayor buena fé posible que el autor del *Quijote* dió á su obra una intencion y profundidad de que en nuestro sentir carece, es el blanco hácia el que dirige sus tiros el Sr. Coello, y no se puede menos de convenir, aun desintiendo de nuestras opiniones, en la acertada eleccion de asunto.

Malparados salen de sus manos los cervantistas, cervantófilos ó *cervantófobos*, si así se quiere, con la original resureccion del manco de Lepanto y con la acerba critica que implican los empeñados diálogos que éstos sostiene con los para-fraseadores é intérpretes de su portentosa produccion. Desde Pellicer hasta Benjumea no queda quien no sufra el condigno castigo que, segun nuestra opinion humilde, merecen los incansables glosadores de la para ellos Biblia de la humanidad, como tal estimada y considerada puesto que esos y otros honores se la hacen sin comprender que por semejante medio desvirtuan y malean el primordial concepto que á Cervantes guiara en la composicion de su obra, tan distinto á no dudar del que hoy se le atribuye con tan prodigiosa multiplicidad de caracteres y variedad de tonos.

Con este proceder se ha derrochado un caudal de tiempo é ingenio que empleado en mas trascendentales asuntos hubiese reportado algun provecho á nuestra literatura, y no así un general descontento como ahora cunde y réplicas parecidas á las del Sr. Coello, que, á no dudar, entrañan un fondo de verdad y amarga ironía que en manera alguna serán lamentaciones vanas, y que antes bien, irán abriéndose ancho campo entre los espíritus imparciales y severos.

Segun *El nuevo Lázaro*, de los innumerables que han consumido su vida y sus ócios comentando el *Quijote*, apenas si hay que hacer mérito de otros que de los Sres. Hartzembuch y

Valera; pero á hablar en justicia, el primero de estos insignes escritores ha excedido en ocasiones los límites de la mision que se impuso, y así lo demostró á su debido tiempo otro escritor no menos notable y digno, en la polémica entablada al objeto y mantenida como es de suponer á la altura de las circunstancias.

D. Zacarías Perez Acosta, que es á quien nos referimos, fué uno de los pocos escritores que se opusieron al torrente cervantista que amenazaba sumerjirnos en sus encrespadas y furiosas ondas, y bien merecía un puesto en esta produccion de que nos ocupamos siendo así que lo requerían sus propios méritos y conocimientos indudables.

Quizá esto sea olvido del autor y en manera alguna procedimiento á sabiendas; mas seáse lo que fuese, ello es indudable que para quien hace memoria de escritores á la violeta, publicistas insignificantes, y otras gentes *ejusdem fúrfuris*, no puede haber consideracion en este punto por resultar el error en mas alto grado y tomar por consiguiente mayores y mas considerables proporciones de las que indudablemente hubiese alcanzado al ser cometido por un escritor novel y no avezado suficientemente á estas profundas disquisiciones de la crítica.

Esto conduce á otro error imperdonable. Dice el Sr. Coello en son de broma, que, á quererlo, amigos tiene que hablarian bien de esta su última produccion; pero indudablemente olvida que los amigos son perjudiciales en parecidas ocasiones, y que un aplauso á deshora incita y promueve en alto grado á la desaprobacion del público. Esto sucede, por ejemplo, con la inclusion que hace á Cervantes dentro de la abigarrada y confusa sociedad que pulula por los artísticos salones de los duques de Santoña, y que á decir verdad no se compone aquella noche en su inmensa mayoría sino de gentes vanas y presumidas, con su correspondiente apéndice de literatos de reata. Si Cervantes fuera susceptible de ilustrarse con los versos de Grilo, Arnao, Selgas, Campo Arana, y otros, no le envidiaríamos el talento, y antes bien, le compadeceríamos en gran manera; mas por fortuna esta es una de las partes inverosímiles del *inverosímil* cuento, y sólo prueba la inutilidad de los amigos en semejantes trances, puesto que á no hallarse ligado el Sr. Coello por estrechos lazos de amistad con los poetas dichos,

ni él los hubiese mencionado, ni nosotros nos hubiésemos acordado de su existencia, para sacarles á plaza negándoles esas cualidades que se les atribuyen y que en manera alguna les pertenecen.

Fuera de estas minuciosidades, los *Cuentos inverosímiles* son dignos de nuestro aplauso y llenan á satisfaccion nuestros deseos, aunque á decir verdad hubiéramos preferido un estilo distinto del empleado, en gracia siquiera á que no todos los que saboreen dicha produccion han de estar iniciados en los secretos de la lengua; mas el temor de entrar en nuevas digresiones nos obliga á dirimir este asunto para tiempo mas oportuno, y no será mucho el que tardemos en dar al lector una idea respecto á cuestion tan importante.

Cuentos inverosímiles forma un abultado tomo de 568 páginas, y la obra, tirada en los talleres del Sr. Perojo, no merece en nada de las mejores de su biblioteca, pudiéndose decir que la ha enriquecido con una produccion de verdadero mérito y aun de cierta importancia dentro de la literatura española.

*
* *

En el Ateneo continuan discutiéndose los temas propuestos por las distintas secciones, y particularmente en las secciones de ciencias morales y políticas, el debate, como era de esperar dada su importancia y trascendencia, ha sido elevado á una altura prodigiosa gracias á la oportuna intervencion del señor Revilla.

El Sr. Carballeda pronunció un extenso discurso encaminado á combatir la legislacion revolucionaria respecto á la enseñanza, y esta argumentacion sirvió de base á una elocuente réplica del Sr. Revilla, que, merced á la actual ley de imprenta no podemos transcribir, sintiéndolo en gran manera por aquellos de nuestros lectores que no hayan tenido el placer de oir la fácil palabra del catedrático de la Universidad Central.

En la seccion de literatura terció el Sr. Carracido, que empezó su discurso vindicando al positivismo de las impugnaciones de que habia sido objeto, y afirmando que el punto ca-

pital de la solucion del problema propuesto, es la definicion de la belleza.

Reconoció la importancia del problema crítico del conocimiento, estudiando el objeto bello en hipótesis y el sujeto en la emocion estética. La belleza—decia—es forma, y todos los conceptos y hasta las pasiones en abstracto son obra estética cuando se concretan y se hacen sensibles. El objeto bello lo es tanto mas cuanto mas armónico, segun demostró con varios ejemplos tomados de las modernas teorías literarias, pictóricas y musicales.

Para el Sr. Carracido, el arte es superior á la naturaleza respecto á la emocion estética, por la finalidad de sus obras. Despues se extendió en consideraciones acerca de la sensacion y sus leyes, haciendo hincapié en la flexibilidad de espíritu como base de educacion estética, considerando la belleza como relacion subjetivo-objetiva, y asegurando que el artista solo es consciente respecto á la forma de su obra, puesto que ésta no se produce al azar y sí conforme á leyes rigurosas inconscientes en el alma del que crea, pero que la crítica se encarga demostrar con el tiempo, y afirmando en fin que la produccion de las obras de arte es análoga á la de las criaturas en la naturaleza, puesto que la fuerza creadora se vá desenvolviendo en su seno, produciendo las distintas fases de su vida.

Madrid, Enero, 1879.

A LA CONQUISTA DE GRANADA

CANTO HISTORICO

POR

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

Purgado dijo Dios, está el delito
del pueblo miserable que en un día
llevaba en su agonía
el vergonzoso estigma del precito.
Borrado está, borrado; los titanes
que surgen de flamígeros volcanes
del recóndito eterno, en mil pedazos
rebramando con fuerza de huracanes
lo llevan en sus brazos.
Coronando las cimas de los montes
ya apenas se perciben
caminando á extranjeros horizontes,
los pálidos fantasmas
del traidor Don Julian y Don Rodrigo
cuya sombra dibújase en contorno,
y en perpétuo baldon por su castigo
con encendidas llamas por adorno.
Allá en la densa oscuridad se pierden
con la rojiza lumbre que las marca,
y huyendo de la vista

en la que fué de sangre hedionda charca,
reverdecen los musgos odorantes
con los rayos del sol; brota imprevista
de violetas y nardos limpia alfombra,
y tras de duelo y amargura tanta,
de la pátria levántase la sombra
hundiendo al agareno con su planta.

El sol de libertad luce y flamea;
el iris de la pátria resplandece
y la espada del triunfo centellea.
Fernando é Isabel de dos coronas
que coronas formaran, solo en una
la sustentan con bravos paladines;
á su virtud protege su fortuna,
y del sόlio en la cumbre,
iluminan de Iberia los confines
los rayos mil de su brillante lumbre.

Ya Dios cansado permitir no quiso
que el agareno yugo
amenguase á los héroes españoles;
desciende como nube de improviso
y levanta la cruz siempre bendita
entre nítidos bellos arreboles
de su esencia inmortal que arde infinita.

La de Alá raza impura
sorprendida en los sueños de ventura
que acarician su frente,
se estremece de súbito y se humilla,
que esa mirada que de Dios fulgura
y asoma en el oriente,
es el astro de espléndida hermosura
de la Isabel primera de Castilla.

Vedla allí cabalgando, en gentileza
ninguna se le iguala;

al frente de sus tropas, su cabeza
el campo de la lucha les señala.
No es de valor alarde
lo que la lleva hasta tocar el muro
de la imperial ciudad, es que desea,
si hubiese algun cobarde,
que el entusiasmo en sus miradas lea;
despertar en su pecho la sagrada
ambicion de la gloria y patriotismo;
es que quiere llevar su fé y su espada
y hundir en el abismo,
no al bando usurpador, no al agareno
sino al torpe salvaje
que la moral revuelve con el cieno.

Del Gozco hasta la Zubia, los jardines
tendidos en costeros y en ribazos,
y *raudhas* de colgantes lambrequines,
de Santa Fé en el muro
de su real dilatan los confines.

Estréchanse los lazos
de sus bravos gentiles caballeros
en torno su mirada, que modesta
sin cesar en su alhago y sus caricias
los lleva enardecidos,
hasta alcanzar la mágica floresta
empapada en delicias,
de sus huertos y cármenes floridos.

Arrogancia y valor, nobleza y gala
á su lado renacen y se agitan,
y el ancho espacio inunda
el himno poderoso que se exhala
de amantes corazones,
que por su gloria y por su amor palpitan.

Pléyade de bizarros campeones,
tardo el viento á su empuge,

tendidos sus pendones,
la muerte llevan que en sus armas ruge.
De Cádiz el marqués, el gran Gonzalo
y los condes de Ureña y de Tendilla;
Castrillo, Rocafull, Zafra, Mendoza;
Alonso de Aguilar, la maravilla
de fuertes y de bravos;
el prudente Zagal, y Cidi Hiaya
de su cariño esclavos
á la invicta Isabel; los mil aceros
de sus huestes que alcanzan la victoria
al tremolar al viento sus enseñas
con laureles de gloria,
no ven mas que á Granada,
sus *muédenes*, adarbes y obeliscos,
que sus agujas mil alzan caladas
entre valles de flores y de riscos.

La última lucha empieza; los bridones
que brillan cual relámpagos de acero
avanzan hasta el muro en pelotones.
Es el fin del gritar de la batalla;
la lozana arboleda,
que el casco destruyó de la metralla,
mustia entre el musgo queda
imitando de mies campo sangriento,
que la brisa rodante por sus cañas
el eco triste del dolor remeda.
Atras, atras quedaron; los gemidos
aun resuenan perdidos
exhalando de rábia hondo lamento
en medio de las ráfagas del viento.

Deshecha ya y vencida
la fiera hueste mora
en las *coras* lamidas por los mares;
Salobreña, Almuñecar, Almería
levantan á la cruz nuevos altares.

Al frente está Granada; es el espejo
que en recuadros de flores y verdura,
estrella de ventura,
semejando un eden de bienandanza,
cual rayo prolongado su reflejo
besa sus pies cuando la reina avanza.

Entregar su Granada. ¡Infausta suerte!
En Morayma, Boabdil, Aixa la Horra,
rompiendo sus entrañas
el terrible tormento se divierte.
La régia estirpe mora
hacia el real de Santa Fé camina
escortada de la hueste vencedora:
al luto y al dolor el alma abierta
estar parece muerta
sino se viese que sin llanto llora.
Muerte, dolor, resignacion y luto
su altiva frente sella
del placer de otro tiempo atroz tributo.
Aquellos que en un día
su existencia risueña trascurría
en lechos de azahar, aire de aromas;
y eran sus goces la morisca zambra,
y dulces melancólicos cantares;
hoy dejan para siempre sus hogares,
su huerta Ainadamar, su rica Alhambra.

Aquellos que en deleite de delirios
bordaban arabescos y primores
con hojas de remínculos y lírios;
y con carmin y oro
las *suras fosciféricas* miniaban,
riquísimo tesoro
de palacios surgiendo de improviso
al impulso de artífices soberbios;
la flor con sus estambres,
y el caballo en el marmol desbocado

con temblorosa tirantez de nervios:
la rabia y sed, las hambres,
que siente el islamita
en contra de la cruz y del cristiano;
el correr de su sangre que se agita
en las hinchadas venas,
y en la piedra y el roble que palpita
las luces de espejismo en las arenas.

¡Loado sea Dios! ya asoma el alba,
y en el tendido azul ronco se pierde
del contento y placer alegre salva;
mudo silencio se percibe en tanto,
y el sol que rutilante resplandece
algunas manchas se le ven de llanto.
La morisca ciudad muerta parece
en su mitad vencida;
el noble vencedor su frente dobla,
y en su pecho sepulta
tan inmenso gozar, su aliento y vida;
que del dolor la calma
no quiere perturbar, mas no se oculta
el desbordado revivir del alma.

Ni al pincel ni á la pluma le es posible
la pena retratar del agareno;
ni el gozo indescriptible
del héroe y vencedor de glorias lleno.

No lo puede expresar ni el hondo grito,
que en su dolor exhala
el infeliz proscrito
cuando las horas del destierro cuenta,
y á las húmedas brisas les regala
el gemido que intenso,
en su pecho revuelve la tormenta
con su terrible agonizar inmenso.

Ni aye, ni voz, ni queja ni suspiros,
nada, nada lo espresa;
ni el eterno rumor del lento giro
de planetas que bordan el espacio
al redor del sol; ni la pujante
tormenta de tormentas que se chocan;
ni la llamada del tremendo día
en que vivos y muertos se convocan:
ni el plectro delirante del poeta,
que con su gozo inunda,
el cósmos que en la atmósfera se inquieta,
y el cósmos en la atmósfera fecunda.

.

La aurora se deshizo; la alta cumbre
parece sumergirse y se retira
del sol ante la lumbre:
en su velada de dolor suspira
la sultana ciudad, y se desvela,
que la puerta de Elvira
rechina ya sus gonces,
y la histórica torre de la Vela
dá la señal á los augustos bronce,

Por la soberbia puerta penetrando
la corte con sus bravos caballeros
en briosos caballos cabalgando
de bruñidos arneses,
preceden escoltando
al príncipe Don Juan, régio atavío
ostenta esplendoroso
con la plata y el oro en mil cambiantes,
de joyas taraceado
y perlas y diamantes;
el obispo de Avila á su lado
con el gran cardenal púrpura visten,
ginetes sobre mulas arrogantes
que su gloria y poder bravas resisten.

Damas y dueñas que en sus faldas lucen
brocados carmesíes,
y zayas de anascote;
y en sus tocas relucen
piochas mil de brillantes y rubies,
y záfiro y perlas en su escote,
la refulgente luz del sol empañan,
y á la reina católica acompañan,
que sobre todas brilla
con la radiosa lumbre de sus ojos,
y que rinde Granada ante Castilla
el árabe postrándose de hinojos.

.

Fernando é Isabel la media luna
al Africa arrojaron;
el génio de la España y su fortuna
los imperios musulmicos borrarón.
Ya en la Alhambra se engarza en su corona
la granadina perla,
que Isabel en persona,
y el ínclito Fernando
supieron en su frente entretegerla.

.

Brilla el sol refulgente, en lontananza
mil mundos presurosos se perciben
en tropel caminando
que sus portentos y riqueza exhiben,
á humillarse sumisos ante el trono
de la invicta Isabel y de Fernando.
Que sábios y recónditos misterios
desde hoy señalarán la noble España
en su brillante historia,
pues cobijan entrambos hemisferios
sus destellos vivísimos de gloria.

GÖTTE Y SCHILLER (1)

POR

U. GONZALEZ SERRANO.

- I.—Estado intelectual y artístico de Alemania en 1794.
- II.—Primeras entrevistas entre Göthe y Schiller.
- III.—Union íntima entre Göthe y Schiller.
- IV.—Trabajos que emprenden en comun Göthe y Schiller: las «Horas» y los «Xenios.»

I.

Parece inútil encarecer la necesidad del exámen del estado intelectual y artístico de Alemania en el momento en que se va á producir en el horizonte espiritual la conjuncion de sus dos génios mas poderosos, Göthe y Schiller.

Si el desarrollo del espíritu humano guarda en general relaciones íntimas con el espíritu colectivo; si todos revelamos en el grado propio de nuestra cultura el carácter de los tiempos en que vivimos como imposicion obligada del todo social que nos circunda y que viene á ser la atmósfera fecundante de nuestra vida anímica, de igual manera que el medio ambiente es la atmósfera que vivifica nuestra existencia fisioló-

(1) Este precioso trabajo de nuestro ilustrado colaborador y amigo el Sr. Gonzalez Serrano, es uno de los capítulos de la interesante obra de dicho señor, que con el título «Göthe. Ensayos criticos» verá en breve la luz, editada por los Sres. English y Gras.

gica, deberemos tomar como base para todos nuestros juicios el conocimiento del estado social que nos rodea como elemento integrante de nuestra propia personalidad.

Implica tal consideracion, tomada en tésis general, una verdad siempre comprobada en la experiencia, nunca contradicha ni negada por excepciones comunes; pero es de una aplicacion ineludible, cuando la personalidad que juzgamos es un génio, cuyo desarrollo llega á condensar en sí los estados del espíritu colectivo y al mismo tiempo á iniciar nuevos derroteros á la opinion comun.

Se convierte, por último, semejante aplicacion en una exigencia de que no podemos prescindir cuando el génio que pretendemos conocer elige como teatro de sus obras la vida misma, el combate diario y la posicion constante en la brecha para luchar con sus poderosas facultades en pró de lo ideal.

A este órden superior pertenece la personalidad de Gœthe, de esta naturaleza es su génio, y señaladamente la empresa que va á acometer por este tiempo, merced á su union con Schiller.

Tratemos, por tanto, de conocer la sociedad en que van á moverse; examinemos el estado intelectual y artístico de la Alemania, veamos cómo siguen ó encauzan la corriente general de la opinion y podremos entónces apreciar en todo su valor la obra que llevan á cabo estos dos génios al entablar este superior comercio de ideas que ha de dar por resultado fundar lo que alguna vez llamaba Schiller la *ciudad ideal*.

A pesar de su vecindad con Francia y de la conmocion general de toda Europa por la desaparicion de Luis XVI y el imperio del Terror, se hallaba aun Alemania en 1794 libre de la revolucion, al ménos seguida de las sangrientas explosiones con que se desenvolvía en Francia.

Como en este tiempo ganaban las ideas revolucionarias silenciosa y parcialmente la opinion, todos los grandes génios de Weimar iban echando de menos un poder capaz de contener los excesos revolucionarios y el próximo contagio que amenazaba á Europa. Mientras Herder permanecia con Gœthe indiferente y casi enemigo de la revolucion, deseaban Wieland y Schiller, asustados por el Terror, la dictadura y todos estimaban unánimemente que la palabra revolucion debía ser

sustituida por la de *evolucion*, llevada á cabo mediante la literatura y el arte, único instrumento para todos ellos de regeneracion y de verdadero progreso.

Trascienden las consecuencias de los movimientos políticos á todas las esferas de la vida, de modo que «ante los grandes peligros, dice Goethe en sus *Anales*, siente todo hombre la necesidad de combatir y el que no puede ir á la lucha con las armas, va con la pluma.»

Consecuencia de tal estado es que en esta época comience á hacerse mas sensible el movimiento general de las ideas políticas, y principalmente de las científicas y artísticas, quenunca han dejado de tener celosos partidarios en la pátria de Kant y de Goethe.

Causa indescriptible admiracion observar cómo bullen y brotan en la sociedad alemana de aquel tiempo (1794) los gérmenes complejos de una evolucion, cuyas manifestaciones y consecuencias todavia presenciarnos hoy. Prosiguiendo el espíritu aleman aquella revolucion ménos violenta y mas fecunda que la francesa que venia iniciada en el seno de su sociedad desde el siglo XVI, cuyo *desideratum* era la trasformacion interior del hombre, comienzan á sentirse pensadores y sábios atraídos por la filosofía de Fichte, ditirambo continuo en pró de la libertad personal, se eleva la consideracion y concepto del mundo ante las ideas de Humboldt sobre historia natural, y se empieza á estimar todo el valor de la naturaleza en virtud de los grandes progresos de las observaciones científicas hechas por Voigt, Loder y otros.

No quedaba atrás en esta majestuosa marcha del espíritu humano ninguna de sus manifestaciones, pues á la par con tal movimiento seguía el literario y artístico, que se hallaba entonces en una época de verdadera transicion, representada en sus diversas tendencias por Klopstock, Wieland, Jacobi y el mismo Goethe, personalidades que se consideraban dentro del círculo de sus admiradores como *pedagogos*, cuya mas alta mision consistia en hallar y comunicar á los hombres con la palabra de verdad y el signo artístico de la belleza la clave del enigma de la vida.

Se hallaba, pues, en apariencia estancada, pero realmente en una fructuosa ebullicion la cultura alemana.

Encauzadas las ideas por las celebridades individuales, según carácter general de la civilización germánica, cada uno se concentraba en sí mas y mas y todos aflaban á la vez sus armas y tomaban posiciones en el combate que se preparaba, del cual no podia ménos de salir la verdad mas purificada con la contradicción y mas clara con el debate. Seguían, pues, Alemania, y en ella sobre todo Welmar y Jena, siendo el refugio de la soberanía del talento, siquiera este imperio se hallase muy fraccionado, porque eran muchos y muy contrarios los representantes de la aristocracia de la inteligencia. «Parecia este estado de Alemania, dice Goethe (1), una *anarquía aristocrática*, semejante á la lucha de los poderosos de la Edad Media, que sólo cuidaban ó de aumentar su autoridad ó de conservar la que ya poseían.»

Muchas señales existían de semejante estado, pero donde mas se revelaba esta *anarquía* era en las excisiones producidas en la Universidad de Jena por las lecciones de filosofía de Fichte, en la separación cada vez mas honda que se establecía entre todas las inteligencias de Alemania y en una excitación intelectual tan grande que parecia dolerse la sociedad misma del abuso que se hacía de la facultad de pensar y de los pruritos exagerados de originalidad.

No revelaban las apariencias mas que una parte de la verdad. Considerada, desde fuera sin penetrar la profunda intención que en sí llevaba, parecia tal *anarquía* el próximo anuncio del imperio completo de una Babel sin término.

Ante semejante peligro aspiraba como siempre la generalidad de las gentes á buscar el remedio á los males sociales, echando mano de recursos extraños; se deseaba vivamente que la autoridad exterior ó literaria, que cualquier representación asumiera para sí la empresa de encauzar estas múltiples y diversas direcciones, ignorando, según dice el mismo Goethe, que esta *anarquía* era, como no podia ménos, precursora de una civilización mas elevada.

Correspondía en Alemania semejante estado al fraccionamiento social y político en que se ha conservado este país hasta nuestros días. Establecido el *provincialismo literario*, consti-

(1) «Mémoire Seconde Partie Annales, pág. 338.

tuida en situación definitiva esta indecision anormal que exageraba hasta sus últimos límites el poder de la individualidad, podian considerarse perdidas todas las esperanzas de condensar el espíritu colectivo, y se habia de perpetuar necesariamente en Alemania el feudalismo político y literario de la Edad Media.

Para vencer tamañas dificultades y para que cesára este modo de ser, no existia otro medio mas que la lengua y el arte literario, único lazo comun que conservaban á través de todas sus vicisitudes los distintos estados alemanes.

Si no cesaba el imperio del provincialismo del siglo XVIII, si la poesía seguia representando la idiosincrasia singularísima de cada escritor, si el talento continuaba siendo siervo de un completo exclusivismo en ideas personales y en tendencias subjetivas, la lucha seria estéril, los frutos quedarían sin sazón, y así como el horizonte político se dibujaba con divisiones sin fin, de reinos, ducados, ciudades libres, etc., el imperio del arte estaria repartido indefinidamente, pues cada uno de sus grandes representantes tenia opcion á llevar, si no todo, al ménos parte del cetro.

Facil es colegir las terribles consecuencias de estado semejante; en tales circunstancias el espíritu colectivo quedaria diluido en esta diversidad de autoridades, legítimas en su círculo de atribuciones, vilipendiadas y menospreciadas, no obstante por las demás, y la gestacion de la conciencia nacional difícil en pueblos tan individualistas como los germanos, pero fecundísima en gentes tan reflexivas como los alemanes, aunque iniciada de tiempos atrás, quedaria detenida de un modo indefinido en su desarrollo, á no levantar un génio relativamente superior á los demás bandera comun, que diera la señal del combate, defendiendo el lema de la independencia del arte de exclusivismos provincialistas y aspirando á que los ideales eternos de la verdad y de la belleza tomaran cuerpo en las creaciones artísticas con colorido y relieve de cierta generalidad, capaz de condensar el espíritu comun de la ansiada nacionalidad, á que Schiller seguia llamando la ciudad ideal. Para acometer empresa tan gloriosa, cuyo término hemos todos presenciado, tenia Goethe condiciones personales y de educacion superiores á las de los demás artistas, aun á las del mismo Herder. Poseia de antiguo el autor del *Werther* facultades

especialísimas para imprimir norte al espíritu colectivo; habia sido de los primeros en protestar contra la imitacion de la literatura francesa, constituyendo sus obras uno de los principales factores del renacimiento literario en el pueblo alemán; habia pretendido despues encauzar las exageraciones de aquella protesta y los abusos de la espontaneidad que, presumiendo de originalísima caia en lo anormal y ridículo, y habia dirigido todos sus esfuerzos á proclamar como dogma de la Estética que la poesía está en la vida, y que el artista debe, segun él lo practicaba siempre, tomar el fondo poético y el asunto de la inspiracion de los propios sucesos personales, elevando el caso particular para que revelara situaciones generales susceptibles de alcanzar eco unánime y simpatías universales en la conciencia comun. A tan inapreciables aptitudes unia el gran poeta dotes capaces para llegar á difundir un tono general y un carácter comun en medio del exagerado individualismo del espíritu alemán.

Bastarian á este fin las constantes inclinaciones de Goethe, en la incesante movilidad de su génio y la indefinida progression de su espíritu al contínuo rejuvenecimiento de su inteligencia, de lo cual son síntomas bien claros aquellos estacionamientos de Lavater y Herder, que cuidadosamente huia Goethe y aquellas uniformes y monótonas aspiraciones de Jacobi y otros muchos, contra las cuales protestaba el autor del *Werther* despues de haber asimilado todas las condiciones utilizables de su trato; protestas que obligaban al gran poeta á declararse extranjero en todas partes y á no confesar su patria sino en la region de lo bello, al mismo tiempo que decia expresamente que nunca podria satisfacerle una sola manera de pensar.

Propósito ya antiguo este en el ánimo de Goethe, habia tratado de buscar una fórmula general para expresarle, y habia dicho varias veces que aspiraba á ser el poeta *die Weltliteratur*, el poeta de la literatura universal, sentido que habia confirmado mas y mas, librándose por completo de todo provincialismo con el progreso creciente de su cultura y sobre todo con su viaje á Italia.

El proyecto es noble y nobilísimos los medios; para aunar tendencias diversas, para constituir la literatura nacional y

unificar el espíritu y la cultura de los germanos, condicion indispensable para formar despues la pátria comun, cambian entre sí Goethe y Schiller, segun dice Saint Beuve (1), su sentido práctico y su entusiasmo.

Rivales en algun tiempo Goethe y Schiller, se completan al unirse y abandonan voluntariamente y por convenio tácito todo asunto que les distraiga de su fin principal, llegando á constituir una sociedad, que no tiene mas objetivo que el arte y la perfeccion propia. «Desde el primer momento de nuestras relaciones, dice Goethe en sus *Anales*, seguimos juntos y sin detenernos el camino de nuestra perfeccion, consagrados incesantemente á la *actividad estética*. Tal union era para mí una nueva primavera, en la cual se desenvolvian los mas distintos gérmenes los unos al lado de los otros.»

Por espacio de muchos años siguen ambos génios con una actividad febril consagrados á esta empresa comun, comienzan á cumplirla con la publicacion dirigida por Schiller del periódico titulado *Las Horas* (2), y cuando no basta este medio y arrecia el combate, siguen luchando en pró de su ideal de independencia del arte con sus célebres epigramas, conocidos con el nombre de *die Xenien* (3.) En esta mútua colaboracion, se animan y auxilian entre sí Goethe y Schiller, haciéndose partícipes solidarios del éxito de sus trabajos, hasta el extremo de ser designados por G. H. Lewes, el célebre crítico de la vida y obras de Goethe, los *Dioscuros* (4.)

Para formar idea exacta de la obra llevada á cabo por estos dos génios, es preciso examinar sus facultades relativamente contrarias, así como tambien la série de circunstancias, á través de las cuales, estas dos almas, tan opuestas en ocasiones y tan antipáticas y repulsivas entre sí, llegaron á ser campeones decididos del sincretismo artístico que ya habia soñado alguna vez Goethe.

(1) Saint-Beuve, «Neuveaux Lundis,» t. III.

(2) «Die Horen.»

(3) «Xenien,» regalos, presentes que hacian el primer dia del año los griegos á sus huéspedes para renovar la amistad y el derecho de hospitalidad. El nombre fué aplicado por Goethe.

(4) «Dioscuros,» nombre con que designaban los griegos á Castor y Pollux, hijos de Júpiter y de Leda.

II.

No habian permitido los grandes y ruidosos acontecimientos del mundo político á Goethe sazonar en su espíritu las enseñanzas que habia recogido en su viaje á Italia. Convertido, por una imposicion del deber mas que por un entusiasmo impropio de su carácter, en guerrero por los años de 1792, y 1793, se sentia ya tan hastiado de que los sucesos superasen su prevision, que suplicó á su protector el duque de Weimar le permitiera retirarse del ejército para poderse dedicar á esta obra interior, que tanto le martirizaba de precisar sus ideas y emanciparse de sentimientos quiméricos.

Cual verdadero discípulo de la cábala, creía Goethe en 1794 que se hallaba ya al término de su aprendizaje y de sus viajes, siguiendo en esto la ficcion de su novela de *Wilhelm Meister*, y entendia que su personalidad, su *microcosmos* habia recogido ya suficientes datos para conocer el *macrocosmos*, sobre el cual se proponia influir con su poderosa actividad. Para confirmar mas todavía su opinion fué visitando, al regresar á Weimar, algunos de sus antiguos amigos, Lavater, Jacobí y otros, á quienes halló tan exclusivos y sistemáticos, tan prendados de sus ideas y opiniones y tan cerrados á toda manera de pensar que no fuera la suya, que decidió concentrarse en su propia individualidad, en este mundo tan enriquecido con experiencias científicas y enseñanzas artísticas, si habia de conservar, segun su propósito, la emancipacion de su personalidad y de su génio.

No exceptuaba el gran poeta de esta ley general á Schiller, que por este tiempo comenzaba á llamar la atencion de los contemporáneos con sus dramas. Eran Goethe y Schiller á principios del año 1794 *antípodas intelectuales*, segun decia el autor del *Fausto* á los admiradores de ambos cuando pretendian que se unieran. «Era Goethe, dice Rosenkranz (1), como él mismo se llamaba, una *naturaleza realista* (2) y era,

(1) Rosenkranz L. C. «Goethe, Schiller und die Kleinen.»

(2) Posco un imborrable «tic» de realista, decia Goethe despues á Schiller en sus cartas.

por el contrario, Schiller una *naturaleza idealista*.» Distintas las aptitudes de Goethe y Schiller, opuestas sus preferencias y contrarias sus maneras de ser y aun sistema de vida, no podían por el pronto concertar sus criterios y desconfiaban los verdaderos admiradores de ambos el conseguir que cesara semejante excision; quizá quien menos desconfiaba, porque era el que tenía mas vivas intuiciones, era el mismo Goethe, que tenía una fé profunda en que las simpatías fundadas en elementos reales se despiertan y aumentan á través de inmensas distancias, lo mismo que se hace sensible la fuerza de la polaridad.

Pero por este tiempo ambos génios se seguían dispensando una franca antipatía, si bien hay que declarar en pró de los fueros de la verdad, que los juicios mas duros y los ménos fundados eran los que formulaba el alma simpática de Schiller contra Goethe, cuyas acciones eran estimadas por aquel como propias de un hombre sin sentimientos ni conciencia. No llegaban los juicios de Goethe mas que á expresar que detestaba á Schiller por razones exclusivamente procedentes de las ideas sustentadas por el autor de los *Bandidos*, nunca por apreciaciones injustificadas de sus condiciones personales (1). Es bien clara la posición de Goethe en sus juicios sobre Schiller, mucho mas que la de éste, el cual, llevado quizá de una espontaneidad entusiasta, tal vez (porque no consignarlo) de algun sentimiento infantil de los que tanto abundan en el alma de los poetas, cayó en sus apreciaciones en vulgaridades que, si nunca tienen completa sancion, jamás la alcanzan cuando tales vulgaridades proceden de un espíritu como el de Schiller que debiera estar libre de ciertas faltas.

«Detestaba á Schiller, dice Goethe, porque su talento vigoroso é irreflexivo habia desencadenado en Alemania el torrente de todas las paradojas morales y dramáticas de que habia procurado purificar mi inteligencia, y temia ver completamente perdidos todos mis esfuerzos; éramos, por tanto, dos *antipodas intelectuales* á una distancia mayor que el diámetro de la tierra (2).»

(1) «La cuestión de ideas es la que separa á Goethe del autor de los *Bandidos*, pero nunca le inspiró la envidia un juicio desfavorable.» «Heieriche, Histoire de la littérature allemande.» pág. 12.

(2) V. «Introduction» á la correspondencia por «S. R. Tillandier.»

Consideraba, pues, Goethe, que se había librado ya por este tiempo de los *Fantasmas del Werther*, que las obras de Schiller, los *Bandidos*, la *Conjuración de Fiesco* y aun *D. Carlos* constituían un atentado contra el arte y contra la civilización, hasta el punto de apellidar *salvajes* á los que se entusiasmaron con tales creaciones. No pretendemos justificar el juicio de Goethe; pero quizá pierda gran parte de su aspereza si se recuerdan las sucesivas transformaciones de sus ideas, su abandono completo del antiguo *Sturm und Drangperiode*, y sobre todo, sus crecientes antipatías contra todo lo anormal y desordenado, contra lo que no representase la serena y rítmica belleza del clasicismo. Si Goethe declara que en este tiempo le daba calentura leer su misma obra del *Werther*, ¿qué podrá extrañar á nadie que extreme sus juicios y se apasione contra las obras de otros autores que exageran el sentido en que está inspirada aquella?

Había visto Schiller á Goethe por primera vez en Stuttgart en 1779, cuando regresaba el gran poeta de Suiza con el duque de Weimar (1). Joven aun Schiller y soñando con la gloria debió mirar con cierto asombro la aureola que circundaba ya entonces al génio de Goethe. Cuando Schiller, venciendo los grandes obstáculos con que tuvo siempre que sobrellevar la carga de la vida, logró ser presentado en 1784 al duque de Weimar, fué honrado por éste con el título de consejero, y en 1787 fué á visitar Weimar, la Atenas alemana, en época en la cual aun viajaba Goethe por Italia. No le bastaron á Schiller los repetidos y constantes testimonios que encontró en Weimar del aprecio universal y de la reputación unánime de que allí gozaba Goethe, testimonios confirmados hasta por el descontentadizo Herder, para escribir contra el autor del *Fausto* frases que éste le pagó tan pronto como pudo, trabajando asiduamente para que se le concediera una cátedra de historia en la Universidad de Jena (2).

(1) El 14 de Diciembre de 1779 visitó el duque Carlos Augusto, en compañía de Goethe, la escuela de Stuttgart, en la cual asistió á la distribución de premios. De ellos obtuvo Schiller cuatro.

(2) «Mientras Goethe pinta en Italia, decía Schiller, y gasta, sin hacer nada,» un sueldo de 1.800 thalers, los Voigts y los Schmidts trabajan por él cual si fueran bestias de carga.»

En Rudolstadt y otros puntos (de 1788 en adelante) vió varias veces Goethe al único rival de su gloria y al mejor amigo de su edad madura, á Schiller, respecto al cual nada hacía para variar su juicio, negándose á las gestiones de algunos de sus amigos para poner en contacto sus dos génios (1). Seguía Goethe consagrado con el ahinco de siempre al estudio de las ciencias naturales, continuaba cada vez mas limitando y estrechando sus relaciones amistosas, y odiaba mas que nunca las controversias sobre puntos que su soberana inteligencia habia declarado ya libres de toda discusion y á los cuales esperaba, fiado en sus profundas intuiciones, habian de venir á parar todos los verdaderos talentos.

Grandiosas y sublimes las obras que servian de fundamento á la fama universal é indisputable gloria de que gozaba Goethe, seguía Schiller dirigiendo principalmente los tiros de su odio contra el hombre ya que no contra el artista, sin presentir siquiera que la personalidad de Goethe, en apariencia insensible, en realidad agitada por intensas pasiones, mas debia parecer á un atento observador volcan trabajosamente apagado, pero cuyos fuegos brillan en el seno de una inagotable fecundidad, que restos yermos de una indiferencia odiosa.

«*Me haria muy desgraciado*, escribia Schiller á su amigo Koerner, vivir con Goethe, porque creo que *es un gran egoísta*. Tiene talento para captarse la voluntad de los hombres con repetidas deferencias y *buenas acciones*; pero obra como un Dios con el plan preconcebido de procurar los mas grandes goces á su amor propio. *Le detesto*, aunque tengo una alta idea de su inteligencia, que amo profundamente; ha despertado en mi alma una mezcla singular de odio y amor muy semejante á la que Bruto y Casio sentian por César. Le mataría para amarle en seguida con todo mi corazon.»

«Ha venido Goethe, escribia otra vez Schiller á Koerner, á vernos con Md. Herder y Md. Stein. No ha perdido nada la alta

(1) «No obtuvo este encuentro el éxito que se habian prometido los amigos comunes de los dos poetas. No podian tener gran atractivo para Goethe las obras de Schiller, cuando aquel llegaba de su viaje de Italia, prendado de las musas antiguas y de sus severos perfiles. La entrevista fué fria y permanecieron extraños el uno al otro.» Ad. Reguierd, Vie de Schiller.

idea que de él me habia formado, pero dudo *podamos nunca acercarnos*. Mas que en años, en experiencia y desenvolvimiento personal me lleva tan inmensa ventaja, que no *podremos jamás encontrarnos en nuestro camino*. (1). Como no ve el mundo con los mismos ojos que yo, todas nuestras ideas son diferentes. Nada definitivo se puede concluir, sin embargo, de esta entrevista; *el tiempo sobre todo.*»

A veces sucede, segun dice Mr. S. R. Tillandier, que entre el odio y el amor existe una distancia inapreciable, pues tal es la ley del sentimiento cuando entregado á sí mismo tiene que contradecirse por olvidar ó menospreciar los elementos reales de toda afeccion, que son persistentes frente á nuestras primeras impresiones subjetivas. De esperar es, por tanto, que vayan recorriendo distintos matices estos sentimientos de Schiller respecto á Goethe y que se prepare el ánimo de ambos por pasos contados á esta union fecunda de sus génios, que representa la síntesis poderosa de la pátria alemana.

Abandonaba Schiller poco á poco, quizá sin notarlo, que á manera de procedimiento misterioso germinan las ideas en el espíritu, abandonaba, decimos, sus antiguos exclusivismos románticos, presentía lo que Goethe habia ántes presentado y despues contemplado en su viaje á Italia, que por cima de los límites estrechos de una exagerada espontaneidad existe todo un mundo de belleza y de arte en el estudio de la antigüedad; se dedicaba, pues, Schiller á leer las tragedias de Eurípides, traducia al aleman la *Ifigenia* y comenzaba á paladear todas las bellezas rítmicas y ordenadas del clasicismo. Entusiasta Schiller, ahora como siempre, de estas sus nuevas ideas, descubre grandes encantos en los símbolos mitológicos antiguos, y sobre todo en la religion de la belleza del paganismo helénico; y al despertar su génio á este nuevo sentido, escribe, expresando tal estado de su ánimo, una bellísima poesia titulada *Los Dioses de la Grecia*. En esta composicion, dice Schiller, que al retirarse los Dioses con el abandono de la Mitología, se han llevado toda belleza y toda armonía viva, dejándonos sólo la palabra inanimada.

(1) En una de sus primeras cartas, dice mas tarde Schiller á Goethe caracterizando sus diversas aptitudes que, dada su naturaleza, «tenian que encontrarse á la mitad del camino.» (Carta de Agosto de 1794.)

Acerbas críticas valió dicha composicion á Schiller; pero de ninguna hacía caso, preocupándose solo del juicio que había merecido á Goethe, á este hombre á quien detestaba. Preocupado con él, escribe de nuevo *«me importa mucho la opinion de Goethe*. Aunque considera, quizá con razon, demasiado extensa la poesia *Los Dioses de la Grecia*, ha merecido no obstante su aprobacion. Como me juzga con cierta parcialidad hostil y deseo saber toda la verdad respecto á mi, creo que es Goethe el único hombre que *puede hacerme este servicio*. *Le rodearé de espías* para saber lo que piensa de mis obras.»

A la composicion titulada *Los Dioses de la Grecia*, siguió otra, *Los Artistas*, en que Schiller mostraba que la poesia es un medio para educar los hombres lo mismo que cualquier otro pensamiento, con el cual se acercaba tambien á las opiniones de Goethe. Además en su tratado de la *Dignidad y de la Gracia* procura Schiller separarse algo del rigorismo moral de Kant, reducido al imperativo categórico, cuyo mas alto fundamento se halla en la dignidad y la vida heroica, para acercarse á la opinion de Goethe con su doctrina de la gracia. Pero en este mismo tratado descubren todos los críticos y aun descubrió el mismo Goethe, alusiones transparentes y duras á su personalidad, cuando al hablar de los que son poetas por instinto, declara Schiller que son éstos imponentes para rehacer sobre sí y cumplir dignamente su mision. «Efectos, dice Schiller de la naturaleza y no de la voluntad libre, vuelven á la materia de donde han salido. Estos meteoros, que prometen mucho, son despues algo ménos que fuegos fátuos.» Se creyó Goethe en esta alusion mal juzgado en sus creencias, porque ni se tenía por materialista ni por excéptico, ya que su vida ha sido hasta aquí, es y será hasta su último momento una poética *odisea*, para buscar con ánsia y anhelo los más altos ideales que han de dirigir á los hombres.

Al comenzar el año de 1794, Schiller, con mas profundos conocimientos, debidos al estudio de la historia y de la filosofía y con mas experiencia y mayor cultura, domina sus primeras impresiones, ordena sus entusiastas sentimientos y llega á hallarse en disposicion mas favorable que nunca para unirse íntimamente con Goethe, union que es tanto mas fructuosa en tal momento, porque segun decia despues Goethe, se tienen

mas cosas que contar dos caminantes al término de su viaje que al comienzo. Así es que Goethe, cuyo espíritu ha sido siempre muy supersticioso, afirma que hasta el momento de su union con Schiller debe haber sido determinado por algun poder superior.

¿Qué coincidencia feliz hace que cesen las antipatías entre estos dos génios y que inicien con su mútua cooperacion en el arte lo que Schiller llama *nueva época* en su existencia, Goethe apellida *nueva primavera* y *segunda juventud* de su vida, y todos los críticos estiman como una *era fecundísima* para las letras alemanas, que salen purificadas y ennoblecidas de esta escuela mútua del génio, crisol de la belleza y de la verdad?

Goethe hace mencion de esta coincidencia en sus Notas á los Estudios botánicos y refiere despues el suceso en sus *Anales*. «Los momentos, dice, que he consagrado al estudio de la metamorfosis de las plantas tienen para mí un valor inestimable; porque les debo la dicha mayor que me ha reservado el destino. Una discusion sobre estos estudios me valió la amistad con Schiller, haciendo cesar la mala inteligencia que nos habia separado á ambos.»

Al salir uno de los últimos dias de Mayo de 1794 de una sesion de la Sociedad de Historia Natural en Jena, se encontraron Goethe y Schiller por casualidad ó mejor *providencialmente*, segun dice M. Caro. Se quejaba amargamente Schiller del método fragmentario, seguido en tales estudios, tan repulsivo á los profanos, y le contestaba Goethe que semejante método tambien repugna á los no profanos, tanto mas, cuanto que existe otro método mas aceptable para estudiar la naturaleza en sus obras y en su vida, considerándola en su conjunto y procediendo mas que fragmentariamente del todo á las partes. ¡Discusion fecunda! De esta conversacion sobre la trasformacion de las plantas, dice M. S. René Tillandier, ha nacido la amistad de los dos grandes poetas. Sigue entablada la conversacion y Goethe entra con Schiller en su casa, explicando sus ideas con un entusiasmo mayor que si le escuchará un auditorio numeroso y pretendiendo dar relieve á sus opiniones, traza rápidamente sobre el papel un dibujo á pluma de lo que entiende por *planta típica*. Comprendo, contesta bien pronto Schiller, pero tal planta no es observable, es simplemente una

pura concepcion de vuestro espíritu, una idea. Hubo de contenerse Goethe, segun dice, para no replicar duramente, cuando ante semejante contestacion surgió en su pensamiento el recuerdo de sus antiguas antipatias y sobre todo el de las alusiones que creia descubrir en el trabajo de Schiller sobre la *Dignidad y la Gracia*. Me dominé, dice Goethe, limitándome á contestarle que estaba satisfecho de tener ideas sin saberlo y aun de verlas con mis propios ojos. Y como el primer paso estaba ya dado, continúa Goethe, y Schiller tenía un singular poder de atraccion para captarse las simpatias de los que se le acercaban, logró cautivarme, siendo la eterna disputa entre el sujeto y el objeto la ocasion y el principio de nuestra amistad que habia de ser eterna (1).

«Este incidente, dice acertadamente M. Faivre (2), explica los rasgos salientes del carácter de estos dos grandes hombres, pues cada uno lleva en sí *el complemento del otro*. El idealista Schiller, discípulo de Kant, lo refiere todo al sujeto, mientras que el realista Goethe lo refiere todo á la naturaleza que admira en sí misma.»

Pero en medio de tal oposicion, Goethe y Schiller se completan entre sí y se unen, porque el fin que persiguen no puede ser llevado á cabo, segun dice Weber (3), sino mediante el concierto de los esfuerzos de ambos para reconciliar entre sí los principios contrarios de la razon y de los sentidos, de la naturaleza y del arte, de lo objetivo y de lo subjetivo. Así es que desde un principio ambos génius comprenden la importancia de su union, y si Schiller reconoce ante sus primeras conversaciones con su antiguo rival *trasformado el conjunto de sus ideas*, Goethe señala en sus primeras conferencias con Schiller *el comienzo de una época nueva en su vida*. Y desde tal momento, roto el hielo de la indiferencia, disipadas las brumas de la antipatía, todo es abnegacion en estos dos sublimes caracteres, que se estimulan recíprocamente para penetrar con nuevos brios en el mundo del arte, abandonando Schiller su absorbente y prosáica tendencia á la especulacion filosófica, y

(1) V. «Annales», pág. 380.

(2) Ernest Faivre «Ouvres scientifiques de Goethe», pág. 45.

(3) Weber, «Histoire de la Litterature allemande» traduction de F. Lauth.

separándose Goethe de aquel aislamiento exclusivo en que le tenia encerrado su afición á observar el mundo físico.

Luego que llegaron á entenderse substituyeron Goethe y Schiller sus antiguas antipatías con una amistad inalterable y durante once años, dice M. Saint René Tillandier (1), «ofrecieron al mundo el nobilísimo espectáculo de dos espíritus superiores, que, al olvidar toda preocupacion mezquina, se consagran únicamente, llenos de fé y amor, á la religion del ideal.»

III.

«Mi union con Schiller, dice Goethe, (2) llegó á ser tan íntima que no podíamos vivir el uno sin el otro, porque aunque éramos de *naturaleza muy contraria perseguíamos ambos un mismo fin.*» Revelan tales palabras el poder intuitivo del génio de Goethe que comprendió desde un principio el origen real y el fundamento firmísimo de su amistad con Schiller.

Es la amistad palabra sin sentido, dice á veces el hombre dolorosamente aleccionado por los desengaños de la vida, olvidando que dejamos crecer y desarrollarse la amistad sin apoyarla mas que en condiciones subjetivas, en elementos personales y en tendencias irreflexivas, circunstancias que llegan todas juntas á constituir castillo de naipes deleznable al menor obstáculo é ignorando que no subsiste la amistad, ni permanece inalterable al consuelo que en la vida ofrece; si sobre los elementos personales que en ella juegan, no aparecen otros de general desinterés y abnegacion que la purifiquen, y si, por último, las tendencias irreflexivas que mueven al ánimo en sus primeros impulsos no son substituidas por una generosa mancomunidad de pensamiento y obra. De esta suerte constituida la amistad es consuelo animador en la vida, es el complemento obligado de nuestra propia individualidad y llega á formar el consorcio íntimo de las almas.

A este orden superior de la amistad real, subsistente por lo objetivo, inalterable por lo generosa, pertenece la amistad que conservó unidos á los dos poetas mas grandes de Alemania, á

(1) V. «Introduction á la Correspondence por M. Saint René Tillandier», pág. 7.

(2) «Conversations», t. I, pág. 402.

Goethe y Schiller, los dos *génios de naturaleza contraria que persiguen un mismo fin*. Estas dos condiciones que Goethe señala acertadamente como notas de contraste y semejanza de su génio con el de Schiller son la base inmovible en que se apoya la union íntima de los dos poetas.

Reunen Goethe y Schiller, segun lo reconoce el primero y lo declaran todos los críticos, contrastes y oposiciones suficientemente características para que no se extinga el afecto que ha engendrado su amistad. Unánime es el juicio de todos los críticos respecto á las condiciones opuestas de Goethe y Schiller. Henry-Lewes (1) señala profundas desemejanzas en la constitucion fisiológica de Goethe y Schiller, que hace extensivas á los detalles de la vida de ambos y dice «comparando al uno con el ideal griego y al otro con el cristiano, damos á entender claramente que Goethe representa el realismo y Schiller el idealismo. Bossert (2) afirma que mientras Goethe era un observador asídúo del mundo exterior, era Schiller un idealista y que con facultades tan encontradas todo en ellos fué distinto, la educacion, los primeros estudios y los sucesos de la vida; nunca, concluye diciendo, han partido de tan lejos dos hombres para encontrarse despues.» M. Saint-René Tillandier (3) hace tambien una viva enumeracion de los contrastes que distinguen á los dos poetas; «Goethe, dice Tillandier, que ha desconocido la Revolucion, que se burla del Terror, es el poeta cortesano; y Schiller, que ha saludado entusiastamente la misma Revolucion y que quiere defender á Luis XVI ante la Convencion, es el poeta de la juventud; tiene aquel por maestro en filosofía á Espinosa y Schiller á Kant.» M. A. Mezieres (4) asegura que Goethe y Schiller distaban tanto en sus opiniones que parecia que existia á primera vista un abismo insuperable entre sus ideas. M. Regnier (5) dice que llegó á un extremo tal la fuerza con que se acentuaron estos contrastes entre Goethe y Schiller que el elogio del autor de *Wallenstein* implicaba la crítica del de *Herman y Dorotea*, y pa-

(1) G. H. Lewes, «The Life and Works of Goethe.»

(2) A. Bossert. «Cours de litterature allemande», t. III.

(3) «Correspondance entre Goethe y Schiller.»

(4) A. Mezieres. «W. Goethe Lesœuvres expliquées par la vie.» t. II.

(5) Ad. Regnier. «Vie de Schiller».

recia la representacion de la lucha de sus dos génios la de las dos almas de que habla *Fausto*, que habitan en nosotros y quieren separarse la una de la otra.

Sobre aquella saliente contrariedad de su naturaleza ha triunfado la semejanza del fin que los dos génios perseguian, y si aquellos contrastes han persistido, han animado y hecho mas íntima su amistad, que asocia sus nombres y su gloria, enalteciéndoles la posteridad como dos génios hermanos que se han comprendido y secundado. (1) Ha sido posible tal union porque, segun dice Lewes, si Goethe y Schiller eran naturalezas distintas, no eran sin embargo contradictorias, sino que tenian muchas semejanzas entre sí. Cuando dos hombres persiguen un mismo fin, si este es noble y desinteresado no pueden menos de unirse; porque por cima de toda oposicion de caractéres existen elevadas ideas y sentimientos sublimes en que conciertan todas las almas bien sentidas. Y que existen tales semejanzas entre Goethe y Schiller no lo niega ninguno de sus críticos, ni aun los mas prolijos en señalar sus diferencias.

Se notan las semejanzas que existen entre Goethe y Schiller, observando la homogeneidad en el desarrollo de su génio, siquiera á causa de su edad, de su mayor cultura y de su superioridad, vaya siempre Goethe delante de Schiller. Así, á la trasformacion del génio de Goethe durante su primera residencia en Weimar convirtiéndose al clasicismo, corresponde el cambio de Schiller, que se manifiesta en su poesía *Los Dioses de la Grecia* y en su poema *Los Artistas*; además, la mision docente que atribuye Goethe al arte y la educacion artística en la vida, en su novela del *Wilhelm Meister*, es semejante á la concebida por Schiller cuando escribió sus *Cartas sobre la educacion estética*; y por último, son casi idénticas sus ideas, al estar ambos convencidos de la poderosa influencia que debe ejercer el arte en la vida. Creian lo mismo Goethe que Schiller, que solo puede la humanidad

(1) «Ambos buscamos la verdad: tú en la vida exterior y yo en la interior, los dos la hallaremos de seguro. Con la vista clara se vé en lo exterior al Creador, con un corazón puro se contempla interiormente el mundo.»

Poesia de Schiller, titulada: «Concierto».

elevarse á la posesion de sus más altas facultades mediante la cultura artística, coincidiendo así ambos génios que habían comenzado por ser revolucionarios en el arte aceptando un criterio ménos exclusivo.

Tan viva é íntima es la union entre Goethe y Schiller que se oponen ambos á las pretensiones de aquellos de sus admiradores que deseaban despertar de nuevo sus antiguas rivalidades. De ella ofrece elocuente ejemplo la repulsa violenta que hizo Schiller de una fiesta en honor suyo, por temer, si aceptaba, que Goethe pudiera creerse ofendido. (1)

Aun mas definitivas son las pruebas de amistad íntima que se observan en la correspondencia frecuente y fructuosa mantenida entre Goethe y Schiller. Con razon se enorgullece todo alemán de tal correspondencia; «una de las joyas más preciosas, dice un gran escritor (2) de nuestro tesoro nacional. Presenciamos, gracias á ella, los trabajos de dos grandes génios que poseen en sumo grado la vocacion poética y se unen en una empresa comun.» Desde los primeros momentos se observa en esta correspondencia qué bien han reconocido ambos poetas la naturaleza de su génio y cuán acertadamente marchan en esta empresa comun, completándose entre sí, es decir, (3) ayudando la inteligencia relativamente pobre de Schiller á que Goethe dirigiera y ordene el mundo incommensurable de su saber y contribuyendo Goethe con sus luminosas conversaciones á poner en continuo movimiento las pocas ideas de Schiller. Qué mucho, pues, que Schiller reconociera desde luego las grandes ventajas que podia recoger de su trato con Goethe, y que desde el primer momento considerará época decisiva en su vida la amistad con su antiguo rival. Así es que, mientras á Herder inspiró siempre Goethe un entusiasmo frio y reservado en que pretendia indirectamente mostrar el va-

(1) De qué suerte ha correspondido Goethe á las deferencias de Schiller, lo dice expresamente aquel en sus Conversaciones. «Hace veinte años que disputa el público por saber quién es mas grande, si Schiller ó yo. Debieran los alemanes celebrar tener dos hombres como Schiller y yo.»

(2) Strauss «L'ancienne et la nouvelle foi», pág. 293.

(3) «Como el círculo de mis ideas es mas restringido que el vuestro, le recorro más pronto. Mientras procurais simplificar vuestro inmenso mundo de ideas, busco yo la diversidad para las cosas que poseo.» (Carta de Schiller á Goethe.)

lor de su personalidad, admiraba Schiller á Gœthe con un entusiasmo gráficamente calificado por H. B. de Bury (1) *sans arrière-pensée*.

Desde los primeros momentos presiente Schiller la importancia que tiene para ambos aumentar su intimidad, completando así sus cualidades contrarias. «Es el génio, dice Schiller á Gœthe, (2) un misterio impenetrable, pues consiste en el perfecto acuerdo de vuestro instinto filosófico con los resultados mas puros de la razon especulativa. Aunque parecen contrarios, por partir el espíritu especulativo de la unidad y aceptar el intuitivo por base la variedad, como el primero busca sinceramente la experiencia, mientras el segundo se eleva á la consideracion de la ley con toda la independendencia del pensamiento, *tienen que encontrarse los dos á la mitad del camino.*» (3)

Siguen semanalmente por lo ménos su correspondencia Gœthe y Schiller, interrumpiéndola sólo por sus entrevistas. En Setiembre de 1794 pasa Schiller dos semanas en casa de Gœthe; admira y aprovecha su inmenso saber, y segun escribe á su amigo Koerner, parece su inteligencia *suelo fecundo por una copiosa lluvia*. Las consecuencias inmediatas de este cambio de ideas son que Schiller abandona poco á poco las especulaciones abstractas de la filosofía y se consagra principalmente á la poesía real y viva que tanto encantaba á Gœthe. (4)

IV.

Habia despertado profundas simpatías en el corazon de Schiller la Revolucion francesa, saludada por él con un grito de febril entusiasmo. Autor despues en su drama *Don Carlos* del tipo del marqués de Posa, parecia Schiller el cantor de la li-

(1) «Fent sur Gœthe», pág. 117.

(2) Carta de Schiller á Gœthe, Agosto de 1794.

(3) A este oncuentro atribuye siempre Schiller una mision superior, la de completarse y perfeccionarse con Gœthe siguiendo aquella máxima de Humboldt, citada en el t. II de la «Walhala del Sr. D. Juan Fantesratk.» Decia Humboldt á Schiller: «Vd. y Gœthe podrá alcanzar la cumbre más alta, sin que el uno oscurezca al otro.»

(4) V. «Dr. Clemens Schiller dans ses rappotts avec Gœthe et avec le la temps presem.»

bertad; pero á estos primeros y espontáneos sentimientos habian sucedido otros muy distintos en el alma de Schiller, que en el año 1794 juzgaba todos los acontecimientos revolucionarios como perturbadores de la paz pública y de la tranquilidad individual. A pesar de haber merecido (Setiembre de 1792) de la República francesa el diploma de ciudadano, firmado por Danton y Roland (expedido á favor de *Mr. Gille, escritor alemán*, (1) seguia Schiller aterrado ante el proceso de Luis XVI, á quien pretendia defender por escrito y deseaba con Wieland una dictadura para salvar el orden social.

Así se acercaba más Schiller al modo de ver de Goethe en los sucesos políticos, y de esta suerte iban cediendo las asperezas de las opiniones mas encontradas de los dos poetas para dar lugar á una amistad imperecedera. Semejante cambio en las ideas políticas de Schiller conformaba con la opinion reinante en todos los círculos literarios que pensaban unánimemente que en el estado político y artístico de Alemania en aquel tiempo mas convenia apaciguar los ánimos, llamando la atencion hácia las serenas regiones del arte, que excitar las pasiones, haciéndolas partícipes de la fiebre revolucionaria.

«En estos tiempos, decía Schiller, en que las noticias de la próxima guerra exaltan los ánimos y en que la lucha de las opiniones y de los intereses políticos reproduce esta guerra en todos los círculos, eliminando de todas las conversaciones las Musas y las Gracias y no estando libres en ninguna parte del *demonio de la critica política*, parece tan atrevido como meritorio invitar al lector á que atienda á otros asuntos. No son muy favorables las circunstancias para un periódico que ha de guardar silencio absoluto sobre el tema favorito del dia... Pero por lo mismo es de todo punto necesario elevarse por cima de todas las influencias del tiempo y *reunir bajola bandera comun de lo verdadero y de lo bello el mundo dividido por la política*.» Tal era el pensamiento que inspiraba á Schiller la creacion de su periódico titulado *Las Horas*, donde pretendia que colaborasen todos los grandes escritores, y entre ellos Goethe. Puede concebir con suma facilidad el lector cuán grata impresion habia de producir á Goethe, al eterno enemigo de las turbulencias

(1) «Mr. Gille en vez de Schiller.»

revolucionarias, la lectura de un programa cuya idea principal le era por demás querida, la idea de que el hombre culto, el sábio debe mantener una indiferencia completa y conservarse del todo separado de los vértigos que producía por entónces el imprevisto decurso de los sucesos políticos. (1)

Acogió Goethe con gran deferencia el pensamiento de la creación de *Las Horas*, en cuya publicación colaboró desde un principio. Pobre fué la existencia que arrastró el periódico, corta su vida y ménos que mediano su éxito, pues no logró ejercer influencia fructuosa en el estado fragmentario de la literatura alemana, siendo ineficaces todos los esfuerzos por luchar contra la estupidez general, decía Schiller, ante la cual son impotentes hasta los mismos dioses. Tendrá, no obstante, dicha publicación gran importancia; porque sirvió de ocasión favorable durante cuatro años para hacer mas viva la simpatía entre Goethe y Schiller, poner en contacto sus génius y llevar á cabo muchos trabajos en comun, que dieron por resultados las influencias recíprocas con que enriquecieron sus opuestas aptitudes.

Desde un principio ofrece Goethe á Schiller todas sus obras inéditas para que se publiquen en *Las Horas*. Aparecen sucesivamente las *Epistolas* y *Elegias*, y las *Conversaciones de los Emigrados*, y además poesías como *Alexis* y *Dora* y la *Prometida de Corinto*, obras todas que remite Goethe á Schiller en cartas afectuosísimas, en que le autoriza para introducir en los manuscritos todas las correcciones que estime oportunas, suplicándole sobre todo que le exponga su juicio sobre aquellas. Contesta Schiller, manifestando su satisfacción y expresando espontáneamente su desinteresada y noble admiración ante el mundo inconmensurable de verdad y poesía, que atesora su antiguo rival. Por su parte Schiller pide también consejo y direc-

(1) Ni en las ideas políticas de Goethe, ni en el abandono por parte de Schiller de sus primeros entusiasmos revolucionarios, queremos descubrir falta de patriotismo. Ocupados ambos casi exclusivamente en la construcción de la «Ciudad ideal», de la Alemania futura, se acuerdan poco de los sucesos presentes; pero difunden gérmenes de valor inestimable para la constitución de la Nacionalidad alemana. Aunque no se libran de la parcialidad y del exclusivismo, puede y aún debe la crítica mas acerba suspender su juicio, porque desde luego les justifica la intención.

cion á Goethe, publica bajo su inspeccion las *Cartas sobre la educacion estética* y varios tratados poéticos. Renace el amortiguado espíritu poético de Goethe ante el entusiasmo de Schiller, y al renacer cobra nuevo impulso y hace fluir de su inteligencia titánica su vasto saber y sus inmensas concepciones artísticas; y en el interin Schiller adquiere mayor sentido para la belleza, abandona lo abstracto de sus especulaciones y recoge en este banquete del génio manjares que sacian la inmensa sed de belleza y poesía que su alma anhela, reuniendo, como dice, materiales para muchos años.

Al lado de resultados tan fecundos como los que para sí acopian personalmente los dos poetas, sigue siendo estéril la mision del periódico *Las Horas*, como si fuera inexorable ley del destino que no llegue á cumplido término jamás la cultura germana por movimientos combinados ó influencias sociales, sino que alcance su desarrollo por la virtualidad ingénita en sus poderosas individualidades.

No llegaba la nueva era que habia imaginado Schiller para las letras alemanas. Aquella ciudad ideal, que, segun el parecer de Schiller, habian de conquistar todos los talentos al amparo del lema comun de la verdad y de la belleza, parece la tierra de promision, cuyo camino se halla interceptado por las medianías. Desaniman de su empresa, principalmente Schiller, pero como no tienen motivos iguales para desconfiar de las consecuencias de su union, deciden hacer ésta cada vez mas íntima, reclamar ambos como causa propia la tan mal parada de su publicacion, y Schiller con su entusiasmo y Goethe con su posesion de sí, aquel con desconfianza, éste con tranquilidad, el primero dominado por el dolor de la desilucion, y el segundo sobreponiéndose á ésta como á toda contrariedad de la vida, unidos tan íntimamente, que parecen una razon social, una sociedad anónima, que firman todas las producciones indistintamente con sus iniciales *G* y *S*, libran nuevo combate en pró de su ideal y defienden victoriosamente con las mismas armas con que han sido zaheridos la maltrecha opinion que pretenden incrustar en la conciencia pública.

El que parece ménos entusiasmado, Goethe, dá la señal del combate, diciendo á Schiller: «No os preocupeis, reunid desde luego cuanto se ha dicho contra nosotros y contra *Las Horas*,

y haced un auto de fé... Tengo, dice Goethe, vivos deseos de que organicemos una batida contra los filisteos en el dominio de nuestra literatura.»

La Batalla de los Xenios, (1) nombre con que se conoce la obra llevada á cabo por Goethe y Schiller, (2) es la campaña gloriosa que emprenden en 1796 los dos poetas más grandes de Alemania en pro de la independencia del arte y con el objeto de emancipar la poesía de la secta de los Stollberg, de las críticas de los metafísicos del *yo* y del *no-yo*, discípulos exclusivos de Fichte, de Nicolai, de los racionalistas con *parti pris*, y de todas las limitaciones que las medianías aquí, los rigorismos de escuelas allá y las exigencias de partido en otro punto, querian imponer á la obra sublime del arte que nace, segun habia dicho Goethe, como Minerva de la cabeza de Júpiter.

Muchos, la mayor parte de los críticos, convienen en que en los *Xenios* es ya imposible distinguir lo que pertenece á cada uno de los poetas; tan íntima era por entonces la amistad que les unia que á veces el pensamiento del epígrama era de Goethe y la forma de Schiller y vice-versa. Tal fraternidad entre los dos génios impide discernir el trabajo de cada uno; si bien Goethe en sus conversaciones declara á Eckermann que los mas virulentos son de Schiller, pero ambos poetas convinieron en declarar la coleccion obra mancomunada: convinimos, dice Goethe, que nuestros *Xenios* aparezcan completos en mis obras y en las de Schiller.

Son los *Xenios* composiciones brevísimas, epigramas picarescos, verdadera *diablura poética*, como los llama Schiller, contra todos los que se oponian á la nueva poetica, pretendiendo sujetar el arte á principios extraños. Lleno de alusiones exclusivamente locales y aun personalísimos son los *Xenios* obra que recordará siempre la influencia poderosa del talento, y sobre

(1) V. Bossert y Lewes.

(2) Leyendo Goethe los epigramas de Marcial encontró que el libro XIII está compuesto de disticos, llamados por el autor «Xenia», presentes para enviar á huéspedes y amigos en calidad de regalos. De Marcial toma Goethe el nombre, y aun la forma de estas composiciones, cuya intencion es flagelar á sus enemigos con una crítica dura y acerba en epigramas brevísimos. Comienza Goethe por enviar doce á Schiller; soberbia idea, contesta éste, pero necesitamos lo ménos ciento, y en seguida se ponen á trabajar en su composicion con un ardor infatigable.

todo el resultado que produce al unir á Goethe y Schiller en una intimidad sin ejemplo. Conservan sin embargo, algunos de estos epigramas suma gracia y donaire, porque retratan plásticamente ya las flaquezas humanas, ya los errores inherentes á todo exclusivismo. Tales condiciones, unidas á una concision severa, revela el siguiente epigrama dirigido por Schiller contra Lavater. «¿Cómo procede la naturaleza para unir lo grande con lo pequeño? Coloca en el centro la vanidad.»

Causaron los *Xenios*, dice Goethe, (1) una gran conmocion en el mundo literario; pero sus autores siguieron su obra, apellidada por aquellos contra quienes iba dirigida *Almanaque de las Furias y nueva plaga de Egipto*. Lo mismo Goethe que Schiller componian su número determinado de epigramas, sin que pudiesen alegar ningun pretexto; así, decia Goethe en una de sus cartas, en medio de mis muchas ocupaciones no quiero faltar á la obra comun y os remito mi *contingente de la semana*. Y este contingente obligaba á los dos sócios de la anónima *G. y S.* á averiguar qué ingratitudes é injusticias se cometian contra ellos ó contra sus obras; una vez averiguado el hecho, dice gráficamente Goethe, se mandan al autor tres zorros con las colas encendidas, esto es, una docena de dísticos. (2)

Adelante, escribia Goethe á Schiller, «importa que excitemos á nuestros contemporáneos para que expresen todos sus juicios desfavorables contra nosotros, porque mientras el autor vive es fácil destruir el efecto de sus ataques con obras nuevas. confio en que no se han de olvidar tan pronto los *Xenios*, que sostendrán en accion contra nosotros el espíritu maligno. *Continuemos nuestros trabajos positivos* y abandonemos al espíritu maligno el suplicio de la negacion.»

¡Cuán sabia y acertada máxima la de Goethe! Hemos mostrado ya lo vulgar é imperfecto de nuestros contrarios; venimos del terreno de la negacion, hemos salido á la palestra en pró de ideales desconocidos y necesitamos ahora ofrecer al juicio de los contemporáneos el fruto de nuestro trabajo. Así es

(1) «*Annales.*»

(2) Tal fué el castigo aplicado á Reichard, redactor del periódico titulado la «*Alemania*» por haber criticado acerba y duramente las «*Conversaciones de los emigrados*» de Goethe.

que el génio poderoso y previsor de Goethe guia á su consócio á obras aun mas fecundas, le anima á que dé cima á su concepcion de *Wallenstein*, mientras él trabaja por concluir *Herman y Dorotea*.

Pero quando se retiran de esta lucha, han entablado Goethe y Schiller tan íntimo consorcio de ideas, tan intensa y profunda mancomunidad de pensamientos, que bien merece alguna consideracion esta influencia recíproca en que se ofrecen dos naturalezas distintas y contrarias que persiguen un mismo fin, segun la acertada frase de Goethe.

POESIAS LATINAS DE LEON XIII (1)

TRADUCIDAS

POR

JUAN QUIRÓS DE LOS RIOS.

LA MUSA HABLA AL POETA

¡Cuán felices los años trascurrieron
De tu florida edad! ¡cuán sonriente
Los pátrios lares y el Lepin la vieron!
Vetulonia en su seno dulcemente
Te acogió niño aún, do el claustro amado
Del gran Ignacio iluminó tu mente.
Mas pronto fuíste de su luz privado,
Y ni el palacio de los Muti luego
Te dió, ni la Academia, el pan ansiado.
Manera fué quien dispára al ciego
Las nieblas, al llevarle generoso
De vivífica luz á ardiente fuego.
Por él y aquel Senado tan famoso
Bebiste en fuente pura, de Sofía
Y de Dios el principio misterioso.

(1) Nuestros queridos amigos y colaboradores D. Hermenegildo Giner y D. Juan Quirós de los Rios, han publicado en un elegante volúmen la traduccion del curioso libro de Bonghi, *Leon XIII y la Italia*. Estas poesías, que nos parecen perfectamente traducidas, forman parte del citado libro, y las insertamos con autorizacion del Sr. Quirós.

Roma al fin sacerdote te vé un día,
Y vé á Témis también ceñir tu frente
Con el laurel que á la constancia fía.
A nuevos horizontes sábiamente
Llévate luego Sala, del Romano
Sacro Colegio púrpura esplendente.
Aquel ilustre venerable anciano
De su saber tu pensamiento inflama
Con su elocuencia y su consejo sano.
La bella Partenope á sí te llama,
Benevento despues, do á los Hirpinos
Riges prudente, y por do quier te aclama.
Y aclámante también los Perusinos
Con gozo inmenso, y la vivaz Umbría
Mira el númen en tí de sus destinos.
Triunfos empero de mayor valía
Aún te aguardan: la Sede, consagrado,
Al bégico confin Nuncio te envía,
Do de Pedro el depósito sagrado
Y de la fé católica á ti fuera
Por el Pastor Supremo confiado.
Tornas despues de la brumal ribera
Por su mandato al dulce pátrio suelo
De Ausonia amada, siempre placentera,
Y rebosando en amoroso anhelo
A tu Perusa corres nuevamente,
Que con su Iglesia desposóte el cielo.
Seis lustros van pasados al presente,
Y entre tu grey la bienandanza mora,
Por tí apastada dulce y mansamente.
La púrpura romana vistes hora
Príncipe sacro, y en tu pecho brilla
La insignia con que Bélgica te honora;
Y la devota multitud sencilla,
Y la milicia del Señor, rivales
Son en su afecto hacia tu excelsa Silla.
Mas, ¿qué valen las pompas terrenales?
¿Qué los honores? La virtud ¿acaso
No es el único bien de los mortales?

Síguela siempre tú con firme paso,
Que ella las puertas te abrirá del cielo,
Tu vida extinta en su inminente ocaso.
Allá gozosa tenderá su vuelo
La eterna paz á disfrutar el alma,
Libre de las cadenas de este suelo.
Concédate clemente Dios la calma
Celestial que el espíritu ambiciona,
Y la Virgen Santísima la palma
Te dé del justo y la triunfal corona.

ELEGÍA.

Si suenan mis acentos suaves en tu oído,
Si inspírame estos versos tu génio creador,
Acoge, oh gran Rotelli, cual lauro merecido,
Los votos y alabanzas de aqueste tu pastor.

Cuando á Carmelo elogias arrebatado al mundo
Por Parca cruel tras dura feroz enfermedad;
Cuando al varon insigne, por su saber profundo
Ensalzas en sus grandes virtudes y piedad;

Y el majestuoso aspecto que la ínfula sagrada
Prestábale, sus blancos cabellos al ceñir,
Y sus costumbres puras, y su bondad probada,
Su génio, sus estudios, su plácido decir.

Memoras, y le pintas ejemplo fiel de sábios
Prelados, que ninguno jamás llegó á exceder,
El auditorio inmóvil, pendiente de tus lábios,
De tu palabra admira el mágico poder.

Y yo principalmente de encanto deleitoso
Alegre siento entónces henchido el corazon,
Al recordar los dias que niño candoroso
Te acaricié en mi seno con íntima efusion.

Besaba entónces leve tu róseo semblante
El áura sonriente de la primera edad,
Y al contemplar tu viva mirada rutilante,
Tu aspecto y tu venusta gentil vivacidad:

Crece,—exclamé:—felice, oh niño, marcha solo
Do llévente tus gustos y tu genial amor,
Y baje del Empíreo con el laurel de Apolo
La Musa á coronarte con supreciado honor.

Las ciencias mas abstrusas, la vívida elocuencia
Ufánense contigo, su alumno sin igual,
Y quando á sazón llegue tu clara inteligencia
Ofrézcale Sofía su puro manantial.

Ella á sufrir enseña del mundo los azares,
Los firmes caractéres los forma ella tambien;
Tu guía siempre sea por donde caminares,
Hasta que el cielo ciña tu esplendorosa sien.

A SAN HERCULANO, OBISPO Y MARTIR.

HIMNO.

Salve, salve, glorioso Herculano,
De la pátria tutela y sosten:
Sé propicio á tus hijos que entonan
Dulces cánticos hoy en tu prez.

De la fria region de los Getas
El feroce Totila salió,
Y á Perusa, sus torres sitiando,
Con sus bárbaras hordas llegó.

Ya amenaza el estrago en los fuertes,
Abatidas las almas están,
Y sumida en lamentos y en luto
La infeliz consternada ciudad.

Mas tú velas, invicto Herculano,
Por tu grey valeroso pastor,
Y los pechos alientas que tiene
Abatidos el miedo ó dolor.

«Por la fé que heredásteis—exclamas—
Con denuedo y ardor combatid,
Yo seré vuestro guía: los templos
Y la pátria salvemos así.»

A tu voz en los pechos renace
Prepotente el perdido vigor:
Uno es sólo el comun pensamiento:
La victoria fiar al valor.

Tú el caudillo, siete años invicta
Defenderse logró la ciudad,
De las hordas el bárbaro ataque
Resistiendo briosamente.

Donde quiera que cunde el peligro
Allí estás con heroica fé,
Y sucumbes rodeado de gloria
Que no pueden los siglos romper.

Por vil dolo la plaza tomada,
No en reñida beligerante lid,
Das gozoso tu sangre y tu vida
Por tu dulce y amado redil.

Habló el fiero Totila, y del tronco
La cabeza el cuchillo segó,
Cuyas sienes, de entonces gloriosas,
La corona del mártir ciñó.

Ahora reinas dichoso en la eterna
Anhelada mansion celestial;
Dulce Padre, Pastor y Patrono,
Nos dispensas tu amor paternal.

Regocíjate, pues, ¡oh Perusa!
Refulgente con tanto esplendor;
Tus cien torres altivas levanten
Sus soberbios fastigios al sol.

Asediada de nuevos peligros,
Los impíos ataques detén,
Y mas pura, en la fé de Herculano,
Resplandezca por siempre tu fé.

COSAS Y CASOS DE AMOR

LAS CITAS

POR

SANTIAGO LOPEZ-MORENO.

Si en el mundo hay felicidad completa, es indudablemente la que gozan los amantes en esos ratos de soledad y misterio, en que sin importunos testigos se comunican los deseos, se transmiten las mútuas impresiones, dirimen las quejas y cuentan, como el avaro los tesoros, ellos sus esperanzas.

Las citas son al amor, lo que el sol á las flores. El amor crece enteco y pálido y enfermizo, si los enamorados no buscan oportuno momento para entregarse en la soledad á la pasión de sus almas.

Habéis contemplado á la mujer amada ricamente vestida en traje de fiesta; admirásteis la gargantilla de perlas, que, con ser finas, quedaban muy atrás del bruñido de su tez y del esmalte de sus dientes; mirábais la roja camelia, con arte sumaprendida al lado del corazón, sobre el vestido, y al compararla con los frescos y encendidos labios de la doncella, fallásteis en pró de éstos; no podíais apartar vuestros ojos de sus ojos, mas chispeantes que las finas piedras engarzadas en sus pendientes; os seducían el aire del talle, la gracia de la sonrisa, lo pequeño del pié, encarcelado en brevísimo zapato de color de rosa..... la gracia, en fin, con que se cimbreaba en vuestros

brazos, á los compases de la orquesta, como la jóven palmera al soplo de los vientos; mas de seguro no os pareció tan hermosa, como si alguna vez la contemplásteis al incierto rayo de la luna, á través del follaje, en el silencio de la callada noche; por agradables que os fueran los perfumes de su tocado en los salones, no tanto ciertamente como la tibia emanacion de su aliento, al pronunciar el imperceptible y dulce «*amor mío*,» luego de abrir sigilosamente la ventana á la señal convenida. Es tal en esos momentos la disposicion del ánimo, late el corazon de una manera tan extraña, circula por toda la sangre un *algo* tan maravilloso y desconocido, que, ni puede expresarse ni llegará nunca á comprenderlo quien, por lo ménos una vez, no lo haya experimentado.

Explícase de esta suerte, cómo, aun aquellos amantes, que tienen por suyas todas las horas del dia, buscan, sin embargo, la manera de pasar juntos siquiera breves instantes en la soledad y en el misterio de las sombras.

Y es que no hay palabra de amor, que suene mal, cuando apenas se divisan los labios, que la pronuncian. Confíanse á la oscuridad secretos, que avergonzarian quizá á la luz del dia. Son las estrellas para los amantes mudas y cariñosas amigas que les sonríen, sin cometer nunca la mas lijera indiscrecion, ni revelar á nadie la lágrima que vieron ó el suspiro que escucharon, contentándose con mandar, como de pasada, afectuoso saludo envuelto en los impalpables pliegues de su tenue brillo á través del perfumado ether de la atmósfera. La angusta calma y el no interrumpido silencio permítenles escuchar los latidos de sus corazones; la oscuridad estrecha sus manos; el aliento que mutuamente se mandan y mutuamente aspiran, es el hilo conductor de sus emociones; no se ven, pero adivinan sus miradas; no hablan, pero se comprenden; á lo sumo alguna palabra entrecortada, que pudiera confundirse con el murmullo del aura entre las hojas; algun suspiro que lanza el deseo refrenado por la virtud; ligero ruido, imperceptible, como el producido por el contacto de dos flores al soplo de la brisa... tal vez el choque de dos voluntades, que se adunan, de dos aromas, que se mezclan, de dos espíritus que desfallecen, de labios que se juntan... y despues el mismo silencio. Hallábase a luna á la sazón cubierta por espesa nube; las estrellas es-

taban muy distantes y nada vieron; los pájaros dormían, las flores no hablan... y solo Dios puede saber si algun ligero matiz coloreó las mejillas de la doncella ó cuales fueron los pensamientos que cruzaron por su alma.

Las preocupaciones sociales, la diferencia de condiciones, la etiqueta, las exigencias del buen tono, de rango y clase y aun las propias de la galantería, suelen ser otros tantos obstáculos para que los amantes se entreguen á los trasportes del amor sin mas artificio que el de la naturaleza. Todos desaparecen en el acto de esas misteriosas conferencias; como si al ponerse los amantes en comunicacion, sin otros testigos que los del cielo, sacudiesen el yugo de los mil errores y preocupaciones de la tierra. Diríase que en ellos renacen el hombre primitivo y la primitiva mujer, es decir, el hombre y la mujer en la plenitud de su vida en la plenitud de su hermosura, de todas sus facultades y aptitudes, en lo completo de su verdadero ser, de su pureza genesiaca, sin la vergüenza propia de la malicia, sin el temor que nace de la falta, ó el recelo que la perversidad inspira, sin las precauciones que el vicio aconseja, la virtud rechaza, *Adán y Eva*, en fin, en el estado de bendicion y antes de intentar cubrir con las dichas hojas de higuera su desgracia.

Por mucho que la noche dure, siempre los encuentra el dia, bien que ellos huyan de él, cual si temieran que revelase sus secretos y publicara sus placeres, dejando al descubierto las profundidades del corazon. Por eso el primer rayo de luz, que ilumina las mejillas de la casta vírgen, siempre la pone colorada. ¿Quién se atreveria á decir si aquel ligero color procedió del tinte que le prestaron los celajes de la aurora, ó mas bien seria un reflejo de los invisibles celajes del alma?

Una última sonrisa expresiva, intensa, poderosa como un deseo vehemente, dulce como una confidencia; las manos que se oprimen con mas pureza, cual si resistiesen la voluntad, que les manda separarse; algun involuntario suspiro; una mirada al lucero precursor del dia como para reprenderle la velocidad de su marcha y un *adios* inefable, divino, ese *adios*, que se repite una y otra y cien veces con infinita vanidad de inflexiones á cual mas hechiceras, ponen fin á esa hora suprema de la felicidad de los mortales, cuando ya el padre de la luz

asoma por entre espléndidos celajes de oro y púrpura su roja cabellera de fuego.

En las citas amorosas nocturnas la conversacion suele ser breve, siendo la palabra un medio sobrado pobre para que los amantes puedan trasmitirse sus emociones; los labios que palpitán, las manos que se juntan, los alientos que se confunden dicen mas que las frases mejor sentidas. El perfumado rizo de la hermosa, que impelido por el viento, roza suavemente el cuello del amante pasando, como una corriente magnética, por su boca, le revela mas dulces misterios y le hace sentir mayores delicias que los mil versos del mas sublime poema. Algun que otro mimo, en fin, apenas articulado; la tiernísima caricia, que llega antes al corazon que á los oidos, blandos y cariñosos nombres, murmurados solamente; suspiros inefables de placer, por donde el alma languidece, rendida á su propia felicidad; la traidora lágrima, no vista, sino sentida, que viene á calmar la tormenta de los celos, depositándose como un dulce veneno en los labios; la insinuante queja, preparada como supremo recurso para obtener el favor negado, ó para ablandar el desden fingido.....

Multaque præterea, linguæ reticenda modestæ;
Quæ fecisse juvat, jacta referre pudet.

Tal es el monótono asunto de esas repetidas conferencias en las cuales el amor derrama infinita variedad de tonos y de acentos, venero inagotable de placeres, siempre los mismos y siempre nuevos.

Cuando la cita no es por la noche, pero sí á solas, tampoco abundan mucho las palabras. Bella y elocuentemente describia un amante, afamado filósofo, menos célebre por su filosofía que por sus desgraciados amores, esas dulces escenas: «*Sub occasione igitur disciplinæ, decia, amore penitus vacabamus, et secretos recessus, quos amor optabat, studium lectionis offerebat; apertis itaque libris, plura erant oscula, quàm sententiæ..... verbera quandoque dabat amor, non furor, gratia, non ira.....*» Palabras que de buena gana traduciríamos á la natural curiosidad de lectores y lectoras, si no hubieran de perder mucho traducidas.

En las citas diurnas, de cualquier modo que sea, el pudor y el recato extienden mas tiránicamente sus invisibles alas sobre

los amantes. Los ojos tienen mas vergüenza que el alma. Sueña mal en los oídos el ruido del contacto, que en la boca hechiza, produciendo divino trasporte. En estas citas la mirada es de una influencia decisiva. Por medio de ella se dicen todas aquellas cosas, que no podrían comunicarse de palabra. La mirada expresa perfectamente los mas ocultos pensamientos y los mas tímidos deseos, que muchas veces, sin necesidad de formularlos, se ven satisfechos, apenas concebidos. La mirada besa mas ardentemente que los labios; ora se mueve juguetona por entre los flotantes rizos; cuando reposa lánguida y sensual en el poderoso y blanco seno, teñido ligeramente del color de la rosa; ya rodea la cintura en cariñoso abrazo, y sorprende callada, silenciosa, muda, bellezas, que solo es dado adivinar al pensamiento, y producen en mas de una ocasión dulcísimas impresiones á los sentidos.

Necios son, en verdad, los amantes que necesitan exponer sus deseos por medio de sonidos articulados, formulando sus peticiones en el lenguaje vulgar de los mortales. La mas pudorosa y casta vírgen no niega á la mirada lo que al labio jamás concedería. Todas las mujeres tienen maravillosa facilidad de expresion en esta forma de lenguaje, no aprendido; todas gustan de ser por tan suave, misterioso y casto medio obligadas y seducidas. No temais que el ángel de vuestros amores retire su temblorosa mano á vuestra mirada, que la solicite; ni se ofenda por sorprenderos anhelante en el momento en que robais con ella la miel de sus labios..... La mirada es como el pensamiento, nunca ofende. Solo las almas torpes y los amantes vulgares necesitan recurrir á medios, que el amor no pide, ni la virtud tolera.

Pero estos son pocos, porque en la materia que nos ocupa se halla la humanidad desde el comienzo de los siglos muy adelantada y las más inocentes muchachas fueran capaces de dar primorosas lecciones al más diestro amador, contando, por supuesto, con que á muchas parecerán harto pálidas y frias estas pobres pinturas nuestras, lo cual nos induce á ponerles aquí punto redondo.

¡POBRES MADRES!

POR

ANTONIO LUIS CARRION.

En un pueblo de las tristes
soledades de la Mancha,
viviendo modestamente
en una casita blanca,
pasa su vida llorando
una venerable anciana,
que ayer vivia dichosa
y hoy muere sin esperanzas.

Tenia un hijo que era
la alegría de su alma,
el jugo de su existencia
y la luz de su mirada.

Pero el rudo torbellino
de las pasiones humanas,
en su revuelta corriente
al bravo mancebo arrastra,
y pierde la pobre madre
al hijo de sus entrañas.

Desde entonces la infeliz
en la aldea solitaria,
lejos de su hijo, vive
una existencia de lágrimas.

Y cuando brilla la luz
tras los vapores del alba;
cuando las nacientes flores,
los pájaros y las aguas,
con su aroma, con sus trinos
y con su murmullo, alzan
en armónico concierto
su misteriosa plegaria:
ella, pensando en el hijo
que tiene en tierras lejanas,
recorre triste los campos,
y con sentidas palabras,
dice mirando las flores,
los pájaros y las aguas:

—¡Sois libres! Con libertad
él vivía en mi compañía.
En ese robusto tronco
entrelazais vuestras ramas:
él también sus fuertes brazos
á mi cuello rodeaba.
Os envidio florecillas:
sois libres. ¡Libertad santa!...

Pajaritos que cruzais
por la región azulada,
buscando el nido en que anida
la madre que tanto os ama...
yo también tenía un hijo,
y está muy lejos de España

Lo mismo que ese arroyuelo
de su manantial se aparta,
él se apartó para siempre
del manantial de mi alma.

Las pobres madres, no saben
más que amar y ser amadas;
¿qué entienden ellas de yugos,
de libertad ni de patria?

Yo tan solo sé que errante

mi hijo por el mundo vaga,
como la perdida hoja
que el huracan arrebató.

Yo solo sé, que si llora
cuando recuerde á su pátria,
con el calor de mis besos
no podré secar sus lágrimas.

Yo solo sé que está ausente
y que su ausencia me mata:
las pobres madres no saben
mas que amar y ser amadas.

Ya no veré su sonrisa;
ya no besará mis canas;
ya no estrecharé sus manos
entre mis manos heladas;
ni en mi postrera agonía
escucharé sus plegarias.

Ya no cerrará mis ojos;
ni derramando sus lágrimas,
pondrá una cruz en mi tumba
con florecillas tempranas...

Todo acabó para mí,
que en estas luchas infaustas
he perdido para siempre
al hijo de mis entrañas.

Y llorando amargamente
aquella infeliz anciana,
siguió mirando las flores
y las aves y las aguas.

CRÓNICA CIENTÍFICA Y LITERARIA

POR

R. IBÁÑEZ ABELLAN.

En este Ateneo continúan discutiéndose con gran animacion los debates pendientes, habiéndose dado á conocer en las distintas secciones varios oradores de las diversas escuelas, que, manteniéndose á la altura de las circunstancias, han prestado con su concurso mayor realce y brillantez á las sesiones.

En la seccion de literatura usó de la palabra el señor Burell, elocuente de suyo é inclinado á caminar por las etéreas regiones, contando para ello con mas fuerza de imaginacion que de doctrina, y pronunció un discurso en sentido ecléctico, puesto que á su entender el problema no tenia solucion posible de otro modo, sosteniendo su tesis con gran copia de razones y argumentos dignos del aplauso que el público le otorgó con justicia.

El señor Martos Gimenez consumió turno, manteniéndose en el justo medio de la escuela krausista, y expuso sus soluciones, en un todo conformes con las doctrinas del célebre filósofo, con fácil y correcta palabra á la vez que convincente.

El señor Marin, partiendo de que las notas fundamentales de la belleza son la unidad, la variedad y la armonía, afirmó que aquella podia estimarse como relacion subjetivo-objetiva, como relacion de esencia y forma, y como relacion de lo finito

á lo infinito, siempre que dichas relaciones se entiendan, la primera como necesaria para toda percepcion que implique, sujeto que conozca y objeto conocido, la segunda en el sentido de proporcionalidad entre ambos términos, y la tercera en cuanto expresa que la belleza relativa de los séres se relaciona con la absoluta del Ser Supremo.

Sostuvo que la belleza de los objetos consiste en que tienen la perfeccion que á su naturaleza conviene, y que hay objetos bellos en los órdenes inteligibles, moral y sensible, declarando que ninguno de los sistemas filosóficos conocidos pueden resolver el problema crítico del conocimiento, excepcion hecha del espiritualismo, que, en opinion del orador, da respecto al tema soluciones radicales y acertadas.

El señor Antequera mantuvo las mismas teorías que el señor Marín, en otro discurso nutrido de doctrina, aunque en sus afirmaciones nos pareció encontrar mayor apasionamiento y parcialidad que en las frases de su predecesor.

El señor Gonzalez Barrera pronunció uno de los mas extensos y mas bien razonados discursos que hemos oido en el presente curso, y en realidad, segun frases de un eminente crítico, merece su peroracion el nombre de *causerie* literaria en gracia siquiera de la donosura é ingénio que desplegó tratando las mas abstrusas cuestiones.

Este orador empezó diciendo que no reconocia al positivismo criterio científico para tratar la cuestion de la belleza tal como se planteaba en el tema puesto á discusion. En él se pregunta cuales son las cualidades que concurren no en tal ó cual objeto, sino cuales son las que por ser constitutivas del concepto absoluto de belleza, se han de dar en todos los casos en que ésta se determine. Con este motivo se detuvo á estudiar el criterio positivista, afirmando que todá escuela debe empezar su proceso científico por el estudio de los medios del conocimiento, pues que solo determinando el peculiar alcance de cada una de las facultades intelectuales, así como la ley de su ejercicio, podemos adquirir aquel necesario grado de certeza que distingue el conocimiento científico del vulgar y comun. Los positivistas —dice— rechazan por inciertos todos los medios de conocimiento que no sean los experimentales, en lo cual, segun el orador, se parecen al hombre que dotado del sentido de la vista imper-

fecto para ver lo que le rodea, cometiese la insensatez de saltarse un ojo.

Despues se detuvo el señor Gonzalez Barrera á examinar la naturaleza y razon de certeza del sentido racional, diciendo que, puesto que este sentido es el que nos distingue de los demás animales, el hombre, despojandose de él, no puede entender en ninguna cuestion, ni mucho menos en aquellas que, como la que es objeto del debate, versan sobre conceptos absolutos, y por lo tanto extraños á la experimentacion.

Ocupándose de la opinion sustentada por los que consideran la belleza como objetiva, dijo, que las cualidades de unidad, variedad y armonía, en que se hacia consistir la belleza, eran cualidades esenciales de toda realidad, y que al ser verdadera esta opinion seria un pleonasmo decir que un objeto es bello, toda vez que bastaria decir que un objeto es. Tampoco, segun su opinion, puede consistir la belleza en la finalidad adecuada de las cualidades del objeto, porque esta finalidad es perfecta en todos los seres. Concebimos—decia el orador—que el hombre equivoque el fin real de una cosa, ó que su limitada inteligencia le impida percibir la relacion adecuada entre las cualidades del ser y el fin que presidiera á su creacion; pero no podemos concebir que exista nada sin que tenga su fin propio y adecuado á las cualidades reales de cada objeto. Lo que hay es—añadia el señor Barrera—que yo puedo concebir un objeto en la plenitud de su realidad perfecta, en cuyo caso le llamo bello, ó puedo concebirlo, merced á mi limitacion de un modo incompleto, y entonces digo que es feo, porque no alcanzo á distinguir en él la ley de armonia que yo concibo como constituyendo la esencia íntima de todo ser.

Despues se ocupó el señor Barrera de la naturaleza del arte, diciendo que consistia en la creacion de la belleza, lo que tiene lugar cuando el artista promueve en sus semejantes la misma vista racional que su génio relativamente superior ha realizado anteriormente. Esto supuesto, no se concibe un artista sin determinado público, sin arte, sin éxito; lo que hay es que el artista se adelante muchas veces á su época, y su público son las generaciones que le suceden en la historia. Despues de explicar por estas teorías ciertos hechos que tienen lugar en la apreciacion de las obras artísticas producidas en épocas lejanas,

el orador terminó diciendo que no cree que el artista pueda ser inconsciente en sus producciones, á no ser que con esta frase se quiera indicar que no es reflexivo.

En la seccion de cienciasmorales y políticas consumió turno acerca de las bases de la enseñanza el señor Pintado, cuyo discurso por demasiado extenso dejamos para nuestro próximo artículo á fin de dar en este una lijera idea del que pronunció el señor Alvarado.

Comenzó este orador demostrando la importancia de la cuestion, planteada hoy en todas las naciones civilizadas. En los Estados-Unidos por las prisas de los Estados particulares en prescribir la instruccion obligatoria; en Inglaterra por las pretensiones de la Iglesia oficial y las dificultades surgidas al aplicar la ley de Foster; en Holanda por la lucha de la intransigencia católica con la intransigencia protestante; en Italia por la ley de Abril del 77 y las decisiones del penúltimo ministerio Depretis sobre enseñanza religiosa; en Bélgica por la creacion del ministerio de instruccion pública al advenimiento al poder de los liberales: por el discurso del rey Leopoldo á las Cámaras, y por la protesta de Málimas aprobada por el Pontífice; en Francia por los esfuerzos de los gobiernos republicanos, eficacísimos para educar al pueblo; siendo en realidad el problema relativo á la enseñanza, el problema esencial á la época presente; pues llamadas por el derecho sucesivamente las distintas clases sociales á la gobernacion de los pueblos, al aparecer hoy el cuarto estado no basta que la ley reconozca la igualdad natural; es indispensable además, que los individuos, la sociedad y el Estado, establezcan y garanticen la posibilidad del hecho. La gravedad del problema corre parejas con su importancia, y estriba aquella en las muchísimas cuestiones particulares comprendidas en lo general de una parte, y de otra en la actitud del ultramontanismo dispuesto, sin ideas ni criterio fijo, á aprovechar todo género de elementos, predicando libertad donde esta favorece sus aspiraciones; combatiéndola cuando las daña.

El grave mal que ha aquejado á España en materia de enseñanza, ha sido la falta de un plan general á que los legisla-

dores ajustaran sus disposiciones. Hoy son urgentísimas tres reformas: dar carácter realista á la instruccion primaria; ampliar la segunda enseñanza, haciéndola corresponder á su fin, convirtiéndola en complemento y término de la enseñanza primaria, mediante la posibilidad de aplicacion inmediata de los conocimientos en ella adquiridos, y establecer exámen de ingreso en las Universidades oficiales.

Generalmente—decia el señor Alvarado—se confunden tres cuestiones distintas; la de libertad científica, la de libertad de enseñanza y la de instruccion obligatoria, hablándose mucho porignorar esta distincion, de supuestas contradicciones en que incurren los partidos liberales. La libertad de enseñanza es el derecho individual reconocido por el Estado de infundir cada uno sus propias ideas en las inteligencias de los demás; la libertad significa el derecho sancionado por la ley de exponer cada uno sus ideas sin otros límites que los límites de la ciencia libremente apreciados por la razon y los establecidos en las leyes generales sobre órden público, y la instruccion obligatoria el deber impuesto al padre y á los encargados de educar á las personas sometidas á su direccion.

Que estas cuestiones son distintas, lo demostró el orador diciendo que en Alemania, por ejemplo, hay libertad científica é instruccion obligatoria sin que exista la libertad de enseñanza; en Francia libertad científica y de enseñanza, no habiendo instruccion obligatoria.

El Sr. Alvarado no cree admisible la idea de colacion de grados, toda vez que su concesion es privativa al Estado desde el mero hecho de suponer como supone una verdadera funcion pública. Cree que la instruccion debe estar en consonancia con la manera de ser de la sociedad, y fundamentada en el carácter distintivo de la epoca moderna, que es la comunicacion de los pueblos unos con otros; terminando su peroracion, reconociendo que el Estado es la institucion conservadora por excelencia, puesto que mirando siempre al pasado, representa las ideas, interés, creencias y aun preocupaciones.

De sobra conocen nuestros lectores al Sr. Campillo, para que nos detengamos á enumerar las cualidades que le adornan co-

mo inspirado poeta y concienzudo y castizo prosista; pero si hemos de hacer un ligero análisis de la composicion que con el título de *Memoria antigua* se dignó leernos la otra noche en la última velada literaria, para que al menos en el fondo tengan los que no hayan experimentado el placer de oírle, una breve y rápida idea de tan gallarda composicion.

La lucha entre lo presente y lo pasado; la duda que tortura; el deseo de lo imposible; los laudables propósitos, nunca bastardeados por mezquinas y triviales pasiones; el recuerdo de las grandezas que fueron; la misteriosa encarnacion de las generaciones, ya en práctica, ya en ideas, prontas siempre á contribuir con su óbolo en la edificacion del templo de nuestro bienestar futuro, y á señalar la meta á que nuestros esfuerzos mancomunados han de dirigirse, que es como el punto de partida de los que nos sucedan en la historia, al objeto de que mediante la identificacion de su pensamiento con el nuestro, continuen la no interrumpida série de eslabones que constituyen la cadena que liga á los mortales unos con otros, es el predominante asunto de su composicion, que, escrita en enérgico y vigoroso endecasílabo, se encuentra nutrida de magníficas imágenes y pensamientos, como asimismo sazónada de brillantes descripciones dignas bajo todos conceptos de los sinceros aplausos que el público la otorgó con merecida justicia.

A esta composicion siguieron las tituladas *La monja: recuerdo á mi hija*, *A un doctor materialista*, *Al siglo XIX*, y algunas otras todas conocidas de los habituales lectores de esta REVISTA.

La oda *Al siglo XIX*, particularmente, es la que mejor que otra alguna refleja el inmenso talento del señor Campillo, como tambien lo penetrado que está del espíritu de la época, y de las mas novísimas y trascendentales teorías.

El principio de esta composicion, enérgico, valiente, digno del gran Quintana, revela lo amantísimo que es el autor de las glorias actuales y el conmisericordioso desprecio que le inspira lo pasado cuando añade:

Lo antiguo embalsamad: con pompa vana
fingid vida y calor en mómias yertas;

y mas adelante, cuando se refiere al inmenso poder del hombre:

Ya todo muro es vano:

en su mision completa
extiéndese el planeta
del hombre ante la marcha triunfadora,
y siente en su hondo seno estremecido
la sávia del trabajo bendecido,
el volcan de la idea engendradora:
tal la doncella núbil, si anhelante
á su cerrado pecho el amor llama,
se entrega rubrosa y palpitante
al esposo en quien sueña, espera y ama.

Tal es, decimos nosotros, esta composicion, brillante sin duda alguna, y de verdadero sentido filosófico; en ella ha revelado el señor Campillo lo mucho que vale; y al trascribir en esta *crónica* algunos de sus versos, solo lo hemos hecho llevado por nuestra imparcialidad y justicia, como tambien del deseo de rendirle un tributo de admiracion y respeto.

*
* *

Pero no todo es caminar sobre rosas, ni todo se reduce á veladas literarias.

Publicanse en esta córte, entre otros varios, dos periódicos ultramontanos, con sus ribetes de envidiocillos y maldicientes, como asimismo ignorantes de lo que á la mas rudimentaria regla de urbanidad y política se refiere, y hanla emprendido con este Ateneo, ni mas ni ménos que el famoso don Quijote con los molinos de viento de los célebres campos; pero á decir verdad: los Quijotes son tantos hoy en dia, y tan original y extraño el sacristanescos espíritu que les anima, que en manera alguna este respetable centro se puede dar por ofendido en lo que á sus golpes de vela, no de lanza, se refiere.

El Fénix y *La Fé* son los beneméritos diarios que, recogiendo la chismografía de los pasillos, cual si recogieran los mocos de algun cirio pascual, tal es la fuerza de la costumbre, se encargan de dar á la estampa, ni mas ni menos que si se tratase de combatir algun mónstruo apocalíptico, ó publicar alguna encíclica ó cosa parecida; pero nosotros, que nos preciamos de leales, vamos á dar un consejo á esos incipientes escritores, por si acaso les viniera en gracia aprovecharle para su tranquilidad y reposo.

Convencidos, como lo estamos, de que dichas publicaciones

son familiares, en el sentido de que no las leen nada mas que las respectivas familias de esos bienaventurados, ¿no valdria mas que escribiendo las cuartillas, se las leyesen mutuamente, ahorrándose por semejante medio los gastos de impresion y demás anejos?

Piensen los citados periódicos sobre esta importante cuestion económica, y dia llegará en que nos den las gracias por nuestros desinteresados propósitos.

Hablando en justicia, tanto nos vá con una como con otra cosa; pero á ser cierto lo que por ahí se dice, á resultar verídica la especie vertida, sobre si el articulista de *El Fénix* es ó no un bendito de atar; y si el de *La Fé* es ó no un autor silbado, cosa seria de que nos doleríamos en grado sumo, ya que no por nada, por pura humanidad y lástima.

Hecho constar esto, queden dichos señores en su sitio, que á fuer de honrados les prometemos no ocuparnos jamás de su existencia, y seguir nuestra mision sin importarnos un bledo sus dimes y diretes; pero antes de terminar estas líneas, sepan que, si nos hemos ocupado de ellos, no ha sido á decir verdad sino por llenar el pliego que á nuestro cargo corre, y que aunque lo hubiésemos logrado con mas importantes asuntos, hemos preferido hacerlo de semejante modo, para que los habituales lectores de esta REVISTA se distraigan un momento de sus elucubraciones con las bufonadas de *El Fénix* y *La Fé*.

PRÓLOGO

DEL LIBRO DE D. NARCISO CAMPILLO

UNA DOCENA DE CUENTOS,

POR

D. JUAN VALERA.

Si una ó varias damas de las más bonitas y elegantes de Madrid favoreciesen á un amigo mio, visitándole y amándole mucho, nada probaria esto, á mi ver, en favor de dicho amigo. Las damas son muy caprichosas y á menudo poco razonables. Pero, cuando no son damas, sino musas las que aman y visitan, tómolo yo por indicio cierto de que es virtuoso y excelente varon el visitado y amado. Tal fé y tal confianza me infunden el buen gusto, el recto juicio y la delicadeza decorosa de las hijas de Júpiter. Me parece imposible que ningun sugeto indigno las cautive y enamore. De aquí, sin duda, que lo que dijo el preceptista latino-hispano acerca del orador, á saber, que habia de ser ante todo *vir bonus*, se deba decir con mas razon, y se dijera desde muy antiguo por sábios de Grecia, al hablar del poeta verdadero y legítimo.

Por lo ex puesto se comprenderá cuán elevado concepto formo yo del legítimo y verdadero poeta, y con cuánta dificultad concedo tan sublime titulo.

Hay en Rusia una condecoracion que llaman de San Andrés

y que es la más estimada del Imperio. Hay además otra multitud de condecoraciones, como, por ejemplo, la de Santa Ana, la de San Alejandro, etc., etc. Pero cuando el Czar envia á un dichoso mortal el diploma y las insignias de San Andrés, le envia tambien un enorme cajon lleno de todas las otras cruces, condecoraciones é insignias con que los rusos se adornan, autorizan y pavonean, suponiendo, y con razon, que quien es caballero de San Andrés lo es todo.

De esta suerte, á estar en mi mano el conceder diplomas de poeta, me miraria yo mucho en concederlos; pero, una vez concedido uno de estos diplomas, habia yo de remitir con él al agraciado multitud de otros diplomas y títulos, que implícitamente en el principal se contienen.

Debe considerarse, sin embargo, que el referido diploma de poeta, en toda la extension de la palabra, apenas hay nadie en el mundo que tenga autoridad para concederle. Hasta en esto se ve cuán superior es á los otros. No hay emperador, ni rey de la crítica, ni pueblo soberano, que le conceda con la seguridad de que ha de ser valedero, firme y respetado en los tiempos futuros. Lo único que nos es lícito hacer es mostrar cierta creencia de que tal vez alguna persona le merece.

No pasando yo aquí de los límites de lo lícito, me contentaré con declarar que mi amigo Campillo, á lo que presumo, si no me ciega la amistad, es poeta y merecedor del diploma. Basta con esta declaracion para que se calcule y pondere lo mucho que yo le estimo.

Como lírico, y entiéndase qué, en mi sentir, nunca los hubo en España mejores que en nuestra edad, descuella Campillo, así por la elegancia y brío de la expresion, como por lo elevado del pensar y la energía de los afectos.

Ahora se decide Campillo á entrar por otro camino; aspira al lauro de buen narrador en prosa, y presenta en coleccion al público una docena de cuentos, cuyo prólogo me ha sido encomendado.

Meses há que prometí escribirle con gran contentamiento mio, y si no lo he escrito aún, ha sido porque la tarea me parece tan difícil como grata.

Es por demás aventurado juzgar este género de narraciones breves. ¿Quién adivina ó preve lo que divertirá ó interesará al

público? No hay nada más indefinible que el chiste. Lo que hace reir en un sitio, fastidia en otro; lo que pasa aquí por gracioso y ligero, allí se tiene por pesado y frio; lo que en tal momento se califica de discreto, se condena un momento despues por impertinente.

Así, pues, á fin de partir de alguna afirmacion sólida, empezaré á hablar de la forma de la nueva obra del señor Campillo antes de hablar del fondo. Sus cuentos son un modelo de lengnaje castizo, natural y llano, y su estilo no puede ser mas propio para la narracion. La malicia candorosa, la no rebuscada mezcla de inocencia y socarronería que hay en las reflexiones á que los cuentos dán lugar, no pueden menos de prestarle cierto hechizo, y hace que la leccion moral, ó la regla de conducta, ó la doctrina literaria ó filosófica, que del cuento se induce, se acepte y reciba con docilidad y hasta con deleite.

Los cuentos del Sr. Campillo pertenecen al género mas difícil de escribir entre todos los cuentos.

El mas fácil es el género de cuentos que podemos llamar tradicionales. Estos llevan en sí un interés grandísimo de varias clases y para personas de diversa condicion. Son como fragmentos de antiguas epopeyas, tal vez no escritas nunca, y que perdieron mucha parte de su valer y alto significado, quedando algo solamente en la memoria y en la imaginacion del vulgo. Son como ruinas de mitologías, de religiones y de creencias que ya pasaron. Son historias desfiguradas de héroes, semi-dioses, reyes, princesas y sábios de remotos siglos.

El erudito se complace hoy en seguir las huellas de estos cuentos, remontando hácia su orígeu incógnito á través de naciones, lenguas y tribus, por donde el cuento ha ido peregrinando. Tal vez el mismo cuento que, con leves variantes, se relata en San Petersburgo y en Sevilla, ha venido de la India por distintos caminos á una ciudad y á otra ciudad de Europa. Allí quizá le llevaron los tártaros por medio de la Persia y de la Siberia. Aquí le trajeron los árabes por el Africa.

Claro está que estos cuentos importan tanto al filólogo, al etnógrafo, al historiador y hasta al filósofo, como los idiomas mismos y como los cantos populares, ya meramente líricos,

ya lírico-épicos, según son nuestros romances. De aquí que, si bien algunos autores han bordado sobre el fondo tradicional de los cuentos, como Perrault, Musans, Andersen, y las célebres señoras d'Aulnoys y Prince de Beaumont, otros han hecho gala de escrupulosos y fieles, no añadiendo ni quitando un solo tilde y limitándose á transcribir el cuento de la boca misma de la vieja ó del hombre del pueblo á quien se le oyeron referir. Así, por ejemplo, han procedido los hermanos Grimm en Alemania.

Campillo se ha privado de tan poderoso aliciente y no trae en su coleccion uno solo de estos cuentos que llamamos tradicionales.

De otro atractivo no menos grande se ha privado tambien nuestro autor, en gracia de la moralidad y de la decencia. En sus cuentos nada hay que pueda ofender el pudor mas delicado. Es sin duda un mérito digno de alabanza haber sabido resistir á la tentacion, al ejemplo dichoso y al éxito de otros autores.

La musa popular, calificada de *casta* por algun crítico amigo mio, no tuvo jamás nada de casta en parte alguna.

Las verduras de Boccaccio, de Chaucer, de Lafontaine, de Casti, y de otra multitud de autores de cuentos, no son de la propia cosecha de dichos autores, sino nacidas y criadas en el huerto vicioso y lozano de la fantasía popular.

Los prodigios, la magia, los seres sobrenaturales, como hadas, génios, hechiceras, etc., no figuran tampoco en estas narraciones. Casi todas ellas pueden designarse con el título vulgar de *chascarrillos* ó *sucedidos*. Mayor triunfo para el autor, si con tan pocos elementos logra encantar al público, como yo me complazco en esperarlo y en augurarle.

No es nueva tampoco esta especie de cuentos. Italia, sobre todo, posee en esta especie muchos modelos que imitar, descollando entre ellos las trescientas novelillas del famoso Franco Sacchetti. Pero, tanto Sacchetti y otros italianos, como nuestros españoles D. Juan Manuel y Timoneda, vivieron en tiempo de menos malicia, cuando la gente era menos descontentadiza y exigente, cuando no habia periódicos donde no hay anécdota que no se refiera, y cuando el viajar, ver mundo, presenciar lances y sucesos y adquirir experiencia de los usos

y costumbres, eran prendas mas raras y mas estimadas que en el dia. Todavía entonces el hombre, que habia vivido y peregrinado, podia, sin exagerado amor propio, jactarse, como Ulises, de saber mil cosas que no sabian sus conciudadanos, y podia aspirar á instruirlos y á deleitarlos refiriéndolas.

En el dia ofrece esto mayor dificultad. Todo el valer del chascarrillo ó del sucedido tiene ahora que cifrarse en el primer del estilo, en las amplificaciones, en la pausa cómica, en el reposo, en la gracia y en el tino con que se cuente, y en la agudeza y sutil inventiva para hallar el camino por donde se pasa del caso singular que se narra á la sentencia ó leccion con que se adoctrina é ilustra la mente de los lectores.

Entodo esto me parece á mí que es extremado el Sr. Campillo.

Los discursitos morales, las consideraciones y los documentos para bien vivir, á que sus cuentos dan lugar, están traídos muy á propósito y con la ironía, el humor regocijado y la naturalidad mas convenientes.

El reposo y la pausa en la narracion son envidiables, sin rajar jamas en pesados. Antes prestan interés á lo que tal vez no le tendria contado con ménos arte, y proporcionan ocasion para pintar caracteres y pasiones con pasmosa profundidad y verdad, mas propias de extensas novelas, y que hasta en las novelas extensas no se hallan con frecuencia, por ser lo sumo del arte el atinar con la viva pintura de caracteres y de pasiones.

Nace de aquí que en algunos de los cuentos el Sr. Campillo, no sólo entretenga, sino que excite curiosidad y apasione en favor ó en contra de sus personajes, y conmueva los ánimos, como si fuesen novelas de otras pretensiones y no cuentos los que escribe.

Citaremos al acaso, en comprobacion de esta verdad el cuento titulado *La Hucha del Ciego*, donde el carácter del ciego está pintado tan briosa y acertadamente, y los sucesos con tanta habilidad referidos, que el lector se apasiona en favor del robado organista y en contra del ladron, y lee con ansiedad todo lo que va pasando, hasta que aplaude y se aquieta cuando el ciego recobra su tesoro; así como siente cierto terror estético con el duro castigo que da al ladron la Providencia, valiéndose de medios que nacen del fondo mismo del corazon humano, que no pueden ser por lo tanto mas naturales, pero que ad-

quieren y revisten, bajo el mágico poder del estilo, cierta apariencia y visos de fantásticos y hasta de milagrosos.

El desenlace, por último, de casi todos estos cuentos, en el cual viene por lo comun y del modo mas natural envuelta la moraleja, sorprende por lo inesperado, quedándose siempre dentro de la verosimilitud estética y aun de la verosimilitud de la vida real y ordinaria que todos vivimos.

De estos desenlaces en ninguno brillan mas las referidas excelencias que en el del cuento titulado *La Constancia*.

No considero acertado, aunque mucho pudiera decir aún, detenerme mas tiempo, pecar acaso de prolijo, y retardar el gusto que han de tener los lectores con la sabrosa lectura de los cuentos que me atrevo á recomendarles.

Ojalá que mi recomendacion sea eficaz, lo cual espero del valer de lo recomendado y no de mi talento persuasivo.

Sea como sea, conviene que el público acoja esta corta coleccion con el aplauso de que, á mi ver, es digna, á fin de que el autor se anime y vaya recogiendo y redactando otros muchos cuentos. Nuestro país es riquísimo en ellos; pero mientras que en casi todos los demás países se recogen todos los cuentos con el mas cuidadoso esmero y hasta con veneracion religiosa, aquí, por desidia, dejamos que se pierdan ó se olviden.

Apénas hay ya nacion ó casta de hombres de que no exista coleccion de cuentos vulgares, escritos é impresos. Los hay alemanes, bretones, árabes, turcos, persas, noruegos, dinamarqueses, ingleses y rusos, y hasta de pueblos salvajes de América y Oceanía. Pero de cuentos vulgares españoles, recogidos de los labios del pueblo, no se puede afirmar que tengamos aún, no ya una coleccion rica, sino ni siquiera un mediano florilegio, que sirva de muestra y como de indicio de la abundantísima cosecha que se pudiera recoger y conservar para gusto del público y mayor gloria del ingénio español, ó, en general, de la espontánea inventiva del vulgo.

No sólo, por consiguiente, mi amistad al señor Campillo y mi deseo de encomiar su trabajo, que como todos los suyos no ha menester de mi encomio, sino mi aficion á los cuentos y mi empeño de contribuir á que esta aficion se extienda á coleccionarlos, revistiéndolos de forma literaria y duradera, me han movido á escribir estos desaliñados renglones.

CUESTION DE QUÍMICA

POR

FRANCISCO FLORES GARCIA.

I.

Dijo Dios al poeta:

—Tú eres el solo ser privilegiado
que puede realizar en esta vida
la obra mas concluida
que mi cariño al hombre me ha inspirado.
Toma una cantidad no despreciable
(la hallarás facilmente)
del dolor que tortura
á ese mundo que llaman miserable,
y otra igual cantidad de la ventura
que cruza algunas veces por el mundo,
y con celo profundo
lánzalas al crisol del sentimiento,
pon el crisol sobre la viva llama
de inspiracion que la cabeza inflama,
y surgirá al momento
de la bella esperanza á los fulgores
la imagen perenal de los amores.

II.

Surge radiante del crisol divino
la diosa del Amor. El génio humano
al mirar realizado su destino
gózase en la victoria, aspira ufano
al placer... y desprecia los dolores
que entraron por mitad en los amores.
Pone el poeta su atrevida mano
sobre el raro portento,
y hállase sorprendido
al notar, con febril aturdimiento,
el lamentable error que ha padecido.
Conociendo tan solo el sufrimiento
en vez de la ventura,
equivocadamente, la locura
puso sobre el dolor, y en su martirio
vió que el amor que dichas le ofrecia
tan solo contenia
amargo llanto y eternal delirio!
Quéjase del engaño
y viene á conocer, aunque á deshora,
que él mismo fabricó, para su daño,
el horrible pesar que lo devora!.....

.....
Artífice divino que sujeta
á su poder el Universo entero
para sembrar de abrojos su sendero:
tal es la viva imágen del poeta.

ATENEO DE MADRID

DISCURSO DEL SR. GONZALEZ SERRANO (1)

En la seccion llamada de ciencias naturales habia desarrollado el Sr. Carracido en un notable discurso el tema propuesto: ¿Son las mismas las leyes que rigen para los seres vivos y para los inorgánicos? y habia expuesto dicho señor, con la precision que le es propia, un sentido general muy inclinado á las teorías del moderno transformismo, ganoso desde su aparicion en la historia novísima del pensamiento de identificar lo orgánico con lo inorgánico.

Llegó á esta discusion el Sr. Gonzalez Serrano, luchando con las dificultades que ofrece una educacion filosófica y ajena por tanto á los maravillosos descubrimientos que el actual experimentalismo ha aportado á la cultura general.

Procuró el Sr. Gonzalez Serrano prescindir de toda su cultura anterior, y se colocó desde su principio en el terreno de los naturalistas. De ellos, del moderno naturalismo es, en efecto, el problema debatido, por ellos iniciado y enriquecido con copiosos datos.

A no desestimar precipitadamente el fondo doctrinal de todas estas aspiraciones, hay que declarar que el naturalismo, se abandona y menosprecia el problema crítico del conocimiento y la antigua division de las escuelas, considerando idealistas y sensualistas como los güelfos y gibelinos del pensamiento, as-

(1) Publicamos el resumen del magnífico discurso pronunciado por nuestro colaborador y apreciable amigo D. U. Gonzalez Serrano en el importante debate de la Seccion de Ciencias naturales del Ateneo de Madrid, resumen que nos remite nuestro corresponsal de la corte.

pira á formar síntesis relativas de todas sus experiencias como fecunda preparacion para un trabajo general y reconstructivo. Con este sentido y direccion apreció el orador el naturalismo, fiando en que sus ensayos han de dar por resultado una conjuncion obligada con el recto sentido filosófico, de igual modo, segun dice Hartmann, que dos mineros que trabajan en galerias subterráneas de direccion opuesta oyen recíprocamente los golpes y confían en que han de encontrarse, aunque ignoren el punto y momento preciso de su encuentro.

A este experimentalismo, severo por su razonamiento y respetable por su prudencia, que no tiene nada que ver con el materialismo *enrageé* de los *enfants terribles* del positivismo, preguntaba el Sr. Gonzalez Serrano, como antes habia preguntado el Sr. Carrarido, que es la vida. Y decia el primero, al amparo de las autoridades que citaba en el campo, desde el que discutia, que la vida no es solo combustion, que la vida es, como muestra C. Bernard, asimilacion y apropiacion de las leyes físico-químicas para producir y determinar órganos; que la vida es, en una palabra *creacion*, y si se atiende solo á la experiencia y se deja á un lado el difícilísimo problema de la *generacion espontánea*, es *creacion en trasmision*. Basta con este dato, por la experiencia comprobado, para señalar, á juicio del orador, una nota característica entre lo orgánico, susceptible de *irritabilidad y sensibilidad* (proceso que desenvuelve la evolucion desde la penumbra de la irritabilidad y de la sensibilidad inconscientes hasta la plena luz y discrecion de la sensibilidad consciente) y lo orgánico, que carece de dicha cualidad; así lo ha demostrado cumplidamente C. Bernard en *Physiologie du coeur*, decia el Sr. Gonzalez Serrano, al considerar el corazon, centro de la vida como el órgano *primum vivens* (segun se observa en la vida intra-uterina) y *ultimum moriens* (como lo demuestra el corazon de los decapitados). Con este punto de vista, importa declarar con Husley que el protoplasma es la base físico-química de la vida; pero interesa añadir, decia el Sr. Gonzalez Serrano, que en el protoplasma y en los primeros esbozos de la organizacion de la materia amorfa, en estas regiones tenebrosas, donde ha penetrado la diligencia y el análisis de estos nuevos buzos del pensamiento, que se llaman Haeckel, Pasteur, Berthelot y otros, se nota en los seres orgánicos, por

imperfectos que sean, una excesiva movilidad, como que son compuestos inestables y centros atractivos, de apropiacion de fuerzas, que revelan, ya en la célula, ya en el protoplasma, una *unidad irreductible* á esperimentacion fisico-química.

Esta unidad irreductible, considerada por el orador como el eterno postulado del razonamiento á toda esperiencia, no puede identificarse con el efecto inmediato que produce, con la organizacion; y en tal sentido rebatia argumentos aducidos en otras ocasiones por el Sr. Moreno Nieto en pró del *organismo*, como si éste, que es despues de todo una resultante formal tuviera virtualidad bastante para determinar cópula obligada con todo el mundo ideal de las concepciones del Sr. Moreno Nieto, verdaderas oposiciones intelectuales que no tienen mas realidad que el vigor de momento, que les da la elocuencia de fuego y la sublime idealidad del ilustre presidente del Ateneo.

Examinaba despues el Sr. Gonzalez Serrano los fenómenos. gráficamente denominados por el Sr. Carracido, de *constitucion*, y de ellos el mas importante, el de *nutricion*, y consideraba con Deboeuf que en esta clase de fenómenos es donde revela el hombre que es un verdadero *microcosmos*, sintesis superior, donde converge todo el medio ambiente para modificarse y ser asimiladas las condiciones fisico-químicas del exterior por el organismo. Asintiendo por completo á la opinion sustentada por el Sr. Carracido, aseguraba no tener inconveniente en integrar, sumar é identificar las leyes fisico-químicas de lo orgánico é inorgánico, ya que la esperiencia no descubre fuerza especifica ninguna que pueda servir de base á la teoría unánimemente desechada del *vitalismo*, desenterrado con gran calor, aunque sin ningun éxito, por el Sr. Santero, en la primera sesion en que se discutió tan importante tema.

Si cedia en este punto al trasformismo y á sus aspiraciones de identificar lo orgánico con lo inorgánico; si declaraba lo exacto de tal procedimiento de integracion, protestaba en seguida el Sr. Gonzalez Serrano, aunque reforzando siempre sus argumentos con datos empíricos de sus adversarios, de semejante identificacion, al examinar los fenómenos *dinámicos*. Aun aceptada en fisiología la teoría de la fisica moderna sobre el dinamismo general de las fuerzas, y aplicada tal teoría al organismo, segun la técnica de Husley, que divide las fuerzas

en fuerzas de tensión (almacenadas en el organismo), vivas (las que el organismo manifiesta en el movimiento) y de desprendimiento (las que provocan el cambio de las fuerzas de tensión en fuerzas vivas), no se puede olvidar que el organismo es un centro de apropiación de fuerzas con carácter propio.

Rechazaba en absoluto el orador la teoría del señor Carracido, que envuelve en último término la negación de la *espontaneidad de los seres*, que se revela en los conocidísimos hechos de la plétora general ó hipertrofia especial de un órgano y en la anemia, de suerte que el arco nervioso no responde nunca en el efecto que manda, á la causa ocasional recibida; antes bien se observa, como dice Gratiolet, que una causa tan pequeña, por ejemplo, como el cosquilleo, puede llegar á producir un efecto tan grande como la muerte. ¿Es acaso calculable el efecto, movimiento ó fuerza viva que producirá una misma impresión en dos ó mas individuos. ¿No revelará cada cual su índole propia, algo característico, segun es mas ó menos impresionable? ¿Por qué, añadía el Sr. Gonzalez Serrano, ha de desatender el trasformismo estos datos y negar la espontaneidad de los seres? La niega para llegar al *Determinismo moral*, doctrina que, á no ser porque el pensamiento no es susceptible de pecado, podría señalársela como masanárquica y de consecuencias mas funestas que las mismas, tan esplotadas por el instinto conservador, de la Internacional. Cuando se afirma con Herzen y Quetelet que el criminal es el instrumento que ejecuta los crímenes preparados por la sociedad, se trae á la ciencia aquel alarde de salvaje independencia de nuestro Espronceda (¿Quién al hombre del hombre hizo juez?) y se niega á la sociedad el derecho á castigar.

Muchos y de diversa índole fueron los argumentos aducidos por el orador para probar la espontaneidad de los seres y combatir el determinismo moral, concluyendo en este punto por declarar que el trasformismo, tan exacto en el proceso de integración, viola la interpretación de las esperiencias y aun falta á las leyes de la lógica, por no seguir el proceso de la diferenciación, creyendo que todas las múltiples diferencias de los organismos son esplicables por la evolución y por la influencia constante del tiempo, forma abstracta de la sensibilidad, que llena el empirismo con leyes, cuyo descubrimiento es debido á

Darwin, y cuya aplicación completamente justificada ha de sufrir todavía muy importantes rectificaciones.

A conclusion semejante puede llegarse examinando los fenómenos *morfológicos*. Aunque hoy la morfología es ciencia que da todavía pocos resultados, pues estudia las formas de los seres sin hacerse cuestion de la correlación de materia y forma, es autorizada la afirmación, que se hace fundada en los pocos datos que ofrece dicha ciencia, de que las formas de los seres orgánicos son mas complejas, á la vez que mas unitarias que las de los inorgánicos. Despues de hacer un cumplido elogio de los notabilísimos trabajos de crítica, que sobre tal asunto tiene emprendidos hace ya años el eminente naturalista señor Linares, terminó el orador respecto á este punto inculcando tambien al trasformismo el abandono del proceso de diferenciación y acusó á todos los partidarios de tal doctrina, del olvido de que el organismo es co-activo con las fuerzas físico-químicas, que obran en la vida, esplicable segun exige el sentido comun, por un doble análisis cuantitativo y cualitativo de todos sus fenómenos.

Si el trasformismo se halla influido por esta obsesion incesante de identificar lo inorgánico con lo orgánico, tiene que revelar tambien (y así lo hace, pues solo tibios y prudentes partidarios se detienen) igual pretension respecto á lo físico y á lo psíquico. Deponen contra tan injustificadas inducciones los estudios novísimos de la psico-física, que no llega jamás á la asunción de lo espiritual en lo corporal. De aquí se infiere que el trasformismo allega datos con su tendencia á la unificación para resolver el problema; pero aun no está resuelto, pues la unidad á que llegan, es una unidad abstracta, como que prescinde del proceso de diferenciación y del análisis cualitativo y no plenifica, si es lícita la palabra, ni ideal ni realmente el contenido de los seres, hasta el punto de que puede preguntarse á su tendencia final, con Lotze, si debemos espiritualizar la materia ó materializar el espíritu.

Tal fué, en breve resúmen expuesto, el discurso del señor Gonzalez Serrano, que nos pareció un prodigioso esfuerzo para aunar las tendencias del naturalismo moderno con el recto sentido filosófico de todos los tiempos, con la *pereunís philosophia*, á que aludia Leibnitz en su vasta concepción.—A.

ANTES DEL COMBATE.

AL VER UN CLARIN,

POR

VENTURA RUIZ AGUILERA.

Apénas suene
tu límpio acento,
rasgando el viento
que ahora respiran
aves y flores,
tumba de horrores
los valles fértiles se tornarán.

Y repitiéndose
por duras breñas,
áridas peñas,
grutas silvestres,
ricas ciudades
y soledades,
cual eco fúnebre retumbará.

Allá las tórtolas
enamoradas,
las enramadas
verdes agitan,
y alzan su arrullo

entre el murmullo
de fuentes, céfiros, árbol y flor.

Aquí, se mueven
los artilleros,
que atracan fieros
de negras balas,
dentro de sacos,
metralla y tacos,
el seno lóbrego de gran cañon.

Y por las sierras
y los collados
van los ganados
y los pastores
sobrecogidos,
buscando ejidos
que puerto ofrézcanles mientras la lid.

Y en tanto, ahogan
los militares
miedo y pesares
de negro vino
en la ola hirviente,
pólvora ardiente
con gritos bélicos echando allí.

Y por los aires
llegan y miran,
ciérnense y giran,
bajan y suben,
roncos, violentos,
buitres sedientos,
que en sangre cálida se cebarán.

Y van formando
los escuadrones;
y los pendones
de plata y oro
brillan al léjos
como reflejos
de estrellas pálidas sobre la mar.

Ya presurosos

vuelan montados
por los soldados
en la llanura,
como huracanes,
los alazanes
que cria el pródigo suelo andaluz.

Crujen las armas
resplandecientes
de los valientes;
ruedan los carros,
y en són de guerra
gime la tierra
bajo la impávida gran multitud.

¡Ay, que ya rádia,
ya se se desploma,
sobre una loma,
reverberando,
la luz febea,
que á la pelea
mueve al intrépido campo español.

Alegres voces
suben al cielo....
¡Quién el consuelo
tendrá mañana,
tras la fatiga,
de ver la amiga
pura y espléndida lumbre del sol!

MADRID Y LAS PROVINCIAS

LA CENTRALIZACION,

POR

RAFAEL M. DE LABRA.

Hay dos maneras de estudiar los problemas: bien examinando sus principios, bien convirtiendo la atencion á sus resultados. De aquel modo lo que se estudia es el fundamento, y el problema queda explicado en su raíz: de éste, el ánimo se fija en el proceso, en el desarrollo, y la cuestion queda resuelta por la evidencia de las partes y el valor de los detalles.

Así, tratándose de eso que se llama la *centralizacion*, podría examinarse el problema en su base y en su punto de partida, viendo cuán equivocada es la idea que en un sistema de gobierno aniquila la vida propia de los organismos interiores y subalternos, y que lógicamente va desde la negacion de la individualidad á la confusion de los elementos sociales. De este modo se ventilaba el problema en grande, con el concurso de los principios mas altos y comprensivos de las ciencias políticas y morales.

En cambio, podría muy bien ser examinada la cuestion, considerando sus resultados, sus influencias en la vida de los pue-

blos, sus efectos, así en los individuos como en las colectividades, y venidos á este punto, se podría tratar de compadecer todas estas consecuencias, en la plenitud de su color y su sabor, con las ideas comunes, pero ciertas, vulgares si se quiere, pero evidentes, que atribuyen la bondad y el progreso de la sociedad y de sus elementos constitutivos á ciertas ideas y á determinada conducta.

La manera primera es mas rigurosa, mas cabal, mas científica; pero el lector comprenderá que por mil razones no puede ser mi propósito estudiar en toda su amplitud y su fuerza el problema de la *centralizacion*; que esto no cabe en esta clase de publicaciones, en un país tan latino como el nuestro, y mucho menos en estos instantes en que preocupan mas la solucion que el razonamiento, el veredicto que el proceso, la actualidad que los antecedentes.

El modo segundo, empero, es mas peligroso, pero mas popular, mas sentido, mas fácil para la propaganda, mas á propósito tambien para excitar y recoger la opinion pública, ó si se quiere mejor el *sentimiento* público, y darle la forma de una exigencia terminante y precisa, porque responde á una necesidad por todos padecida y apreciada.

Otra advertencia. La centralizacion administrativa en el rigor del sistema se ha apoyado hasta nuestros dias en dos fortísimos recursos; si se quiere, en dos bases al parecer sólidas: la una la absorcion de los poderes del concejo y de la provincia en todo y para todo, de manera que las facultades que á aquellos círculos se dejan parecen como concedidos ó delegados de la autoridad central; y la otra la exaltacion de lo que se apellida lo contencioso-administrativo, esto es, la competencia de la *parte* para entender como *juez* en los conflictos que provoca, lo que da á la administracion una fuerza ejecutiva incontestable, sin que en realidad ningun poder, chico ni grande, sea capaz de interceptársele en su oriental oficio de Providencia de nubes abajo.

De este último punto, sin embargo, no pienso hablar mas que en cuanto tiene relacion íntima, esquisita é imprescindible con el anterior, que es el que aquí soberanamente priva; y por tanto, lo contencioso, que bien merece un estudio sério y aparte, en la ocasion presente solo tendrá una importancia de detalle.

Repárese siempre que he dejado á la puerta el rigor de la ciencia. Voy á decir unas cuantas palabras... así... á lo mas humano, por no decir á lo mas vulgar—al modo de una conversacion ligera, aunque intencionada, sobre el alegre discorrir de las cosas diarias.

I.

Desde luego, hablando de la *centralizacion* se echa de ver una irregularidad y una violencia de tanto mayor relieve cuanto mayor es su oposicion á la práctica de la vida ordinaria. Resuelveos á decir á cualquier particular que esté en su cabal juicio, que para entender de sus negocios propios, que para apreciar debidamente cuando le conviene vender una fanega, hermostear un edificio, subir los alquileres de una casa, quizá, quizá, arreglar el orden de la suya, y hasta socorrer al pobre con una exígua limosna, él es el menos competente y mas sospechoso, y se os reirá á mandíbulas batientes, porque la evidencia, fuera de todo aparato y atildamiento, le tiene asegurado lo contrario. Y, sin embargo, habladle á ese mismo hombre—si por ventura fuera centralista—de que esa asociacion natural y primaria que se llama Ayuntamiento, que tiene necesidades propias, que son las de sus individuos reunidos, y propios recursos, que son en esos mismos individuos asociados, decidle que esa agrupacion de vecinos es capaz para arrendar sus fincas, recibir favores, litigar con sus adversarios, premiar á sus servidores, distribuir sus gastos, tomar sus cuentas, emprender sus obras, hacer sus ordenanzas (esto es, arreglar su vida), sostener la enseñanza ó la beneficencia, etc., etc., y que para todo esto no necesita de la autorizacion de un gobierno, á quien solo secundariamente todo le puede afectar, que lejos de ello vive, y que si viene en su conocimiento es excitado, rogado, voceado y de un modo excepcional; decid todo esto, y ya vereis como ese hombre, dejando la lógica mas vulgar á un lado, hablará del interés colectivo, de la insuficiencia del poder local, de la unidad nacional, de las torpezas del individuo, de la sabiduría, la fuerza y la elevacion de los poderes centrales, y de las excelencias de la centralizacion, que, como decia un escritor francés, «es necesario juzgar por lo que da y no por

lo que recibe, del mismo modo que se juzga al estómago como agente de nutrición para todo el cuerpo, y no cual agente de absorción para sí.»

¡Falta de lógica! ¿Por dónde?—gritará nuestro centralista; porque está averiguado que las gentes se resignan á todo menos á pasar por ilógicas. «¿Falta de lógica? ¿Por qué? ¿Acaso la vida individual, donde no hay mas interés, ni mas voz, ni mas voto que los del individuo, es la vida municipal donde existe lo comun, y se nutren, y crecen, y se agitan aspiraciones encontradas y conveniencias opuestas? Allí la competencia del individuo es insustituible, porque para consagrar otra se requiere primeramente que la reconozca afirmando su propia incapacidad, ese mismo individuo á quien se va á poner á un lado, ó lo que es peor, á reducir á un papel de pura pasividad que avergüenza y empequeñece. Pero en el municipio, ¿cómo se puede prescindir de buscar la garantía del interés comun fuera de las estrecheces y antagonismos de campanario, es decir, allí donde no priva ningun interés exclusivo, donde por su elevación se reciben primero los rayos del sol y las influencias del espíritu moderno, y desde donde puede apreciarse mejor, no solo lo que importa á las localidades en ciertos complicados casos, sino lo que les conviene habida cuenta de sus relaciones con otras localidades y con el gran todo que se llama *la Nación?*»

Y por este camino seguirá nuestro hombre, aun en el supuesto de que no pertenezca al grupo de esos *socialistas sin saberlo*, que á boca llena pregonan la competencia del Estado *para todo*, y sostienen una especie de derecho divino de las clases superiores, no ya á la dirección, si que al monopolio de la gobernación de los pueblos.

Y sin embargo, la falta de lógica es positiva, evidente, incontestable. Desde el momento que se afirma la competencia individual en la esfera propia del individuo, y se reconoce dentro de ésta cuanto afecta á las necesidades características, los medios particulares, la personalidad y la hacienda de aquel, en principio, solo es posible discutir si estas ó aquellas necesidades, estos ó aquellos recursos son verdaderamente característicos y propios del Ayuntamiento, que considerado en relación con los demás Ayuntamientos, con la Nación, con el Estado y

con el ciudadano, es pura y simplemente un *individuo*; y sabido se está que el derecho es solo una *relacion*, y que de ésta se desprenden las condiciones ó reglas que forman los códigos y constituyen la vida jurídica. De suerte que la cuestion se reduce á inquirir qué cosas son las municipales. Una vez reconocidas éstas, es lógicamente imposible el negar el perfecto y absoluto derecho del municipio á entender en ellas, del mismo modo y por idénticas razones, que cualquiera ciudadano entiende en sus asuntos privativos.

Pero sucede que tal ó cual interés concejil trasciende y afecta á otros intereses extraños al municipio. Pues en este caso, evidente es que el municipio no puede resolver por sí y ante sí en un negocio respecto del cual es solo *una* de las partes. Por esto existen relaciones intermunicipales, relaciones del municipio con la provincia, relaciones del municipio con la Nacion y relaciones del municipio con el ciudadano: relaciones que caen unas veces bajo la jurisdiccion de las partes interesadas, cuyo acuerdo es preciso para todo ulterior paso y la prosperidad del mútuo interés, y otras veces caen dentro de la competencia de los tribunales de justicia. Aquellas son relaciones de carácter administrativo: éstas de derecho civil.

Nada mas sencillo, nada mas claro. Para explicar y para entender esto no se necesita acudir á las especulaciones, distinguos, vaguedades y sutilezas del doctrinarismo. La regla es absoluta, la ley general—como deben ser todas las leyes. Unos mismos principios rigen para el ciudadano y para la Nacion. Tan individuo es aquel sér *ondulant et divers* que se llama el *hombre*, como ese gran todo á que la fantasía da cuerpo, que digiere millones, vive siglos, y no repara en exigencias ni compromisos, que se llama el *Estado*. Y no diré yo en absoluto que sencillez es sinónimo de verdad; pero sí afirmo rotundamente que la una figura entre las primeras condiciones, y las condiciones mas visibles y apreciables de la otra.

De suerte que es necesario resolvernlos, en principio, al sacrificio de toda competencia individual en los negocios individuales, ó á aceptar la ley para todos, proclamando la autonomía municipal. ¡Donosa argumentacion! ¡Que en el Concejo existe un interés comun! Claro: como existe en la familia y en la asociacion, y á nadie se le ha ocurrido buscar fuera de los

asociados ó de la familia la direccion de los negocios particulares de una y otra.—¡Que dentro del Ayuntamiento hay encontradas aspiraciones y es preciso buscar el desinterés fuera de él para que regule la vida comun! Soberbio, si ese desinterés no equivaliera cuándo á indiferencia, cuándo á perfecto desconocimiento de lo que se trata, y cuándo tambien á desconfianza y prevencion contra los intereses locales y en favor de otro interés absorbente que se llama la conveniencia de la Nacion ó la razon de Estado y que rara vez son la razon ó la conveniencia de *todas* las provincias y *todos* los ciudadanos.—¡Que buscando arriba la direccion de todos los negocios se aprovecha la ventaja de los adelantos y perfecciones de la vida superior!... ¡Magnífico si no fuera todavía un problema histórico la relativa superioridad del imperio de Carlo-Magno respecto de las ciudades asiáticas de la monarquía de Luis XIV con relacion á las repúblicas italianas; y sobre todo, si esos adelantos no implicasen el profundo desden y el olvido casi sistemático de las cosas pequeñas y los asuntos locales!

Veamos si no las cosas despacio. Bajemos de las teorías—nosotros los hombres de la *especulacion* y de la *utopia*; nosotros los idealistas y soñadores que tenemos siempre de nuestra parte—¡poca cosa!—*toda la historia*. En fin, veamos lo que pasa, porque para admirar la excelencia *práctica* del sistema solo tenemos que abrir los ojos. La máquina funciona en España hace treinta años. Nos la trajeron de Francia, costándonos no poco el transporte y la instalacion. Asistamos á los trabajos mas sencillos y corrientes. Veamos la comedia al pié del escenario.

Estamos en la villa, en la aldea, en el lugar. La necesidad se siente, la inconveniencia de su falta de satisfaccion se palpa, y la voz que pide remedio en seguida se hace oir. Los administradores del Concejo, como todos los demás interesados, ven directa é inmediatamente el mal, y su correccion desde luego es para ellos, de un modo recto una ventaja. Pero la descuidan, la desatienden, y como están en el Concejo mismo y la pueden acometer, tienen la censura á la oreja y sobre la cabeza el clamoreo diario. Imposible excusar la exigencia; imposible distraer la atencion. Habla la necesidad, y en todo caso murmuran el malicioso génio del chisme y el espíritu de la

envidia, que ansían motivos ó pretextos para zumbar. Aquello es, cuando no una tempestad, una nube de mosquitos, tan difícil de resistir como capaz de matar. Y en el momento que intentan emprender la reforma, las instrucciones, el conocimiento, los proyectos todos, los recogen por sus propias manos, sin dejar detalle ni menudencia, porque un asunto de escasa ó nula significacion para la entidad nacional es de un interés vivísimo para el pueblo, que á cada una de sus pequeñas, de sus *únicas* cosas, da una importancia capital y extraordinaria.

Pero llega la vez á la *centralizacion*, y aquí es ya necesario tomar asiento en la antesala, aguardar vez, encender el cigarro y armarse de resignacion cristiana para recibir el parto de aquellas oficinas centrales, en que se elaboran las nieblas y los rocíos para tanto pobre pueblo que á la merced está del Consejo de los *Dii majores* y los *semi-dioses* de la administracion española. Porque ante todo hay que esperar que el asunto *venga* de mano en mano y con su palabrita, formalista y de cajon, á reserva de aguardar despues á que del mismo modo *vaya*. Luego sucede que si una villa pretende, pretenden tambien otros pueblos, y todos con mucha *urgencia*, por lo que es necesario hacerles entrar en *turno* y sujetarlos á la accion de oficinas que por lo extraordinario del trabajo tienen que ser numerosas y por ende complicadas. Y de la complicacion ya resulta un elemento de perturbaciones, un verdadero peligro que los pueblos y los particulares sabemos bien cuán continuamente es una positiva calamidad. Mas en seguida acontece que los encargados de resolver estos asuntos desconocen la localidad, las circunstancias particulares, los intereses al por menor, y si no tardan en pedir por la cadena consabida informes, y aun tardando, despachan el negocio que nadie les ha reclamado eficazmente porque es de una miserable aldea, y cuya importancia conocen á lo sumo de lengua, lo despachan, digo, por las reglas comunes ó generales. Y al fin llega la solucion del problema al pueblo—y este es el caso mejor, porque se ha prescindido de la famosa *junta dificultativa*, y ha andado la máquina sin untos ni presiones de cierto género, conocidas, y quizá con exageracion en provincias—cuando el problema ó el interés que inspiraba ha desmayado con el tiempo

y las dificultades. Y entonces se sospecha y se dice que en Madrid no hay atencion, ni respeto, ni esmero para mas allá de las tapias del Retiro. Resultado: inutilidad de todo lo actual; pérdida de tiempo; descrédito de la Administracion; desperdicio de algun dinero; iniciacion de un nuevo expediente; crecimiento y complicacion del mal no remediado; cansancio y enojo de las oficinas centrales... y quebranto y aburrimiento para el olvidado pueblo. Y esto suponiendo que no llegue á sazón un acuerdo supremo, ejecutivo, incondicional y perfectamente vejatorio y disparatado. Y entonces, si acaso... ¡lo contencioso!!! ¡Lo contencioso! Un procedimiento divertidísimo, en cuya virtud el pueblo, perjudicado por una trasgresion de ley realizada por... cualquier auxiliar del Ministerio de la Gobernacion de Madrid (y aquí sabemos bien como se nombran los auxiliares) puede acudir á una especie de tribunal que se llama Consejo de Estado, cuyos individuos son de libérrima eleccion y separacion de los ministros, y siempre sus devotos é íntimos; el cual Consejo examina el pleito y no *falla*, si que *propone* á la misma Administracion activa que cometió el desaguizado que enmiende su falta y remedie el daño; todo lo que puede no suceder porque á la Administracion se le antoje, dentro de la ley, prescindir de la consulta y perseverar en lo hecho, aumentando de esta suerte el mal producido con los gastos ocasionados en la via contenciosa al inocente pueblo que pensó que el Consejo de Estado, era un Tribunal Supremo, y que en España era una realidad aquella separacion y relativa independencia de los poderes públicos, sin la cual no hay libertad posible ni derecho seguro.

Y no hay que objetar que aquí las cosas se toman muy por el cabo. Casualmente si de otra manera los asuntos se resuelven, eso será en verdad lo excepcional. ¿Dejará jamás de ser evidente que las particularidades, las circunstancias de detalle, pero que juntas caracterizan un negocio, han de ser mas perfectamente conocidas de sus interesados directos, de los que han estado y están á la raiz, que no del empleado general que recibe mil asuntos por el estilo y que solo está en los toques comunes, porque así debe ser para que responda al carácter de interés nacional? ¿Dejará de ser pura verdad que los trámites mientras haya centralizacion serán muchos, porque los ne-

gocios análogas serán numerosos; y que así, la cuestion de oportunidad en las resoluciones estará gravemente comprometida y con todas las probabilidades de un éxito desgraciado, y eso aun dando de barato que en España existiera una ley de procedimiento administrativo, que ni *de oídas* conocemos: ley en cuya virtud fuera imposible *dar carpetazo* á los expedientes, aburrir al solicitante con piques, etiquetas y cuestiones de competencia y lastimar toda clase de derechos é intereses sobre el seguro de la perfecta irresponsabilidad del oficial del negociado? ¿Y dejará de ser palmario todo lo que he apuntado, prescindiendo de apoyarme en los efectos probables de las influencias políticas en los centros de la administracion para el mas pronto ó mas lejano despacho de unos negocios con relacion á otros, y de lo que todos estamos al cabo, así como de la torpeza, el abandono, la indiferencia de la burocracia, que lleva tranquila este sambenito en todas las naciones del mundo civilizado?

Pero se dirá tal vez que aquí me aprovecho de los grandes descubiertos que la centralizacion oficial deja, como todas las instituciones positivas, como todos los hechos de pura realidad; y, sin embargo, doy al olvido las flaquezas actuales de los Ayuntamientos, que hablan bien pobremente de sus excelencias para el dia en que conquisten el total de facultades que en momentos de revuelta y bajo la inspiracion del demonio de la soberbia, mas de una vez han pretendido. «Los pueblos, los Concejos—se dice—no saben gobernarse: por lo que hoy hacen se comprende perfectamente la necesidad en que están de tutela.» Pero ¡ah! que lo que hoy pasa es resultado natural de esa misma centralizacion que se designa por sus devotos como el remedio supremo. Porque lo que se consigue con la nulidad á que está reducido el Concejo es quitarle el aliento para emprender toda obra seria, para empeñarse en un asunto de consideracion, para confiar en sus fuerzas y recrearse en sus atrevidos proyectos; y como desaparece este elemento de energía, y como su fortaleza está tocada de este principio de debilitacion y ruina, el Concejo desmaya, pierde el gusto de los negocios, y para lo poco, lo insignificante que se le dan poderes raquíticos, apenas si tiene mas que el indiferentismo y la impotencia que le rodean y saturan. Un ilustre escritor que

estudió la misma cuestion en la tierra donde con mas brío vive la libertad municipal: Alexis de Tocqueville en su *Democracia en América* dice: «Es necesario persuadirse de que las afecciones del hombre no van, generalmente hablando, mas que allí donde existe la fuerza. Nunca se ha visto al amor de la patria reinar mucho tiempo en un país conquistado. El habitante de la Nueva Inglaterra se une á un Concejo no tanto porque en él ha nacido, cuanto porque ve en él una corporacion libre y fuerte de que forma parte y que merece la pena de que se trate de dirigirla.» De modo que el Poder Central no tan solo aspira, sino que comprime; no solo aniquila lo que existe, sino que impide el nacer.—Así, pues, llámese á los pueblos á la gestion de sus negocios propios; rómpase la cadena administrativa que les tiene sujetos y rendidos los brazos, y despues estúdiase con calma si en el Concejo no se avivan la aptitud para el gobierno, el amor de la cosa pública, la actividad, la energía, el celo, la inteligencia, todas esas virtudes administrativas cuya ausencia se les echa en cara por los mismos que en sus manos tienen el pneumatismo poderoso que las quita toda condicion de existencia. De este modo, si la centralizacion juzgada por lo que da es el embrollo y la inoportunidad, mirada por lo que recibe es un mónstruo galoneado y con tratamiento de usía en que se hunden la bienandanza actual de los pueblos, la energía, la fortaleza, los grandes elementos de vida y de progreso de las localidades.

Y cuenta que con esto se mata en su cuna la vida nacional. Secad las fuentes y de seguro extinguireis los rios; aniquilad los pueblos y despedíos de la fuerza y el nervio de la patria entera. Por esto cuando insensatamente se habla de que con el centralismo se afianza la unidad de la nacion, es necesario rechazar la idea. La unidad tiene por base lo comun, lo general; lo que abandonado á círculos particulares produciria la irregularidad y la descomposicion. El centralismo pretende en cambio embutir en lo primero lo primitivo, lo especial, para llegar al amontonamiento y la plétora. En el rigor de la ciencia cabe la variedad en la unidad, y esta es la vida de los organismos perfectos que igualmente rechazan el atomismo que la confusion. ¡Pero ya se ve! ¡Cómo han de convenir en esto tan racional y tan positivo los que solo en lo nebuloso hallan

lo divino, en lo aparente lo vivo, en lo descomunal lo magnífico; y que sordos al discurso de los tiempos, y ciegos ante lo que hoy palpita bajo el manto de los cielos, para combatir que el individuo sea un dios, se olvidan de que ha sido Prometeo!

II.

Los intereses del pueblo, mal administrados, primero por la incompetencia del poder central, despues por la anemia del actual Concejo—ve ahí los inmediatos resultados del centralismo. ¡Mas ¡ay! que todos los efectos no se reducen á un puente por hacer, un edificio por levantar y un arriendo por corregir; que el hierro duro vá derecho al corazon y la herida pretende ser mortal!... Pero reparemos con calma lo que pasa.

Hemos visto como el centralismo arranca la vida administrativa de la localidad. Esto solo, como tambien hemos palpado, ya traeria un gérmen de corrupcion de las verdaderas energías del Concejo, porque con la falta de costumbre de proyectar y emprender, y la conciencia de su nihilismo, se achican ó desaparecen el amor de lo palpitante, de lo vivo, y la competencia respecto de los asuntos de cierto grandor é importancia. Mas sucede que á este inconveniente se juntan otros que estreman la situacion. Si el pneumatismo centralista mata en los pueblos la vida administrativa, los privilegios y la tutela del gobierno cortan la económica; la falta de franquicias populares aniquila la política, y la científica apenas si alienta, resultado de la estrechez y el monopolio que pesan sobre la enseñanza. De modo que, despues de esta absorcion maravillosa de fuerzas vitales que por todas partes acomete y consigue el Estado, preguntad á las provincias, á los pueblos, qué les queda mas que el reino de las menudencias, de las nimiedades, de las ridiculeces de vecindad, de las impertinencias de la vida diaria; preguntadles qué les resta fuera, á lo sumo, del mundo de los vagidos, de las tentativas, de los ensayos... de los castillos en el aire. Pero lo positivo, lo grande, lo lleno... eso de hecho se les escapa, y así yacen consumidos, en un espantoso atonismo, en tanto que no los sacude el momentáneo, aunque saludable accidente de las luchas electorales.

Claro se está que en esta triste situacion de nuestras pro-

vincias hay sus grados, y que fuera locura comparar una capital, por ejemplo, como Barcelona, con una pobre aldea extremeña; pero si para estudiar los fenómenos tiene que aceptarse un punto de vista, este no puede ser otro que el medio, el ordinario que ofrece la España de allende el puente de Toledo y las cercas de la Casa de Campo. Cuanto mas, que aun esas mismas capitales de consideracion tambien pagan tributo entero á la pequeñez y al detalle, solo que todo es relativo, y lo que para ellas es nímio, parece descomunal á otros pueblos, sirviendo esto únicamente para que se sospeche que vida tan portentosa, que animacion, que movimiento con el centralismo general del Estado se comprime y detiene en esas grandes localidades, cuyos mas pequeños brotes tanta sávia revelan y anuncian tan magnífico ramaje.

Pero que la provincia está sometida al *carcere duro* de lo raquítico... esto es evidente. Y entonces, ¿por qué nos admira ese enervamiento, esa indiferencia, ese atonismo que se extiende por la superficie de toda la Península, á pesar de los esfuerzos generosos de algunos entusiastas que fundan periódicos, y promueven liceos, y proyectan asociaciones, y acometen vastas empresas industriales que han de dar á su aldea, á su ciudad, á su provincia, grande esplendor y poderosa vida! Y entonces, ¿por qué no gritamos á los que en las localidades se esterilizan, que no es solo una carretera, un puerto, una fábrica, ni nada de esas cosas que la urgencia del deseo sublima en eficacia, las que han de variar las condiciones del pueblo ó de la circunscripcion, sino algo mas grave, mas profundo, mas significativo, que es la plena descentralizacion, la reduccion del Estado á sus funciones naturales!

Pero en el interin, ¿qué pasa? Preguntád á ese jóven que en la frente lleva el surco del pensamiento, en cuyos ojos palpita la centella de la vida; preguntadle qué hace en su provincia... Languidecer, agostarse, morir.—Preguntadle qué desea, qué acaricia... ¡Ah! ¡Qué torbellino de ilusiones! ¡Qué mar de esperanzas! ¡Qué proyectos atrevidos! ¡Qué alzázares de fantasía! ¡Qué caos tan portentoso, pero que encierra todo un mundo de sueños, de ideas, de afectos, de planes, de ambiciones, de génio que se precipita y revolotea en torno de esta palabra opulenta: ¡Madrid! ¡¡¡Madrid!!!... que es como si dijéramos, la

realidad de España!—Yo lo he escuchado; yo he recogido triste mil confesiones de mis hermanos de provincia, llenos de talento, de voluntad, de inteligencia, que se quiebran, como las alas de un pobre pájaro prisionero, en la red de hierro que el Estado omnipotente ha tejido en derredor de sus hogares; y ¡ay! despues de pasearse desvanecidos por el cielo de sus ilusiones, se cansan, desmayan y abandonan para que la ola del indiferentismo los devore... ¡A ellos! que la ven venir con la conciencia de lo que son, de lo que valen, de lo que pueden para rechazarla y vencerla si sobre sus hombros no llevasen esa pesada capa de plomo que los encorba y los contiene... ¡A ellos! que ven avanzar la esfinge, sabiendo perfectamente su secreto, pero que sienten cerrados sus labios, muda su voz por arte de ese impío remedo de la inmensidad divina, que tal vez un dia, brutalmente loco como Nabucodonosor, se admire de que libres de su poder las estrellas palpiten, las flores suspiren, truenen los cielos, los mares vocean y el mundo todo viva y se goce en su variedad, su movimiento y su armonía.

Y si no desmayan esós jóvenes, si no se sepultan en la ociosidad ó la miseria, en la indiferencia ó la vulgaridad, no hay que dudarlo, su esperanza es Madrid. ¡Madrid! que siempre se presenta por el cristal de aumento de la implacable fantasía. ¡Madrid! que es un mar de blondas, una cascada de brillantes, un puñado de sonrisas, un diluvio de aplausos, un sétimo cielo, la mujer mahomética de negros ojos, albeo seno y voluptuosidad eterna, el palacio encantado de la fortuna, la Atenas pirenaica, el resplandeciente Olimpo de la hermosa España, la animacion, el entusiasmo, la lucha, la vida positiva de todo un pueblo como lo fabrica la calentura del deseo!—¡Y quién podría negarlo! ¿Quién á tí te convence, oscuro hijo de provincia, que al pasar por una esquina la suerte caprichosa, pagada de tu asombro, no te arroje su pañuelo? ¿Quién te asegura que si una vez el antojo de una diosa te enseña el camino del cielo, mañana tú osado no te resuelvas á escalar solo la mansion de las nubes do homéricamente rien y liban los inmortales! Y ¡quién llegaria á enseñarte que los laureles de provincia aquí pueden secarse, que la lucha aquí es terrible é implacable, y que si por estas calles sonrien las Gracias, tambien está la Envidia para poner su piedra al carro del triunfador, y la Ambi-

cion y la Miseria para descargar su golpe, sin respetar la cabeza, cuyas sienes oprimió algun dia la corona de la victoria.

No, esto no se comprende. El Estado, el gran Moloch, aquí ha puesto la vida de toda España. Aquí está la inmensidad de oficinas; en aquel rincon los rayos; mas allá las lluvias; y medio oculto en otro lado el cuerno de la abundancia. Aquí se habla del arte; allí se respira la ciencia. Escuchad estos debates ejecutivos de la política; atended aquella humareda de que se levanta cocido y aderezado un vasto proyecto industrial; ved pasar los carruajes lujosos; reparad en Brumel, conoced á don Juan... Allí va Magdalena... Aquí vienen Haydée y Galatea... Estamos en Madrid, en la córte, en este Océano de luz, de vida, de placeres. Despierta, ó mejor, sueña provinciano!—llámeste Gil Blas ó Zenon Somodevilla.

Y las provincias ven marchar sus jóvenes mas valiosos, sus hombres mas decididos para perderse en este mar sin playas de la vida ambulante, indecisa, irregular, suelta á todos vientos, en que las memorias se pierden, en que los caracteres se borran, donde las tormentas vienen luego sin el abrigo del hogar doméstico, y donde, en fin, si es posible que restablecida la calma haga la nave su viaje, es tambien fácil ó que ceda á las corrientes peligrosas para dar en tierras corrompidas y mortíferas, ó que naufrague entregando el cuerpo del caminante al capricho de las ondas, que por burla, con besos y retozos, le arrojen deshecho y roto al pié de su tranquila casa... Y entonces... ¡acudid, prometidas! ¡besadle, madres!

Todo esto produce un mundo de efectos. De un lado se violenta la emigracion natural, mas ó menos peligrosa, del hogar doméstico allá en las provincias, con lo que se aumenta lo grave de su anemia, y por otra parte se llena la capital de un diluvio de deseos mas ó menos nobles, de ilusos, de desengañados, de victoriosos, pero tambien de caidos bajo el carro de la Fortuna, de entre cuyas ruedas salen lisiados, mas que hombres, resíduos, mas que energías, fiebres, y que ya en Madrid formando una preñada nube de ambiciones contradichas, ya en provincias siendo un sepulcro de esperanzas y fantasías, solo pueden pasar por un elemento de perturbacion seria en la vida moral de toda España.

Y hé aqui una de las principales causas—quizá la causa principal—de ese sordo rumor que vaga por las provincias, de esa prevencion cada vez mas acentuada, de esa antipatía que con cualquier pretexto se revela en el fondo de las aldeas, de las villas, de las capitales de alguna importancia, contra la capital de la Nacion, contra Madrid. La centralización ha hecho ese milagro. Allá en los pueblos se sabe bien que la referencia de sus negocios urgentes á la resolucion de Madrid equivale un punto menos que renunciar á verlos terminados. Una larga y costosa experiencia ha podido convencer á los mas rebeldes. De suerte que cuando la ley de tramitacion obliga á cualquier solicitante á poner los ojos en Madrid, donde quizá no tiene conocido alguno y donde los gastos son siempre crecidos—la cosa es llana; nuestro hombre cierra los ojos, pliega los labios, se encoje de hombros y desiste mas ó menos francamente del negocio, á no ser de aquellos cuya escepcional importancia consienten dispendios y sacrificios tambien escepcionales. Pero esto, con reducir la esfera de accion del pobre provinciano, esto con achicarle y desmoralizarle, no produce en la sociedad de que forma parte el hondo y rápido efecto que dá de sí el llamamiento violentísimo á la capital de todos los elementos de vida de la provincia, de todos aquellos hombres que en la provincia tienen su centro y sus fuerzas, que allí desarrollarian sus facultades y prosperarian secundados por todo cuanto les rodeara, y era como propio, y que al mismo tiempo servian de progreso general de la provincia constituyendo el grupo de los directores inteligentes, activos y honrados. Ese robo que Madrid hace á las provincias produce allí tan grande como desagradable impresion; y en ella se nutre el mal querer que á vuelta de muchas salvedades y bajo formas mas ó menos corteses, se advierte en los provincianos, que en su pasion llegan á hacer de la villa y córte el teatro de todas las ociosidades y todos los pecados, cuando no el centro de todas las abominaciones. ¡Pobre Madrid—tan culto, tan tolerante, tan liberal y tan progresivo!

¡Pero qué triunfo para la armonia de la sociedad española! Y qué solucion tan admirable para las diferencias y los antagonismos de nuestra Historia que han dejado tantos fermentos de separatismo en nuestra vida!

Menguada centralizacion esta que así ataca la existencia de las colectividades, cómo barrena la fibra y el porvenir de los individuos! Y todo, ¿por qué? Por querer sacar de quicio las cosas; por confundir en un punto lo que está perfectamente definido y separado; por quitar agua al pez para que vaya á otra parte á buscarla y tierra al mamífero para que la busque en el agua, y á ambos la vida, que en el barro exhalan de un modo asqueroso y miserable. ¡Cuánto mas sabia y dulce no eres tú, Providencia, que para la mariposa has reservado el débil arbutto y la flor delicada, dejando libre la inmensidad que cubre al Océano para que se espacie y revuelva el águila jigante, la reina de los aires!

III.

El mal ya está visto, y aunque á lo profano, tenemos palpaditos algunos de sus extragos. ¡Son tan evidentes! Si los quisiéramos expresar en una sola frase, héla aquí: la anemia moral y material de los pueblos, y á la postre, de todo el país.—Y ahora lo que nos importa es el remedio.

Mas primeramente observemos que todos aquellos efectos no son obra exclusiva del centralismo administrativo: son, si, quizá resultado de un sistema en que este pneumatismo de la vida local tiene su puesto á cuyo desarrollo y primor tiende. Por manera que el remedio que aquí buscamos, si acaso fuere *uno*, para servir con eficacia debe atacar varios extremos, aplicarse á lugares distintos, combatir de diferente modo, atender á reacciones algo diversas. Y así se explica que siendo el recurso magno y total de la flaqueza que ahora miramos *la libertad*, con sus virtudes solutiva y vivificadora, tenga un nombre particular y obre á su modo en el orden administrativo de los pueblos; y como aquí, esencial sino exclusivamente de este punto nos venimos ocupando, resulta que despues de proclamar que para la entera cura de todo el mal la libertad entera es el remedio, ahora cumple decir que lo que aquí importa y conviene es la *descentralizacion*.

La descentralizacion, sí, que devuelva á las provincias y los pueblos su vida propia, su atmósfera, su espacio, su mar: la descentralizacion que, llevando su mano inspirada á este caos,

donde verdaderamente *tenebræ sunt super faciem abyssi*, divide las cosas, separe los elementos, determine lo concreto, lo particular, y lo aparte de lo total, lo superior y lo indiviso, para que cada cual busque su centro, cada uno encuentre su teatro; la descentralizacion, en fin, que reintegre al concejo y la provincia de todas sus atribuciones administrativas, que las deje libérrimamente vender y comprar, y discutir, y ordenar, y hacer su presupuesto, y emprender sus obras, y componerse con los demás concejos, y vivir y moverse sin mas límites que el derecho absoluto de cualquier ciudadano para reclamar de todo atropello de una ley general, y la atencion esquisita del representante del Estado, del Poder Central descargado de todas sus funciones de administrador de la provincia, y robustecido por tanto en verdadera fuerza y autoridad.

Desde luego que aquí no están apuntadas mas que las bases, restando íntegra la cuestion de detalle, que á los rutinarios enloquece; pero esto ya se comprende que ni en lo mas mínimo puede afectar al principio. Pero aun así, ya se me alcanza que esta idea,—tan cruda dirán algunos, tan orgánica y expansiva dirán en cambio otros,—á muchos perturbe é incomode. ¡Es tan opuesta á lo existente! ¡Choca tanto con nuestros hábitos actuales!... Pues ahí es nada lo de rebajar el poder del gobernador ante los pueblos! y hacer del alcalde un mero mandatario del municipio; y hacer que todas las cuestiones municipales terminen en el Ayuntamiento sin apelaciones ni reservas de ningun género, y someter las cuestiones del Ayuntamiento y de los particulares á los tribunales de justicia, deteniendo la accion administrativa para que mejor se cumpla el derecho; y tal vez crear una justicia municipal, y un ejército municipal y una hacienda municipal... y hacer, en fin, de un pobre y miserable concejo una nacion en miniatura, fomentando las mas grotescas pretensiones, y las mas disolventes tendencias, y afirmando como los federales de América, que es nacional todo lo que no es municipal, del propio modo que es municipal todo lo que no es individual, de suerte que la vida de la nacion venga á ser una vida de escepciones y la competencia del Estado un mero suplemento de la accion del individuo. Qué locura! Qué subversion de principios! Qué

anarquía! Y entonces... ¿qué será de esto?... ¿y lo de mas allá?... Y de nuestras tradiciones, ¿qué será!

¡Ah, nuestras tradiciones! Si por ellas algun pueblo pudiera ser descentralizador, ninguno lo seria tanto como España. Nosotros hemos tenido reyes ilustres, una aristocracia mediana, unas Córtes memorables... pero lo que hemos tenido magnífico ha sido el concejo, la ciudad, el pueblo. Evocad vuestros recuerdos. Haced salir las sombras de la Edad Media y preguntadlas quiénes verdaderamente acometieron la reconquista sino aquel puñado de osados que los primeros entraban en tierra de moros, con su hoz ó con su palo, solos con su denuedo y su esperanza, y que despues allí se afirmaban al arrimo de un *Fuero* que los reyes le reconocian ó daban para que se gobernasen por sus hombres, hiciesen justicia y libremente administrasen los cortos bienes ganados con su sangre y de su sudor empapados. Preguntadlas quiénes alentaron la riqueza de la pátria sino aquellos concejos con sus cartas-pueblas, que daban al comercio el desahogo que no las tierras de señorío con sus derechos exorbitantes, y paz á la agricultura, libre de las correrías de los nobles aventureros, que si por ventura las realizaban era á reserva de que con creces se las devolvieran los concejos. Inquirid quiénes con mas ardor al apellido de independencia respondian, si quier fuese para luchar en momentos nada propicios con todo un Papa; quiénes sostenian con mas fuego la soberanía de la pátria que Segorbe y las comunidades de Teruel, Daroca y Calatayud, que el Jurado en Cap de Zaragoza, que las universidades y los concejos de Aragon. ¡Que contesten quién llenó de barcos el mar, de gloria española el Oriente, de leyes y prácticas el Mediterráneo, sino Barcelona, independiente y libre! ¡Que nos digan para el comercio qué fué Medina del Campo, conocida de toda Europa; para la guerra, Avila y Segovia, que estuvieron gloriosamente en la empresa de las Navas; para el denuedo y el amor nacional, Toledo, que llevaba la mano de las famosas comunidades aun despues del siglo XIV y de Alfonso XI, en que los concejos comenzaron á venir tan á menos! Lo que caracteriza la vida de España entonces, lo que la distingue bajo cierto aspecto, mas que á Italia, del resto de Europa, es su soberbia organizacion municipal: el poder anómalo, es cierto, irregu-

lar, pero magnífico por lo lleno, lo espontáneo, lo vivo de sus concejos, con aquellas milicias, aquellas hermandades, aquel voto en Córtes, y aquel orgullo y nobleza con que se dirigian al mismo Rey y con él soberanamente pactaban! Y entonces, ¡qué epopeya acometimos! Apenas si la puede contener la historia.

¿Y despues? Despues sigue el desangrador período austriaco y la impotencia borbónica. Y entonces ya no hay ni concejos ni Córtes. Si acaso, restan sus sombras y sus nombres. Y no nos hableis de nuestra vida de soldado en Flandes y en Italia. Aquellas glorias de humo y de lágrimas, aquellos triunfos de ambicion, si grandes por un concepto, fueron por lo demás bastante poco para obligarnos despues á rumiarlos imbécilmente en medio de la España despoblada y muda y á la luz maldita de la exterminadora Inquisición.—Pero en aquel horrible período—que verdaderamente fué de guerra, porque el vocerío de ¡viva España! impidió que se escuchase el quejido de la España herida—en aquel período, sin embargo, hubo un paréntesis de verdadera grandeza... pero allá en América. ¿Y cómo? Es innegable que la empresa española allende el Atlántico se distingue de casi todas las demás realizadas por otros pueblos en la misma América, en Asia y en el litoral Africano, por la intervencion que en ella tuvo el Estado; pero esto no quita para que por bajo de la accion del Gobierno metropolitico viviese el esfuerzo individual de un modo tal que sin él no se comprende que el Estado hubiera podido conseguir cosa alguna de provecho; ni aun realizar su propósito en proporciones verdaderamente mezquinas. Todavía mas. Estudiando bien la historia de aquellos memorables dias y aquellos empeños á todas luces inverosímiles, resalta una circunstancia de singular alcance: la lucha que desde luego se entabla entre los descubridores, los conquistadores y hasta los colonizadores, que por un prodigio de valor, de actividad, de audacia y de talento, por sí y ante sí, desoyendo la voz de las autoridades y aun desafiando las iras del Poder de la Metrópoli acometen aquellas empresas que hacen célebre Cortés en Anahuac, Pizarro en los Andes é Iraso en la Plata, y el Gobierno de España representado por el Consejo de Indias y la Casa de Sevilla. Y de tal monta es esta batalla que á haber su-

cumbido en el primer tercio del siglo XVI la causa de la iniciativa individual, á no haberse plegado la Côte de Madrid á las exigencias de los capitanes y marinos, sancionando lo hecho, interviniendo en las empresas ya intentadas para dar unidad á toda la obra, dejando despues ancho campo á la accion particular y consagrando, por fin, en América la libertad municipal en términos mucho mas amplios que los acostumbrados en España, sobre todo despues del advenimiento de los Reyes Católicos, la gloriosa colonizacion española hubiera sido un espantoso fracaso; se hubiera reducido á una loca tentativa, al empeño de un dia. Y tanto fué así, que cuando el poder suspicaz de la Metrópoli, con el advenimiento de la casa de Borbon, finado el período de la iniciativa individual, se resolvió tambien á la centralizacion administrativa, aniquilada la vida municipal y hecho omnipotente lo mismo para lo grande que para lo menudo, el Consejo de Indias, ya no tuvo seguridad la inmensa pesadumbre de nuestro sistema colonial, y se le dejó cruzir y se le vió cuartear, y al fin se vino á tierra con dolor para la desangrada España, y miseria y confusion para los mal compuestos pueblos de allende el mar.

¡Pero á qué buscar ejemplos en remotos años! ¡No tenemos ahí á las puertas el movimiento asombroso de nuestra pátria de á principios de este mismo siglo? ¡No recordamos todos la épica guerra de la Independencia en que nuestro pueblo, no obstante de hallarse atontado con tantos exorcismos, rendido con tantos privilegios, exhausto con tantas gabelas, sin embargo, al oir las voz del extranjero, que como conquistador pisa esta tierra llena de sombras de héroes y de memorias homéricas, se revuelve y se levanta y

...arde la lucha,
Retumba el bronce, los valientes caen,
Y el campo de humo rojo hecho ya un lago
Descubre al mundo el espantoso estrago!

¿Y dónde estaba el Rey? ¿Dónde el Estado? ¿Dónde las riendas del gobierno?... ¡Seguramente no con los pueblos, que en medio de tan inmensa podredumbre aún habian conservado un latido del corazon para la pátria! ¡Y las provincias—Astúrias la primera—entregadas á sus propias fuerzas, á su exclusiva inspiracion, solas, desamparadas, constituyen sus juntas y de

por sí *declaran*, y lo que es mas, *sostienen la guerra* al Emperador de Francia! ¡Admirable actitud! ¡Sorprendente ánimo! ¡Prodigiosa lucha en que «reverdecen los laureles de Sagunto y de Numancia!»

De modo que nuestras tradiciones mas ilustres, mas gloriosas, no están en favor de la Centralizacion. Y cuenta que al punto á que ha llegado hoy el Centralismo en nuestra pátria, fué desconocido hasta en los mismos dias de la Monarquía pura: solo que si hoy sus efectos no son mayores y no se evidencian mas, débese esto á las condiciones políticas—exiguas y todo—que dan al país una expansion superior á la de los tiempos monárquico-apostólicos. Pero en rigor, la Centralizacion de hoy es mera copia de la estrechez francesa, á su turno hija, no de la revolucion como la vulgaridad pretende, sino del consulado, y sobre todo del imperio, como es natural.

Ahora bien, que nuestra provincia, y mejor nuestro Concejo histórico no sean lo que hoy tenemos derecho á pretender, claro se está! Su irregularidad, la misma exageracion de sus padres, su estremada diversidad misma prueban de sobra que aquello vive en un momento de formacion, como todo lo que le rodea: es el niño en quien corresponden las manos á los brazos, y la cabeza á los piés, pero que al fin y al cabo será un hombre.—Evidenciamos nuestro pasado: hagamos constar la sávia y la energía de la vida local, registremos sus grandes hechos; mas á la par demos relieve á las inconveniencias de aquellas milicias y de aquellas hermandades que á las veces ponian en peligro la unidad nacional: porque en verdad, que justas no pueden existir dos soberanías. De modo que lo que nos importa de aquel período es el espíritu; la idea de dar atmósfera á la vida local. Despues nos toca compaginarla con las exigencias de la actualidad. Esto es pura Filosofía de la Historia: y despues simple Política. Nada mas.

Resultados: que si el centralismo es un *mal*, en cambio nuestras mas gloriosas tradiciones están en favor de... la Descentralizacion. ¿Quién de aquí saldrá mejor parado? ¿Por ventura el Centralismo contra quien deponen la Razon y la Historia?

¡COSAS DE LA GUERRA!

POR

ANTONIO LUIS CARRION.

I.

Violentando la fé de mi conciencia
me sacan de mi pueblo,
y me dan un fusil para que corra
á descargarlo en fratricida empeño;
y alegres me despiden... las campanas
echando á vuelo.

En la plaza mi madre me detiene,
y con santo respeto,
un relicario de la Virgen pura
pone á mi cuello;
y al decirle ¡adios, madre! llora y grita
¡ya no volveré á verlo!

La amada de mi alma, en los balcones
de su humilde aposento,
suspira con dulzura y me despide
agitando un pañuelo,
mientras sus lábios trémulos me envían
apasionados besos.

Salgo al camino con el alma triste;
al camposanto llego;
busco la tumba de mi anciano padre...
y me descubro, y rezo;
y al irme dejo en cruz la áspera rama
de un ciprés verdinegro.

II.

Al año, la licencia en un canuto,
mutilado y enfermo,
al divisar la torre de mi aldea
mis lágrimas corrieron,
porque sentí que roncás sus campanas
doblaban por un muerto.

Pregunto por mi amada y por mi madre
á algunos jornaleros
que con el alba á las cercanas eras
se dirigen contentos...
mas no responden, y me miran tristes,
y siguen en silencio.

Con siniestras ideas en la mente
y el corazon con miedo,
busco, al pasar, la tumba que conserva
de mi padre los huesos,
¡y ni una cruz tan solo se levanta
en el sagrado suelo!

Que allí tambien el ángel de la guerra
en su carro sangriento
cruzó impuro, aventando las guardadas
cenizas de los muertos,
y arrasando las flores y las cruces
del pobre cementerio.

Prosigo, y en la plaza, entre girones
á mi madre me encuentro,

pidiendo una limosna á los que pasan
con tono lastimero.

¡Reconoce mi voz... mas no me mira!
¡Sus ojos están ciegos!

Beso su frente, y abrazado á ella
adelanto resuelto...
y sigo mi Calvario, aun mas horrible
desgracia presintiendo,
deseoso de apurar toda la copa
del amargo veneno.

Al fin penetro en la anhelada calle,
y con espanto veo
brillar en los balcones de una casa
funerarios reflejos.
¡De allí me despidieron con suspiros
y lágrimas y besos!

Los vecinos se apiñan á la puerta.
Los padres lloran dentro.
¡Mi amada ya no existe! ¡Aquellos toques
anunciaban su entierro!—
Su cuerpo estaba entre los cuatro cirios...
y su alma en el cielo.

EXPOSICION

DE LAS PRINCIPALES DISPOSICIONES

ADOPTADAS EN EL REINADO DE CÁRLOS III DE ESPAÑA

PARA FOMENTAR LA AGRICULTURA, LAS ARTES Y EL COMERCIO,

POR

VÍCTOR OZCARIZ.

Bonus Princeps erga súbditos similis
esse debet, bono patri familias erga
domésticos.

Un buen príncipe debe ser para los súbditos lo que un buen padre de familia para con sus domésticos.

JENOFONTE, libro 8.º

La buena administracion, el comercio y la legislacion, como dice Montesquieu, son resórtos tan poderosos contra la naturaleza, como favorables á las naciones. Cuando los pueblos han desconocido ó menospreciado esta máxima, han sentido, como en el reinado de la dinastía austriaca, su desastrosa decadencia; además que así lo prueban los diversos períodos de la Historia Universal. Efectivamente, la civilizacion moderna se fundó sobre el triángulo de tres elementos distintos que amalgamados han constituido el carácter de los tiempos modernos. Dichos elementos fueron el romano con sus leyes, instituciones y literatura; el germano con las costumbres vigorosas y tradiciones austeras de un pueblo primitivo, y el elemento religioso que, por la fuerza moral que lo distingue, sobrenadó al torrente de las invasiones germánicas y constituyó la sociedad sobre bases fijas, salvando la dignidad del hombre.

En la época que siguió inmediatamente á la conquista de los pueblos del Norte, los vencedores pugnaron por consolidar su dominio en medio de dos civilizaciones opuestas. Vencedora la septentrional se estableció la anarquía feudal, la cual se amortiguó á impulsos de las Cruzadas. Los reyes conquistaron su decaído predominio, y los pueblos, uniéndose á los reyes contra la invasion de una nobleza codiciosa, obtuvieron franquicias y libertades.

Demolido completamente el sistema feudal, los reyes propendieron á robustecer el predominio que habían adquirido. La civilizacion política y administracion romanas se hallaban en nuestras costumbres, pues aunque pudieron adormecerse no se extinguieron, y el régimen municipal apareció en el siglo XI como una institucion antigua y hasta el XV dominó enteramente la sociedad.

Desde el siglo primero al quinto trabajó la sociedad cristiana en robustecer y afirmar la doctrina de su dogma: desde el quinto al décimo en salvar los principios del cristianismo contra el torrente de la barbárie: desde dicho siglo al décimo tercio en crear el municipio para contrarestar las demasías del feudalismo, y desde el siglo trece al diez y seis se constituyeron Estados fuertes, grandes y vigorosos. De manera que en España despues de la invasion árabe, la monarquía goda y sus instituciones desaparecieron, puesto que en los siglos octavo, noveno, décimo y oncenno el poder público se fraccionó, distribuyéndose entre conquistados y conquistadores, no existiendo carácter alguno de gobierno ni de administracion.

Toda la ciencia durante el siglo XI hasta mitad del XIII estuvo fundada en las crónicas Teología y Lógica.

Durante la Edad Media predominó la filosofía de Aristóteles; y mientras la sociedad, escluxivamente guerrera, desde el siglo VIII al XI se hallaba con el atraso consiguiente á su crítica situacion de ganar el terreno á palmos, los árabes ostentaban en Córdoba y Granada todo el fausto oriental, cultivando las artes, las letras, la agricultura y la industria. Desde el siglo XI la legislacion foral consolidó la monarquía, desarrolló la agricultura, industria y comercio de la sociedad cristiana; y por su intervencion se reprimieron las escesivas acumulaciones de propiedades en la Iglesia y en la nobleza, y se aumen-

tó la poblacion de las villas aforadas. Las ordenanzas gremiales, las cofradías de artesanos, las fêrias y mercados propendieron juntamente con los progresos de las artes á extender el comercio. La falta de comunicaciones habia producido el sistema restrictivo de comercio; pero este fué muy activo en Cataluña desde el siglo XII y en Castilla bajo San Fernando.

Tres causas contribuyeron al engrandecimiento de los estados cristianos. La rebelion de los señores desde el siglo XI, las guerras entre los reyes de Leon, Navarra, y los condes de Castilla, y el derecho electivo de la corona.

San Fernando dejó trazado el plano de una vasta monarquía y su hijo Alfonso X el Sábio las bases de un desarrollo científico que produjo la hostilidad de la nobleza, hasta el advenimiento de los Reyes Católicos, cuyo fastuoso reinado plantó la cruz sobre las almenas de Granada y voló con el génio de Colon á nuevos continentes.

Los Reyes Católicos dilataron su influjo, en las ciudades, villas y lugares; por medio de la institucion de los corregidores, ciñeron la jurisdiccion del Consejo de Castilla á los negocios de gobierno, descartándola de las asuntos de justicia, y por extender la esfera de su autoridad fueron no poco remisos en la celebracion de Córtes y crearon el tribunal de la Inquisicion como lazo vigoroso de la unidad religiosa, todo lo cual juntamente con la Santa Hermandad y la administracion de los maestrazgos de las órdenes militares, consolidó la autoridad de la corona, cuyas aspiraciones se dirigieron á humillar el poderío de la nobleza, á unificar la monarquía y á establecer la unidad religiosa de la Península. Además de los notables acontecimientos de su reinado, es de admirar la emulacion que los precitados monarcas produjeron para que se formasen hábiles ministros en política, generales expertos en la guerra, sábios y artistas en la nueva regeneracion científica de la época.

El primer contraste que como grande y lisonjero se presentó despues del reinado de Alonso X el Sábio, es el de los Reyes Católicos segun el notable historiador Prescott.

España en tiempo de Enrique IV se hallaba despedazada por bandos, distribuidas sus rentas entre indignas personas, cometiéndose las mayores insolencias en la justicia, la fé pública escarnecida, en bancarrota el tesoro, convertida la córte en

burdel, y la conducta privada tan licenciosa que ni aun trataba de cubrirse con el velo de la hipocresia. Los pueblos hacian sacrificios inmensos para los gastos de la administracion. Con los Reyes Católicos, las rentas se aumentan, se fomenta la industria, el comercio y la navegacion dieron señales de vida. Sin embargo, la ignorancia de la verdadera ciencia económica produjo sus malos efectos en la balanza del comercio, con la expulsion de los judios y con la infinidad de leyes suntuarias. El reinado de Felipe I inauguró la casa de Austria, cuya dinastía floreció en España desde 1506 hasta 1701 y cuya herencia consistió al principio en las posesiones de América, Granada, Nápoles, Sicilia y la costa de Africa. Además de la Isla de Santo Domingo y Venezuela, la España adquirió desde el siglo XVI la Nueva-Granada, las Islas de Cuba, Puerto-Rico, Jamáica, Orán, las Canarias, el Milanesado, Flandes, Portugal, Nápoles, Méjico, Marianas, Guatemala, Perú, Buenos-Aires, Paraguay, la Florida, Chile, Nuevo-Méjico y Filipinas; pero en 1573 se hizo independiente la Holanda. Así como el siglo XVI, que lo llenan en su totalidad Cárlos I y Felipe II, es el siglo de las conquistas, así el décimo séptimo lo es de las derrotas, ruina y desolacion de la monarquía: si bien la literatura procuró cohonestar esta situacion, arrojando flores sobre el esqueleto de la decadencia, formando un contraste original con la corte de Luis XIV. En dicho siglo los ingleses se apoderaron de la Jamaica, se desmembraron los Países-Bajos, emancipandose el Portugal, Rosellon y el Franco Condado.

La influencia de los flamencos se dejó sentir desde Felipe I, la cual se aumentó con la venida de Cárlos I, originándose la heroica y malograda sublevacion de los comuneros. Cisneros, semejante á Richelieu, procuró contener con mano de hierro las aspiraciones del Municipio. Cárlos I de España, hijo de Felipe el Hermoso y de doña Juana la Loca, obtuvo la corona de España en 1516, inaugurándose con la exigencia de atraer dinero acudiendo á las Córtes de Santiago, Valladolid y la Coruña. Es verdad que el pabellon español tremoló victorioso en Pavia, Milan, Roma, Túnez, Ingolstand, Mulhberg, pero fué abatido en Marsella, Metz, Cerinolos, Argel, Inspruck y Possau.

Las guerras apartaban á los hombres de la industria, así co-

mo el escesivo número de conventos. Batallador por instinto Carlos I y estadista Felipe II, consumieron ambos las crecidas rentas de la corona y dieron márgen á que la España fuera un canal por donde pasaba todo el oro y plata de Méjico y del Perú con direccion al extranjero.

Felipe II entró á reinar en 1556, heredando la España y despues Portugal, Nápoles, Sicilia, Cerdeña y Milanesado, Croullon, Países-Bajos y Franco Condado en Europa; Túnez, Oran, las Canarias, Fernando Póo y Santa Elena en Africa; Perú, Méjico, Santo Domingo y otras posesiones en América.

Sin embargo de las glorias de Lepanto, San Quintin y otras varias y de su prepotencia militar, es su reinado un tema discutible, favorable ó adverso, segun el prisma bajo el cual lo consideren los partidos políticos. Aparece innegable que salvó con mano fuerte la unidad religiosa de la Península: pues de otra manera se hubieran desligado los recientes vínculos de la monarquía constituida por los Reyes Católicos.

Si Felipe II parece tener cierta magestad, considerado bajo las bóvedas del Escorial, por otra parte, en su reinado se espulsaron los moriscos, de manera que Sevilla poseia en 1556 diez y seis mil talleres de fabricacion de lana y seda, y en 1621 apenas quedaron cuatrocientos. Además se vendieron jurisdicciones, ejecutorias de nobleza, repartimientos de indios, se dieron juros y encomiendas, y á pesar de negociar préstamos con grandes Iglesias y mercaderes y de suspender legítimos pagos, quedó exhausto el erario y desorganizada la administracion.

Cuando entró á reinar Felipe III, hijo de la cuarta mujer de Felipe II, los pueblos estaban arruinados, y tuvo que inventariar toda la plata de las Iglesias, pues las principales causas de la decadencia, fueron la salida de los judios, las guerras, la emigracion al nuevo mundo, la insoportable carga de tributos, la prodigalidad en otorgar donaciones, los empleos, las trabas del comercio, la desmedida autorizacion para fundar conventos y la nueva expulsion de los moriscos renovada por este monarca. El duque de Lerma inició en este reinado la série de infaustos favoritos que habian de precipitar la ruina de la casa de Austria, males que se acrecentaron con Felipe IV, hijo del anterior, el cual tomó las riendas del gobierno en

1621. Mas dado á los placeres que á los grandes asuntos, se adormeció en brazos del infausto conde duque de Olivares.

Tuvo que confirmar la independencia de las provincias unidas y reconocer la emancipacion de Portugal, perdiendo la Jamaica, la importancia militar y la consideracion política. En tiempo de Carlos, II hijo de Felipe IV (1665) todo se habia perdido. No quedaba mas que la mortaja de la antigua grandeza española. Hábilmente imperaban en Palacio las intrigas de los partidos austriaco y francés. El rey, débil é irresoluto y enfermo, oscilaba entre las influencias del padre Nitard y Valenzuela. En una palabra, diremos con el ilustrado y lógico historiador de Carlos III, D. Antonio Ferrer del Rio: «que bajo la dinastia austriaca la educacion popular estuvo completamente descuidada, extinguida la influencia de los ayuntamientos y de las Córtes, sepultado el caudal público por manos extrañas; sin cultivo los campos, sin ruido los talleres, sin transeuntes los caminos. El consagrarse á Dios era recurso contra el hambre, la emigracion á la América esperanza de las familias, la mendicidad industria, la holgazaneria signo de nobleza y el trabajo padron de ignominia.»

En tales circunstancias vino á España Felipe V, duque de Anjou, nieto de Luis XIV. La guerra de sucesion fácilmente terminada por el tratado de Utrecht, caracterizó á Felipe V de animoso. La caida de su ministro Alberni libró á la nacion de sus secretos manejos. Con este reinado renació el carácter nacional, pues recibió un notable impulso el comercio, se establecieron escuelas y astilleros, se concedieron franquicias á los extranjeros, se suprimieron algunos impuestos, se rebajaron los derechos de Aduana, restableció la marina, instituyó la Universidad de Cervera, las Academias de la Lengua y de la Historia. No ofreciendo Luis I observacion alguna, Fernando VI, hijo de Felipe V y de Maria Luisa de Saboya, subió al trono en 1746.

Enseñado á los buenos consejos de su padre y bajo la direccion del ministro Ensenada, se propuso desarrollar todos los elementos de prosperidad pública, sin embargo de que Melchor de Macanaz le decia: «V. M. halla poco menos que cada-
véricos sus reinos al tiempo que entra á dominarlos. Fernando

VI reformó la administracion y dictó disposiciones favorables á la Hacienda, dando esplendor al ejército y marina.

Se formó una estadística general, se crearon academias, se impulsó la industria, la agricultura y el comercio. Esta innovacion preparada desde Felipe V, es un precedente favorable, aunque pequeño, comparado con las inmensas mejoras importadas por el fecundo reinado de Carlos III.

Hemos considerado conveniente el indicar los antecedentes de la dinastía austriaca, para reproducir el contraste que forma con Carlos III, el cual, hijo del rey Felipe V y de Isabel de Farnesio, despues de haber reinado en las dos Sicilias, reinó en España desde 1759 á 1788. Prescindimos de hablar de sus hechos de armas, reducidos en lo sustancial á sus empresas contra los africanos, contra Gibraltar, contra la rebellion de Tupet-Amaru, y respecto de las dos guerras que declaró á Inglaterra en virtud del pacto de familia, atajando los malos efectos de la primera en la paz de Fontainebleau y ganando en la segunda por el tratado de París, las dos Floridas y la Isla de Menorca; arreglando tambien la paz con Turquía y con las regencias de Trípoli, Argel y Túnez.

Felizmente no fueron sus glorias las que destruyen con la espada, sino las que edifican con la inteligencia. Dotado de vigorosa iniciativa individual, abrigando en su espíritu grandes proyectos, no todo lo debió á sus notables ministros y consejeros, como se ha creido vulgarmente; antes bien, emprendió el camino de las reformas, las cuales, si algunas no llegaron á consolidarse, debido fué á la oposicion que encontró en las preocupaciones y errores inveterados de la época.

Antes que en España abrió en Nápoles todos los manantiales de la riqueza pública, perfeccionando la industria y creando cátedras, bibliotecas como la Farnesiana, construyendo fortalezas, arsenales, canales y dejando francos al comercio los puertos de los Estados, secundado en todo por su ministro Tannier.

A muy luego de su aparicion en España, dió á conocer su corazon magnánimo, su vida religiosa, su espíritu elevado y los vastos proyectos que agitaban su mente en pró de todos los adelantos. Sin aumento de tributos se cubrieron todas las atenciones públicas durante los seis primeros años de su reinado.

Alzó el destierro del marqués de la Ensenada, sacó del calabozo á Macanaz, quien proponia abrir caminos y canales, establecer escuela de náutica, arsenales, fábricas, sociedades patrióticas, industriales y científicas; mejoras que aplaudió fray Benito Gerónimo Feijóo. El progreso de la minería, la libertad de comercio y agricultura desarrollaron la industria.

En tiempo de Esquilache se crearon Montes-pios y Juntas de caridad, Sociedades económicas, aunque algunas innovaciones lucharon de frente con las costumbres populares, motivo que ocasionó la caída de dicho ministro. Igualmente el Santo Oficio se encrudeció contra el malogrado Olavide por sus aspiraciones al establecimiento de colonias extranjeras, que desarrollarían la industria del país. Esta oposicion produjo sentidas quejas contra la desmedida jurisdiccion de dicho tribunal por parte del Consejo de Castilla; y al efecto la magistratura, jurisconsultos y hasta eminentes teólogos las hicieron extensivas también contra el excesivo número de conventos y amortizacion de propiedades. Convencido Campomanes de la necesidad de una regeneracion económica, publicó su notable obra *Regalla de amortizacion*, cuyos sanos principios, juntamente con la *Idea de la ley agraria española* de D. Manuel Sisternes y Felieu, con el *Teatro crítico* y las *Cartas eruditas* de Feijóo, y mas que todo, el *Informe sobre la ley agraria* de Jovellanos, contribuyeron á despejar el horizonte de las ciencias sociales, depurando las bases del Gobierno. Es tan extenso el desarrollo que bajo el reinado de Carlos III tuvieron todos los elementos de prosperidad pública, que seria árdua empresa enumerarlos prolijamente dentro de los estrechos límites de un discurso académico.

A este monarca se deben, el Museo del Prado, la Aduana, el Instituto naval, la Casa de correos de filipinos, el Hospital general, el Templo de San Francisco, el Observatorio astronómico, las reales caballerizas, la Platería de Martinez, el Jardin Botánico, el Banco Nacional de San Carlos y la Puerta de Alcalá, edificios todos que se destacan en Madrid como elocuentes testigos de pasadas glorias y de riquezas posteriormente malogradas.

Campos sedientos y estériles se convirtieron en feraces y de regadio. Se construyeron canales de riego en Aragon, Tauste

y Urgel, como otras tantas vértebras de la agricultura española. Jovellanos, en nombre de la Sociedad de los Amigos del País, tendió á remover los obstáculos que se oponian al fomento material de la Península. Al crear Cárlos III las colonias de Sierra Morena procuró evitar en la carta puebla los estorbos que padecia la agricultura. Se coleccionaron los mejores modelos de industria extranjera, segun se vé por el memorial elevado por Florida-Blanca.

A consecuencia de la última guerra del Monarca, se contrató un préstamo de sesenta millones con los cinco gremios mayores; negociacion que dió á conocer al negociante francés Francisco Cabarrús, quien propuso la creacion del Banco de San Carlos. Estos empréstitos dieron lugar á que ciertos hacendistas hayan considerado las medidas financieras de Cárlos III no tan acertadas como las de Fernando VI, fundados en que se produjeron arbitrios extraordinarios dándose á las Iglesias ventas de títulos de Castilla, de empleos y cruces de América, de la cual se obtuvo la remesa de caudales, creando los vales reales. Como quiera que esto sea, recuérdese la desgracia de los comuneros, la sucesion de Felipe V, los anteriores errores de las doctrinas económicas, el exclusivismo de las ordenanzas gremiales, el desbarajuste de la administracion austriaca, y se verá que este reinado es un oasis en medio del desierto. Es verdad que durante el difícil período del conde de Gausa se vió el Estado al borde de una bancarrota, de la cual se libraron el Banco de San Cárlos y las Sociedades Económicas.

Las reformas rentísticas de Lerena adoptadas por Florida-Blanca contribuyeron á la abolicion del derecho de al Balla en el Principado de Cataluña y á la rebaja de alcabalas. En las Indias, bajo el marqués de la Sonora, se establecieron los correos, y bajo Cabarrus se alentó el comercio ultramarino dando origen á la compañía de Filipinas, y bajo los tres ministros de Marina Arriaza, Castejon y Baldés, se aumentó aquella considerablemente. Una de las instituciones en que mas participó la iniciativa de Cárlos III fué la creacion de la Junta de Estado y la instruccion reservada que dió para la misma. En ella se adoptó un plan completo de gobierno, pues tiende á consolidar la buena disciplina eclesiástica, á establecer Audiencias, al arreglo de los Consejos y Cámara de Castilla é Indias, á la estincion de la va-

gancia, á reprimir el exceso de mayorazgos, á fomentar la instruccion y el comercio, á favorecer las colonias, á perfeccionar la táctica militar y á inculcar la importante verdad de que España debe ser potencia marítima.

En la misma instruccion se aboga por una especie de contribucion única, se propende á establecer tratados de comercio y se evoca la necesidad de reconquistar á Gibraltar. En vista de este ligero rasgo no en valde el P. Feijóo profetizó que Cárlos III merecería en la posteridad el renombre de Sábio.

Efectivamente, además del fomento material, es tanto mas sorprendente el que dió á la legislacion con auxilio de Camposanes y Florida-Blanca y el que asimismo recibieron las Universidades literarias, pues se crearon cátedras de Facultades, cuya necesidad se halla expresada en el memorial que sobre la libertad de la literatura española habia escrito el doctor canónico de Toledo, D. Francisco Perez Bayer.

En virtud de este fomento quedaron exceptuados del servicio militar los Doctores y Licenciados de todas las Universidades. Por Real cédula de Cárlos III, se honraron los oficios de curtidor, herrero, sastre y zapatero, no bien quistos hasta entonces, y redujo á la vida civil á los gitanos, Abrió certámen para indicar el modo de socorrer á los pobres, cuyo premio ganó don Juan Samper y Güarinos. A esta proteccion coadyuvaron algunas órdenes monásticas que alimentaban á los pobres y ciertos prelados con fundaciones piadosas como la casa del Nuncio, establecida para socorro de los dementes, por D. Francisco Lorenzana, arzobispo de Toledo. El de Valencia dotando la Universidad de la misma, en doce mil duros anuales y así de algun otro. Cárlos III consiguió del Pontífice Pio VI la facultad de percibir una tercera parte de las prebendas, con cuyo producto se establecieron hospicios y hospitales.

Es deplorable que la Inquisicion en aquel tiempo sofocase con su intolerante rigor las expansiones del espíritu filosófico, dejando solamente libre el campo á la Literatura florida y amena, razon por la cual el clero español consumió su actividad en el siglo décimo sétimo, cultivando las bellas letras, en cuya esfera se divisan, Tirso de Molina, Moreto, Alarcon, Lope de Vega, Calderon, Solis, los Argensolas, etc.

Cierto es que Domingo Soto, Melchor, Cano, Molina, Suarez,

fray Luis de Leon y fray Luis de Granada, habian dado algun fomento á las ciencias eclesiásticas; pero tuvieron que ceder á la gloria filosófica de Malebranche, Bossuet, Massillon, Borda-loue y Pascal. El Santo Oficio, no fué inspirado por el afán de conservar la dignidad real, segun pretenden los que desean falsear la Historia, pues no se libraron de las persecuciones políticas Mariana, Arias, Montano, Solís, fray Luis de Leon y varones eminentes como San José de Calasanz.

En el extranjero encontraríamos comprobantes de lo mismo en Galileo, que inspiró la musa de Quintana y en la absurda crítica del sistema de Copérnico; esta es la clave de la tenaz oposicion que sufrieron los proyectos mas importantes de Carlos III. Preciso es confesar que no fué tan dura y extemporánea la expulsion de los jesuitas decretada por este monarca, puesto que Clemente XVI expidió en 1773, la bula dominus Redemptor, suprimiendo dichos jesuitas. Venecia los habia expulsado en 1606, Bohemia en 1618, Nápoles y los Países Bajos en 1622, la Inglaterra en 1623, la Rusia en 1676, la Francia en 1764, la España en 1767, Portugal en 1769, hasta que los restableció Pio VII. La probidad de Carlos III no era parcial, puesto que tambien por el influjo de Aranda se desterraron seis mil vagos de Madrid.

Si el abate Mauri ensalzó la memoria de San Luis porque este rey estableció el hospital de los Quinientos y alabó á Luis XIV por el establecimiento del Hotel de inválidos, con cuánta mas razon debemos encomiar los españoles al esclarecido monarca que tantas mejoras introdujo. ¿Acaso no supo resistir al mal ejemplo propagado por la Francia? La corte de Luis XV en aquella sazón se hallaba enervada por el lujo, las artes eran voluptuosas, las letras cortesanas, las riquezas, los bailes, festines y galanteos, seductoras asechanzas de los partidos políticos, y la Literatura aduladora, clandestina, liviana y obscena.

Bajo Luis XIV que declaraba guerras por capricho y las sostenia por vanidad, apenas se construyeron veinte puentes en Francia, cuando Carlos III convirtió la nacion española en un inmenso foco de riqueza, por cuyo motivo, no sin razon dice el Sr. D. Antonio Ferrer del Rio, en su prólogo de la Historia de este monarca, que hasta el día de hoy, no le han tributado las letras la veneracion que se le debe en justicia.

Este monarca tuvo una grande influencia en las negociaciones europeas, asegurando con el Tratado de Aquisgran, la libertad de comercio español y creando en las posesiones americanas, cuatro grandes vireinatos, Méjico, Perú, Nueva-Granada y Buenos-Aires. Federico II de Prusia consideraba el Estado cual una máquina; Luis XV como una escena de placeres; José II alteraba el derecho de gentes invadiendo la nacionalidad de Baviera y Portugal y se manchaba con absurdos procesos, á la par que Cárlos III se esmeraba en elevar las glorias de nuestra pátria. La elocuencia adquirió notable incremento en las Sociedades Económicas, y la elocuencia sagrada tuvo notables oradores entre los canónigos de San Isidro. Se fomentaron los estudios históricos y se propendió á sacar la ciencia del caos del escolasticismo.

Si nuestro objeto fuera reseñar un cuadro de la Literatura de esta época, lisonjero seria el reproducir aquí nombres ilustres, mas dicho cuadro ya se halla dibujado por elocuentes y elevadas plumas; baste decir á nuestro propósito, que las bellas artes participaron del fomento general, como lo demuestran los Palacios de Aranjuez, de San Ildefonso, de Riofrio y de la córte. A la sombra de la proteccion régia se introdugeron importantes mejoras en la Academia de San Fernando, realizando de esta manera el lisonjero vaticinio del marqués de Santa Cruz, respectivo á que las artes reinarian bajo la proteccion de Cárlos III.

Con el influjo de este monarca se aumentó el periodismo, y hasta las ciencias exactas y naturales, cobraron notable adelanto; y si Tirasbochi y Betinelli quisieron deprimir el mérito literario de la España, hallaron denodados paladines en Andrés Serrano Llampillas y los PP. Mohedanos. Es de advertir, que la ciencia económica, se resintió de las opiniones de los Fisiócratas, los cuales consideraban la agricultura como el único gérmeu de riqueza, siendo así que la industria y el comercio añaden valor á los productos de la tierra, segun lo demuestra Shmit y Say, y á mayor abundamiento, la razon y la esperiencia; de consiguiente no se pueden exigir de la época de Cárlos III, los adelantos que se han sucedido en la ciencia económica. Antes de concluir este ligero boceto, debemos apreciar con toda imparcialidad y en su verdadero valor, la sencillez y pura

intencion de Cárlos III, la pureza de sus costumbres, su aspiracion á fomentarlo todo, los estímulos que prestó á la agricultura, industria, comercio, legislacion, ciencias, poesia, literatura, al aumento y beneficio de la poblacion, al auxilio de las clases indigentes, al saludable influjo en favor de las posesiones de Ultramar, motivo que han elevado su memoria al esplendor que le concede la crítica severa de la Historia; pues los hombres verdaderamente ilustrados, con abstraccion de toda bandería política, conceden á este reinado las ventajas que dejamos relacionadas; y si en algo se manifiesta censurable es por el pacto de familia; mas no debe de extrañarse cuando la historia de nuestro derecho internacional ha sido la órbita de la Francia.

En resúmen, diremos con Azara, en su elogio de Cárlos III, que dicho rey fué en el trono lo que siendo vasallo hubiera querido que fuese su monarca; con Muriel, que entre los Reyes de España, de los tiempos antiguos y modernos, ninguno ha gobernado, quizá con mayor acierto, que Cárlos III; y con Lafuente en su Historia general, que Isabel la Católica y Cárlos III hubieran hecho una de las mejores parejas de la tierra.

LOS CARACTERES

SÁTIRA

POR

VENTURA RUIZ AGUILERA.

Diógenes, hoy comprendo tu heroísmo,
Digno de lauro y de memoria eterna;
Tú buscabas, provisto de linterna,
Un hombre..... ¡bien modesto era el guarismo!
¿Qué busco yó? un carácter: es lo mismo;
Y yo, cual tú, pregunto, corro, asedio,
Sin que uno logre hallar para un remedio.
Busco la recta en la moral del día,
Y con ella no doy, ó solamente,
Hoy, como ayer, está en la geometría.
Innumerable turba
Sin aprension ni escrúpulos la quiebra,
É imitando el zig-zag de la culebra,
Ó se arrastra á sus fines por la curva,
Diciendo: «¡Pecho al agua!»
Ó su desdicha de seguro fragua.
Hombre que no se dobla, está probado,
Á nulidad perpétua es condenado.
No juzgues, no, por eso,
Filósofo profundo,

Que niegue yo el progreso;
¡Jamás! al fin y al cabo, marcha el mundo.
Mas es cosa bien dura,
Que pensando vivir en Patagonia
Entre una raza prócer de estatura,
Habite en Lilliput, donde, no obstante,
Cada cual tiene pujos de gigante,
Creyéndose mas firme que montaña,
Cuando á cualquier ligero vientecillo
Se inclina humildemente como caña.
Y tal imperio el egoismo ejerce
Sobre el flaco mortal, que á su influencia,
Como el vino por otras, la conciencia
Con asombrosa prontitud se tuerce,
—Pues no hay quien á evitarlo se consagre—
Resultando un magnífico vinagre.

¡Un carácter! ¡Oh colmo
De candidez! ¡Oh sueño estrafalario!
Pídase lo contrario;
Lo demás, es pedir peras al olmo.
¿Dónde está ese fenómeno? ¿Qué monte
Produce la madera extraña y rica
De que esa estatua rica se fabrica?
Si alguno apareciera de repente,
Se admirára la gente:
Figúrome el efecto
Que su sola presencia causaría
En esta sociedad caduca y fria,
Á quien toda virtud cansa y ofende,
Como el sol al enfermo de oftalmía.
De la verdad ajenos al lenguaje,
Exclamaria luego
Uno, nada erudito,
En vez de tributarle su homenaje:
—¡Calla! ¡Pues habla en griego!
—No tal, otro diria, es en sanscrito;—
Y otro, de ciencia ratonil pletórico:
—¡Oh prodigio! es un hombre prehistórico,
Una excepcion tan rara,

Que de tener pudor no se avergüenza;
¡Como si ya el pudor aquí se usára!—
Y gracias si una silba estrepitosa
Á semejante mónstruo no le hacia
Poner listo los piés en polvorosa:
¡Hay algo ya que asombre
Como ver un carácter, ver un hombre?
¡Oh Juvenal! Tú al ménos, cuando á santa
Indignacion movido,—viendo en Roma
Renacer, mas infame, otra Sodoma,—
Duras cuerdas haciendo de tus versos,
Amarrabas perversos á perversos,
De la historia sublimes galeotes,
Marcados en la espalda y en la frente
Con tu sátira ardiente
Y el negro verdugon de tus azotes,
Tú al ménos, Juvenal, en la grandeza
Insolente del crimen y del vicio,
Fundabas la razon de tu ejercicio,
Vicio y crimen bastantes
A tu génio y tu cólera gigantes.
Mas hoy ¡qué acento varonil se emplea
En decir al garito y al palacio
Cosa que digna de ellos y de él sea?...
Cuando Mecénas haya, algun Horacio
Aparecer podrá, flexible, suave,
Vividor, cortesano, nada grave,
Esclavo de la mesa y los placeres,
Que recete, á lo sumo, unas cosquillas,
Especie de pastillas
De goma ó malvavisco, por ejemplo,
Para extirpar un cáncer como un templo.
La sangre generosa
Que áun vigor dar pudiera á nuestra raza,
Con triste rapidez se deslabaza
Y la faz enfermiza no sonrosa.
Huecos hay, que, en lugar de corazones,
Sólo albergan miserias bizantinas;
Por cráneos hay melones;

Pasaron los leones,
Las águilas trasfórmanse en gallinas.
En muchos iudividuos ya no empalma
Con espíritu puro cuerpo sano,
Y se casa, sin cura ni escribano,
Con la tísís del cuerpo la del alma.

Escasean Romeos y Julietas;
Abundan los que valen tres pesetas;
Aquéllos—metal puro, sin escoria—
Ya casi pertenecen á la historia.
Los anales novísimos de amores,
Segun sabios doctores,
No hablan de aquella fè, ciega, profunda,
Incontrastable, fuerte,
Que ántes que á nada sucumbir cobarde,
Se arrojaba á los brazos de la muerte.
No galanes floridos, entes secos,
Más que con facha de hombres, de muñecos,
Fingiéndlo furibundós apetitos
Alimentan pasiones de mosquitos,
Á que son entregadas
Igualmente doncellas averiadas,
Quiero decir, con caras de cloróticas,
Alumnas educadas
Por novelas exóticas.
Pensar que no claudique
Amor tan en el aire sustentado,
Ciertamente es pensar en lo excusado:
¿Á qué viento no cede un alfeñique?
Matusalen desbancará á Tenorio,
Y á Vénus misma la caduca abuela,
Que ya está con un pié en el purgatorio,
Si á la muchacha y al mancebo amables,
Ofrecen posiciones confortables.

Lázaro, el club y el comité alborota
Contra el gobierno que el país dirige,
Protestando tenaz que no transige
Aunque de sangre dé la última gota,
Y jura destemplado

Que ántes roto será que no doblado;
Que si á las Córtes viene,
Nada le apartará de su sendero,
Y dirá las verdades del barquero.
Despues de matinales y nocturnas
Predicaciones, en que atróz se finge
Con gravámen de pecho y de laringe,
¡Oh placer sin igual! vence en las urnas.
Padre ya de la pátria, que es su *prima*,
—Y no es afirmacion contradictoria,—
Va Lázaro perdiendo la memoria:
Por el bien parecer, que mucho estima,
Mueve un poco de ruido y de repente
Entregado á la gula, come ó pace
El plato de lentejas
Que obtuvo en cambio de ilusiones viejas,
Y muere sin tener un *aquí yace*.

El insigne don Pánfilo, ese mismo
Que cuida de la fama de los muertos,
Y hasta es capaz, por puro patriotismo,
De abonar sus mayores desaciertos;
Que llora en soporíferos discursos,
Asombro de paciente Areopago,
Las desdichas sin cuento y el mal pago
que sufrió siempre el génio en esta tierra,
De antiguo condenado á suerte perra;
Que—¡imposible parece!—se electriza
Cuando habla de las letras y el talento,
Juzgándole ya muchos—y no es cuento—
Su escudo, protector, padre... y nodriza;
Á Miguel de Cervantes, si en persona
Del sepulcro saliera,
Y no coches, ni aplausos, ni corona,
De pan negro un mendrugo le pidiera,
Y si esto aún se creyese gollería,
Un céntimo no más de simpatía,
Dejárale atontado, por lo recio,
El primer bofetón de su desprecio;
Que á ciertos sábios, á lo bueno esquivos,

Cuando no es proyeccion de ningun nécio,
Les põne convulsivos
La sombra de la sombra de los vivos.

Seso, fe, voluntad, aspiraciones
Nobilísimas tiene el jóven Plauto;
• Con tales condiciones
Principia su carrera; ¡oh mozo incauto!
Por tí desde ahora rezo
Como cosa perdida;
Marchando por la vida,
Cada paso que des será un tropiezo.
La frente al sol levantarás ufana
Si en tan recto propósito no aflojas;
Mas ¿no sabes que arrojas
Así tu porvenir por la ventana?
No siempre sólo fieras montaraces
Te enseñarán los dientes
Agudos y voraces;
Ni rocas eminentes,
Ni de sendero corvo
Bache traidor, te servirán de estorbo.
Caminas por lo llano
Sin olvidar tu norte ni tu rumbo,
Y ¡zás!... á lo mejor, el primer tumbo;
¿Quién te hizo tropezar?... tu propio hermano.
¿Te espanta lo que digo?
Pues de ello mas no se hable;
Donde *hermano* escribí, léase *amigo*,
Y no así como quiera, incomparable,
Á quien con celo fraternal ayudas,
Y te debe, tal vez, camisa y plato;
La planta mas comun es el ingrato,
Y si Cristos, no existen, sobran Judas.

—Comeré sopas de ajo
(Si el tiempo lo permite)
Ó dejaré al estómago que grite;
Ostentará en la calle honroso andrajo,
Y dormiré al sereno,
Si el que en el barrio vela

Me deja en noche de Diciembre pleno
 Acurrucarme al pié de una cancela;
 Todo lo arrostraria, el hambre, el frio,
 La desnudez, la fiebre, el sol, el aire,
 Las lluvias, el rocío,
 Antes que traficar, por conveniencia,
 Con la pluma, clarin de mi conciencia.
 ¡Sí! yo haré del periódico en que escriba
 Sinaí de una idea tempestuoso;
 Cuanto mas árdua y viva
 La lucha, será el triunfo mas glorioso.
 Degradacion social; escepticismo,
 Arte enfermo de miopia y raquitismo;
 Diplomacia de cucos y lagartos
 Que por manos y piés á España comen;
 Religion del abdómen,
 Fetiche nauseabundo
 Que adora todo el mundo;
 Virtudes de *doublé*; crímenes ciertos
 Que ve y respeta muchedumbre obtusa,
 De frac, guante y corbata
 Vestidos, cuando no de simple blusa.....
 ¿En qué prado metió mas abundante
 Periodista de temple la hoz cortante?—

Este era el ideal del jóven Diego,
 Candoroso gallego
 Que entró en el periodismo, y no le pesa,
 Con el pelo inocente de la dehesa.
 Por aquel ideal luchó un semestre,
 Atleta rudo, con fervor silvestre;
 Del cañon de su pluma
 Relámpagos salian y venablos,
 Con música de truenos;
 Aplaudian los buenos;
 Los otros, se entregaban á los diablos.
 —Estupendo carácter *¡Ecce Homo!*—
 Decia la voz pública y notoria,
 Dándole mucha, mucha, mucha gloria;
 Mas lo peor del caso

Es que el hambre crecía al mismo paso,
Y que él adelgazaba con el hambre,
Quedando prontamente hecho un alambre;
Porque la empresa de papel tan bravo
No tenía un ochavo,
Fenómeno que ahora
—Como en el tiempo aquel, no muy remoto,—
Se observa con frecuencia aterradora.
Justo será advertir al lector pío,
Que al mozo incorruptible de Galicia
No le había tentado la codicia
Poniendo su virtud jamás á prueba
Con perspectiva de turron ó breva.
Un día—¡aquí fué Troya!—
Un padre de la pátria por tramoya,
Un mercader, famoso entre cien tales,
De conciencias venales,
Osó tasar la suya
—¡Qué insulto!—en diez... mil... reales,
Pintándole la paga
Con música tan dulce que le embriaga.
—Sí, mas él.....

—El cayó, y esto se explica;

La música las fieras doméstica.

Paz, indulgencia, abnegacion, dulzura,
Amor igual y dadivosa mano
Con toda criatura,
Con rico y pobre, con rapaz y anciano,
Resplandecieron siempre en el buen cura.
¡Mas cómo respetar, doña Nemesis,
Al hijo vuestro, rubio zagalote,
Hoy simple sacerdote,
Príncipe acaso un día de la Iglesia,
Si, mas que un ángel, es, en su gobierno,
Una furia, un aborto del infierno?
Predica la pureza de costumbres
Y vive en descarada mancebía,
Y en su cuerpo entra el vino por azumbres,
Y de gloton adquiere nombradía,

Y ajenas vidas y honras despelleja,
Y además tira á Jorge de la oreja.
Ó no conoce á Dios, ó lo concibe
El pedazo de bolo,
Como él mismo, en el mal gozando solo;
Un Dios entre los rojos resplandores
De los Autos de fé, negro vestiglo
Que guerra á muerte y ódio jura al siglo:
Un Dios que en las peladas calaveras
De la grey liberal á su ver sándia,
Bebe sangre; una especie de Han de Islandia;
Un caníbal, un mónstruo, un antropófago
Con sed eterna y formidable esófago;
Dios, en fin, de esos buhos
Que al aire tienden su perdon sangriento,
Y al par entonan con melífluo acento
Motetes, letanías y tridúos.
¡Es carácter que encanta y maravilla!
¡Lástima que se pierda la semilla!
¿Y cómo ha de perderse, cuando á puestos
Que ciencia y honradez ocupar deben,
La estolidez y el vicio manifiestos
Á encaramarse cínicos se atreven?
¿Quién al mas virtuoso ciudadano,
Si no se arrastra, y bulle, y cacarea,
Y metamorfosea,
Y descoyunta su conciencia, como
Sus miembros el funámbulo; quién, digo,
No le bautiza ya de papanatas,
Y de ente inverosímil, y aún de romo?
¿Tienes resolución? ¿Plegarte sabes
En negocios, ya fútiles, ya graves,
Á toda indignidad, no importa el nombre?
Tuyo es el porvenir, tú serás hombre.
Ofende la entereza,
La rectitud hastía,
Todo escrúpulo honrado es aspereza
Que debe suavizar la hipocresía.
Desbarra el que soñó chocar de frente

Con la comun infamia, impunemente;
Propósito sublime, y bello, y raro;
Pero es un suicidio, y cuesta caro.
Lo sé; mas si tropiezo por furtuna,
Con un carácter de éstos, un Quijote,
Como del sábio, escándalo del zote,
Diré así: «¿Qué le importa
Que entre él y los demás medie un abismo,
Y en la miseria estar arrinconado,
De todos olvidado,
Si vivir logra en paz consigo mismo?»

1373.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA DOÑA ANA TRIGUEROS,

POR

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

Un yoglar que de lo atal
La sapiencia non le engrie
Maguer que tien un cabdal
De decires, bien ó mal
Cobdicioso á tí venie.

Y para fascer misura
A tu gracia é donosura
De sol é luna reflejo,
Te trayo buena ventura
Con mi cántiga é consejo.

En noche que sombra alueña
Una fada en verde encina
Narró fabla falagueña
En canturia zahorina

De un garzon é de una nieña.

El sabidor, falaguero
E verdor de juventud,
Iba buscando acuciero,
Non estrellas nin lucero
Sinon prudencia é virtud.

E la nieña, pura flor,
Nasciendo cuemo la alondra
Almenada de rubor,
Iba plañendo de amor
Tras del trabajo é la hondra.

Se trovaron cabe fuentes
Que plañeron sus cristales
Parlericos é plascientes,
E soñaron bien querientes
Amorios celestiales.

.....
Cata, pues, mia nieña dina,
E miembra bien la conseja
De la fada zahorina,
Que amor bueno non se añaña,
Ni amor con virtudes fina.

Prisa en cuenta que escrebí,
—Cartolarios é yoglares
Suas trovas fascen así—
Tu fermosura en cantares
En remembranza de tí.

En somo, finé, é non trato
De ofender vueso recato,
Que tu donosura fiso,
Endonarme un bebedizo
Quando miré tu retrato.

.....
A tí nieña mucho mia,
De amistosa poetria,
Estas glosas enderezo,
Y á Don Jesus pido é rezo
Que non fagan celeria.

IMPORTANCIA DE LA PRUEBA

EN ASUNTOS CRIMINALES (1)

POR

SANTIAGO LOPEZ MORENO.

I.

Así como las leyes penales son de mayor importancia y trascendencia que las leyes civiles, por cuanto aquellas afectan á la libertad, á la honra y á la vida del hombre, en tanto que estas se limitan á las cuestiones sobre los bienes de fortuna, así tambien la prueba en materia criminal ofrece á los ojos del jurisconsulto y del filósofo doble interés que la prueba en las controversias *sobre lo mio y sobre lo tuyo*. Mucho importa que la propiedad no quede á merced del primer avaro, que por torcidos medios la busque, ó en gratuitas suposiciones apoyado la demande; pero sobre esto es poner la reputacion, el honor, la libertad y la vida, sin cuyos derechos de nada sirve aquella, á salvo de cualquier denuncia calumniosa, de la mala fé de un testigo, de una funesta combinacion de circunstancias, ó de la

(1) Este artículo sirve de preliminar á un interesante estudio sobre *La prueba de indicios* que ha dado á la estampa nuestro colaborador el ilustrado periodista D. Santiago Lopez-Moreno, cuya obra en breve se pondrá á la venta.

excesiva y fácil impresionabilidad de un Juez, ya que no de sus malas pasiones.

Sabido es que la jurisprudencia en asuntos criminales no tiene, ni con mucho, la importancia que en lo civil. Cuando la ley penal no es clara, no se aplica, ó no debe aplicarse; sin que sea dado en ella suplir, ampliar, trasladar de caso á caso, ni siquiera resolver *ad libitum*, sentando invariable regla, sobre si fué esta ó esotra la mente del legislador. El objeto principal del proceso no está, pues, en el estudio de la ley penal para su fiel interpretacion y recta aplicacion, sino en averiguar los hechos, determinándolos y fijándolos con toda precision y claridad; por donde bien se deja comprender hasta qué punto la prueba sea elemento necesario. Nunca puede prescindirse de ella, mientras en los pleitos civiles es con frecuencia innecesaria. En estos se discute muchas veces, no sobre el hecho, sino sobre el derecho, y sabido es que el derecho no se prueba, salvo en lo que se refiere á su existencia, al decir de algunos jurisconsultos. Quien declara que tales hechos, constitutivos de un delito, se hallan probados, y estima asimismo probado que determinada persona es autor de ellos, impone en realidad de verdad la pena correspondiente, bien que ésta se halle de antemano en general tasada ó señalada en el Código; y por ello, si es de grande interés alcanzar la mayor perfeccion en las leyes penales, no lo es ménos poner coto, en lo posible, á los fallos que injustamente absuelven ó injustamente condenan.

El egoismo, las luchas sociales y la pasion política han hecho que no siempre se dé la merecida importancia á estas cuestiones, explicandose así cómo pueblos, que elevaron algunas ramas del derecho á extraordinario punto de cultura, permanecieron casi en la barbarie, en cuanto á las penas y á su aplicacion hacía referencia. El delito era propio del *sudra*, del *pátria*, del *ilota*, del *esclavo*, del *plebeyo*..... ¿qué importaba al *brahman*, al *eupatrida*, al *patricio*, al *noble*, estudiar su naturaleza, determinar las leyes que presiden a su nacimiento y desarrollo, buscando la manera mas pronta y conveniente de penarlo y reprimirlo? Hoy mismo, cuando todavía parece el delito *patrimonio exclusivo* de la pobreza y de la ignorancia, á pesar de haberse humanizado el derecho, como todas las demás ciencias, ¿qué importancia encarnan estas cuestiones para

muchos, fuera del punto de vista del interés público y del mezo y estrecho que suelen añadir la utilidad, las tradiciones, los privilegios de ciertas clases, las miras egoistas y los cálculos políticos? Por maravilla se acuerdan del criminal, que no sea para execrarle; como si en el mero hecho de cometer un delito perdiera absolutamente su naturaleza racional, dejando de ser hombre, y debiendo, por lo tanto, relegársele á la categoría de las fieras. Demás, que muchas veces se confunde al procesado con el delincuente.

Pedir para los criminales toda suerte de castigos, por bárbaros que sean, parece en algunos indispensable alarde de honradez é integridad. ¡Cual si precisara ser cruel para ser honrado; como sino pudieran compaginarse el odio al crimen y la compasion por el criminal; como sino se cumplieran los sacrosantos fines de la justicia de otro modo que haciéndola feroz y sanguinaria! Un sistema penal, segun estos tales, sería más perfecto cuanto más severas penas y en mayor número de casos impusiere. Los Tribunales cumplirían tanto mejor su deber, cuanto absolvieran á ménos procesados y segun fuesen más duros los castigos que impusieran.

Y sin embargo, los delitos guardan cierta proporcion con las penas. A medida que éstas aumentan en número é intensidad, aumentan igualmente aquéllos. Sea que el hombre, por inexplicable y misteriosa contradiccion, teme la pena ménos cuanto es más dura, como si su espíritu exacerbado por la injusticia, que el excesivo rigor siempre supone, buscara en el menosprecio la protesta; sea que la severidad de las penas lleve frecuentemente consigo la inaplicacion, como afirma Mittermaier, ó ya que, prodigándose demasiado el castigo, influya perniciosamente su frecuencia en el ánimo, que llega á contemplarlo impasible, es un hecho, muy digno de tenerse en cuenta, y de ser estudiado, que las épocas de mayor crueldad y dureza en las penas, junto con su más fácil y frecuente aplicacion, vienen á ser las en que más horribles crímenes y en mayor número se cometen. Ciertó que el legislador, segun que las costumbres se vician y los instintos criminales se desarrollan, y la conciencia de los pueblos desborda los límites de la moralidad, se vé como obligado por misteriosa fuerza á imponer severos castigos para atajar aquellos males. El atrevi-

miento del criminal aumenta con la confianza de eludir el castigo por la astucia, y los delitos se suceden con más frecuencia, siendo preciso en tales ocasiones hacer de modo que no se convierta la ley en vil juguete de los malvados, burlándose estos del celo é inteligencia de sus juzgadores.

Puede muy bien explicarse de esta manera la relacion ó proporcion expresada. Mas, aún así, es evidente que no se arranca á las naciones de la barbarie, ni se las moraliza, ni disminuye la criminalidad, aumentando en los Códigos el catálogo de las penas, extremando la dureza de éstas, y facilitando en demasía su aplicacion. Por el contrario, cualquier pueblo civilizado, sometido á semejante régimen, veria pronto desaparecer de sus horizontes la dulzura y suavidad de las costumbres; tornarianse cada vez más feroces los instintos de los ciudadanos, cederia la virtud paulatinamente al vicio; mermado el respeto á las personas por el hábito de verlas escarnecidas y humilladas, pronto con él desapareceria tambien el respeto á las cosas; viniendo, por último, á un estado completo de rudeza y de barbarie.

II.

La recta administracion de justicia supone leyes justas, Jueces probos é inteligentes y procedimientos adecuados. Faltando cualquiera de estos elementos, no hay justicia. Sin el primer requisito los Tribunales se agitan en la impotencia. En vano pretenden romper el círculo de hierro en que se hallan. Si se atienen á lo mandado, sus decisiones son legales, pero bárbaras. Si no se atienen, procurando atenuar el rigor de la ley, penetran en el campo de la arbitrariedad arrogándose atribuciones, que no tienen, ni deben tener, conculcando los más fundamentales principios del derecho. De nada sirven tampoco las leyes, puesto que sean justas y sábias, si los encargados de aplicarlas, ya por ignorancia, ya por malicia, las conculcan, sin que tales conculcaciones hallen castigo en otra parte que en el fuero de la conciencia y en la reprobacion pública. Ni bastan la justicia de las leyes y la honradez y prudencia de los Tribunales, cuando son viciosos los procedimientos para aplicarlas.

Determinar con la mayor precision y claridad posible las ac-

ciones que deben ser penadas y las penas en que incurren aquellos que las cometan; tal es el objeto de la ley penal. Decidir si un hecho cualquiera constituye delito, y de que clase, hallándose comprendido en determinada disposicion; apreciar las circunstancias que en él concurrieron, y conforme á ellas imponer la correspondiente pena á quien de algun modo aparezca responsable; hé aquí la mision de los juzgadores.

Hecha la calificacion del crimen, la pena sigue como ineludible corolario. Por mas que sean justas las penas señaladas en un Código al asesino, al homicida, al ladron, al incendiario, si se aplican á quien no asesinó, ni mató, ni robó, ni incendió, serán soberanamente injustas. Si áun en el supuesto de que recaigan sobre la persona que realmente cometió estos delitos, es como por casualidad, por una de esas raras y maravillosas coincidencias, que alguna vez se ofrecen en la vida; pero sin que la aplicacion tenga fundamento racional de importancia, no será ménos odioso el fallo que las imponga. Las sentencias han de ser justas en el fondo y en la forma. La sentencias condenando á un hombre sin mas prueba que la sospecha de un Juez, fuera inícuas y no desaparecerian de la conciencia pública el terror, la indignacion y el abatimiento consiguientes, por la sola circunstancia de venirse á descubrir mas tarde que el reo fuese en realidad culpable del hecho por que se le condena. Lo mismo pudo resultar inocente. El Juez no solo viene obligado á dar á Dios cuenta de sus actos, de sus errores ó de sus arbitrariedades; débela tambien á la sociedad que le contempla. Ni el mismo Jurado, cuyas atribuciones en este punto son tan extensas, obra cuerdamente condenando á un procesado sin que aparezcan motivos suficientes. No contraerá la responsabilidad que contrae el Juez de derecho; no podrá entablarse en su contra la acusacion de sentencia manifestamente injusta, pero encontrará ineludible sancion en la conciencia de sus conciudadanos.

Si se condena á uno por delito de robo, tampoco podrá considerarse justo el fallo sólo porque el condenado sea ladron, pues no habiendo practicado el hecho en cuya virtud se le condena, será, respecto de él, tan inocente como el que más.

La justicia ó injusticia de los fallos ha de apreciarse siempre con relacion al hecho porque se dan, y no á otro alguno. Quien

ha robado cien veces, escapando á la accion de la justicia, y luego es castigado por un robo que no cometió, estará en su pleno derecho al protestar de la pena que se le imponga por la justicia humana, áun suponiendo que reconozca su criminal conducta, y considere aquel contratiempo como invisible castigo de la justicia del cielo, la cual providencialmente, y por inescrutables caminos, se deja sentir con harta frecuencia en la presente vida, como para advertirnos de que en vano pretendemos eludir la responsabilidad en otra venidera.

Puede ocurrir tambien que el procesado por un delito realmente lo cometiese, pero no con las circunstancias que el Juez aprecia, por donde la pena que imponga ha de resultar mas leve ó más grave de lo debido, y en ambos casos injusta.

Infiérese de lo dicho á qué punto interesa impedir el error ó la equivocacion en el heeho; cómo las sentencias más fácilmente pueden ser injustas por la falsa apreciacion de los hechos, que no por la dureza ó extremada benignidad de la ley; cómo, en fin, los que cumplen la mision de juzgar á sussemejantes, tienen en su mano la vida, la honra y la libertad de éstos, y cómo pueden ceder sus atribuciones por el abuso en perjuicio de la sociedad entera.

III.

Es de tal importancia la mision de los Jueces, que no admira se haya considerado el que ejercen como un verdadero poder, independiente en su esfera, como cualquier otro. Deben, pues, ser estrictamente reguladas sus atribuciones, de modo que ni les falte nada para cumplir los fines á que se hallan ordenados, ni puedan extralimitarlos en perjuicio de las libertades públicas y en menoscabo de los propios intereses de la justicia. Cuando un pueblo llega á estimar en lo que valen la libertad civil é individual, sabe muy bien que el proceso puede convertirse en terrible medio de opresion de aquellas. En vano fuera que los pueblos se esforzasen en titánicas luchas para conseguir que en los Códigos fundamentales se consignan derechos que, por derivar inmediatamente de la naturaleza humana, se han llamado naturales, considerándoselos, con razon, como inalienables é imprescriptibles, si una vez

conseguido su objeto, á costa de innumerables sacrificios, y no pocas veces de la propia sangre, los dejaran abandonados y como á merced de la inteligencia y probidad de algunos ciudadanos, cualquiera que sea su nombre.

O el poder judicial es de todo punto independiente, ó no es más que una de tantas ruédas del poder político y administrativo, como hasta de ahora ha sucedido en todas las naciones y en todos los tiempos. Si lo primero, al despotismo de los antiguos reyes absolutos sucedería el despotismo de los Tribunales, dado que éstos no tuvieran que sujetarse á otra norma que la de su propio criterio. No consiste el despotismo en el poder de uno solo. De ser así diríase, como observó un sabio Príncipe de la Iglesia católica, honra del episcopado español, en ocasion solemnísimas, que el gobierno de Dios sobre todas las cosas criadas es despotismo. Donde á la ley sustituye la voluntad individual, siquier sea justa, allí hay despotismo. Encomendad el gobierno de un pueblo al más sabio, al más digno, al más prudente, al más imparcial, íntegro y justificado de los hombres; no pongais otros límites á sus atribuciones que las de su propia rectitud, bondad y sabiduría; llamadle *rey, emperador, papa, presidente, cónsul...* el nombre no hace al caso. Será siempre un déspota y su gobierno se llamará despótico. Nada hay tan depresivo para el hombre, contra lo cual se muestre tan rebelde la naturaleza humana, como el hallarse bajo la dependencia de la voluntad de otro hombre, sean cuales fueren sus vicios ó sus virtudes. Es cien veces preferible someterse á la dureza de la ley, que á la voluntad arbitraria, siquier dulce y benigna de nuestros semejantes. ¿Qué consecuencias vendrían de que los Tribunales de cualquiera clase impusieran las penas sin someterse á otras reglas que las de su voluntad? Como ésta se halla sujeta á las múltiples influencias que en diversos sentidos solicitan al hombre, de ellas dependerían muchas veces la absolución ó la condena, la excesiva severidad ó la censurable dulzura. La obcecación, la terquedad, el amor propio y la ignorancia, las adversidades ó los prósperos acontecimientos, el buen ó mal estado de salud, y tantas causas como por invisible manera determinan importantes variaciones en el juicio y mueven contradictoriamente la voluntad, serían para el procesado de las mismas consecuencias que el crimen. Podría estar el hombre

seguro de no dar motivos para perder la libertad, mas nunca de no ser encarcelado. En tales condiciones, ¿qué importa la clase de autoridad de quien proceda la orden ó el fallo, en cuya virtud se arranque al hombre del seno de la sociedad para someterle á toda suerte de privaciones y molestias? ¿Hay algo tan repugnante, tan odioso, de tan infausta memoria, tan despótico, que pueda ponerse en parangon con los Tribunales revolucionarios de Francia, constituidos más de una vez por asesinos, que no por Jueces?.....

Sin recurrir á estos ejemplos extremos, y suponiendo que los Tribunales no sean otra cosa que una rueda del poder político y administrativo, sin duda pueden convertirse en terrible instrumento de opresion cuando no disfruten la debida libertad. Cuanto mayor sea la dependencia en que se hallen del Gobierno, tanto mas dócilmente se prestarán á sus insinuaciones. ¿Qué importa restringir las facultades de éste para asegurar las libertades públicas, si se amplían inconvenientemente las de aquellos? Otorgad á los Jueces la prision preventiva, la facultad de imponer penas á los procesados por el solo convencimiento individual, y puramente subjetivo, de la criminalidad, privadles al propio tiempo de la independencia necesaria, y vendrán á ser verdaderos jurados permanentes, puesto á disposicion de quien los nombra y sostiene. El poder político no necesitará disponer de la libertad de aquellos que estorben sus planes ó aspiraciones, quedando, en todo caso, expedita la puerta de un proceso. Sin recurrir á ejemplos de remotas épocas, puede cualquiera convencerse de la verdad que encierran las anteriores observaciones, abriendo la historia, donde encontrará el despotismo á cada paso cubierto con el manto de la legalidad y de la justicia. Con sólo mantenerse atento á lo que sucede en las naciones ménos cultas y civilizadas, que son por ende las mas oprimidas, se cae en la cuenta de que los Jueces y Tribunales, asi pueden constituir la mas firme garantía del orden público, la salvaguardia de los hombres de bien contra los criminales, el mas poderoso freno contra la arbitrariedad de las autoridades del orden político, viniendo á ser columna y firmamento de los mas preciados intereses sociales, escudo de la familia, amparo de la propiedad y celosísimos defensores de la inviolabilidad de la

conciencia, ya que no campeones de la religion, como pueden convertirse en arbitrarios servidores de poderes tiránicos é injustos, pidiendo inspiracion ántes á las preocupaciones de partido, de clase ó escuela, que no á la santa idea de imparcialidad, inclinando continuamente la balanza de la justicia al peso de mentidas conveniencias, de menguadas recomendaciones y, lo que es aún peor, de mezquinos odios y resentimientos personales; con lo cual queda burlada la justicia en la tierra, y los que la administran convertidos en una especie de buitres togados (ó no togados), segun la gráfica expresion de un famoso jurisconsulto.

IV.

Absurdo fuera por extremo dejar á voluntad de los Jueces y Tribunales el imponer en cada caso la pena que les pareciera mas conveniente y en la medida de su agrado. Aun suponiendo que no pueda fijarse el carácter y duracion de las penas con *rigida invariabilidad*, esto indica, á lo sumo, que deben establecerse medios para disminuir la duracion de la pena impuesta, ó modificarla de algun modo, atendiendo á las circunstancias que puedan concurrir en determinados casos; principio que en una ú otra forma se practica en casi todos los pueblos, aunque por gracia. Pero ni el mismo Roeder, bien que se *muestre* enemigo de un *medio* que sirva para todos los casos posibles, llega al punto de creer que debè prescindirse de la legislacion penal, ó sea del Código. Por mas que se felicite de que «los legisladores hayan desistido de su antiguo y exagerado miedo al fantasma de la arbitrariedad judicial,» no es presumible que quiera preconizarla, convirtiéndola en única norma y pauta en asuntos penales.

¡No andaria malo el país donde tal sucediera!

Asimismo seria inconveniente que los Tribunales impusieran las penas señaladas en los Códigos á cualquier procesado por creerle culpable de un delito, pero sin prueba. Es preciso que el delito aparezca sin ningun género de duda y que se halle demostrado quién es el delincuente, y esto de manera que, no sólo el Juez que falla se halle convencido de la criminalidad del reo, sino que surja igual convencimiento en el ánimo de todo

hombre imparcial al examinar los hechos. Podrá un Juez, en lo más íntimo de su conciencia, fundado en ciertas circunstancias, considerar culpable á un procesado y penable en tal concepto. Si el público no aprecia de igual modo la cuestion, considerará arbitraria é injusta la sentencia. Y no es que, en nuestro juicio las sentencias sean justas ó injustas porque así lo estime el público; pero ello es indudable que cuando se pronuncia un veredicto que la opinion contradice; cuando recae una sentencia condenatoria sobre un procesado á quien el público considera inocente del hecho de que se le acusa y porque se le condena; cuando las razones en que se apoya el fallo no son bastantes á disipar semejante creencia, léjos de producir efecto saludable en el ánimo de los ciudadanos, los oprime y desalienta; el sentenciado pasa á la categoria de mártir y la pena se hace odiosa, como todo martirio; la justicia pierde mucho de sus fueros con la tacha de error y ligereza; el crimen alienta y cobra mayores bríos, viendo tratada al par que él á la inocencia, y la sociedad, en fin, se siente como agitada y combatida en sus mas sólidos fundamentos.

Y no es tampoco que deba establecerse como principio que el Juez ha de condenar á quien la opinion pública condene y absolver á quien aquella absuelva. Esto fuera sostener la ejemplaridad como único fin de la pena, de lo cual estamos muy léjos. El Juez debe absolver, culpable ó inocente, al procesado contra el cual no resultan cargos apreciables, por mas que en su conciencia le considere culpado.—Y á la inversa, ha de penarle cuando apareciesen motivos suficientes, siquiera la opinion pública le absuelva. Lo que hay es, que cuando el delito y el delincuente se hallan demostrados en el proceso, nunca el fallo condenatorio contradice la opinion, no pudiendo por ménos de conformarse con aquel. Aun dado que se considerase como excesiva la pena, siempre que sea la señalada por la ley, no podrá ménos de tributarse el respeto debido á la sentencia y á los Jueces, á pesar de que se piense en la necesidad de reformar aquella. Lo que hay es que, cuando despues de pesar bien los datos que arroja un proceso, la opinion general contradice el fallo recaído, por no considerar suficientes los motivos en que se apoya, por no deducir de los hechos probados las mismas consecuencias que el Juez, es mas lógico suponer que

se haya equivocado éste, ya por temor, ya por preocupacion ó prevencion, sea por odio, ora por amor ó bien por ignorancia, causas todas por las cuales el juicio humano suele pervertirse, segun la expresion de San Anselmo, que no el público, entre el cual hay siempre sábios é ignorantes, hombres virtuosos, imparciales y severos que ni se dejan seducir por las apariencias, ni son fácilmente inducidos al error por el grito de las pasiones. En este punto no debe confundirse el clamoreo de la opinion en los primeros instantes, cuando sólo juzga por las noticias, no siempre exactas, y exageradas por lo comun, con el juicio que mas tarde forma, ya con pleno conocimiento de causa despues de pesar los hechos y hacerse cargo de los razonamientos de la acusacion y de la defensa. En esto precisamente se halla quizá la mayor ventaja de la publicidad del juicio, que hoy nadie niega, ó por mejor decir, que se hallá establecida en las legislaciones de todos los pueblos cultos.

Si el fallo que el Juez dicta ha de ser justo y aparecer como tal á los ojos de los otros hombres, fuerza es que la conviccion personal del Juez nos surja de sus preocupaciones, de sus errores, de su presuncion, ó de su extraordinaria perspicacia, sino que se halle apoyada en hechos, cuyo exámen lleve igual convencimiento al ánimo de toda persona justificada. Y esto no sólo tratándose de Jueces ordinarios, ó sea de Magistrados inamovibles, si que aun de los mismos jurados. Forzoso es convenir, sin embargo, en que la cuestion varía mucho respecto de los últimos. Algunos ven precisamente la mayor ventaja del Jurado, en que sus miembros, para dictar fallos, sólo piden inspiraciones á su razon y á su conciencia. Sea de esto lo que quiera, y prescindiendo de las mas ó menos fundadas razones de los que defienden el sistema del Jurado francés, ó el de Inglaterra, es indudable, como Helie afirma, que solamente es propio de los que por su profesion tienen el hábito de juzgar, no ya ver en todos los procesados culpables, sino el sospechar anticipadamente su culpabilidad, tomando á sus ojos los actos mas indiferentes el valor de indicios y los indicios el valor de pruebas.—Y muy cierto tambien que no debe consentirse á los Magistrados inamovibles que pronuncien sentencias condenatorias, convencidos de la criminalidad del procesado por la manera que aquel discípulo de Gall, visitador de la prision de la

Force, que cita A. Frank en su *Filosofía del Derecho Penal*, es decir, por los rasgos de fisonomía, por la mayor ó menor elevacion de ciertos huesos del cráneo, ó ya por el color mas ó menos encendido, temblor, suspiros, evacuaciones involuntarias y otros signos parecidos que pueden, segun Bentham, constituir verdaderos indicios de criminalidad.

Y para que los fallos, á mas de ser justos lo parezcan, y la conciencia pública, aprobándolos, quede tranquila, es indispensable, repetimos, que se presenten motivados y que los motivos no sean puramente subjetivos, este es, que consistan en hechos cuya apreciacion no sea posible á los Jueces exclusivamente, sino á cuantos tengan conocimiento de ellos; es preciso en una palabra, que haya prueba suficiente, siquier ésta consista en indicios.

NOSTALGIA.

(CRÓQUIS DE UN POEMA)

POR

AUGUSTO JERÉZ PERCHET.

I.

Rindiendo culto ardiente
á cierta fantasía
que en sus delirios crea
el alma si padece de atonia,
abandona su hogar, casi demente,
Pascual, sumiso á tentadora idea,
y esclavo de un impulso que lo llama,
quiere ver, como en vivo panorama,
el mundo de su sueño;
que el rincon de su hogar halla pequeño.
A sus caprichos dando
cumplida libertad, el triste observa
á medida que el tiempo vá pasando,
un mal inesplicable que lo enerva;
mas no descifra la dolencia aleve
que á punzarlo se atreve;
pero una carta de su madre amada
prestóle solucion á la charada,
al leer entre mortales agonias,
estas frases, escritas en Granada.
—«La primavera con sus bellos dias

ha traído un sin fin de rui señores,
 como siempre cantores;
 y de la Alhambra el bosque perfumado
 resuena con sus tiernas sinfonías,
 que es la Alhambra su templo venerado.

Tu sobrino está hermoso
 y apuesto y bullicioso;
 docil el perro á su infantil locura,
 es su constante y fiel cabalgadura.
 ¡Si vieras cuánto adoro al nietezuelo!
 Más á tí no te miro, y mi ventura
 se empaña con mi llanto sin consuelo.»

II.

¡Qué pequeño es el hombre!
 Sólo es grande su nombre.
 Eterno paladin de la esperanza,
 su enérgica pujanza
 lo lleva á combatir con lo impalpable.
 La sombra de una idea lo fascina;
 otra sombra conviértelq en ruina;
 y en su delirio amable,
 vencedor ó vencido, siempre acata
 esa sombra adorable
 que unas veces encumbra y otras mata.

III.

La carta de una madre ¿quién lo ignora?
 es idilio de férvida ternura.
 En sus conceptos fáciles, palpita
 dulce paz bienhechora;
 porque aun siendo una carta de amargura,
 la afeccion maternal, noble y bendita,
 es sublime si goza, sufre ó llora.

El rapaz que jugaba;
 el rui señor aquel que modulaba
 en la mágica Alhambra sus canciones,
 ved... todo es nada y mucho; mas ¿quién niega
 que su influencia llega
 hasta arrancar febriles vibraciones
 al corazon ausente de ese nido
 donde en tiempo feliz hemos vivido?

La ruina letal del sentimiento
 acomete á Pascual y le domina;
 y al volver hacia atrás el pensamiento,

comprende con espanto
que la ilusion que muere es una ruina;
y son sus ilusiones
anegadas en llanto,
confusos embriones,
de sedientas pasiones
que á definir no acierta, y que vislumbra
lejos, lejos, en tétrica penumbra.

Y por no sé que especie de espejismo
que acorta la distancia
y borra los horrores del abismo,
la humilde carta aquella
encuentra resonancia
de Pascual en el alma, pues ve en ella
algo que le reprocha sus errores;
y rompiendo por fin, el rudo lazo
de sus no satisfechas fantasías,
—Basta ya de inquietudes y dolores,
dice,—las alegrías
están de nuestro hogar en el regazo;—
y á su hogar apacible
vuelve aquel soñador de lo imposible.

IV.

Dígalo quien lo diga, la ventura
del hombre no se eleva
sobre un cimiento material, inerte;
hay otra cosa, de ideal hechura,
que hácia un mundo nos lleva,
cuyas fronteras no pasó la muerte.

En ese mundo extraño,
donde no fructifica el desengaño,
regocíjase el alma placentera
como la del Pascual de nuestra historia,
en la grata memoria
de una feliz puerilidad cualquiera,
que el afán de los cuerdos y los locos
se nutre y sacia con los muchos pocos.

ÍNDICE DE LOS TRABAJOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

	<u>Pág.</u>
El negro Juan Latino, por D. A. Gonzalez Garbin. . . .	5
El camino de la vida, por D. Ventura Ruiz Aguilera. . .	14
Crónica científica y literaria, por D. R. Ibañez Abellan. .	17
Honor y gloria, por D. Aureliano Ruiz.	25
Los dos médicos, por D. Narciso Campillo.	27
Las golondrinas, por D. Antonio Luis Carrion.	31
La vieja de Tintin, por D. Dámaso Delgado Lopez. . . .	33
Las plagas de Madrid, por D. ^a Sofía Tartilán.	54
Á una fuente, por D. Antonio de los Rios Rosas.	60
Crónica científica y literaria, por D. R. Ibañez Abellan. .	65
Á la conquista de Granada, por don Dámaso Delgado Lopez.	73
Gœthe y Schiller, por D. U. Gonzalez Serrano.	81
Poesias latinas de Leon XIII, por D. Juan Quirós de los Rios.	107
Cosas y casos de amor: Las citas, por D. Santiago Lo- pez-Moreno.	113
¡Pobres madres!, por D. Antonio Luis Carrion.	118
Crónica científica y literaria, por D. R. Ibañez Abellan. .	121
Una docena de cuentos, por D. Juan Valera.	129
Cuestion de química, por D. Francisco Flores Garcia. . .	135
Ateneo de Madrid: Discurso del Sr. Gonzalez Serrano. . .	137
Antes del combate: Al ver un clarin, por D. Ventura Ruiz Aguilera.	142
Madrid y las provincias: La Centralizacion, por D. Ra- fael M. de Labra.	145
¡Cosas de la guerra!, por D. Antonio Luis Carrion. . . .	166
Exposicion de las principales disposiciones adoptadas en el reinado de Cárlos III de España, por D. Víctor Ozcariz. .	169
Los caracteres, por D. Ventura Ruiz Aguilera.	182
En el album de la señorita doña Ana Trigueros, por don Dámaso Delgado Lopez.	191
Importancia de la prueba en asuntos criminales, por don Santiago Lopez-Moreno.	193
Nostalgia, por D. Augusto Jeréz Perchet.	205

ÍNDICE DE LOS TRABAJOS QUE COMPRENDE ESTE VOLUMEN

REVISTA DE ANDALUCÍA

REVISTA

DE

ANDALUCIA

SEXTA ANTOLOGIA

ALFONSO DE ESPINOSA

ALFONSO

ALFONSO DE ESPINOSA

1917

REVISTA
DE
ANDALUCIA

SEXTO AÑO.--TOMO XVI

DIRECTOR
ANTONIO LUIS CARRION

MALAGA
IMPRENTA DE LAS NOTICIAS Y DE LA REVISTA DE ANDALUCIA
Calle del Cister, núm. 9
1879

NO ENTRA A MISA LA CAMPANA,

Y A TODOS LLAMA,

POR

VENTURA RUIZ AGUILERA.

I.

El Padre Severo, cura párraco de N^o, pintoresca aldea de una de las provincias andaluzas, habia predicado en las últimas cuatro festividades otros tantos sermones, que los sencillos feligreses oyeron con gran recogimiento, quedando íntimamente persuadidos de que la observancia de la doctrina explicada en ellos, les abriria de par en par las puertas del cielo. No era hombre de alcances el orador, pero tenia estatura gigantesca (habia sido coracero), puños de atleta, pulmones á prueba de gritos, ojos negros que se inflamaban como brasas en el calor del discurso, y gestos y actitudes expresivas, hasta el punto de convertirlo en energúmeno; cualidades que si en realidad no suplían en él la falta de entendimiento, suplíanlo á los ojos de los fieles. Todo lo sacrificaba el cura al efecto; producir efecto en el auditorio constituia sus aspiraciones supremas: en cuanto á los medios de conseguirlo, aunque le eran indiferentes, como no sabia mas que uno, á él apelaba. Consistia dicho medio en pintar, con subidos colores, cuadros de esta y de la otra vida, que hacían ponerse de punta los cabellos de los oyentes.

Para reforzar sus argumentos, solia, á veces, apoyarse en ejemplos vivos, dando así márgen á escenas poco divertidas, pero de *interés bestial*, como ahora se dice, para encarecer una cosa ó un hecho.

Cierto dia, que predicaba contra la murmuracion, exclamó en un arranque de tempestuosa ira, apuntando con el dedo á una de las molineras del lugar:

—¡Sí, hermanos míos! La murmuracion es vicio esencialmente mujeril, y sino á Sinforosa la moliera me agarro, que siempre está sacando á la colada los trapos del prógimo, sin considerar que la espía el enemigo malo para cargar con ella cuando le llegue la hora, y echarla en las calderas del inexorable Pedro Botero. ¡Sí, cristianos! Anoche, sin ir mas lejos, me consta que vomitó sapos y culebras contra la viuda del tio Perniles, á quien aborrece desde que se ha metido tambien á molinera. ¿Quién es tu enemigo? *¿Quis inimicus tuus?* ¿Quién ha de ser? El de tu oficio, que diria el profano.

¡Aquí de Sinforosa y de la viuda del tio Perniles! ¡Aquí del auditorio! A Sinforosa le dió un soponcio, que por un tris no acaba con ella de escopetazo; á la viuda del tio Perniles le cogió una de llorar, que nunca se vió en otra semejante; de sus ojos caia un chaparron de lágrimas; por último, los fieles, hondamente conmovidos con la pintura de los tormentos que esperan á los murmuradores, y con el espectáculo que tenian á la vista, acabaron de convencerse, si ya no lo estaban, de que su cura era la flor y la nata de los predicadores. Lo que es Fray Gerundio de Campazas, se hubiera quedado bizco de admiracion, oyéndole.

Debo repetir, sin embargo, que sólo en ocasiones reforzaba sus argumentos apoyándose en ejemplos vivos, y que sus discursos iban encaminados á inculcar en el espíritu de sus feligreses la necesidad de la observancia de los preceptos religiosos, para conseguir la eterna bienaventuranza.

No ménos fervor teórico, digámoslo así, que en la predicacion, mostraba en los demás deberes comprendidos en la esfera de su ministerio sagrado.

En años de miseria, nunca vaciló en prestar á los labriegos necesitados trigo para la sementera y para comer (pues comerciaba en granos): si les reclamaba una porcion de garantías,

acaso fuese por aquello de que en tales negocios lo que sobra no daña; figurándosele una friolera el cuarenta por ciento de ganancia que el préstamo le producía, comparado con el sesenta que llevaba de rédito un bribon de usurero avecindado en el mismo pueblo, y á quien él calificaba de pecador incorregible.

No me atreveré yo á afirmar que fuese el Padre Severo causa de disensiones en algun matrimonio, segun rumores de malas lenguas; cabalmente, una de las cosas en cuya pintura se deleitaba él con preferencia, desde la cátedra del Espíritu Santo, era la paz doméstica, la dicha que á una familia resulta de la concordia de los esposos.

II.

En los cuatro sermones á que aludí al comenzar la presente historia, habia combatido el Padre Severo la gula y el juego, y recomendado la pureza de costumbres y la caridad.

Poco despues del último, hubo una romería á la aldea mas próxima á la suya, con motivo de la fiesta que todos los años en igual día dedicaba el pueblecito aquel á su patrona, y nuestro cura quiso concurrir á ella, como de costumbre. Sigámosle, y veremos su manera de practicar la doctrina, cuyo apostolado á tanta altura llegó á elevar su fama entre los campesinos.

III.

Montado en un soberbio macho de grande alzada, ojo vivo y claro, firme de remos y ancho de lomo, que mas que cabalgadura de clérigo, parece, por sus vistosos arreos y caireles, cabalgadura de contrabandista, camina el Padre Severo, llevando á la grupa á su ama, fresca muchacha, tentacion en forma humana, como de veinticinco años, cuya belleza á la del mismo sol eclipsa y afrenta.

Suprimo, en gracia de la brevedad, y porque á mi objeto no conduce, la descripcion del traje del ama, y paso á dar una sucinta idea del que luce el cura. Consiste en sombrero calañés, de ala recogida, derribado sobre la ceja izquierda, chaquetilla corta, llena de alamares, pañuelo al cuello con sortija, chaleco

y faja de seda, calzon de terciopelo azul con botonadura de plata, y botas de color de ante que á la pierna se le ajustan, marcando sus formas varoniles; todo lo cual le dá el aspecto de uno de esos majos que en la f  ria de Sevilla se llevan tras de sí las miradas de los curiosos.

Es una deliciosa mañana de Julio; la hora, las cinco: el Padre Severo ha dicho misa    las cuatro; es jóven, y como de su aldea al término de la jornada hay tres leguas cumplidas y no haya tomado mas que una j  cara de chocolate con un plato de brevas, juzga muy puesto en razon pegar de vez en cuando un afectuoso tiento    la bota de vino henchida, que en sus excursiones siempre le acompaña, ya para animarle si sus fuerzas decaen, ya para ahuyentar las penas que acometerle pudieran. Ni una cosa ni otra le sucede hoy, por fortuna; pero cuando se va de viaje, ya se sabe que el hambre se aguza y la sed se enciende, y no es el cura persona que deje de satisfacer apetitos que absolutamente    nadie perjudican. Por otra parte, el fresco vientecillo de la mañana, el arrullo de las tórtolas y de las palomas torcaces que en el monte resuena, el olor de las plantas y flores silvestres, y hasta el ejemplo de los vecinos de N   que con él van de romería, son otros tantos incentivos de aquellos inocentes apetitos. La bota sufre, en consecuencia, entusiastas arremetidas, así del cura como del ama, cuyas respectivas mejillas al punto se esmaltan de rosas.

Llegada al término del viaje, ap  ase la jóven pareja debajo de un frondoso emparrado que, entretejido de enredaderas, sirve como de vestibulo    la casa de un rico labrador, en donde reciben tierna y generosa acogida.

Despu  es de los saludos consiguientes,    quiz  as antes (que de ello nada refiere la crónica), observa con gusto el Padre Severo una gran mesa, cubierta de manteles y vajilla, en medio del zaguan, punto el mas fresco de la casa; y del júbilo retratado en sus ojos, efecto de tan sabrosa observacion, deduce el labrador que ha procedido cuerdamente presentando en primer término la perspectiva y aparato de un próximo almuerzo.

Cualquiera calificaria de gloton al Padre Severe, viéndole engullir, al cabo de media hora, los succulentos manjares que le sirven, de los que no le parece bien desairar ninguno: sin embargo, ofender  iale quien tal hiciera, pues él, lo mismo cuan-

do recibe que cuando ofrece hospitalidad, lleva siempre por norma el principio de no mostrar tibieza en la expresion de los dulces afectos que tan simpática virtud engendra. Efectivamente, si hoy se recrea sometiendo á su aparato masticatorio media docena de rojas magras de jamon con tomate, un pollo con arroz, un plato de pescado frito y media tortilla de escabeche, que copiosamente rocía, y no con agua, en esto no hace mas que obedecer á su añeja costumbre. El benéfico rocío, de que, si bien no en cantidad idéntica, participa igualmente su ama, contribuye á que sigan brotando rosas en las fértiles mejillas de entrambos.

La dueña de la casa, en extremo fina y obsequiosa, aunque apenas prueba bocado, está en sus glorias contemplando la actividad con que el Padre Severo desocupa los platos, y que revelaria las mas felices disposiciones para inmortalizarlo como un gloton de primer orden, si él aspirara, que no aspira, á semejante gloria. Lo que no comprende muy bien es, que el cura logre la fortuna de librarse de un cólico y de permanecer en aptitud de honrar la comida de las doce, con puntualísima asistencia y apetito indubitable.

Pese á los temores de la dueña de la casa, el Padre Severo se porta heroicamente al medio dia, demostrando una capacidad de estómago asombrosa, y una competencia superior en materia de vinos, de los que cata diez clases. Llama él, con suma gracia, *catar vinos*, al acto de echarse al colete un vaso en cada probatura.

Como es tan gracioso, tiene durante la comida ocurrencias sin cuento, que en personas de carácter ménos respetable, parecerian algo libres, y en él pasan por expansiones propias de las circunstancias y aun de su mismo carácter. Ciertamente es que no todos los convidados son de igual parecer, si bien no lo manifiestan á las claras; pero esto, si algo prueba, es que existen espíritus descontentadizos, y que no hay regla sin excepcion.

Por ejemplo, el Padre Jesús, teniente cura de N^o, hombre de edad avanzada, sóbrio, comedido, pobre, frugal, en una palabra, de costumbres evangélicas, cuyo traje (que consiste en levita y pantalon de cúbica raidos) forma extraño contraste con el del Padre Severo, no le quita ojo desde su asiento. Cada mirada suya, bien comprendida, parece decirle:

—Por Dios, hermano, repórtese y dé buen ejemplo; mire lo que habla esa lengua pecadora; eche noramala á la gula, pasión de irracionales, que tan dominado le tiene; reflexione que el abuso del vino turba el entendimiento mas claro y destruye la salud mas cabal; considere, por último, que sus voces, sus gestos y sus modales mejor cuadran á gente ignorante y sin freno que á un ministro del altar.

Nuestro alegre párroco no se da por entendido, ó si acaso, atribuye la seriedad y compostura de su compañero, mas á los años, que de canas cubren su cabeza, que á otro motivo.

IV.

Armase *timba* por la tarde en una especie de casino situado en un extremo de la aldea. El Padre Severo, poco amigo de siesta, decídese, mientras la duermen otros, á ir allí con ánimo de jugar el café al *truquiflor*; pero es el caso que no encuentra pié; todos los concurrentes se agrupan en torno de una mesa, *donde se tira de la oreja á Jorge*, y todos los ojos se hallan ocupados en *verlas venir*.

Lo mismo es entrar, hácenle sitio *los puntos*; y para probarles que estima la fineza, se arrellana en una silla, con ánimo, segun dice, de mostrarse espectador y no parte en el juego.

Pero el diablo las carga. El diablo es hoy un hidalguillo, que le dice:

—Padre cura, ¿quiere usted que hagamos una *vaca*? ¡Ea! Anímese usted, siquiera por matar el tiempo.

—¡Hombre,—responde el cura,—la verdad, no venia con intencion de... pero, en fin, si es solo por matar el tiempo!...

—Se entiende; sólo por eso; nada de vicio.

El hidalgo que así se expresa, es capaz de poner á una sota hasta la madre que lo parió.

—¿De cuánto ha de ser la *vaca*?—pregunta el Padre Severo.

—De ocho reales; usted pone una peseta y yo otra.

—Vaya, pues, la mia,—exclama el cura aprontando sus cuatro reales.

Pierden la primera *vaca*, pierden la segunda, pierden la tercera, pierden hasta la octava, y al mismo paso pierde la pa-

ciencia el cura, y á veces descarga sobre la mesa puñetazos que honrarian á un Hércules, con acompañamiento de palabras de contrabando, que no le honran mucho á él.

No hay motivo para tanto, bien mirado, pues, en suma, la cantidad á que ascienden las *vacas* malogradas, redúcese á ocho pesetas por barba; pero el cura no sabe fingir ni reprimirse, y como naturalmente le atraeria peligros el descargar su cólera contra los jugadores afortunados, desahógala contra la mesa, que sufre indecibles quebrantos en su integridad, si no mienten los crujidos de la madera, que á la explosion de sus iras suceden.

El hidalgo, persona de genio apacible, procura aplacar á su compañero, y le pide la última *vaca*: trabajo en balde. El cura prefiere soltar un novillo, esto es, hacer por sí solo una apuesta, para ver si cambia la suerte. Apodérase de él el demonio del desquite, fantástico personaje que se presenta á la imaginacion del jugador en desgracia, provisto de una llave de oro, con la cual abre maravillosos palacios llenos de riquezas.

Hay en la banca, á la sazón, doscientos reales: baraja el que la lleva, echa el *albur*, compuesto de una sota y un as, y el cura exclama:

—¡Copo!

—¿A cuál?—pregunta el banquero.

—A la sota,—responde el *punto*.

Hace su apuesta, y el banquero dice:

—¡Juego!

Vuelve la baraja, y á las tres cartas sale el as de copas.

Una copa de arsénico no causaria mas estragos en el Padre Severo.

Las rosas de sus mejillas se tornan casi verdes en un instante, fenómeno que hasta ahora no ha observado, que yo sepa, ningun botánico, ni es probable que se observe jamás, porque la naturaleza sigue siempre un movimiento progresivo y no retrospectivo, tiene leyes invariables, y cada una de las diversas fases de la vida en los seres vegetales, se distingue por caractéres propios y diferentes de las otras. Sin embargo, en la criatura humana las pasiones suelen obrar milagros, y la que avasalla á nuestro héroe ha mojado en la vejiga de la bilis su pincel y le tiñe con su color el rostro.

Mucho le quema la sangre la tenacidad con que la suerte le persigue; pero lo que sobre todo le exaspera, son las palabras que el hidalgo-mosca le zumba al oído, repitiendo sin cesar que se calme, que se retire, que perderá hasta la camisa.

—Hombre, ¿quiere usted dejarme en paz? ¿Qué cataplasma! —prorrumpe al fin el Padre Severo, para quitárselo de encima.—¿A usted qué le importa que pierda yo ó que gane?

—Perdone usted, señor cura,—observa el hidalgo, cuya cara de liebre asustada hace una mueca de temor servil;—perdone usted, no creía ofenderle... todo lo contrario, mi deseo de que usted no se altere...

Durante las palabras que anteceden, echa el banquero un *elijan* á la sota. El Padre Severo repite el *copo*, eligiendo la de oros. El as que falta es el de espadas. El banquero aprieta con la mano izquierda la baraja por sus bordes, y con la derecha va mostrando con la lentitud y la solemnidad que el caso requiere, la *pinta* de los naipes que sucesivamente se presentan. Cada vez que aparece la que indica espadas, el *punto* hace un gesto semejante al que pone el que chupa un limón agrio; y al contrario, siempre que la pinta es de oros, la esperanza le hace bailar de gusto los ojos.

Bailándole están, por cierto, cuando asoma la espada funesta, como para asegurar los resultados del envenenamiento producido por la copa; pues, sin hipérbole, su punta le atravesaba de parte á parte el corazón.

La ira, que ya no le cabe en el pecho, estalla de repente, derramándose con ímpetu como la cerveza de una botella en el momento de quitarle el tapon. Sus ojos lanzan chispas, murmuran imprecaciones sus labios, agítase todo su cuerpo, cruje y rechina la mesa al golpe de las puñadas que nuevamente le asienta, y grita, por último, en el colmo del despecho, encarándose con el banquero:

—¡Vaya usted á hacer trampas á un garito, y no entre personas decentes!

—¡Señor cura!

—Lo dicho. ¡Vaya usted á hacer trampas á un garito!

—¡Si no mirara á Dios!...—grita el banquero en son de amenaza.

Levántanse todos los jugadores, colocándose en medio de

los que disputan para apaciguar sus ánimos, porque temen que vengan á las manos.

—Esos naipes están marcados, si señor, marcados,—repite el Padre Severo,—y á mí nadie me roba impunemente.

—O me da usted en el acto,—repone el banquero,—satisfaccion de las palabras que acaba de pronunciar, ó sin miramiento á su carácter de sacerdote, que usted rebaja, le...

—Vamos, señor cura,—interrumpe el hidalgo, endulzando todo lo posible su voz, naturalmente acaramelada,—no se acalore usted: la fortuna es caprichosa, y si hoy le ha vuelto la espalda, otro dia le será propicia.

Este consejo irrita mas al cura, el cual cree que el oficioso hidalgo apoya con él á su enemigo.

—¿Quién ha dado á usted vela para este entierro?—es la sola respuesta que da á su compañero de *vaca*, que retrocede un paso, observando su actitud belicosa.

El disgusto ocasiona al banquero un ataque nervioso, que viene á cortar la disputa, sin ulteriores resultados desagradables, merced á la intervencion eficaz de personas amigas de los adalides.

V.

¿Quién sospecharia lo ocurrido por la tarde, viendo al Padre Severo más alegre que unas castañuelas, en el baile que por la noche hay en la casa de un ricacho? Él no baila, porque siente cierto mareo que le expondría á dar consigo en tierra; pero toca la guitarra y canta coplas cargadas de sal y pimienta, sin cuyo condimento ni él conservaria la fama de gracioso, ni la concurrencia presentaria tal vez la animacion que en ella se advierte. Para todo tiene coplas á mano: ya celebra los ojos de una muchacha; ya si una vuelta levanta algo mas de lo regular el guarda-piés de otra, pondera la perfeccion de la parte que se descubre, ó bien lanza epigramas contra los danzantes. Su laringe es de hierro; pero ¿hay laringe que resista dos horas seguidas de ejercicio, hecho con la fé y el entusiasmo del Padre Severo, sin resecarse á menudo? Para obviar percances análogos, es para lo que precisamente hay una habitacion próxima, que el cura visita con frecuencia, y en la que hume-

dece la boca, tornando luego al local del sarao con nuevos y mayores bríos.

Después de una de estas excursiones, advierte, no obstante, la concurrencia, que al músico le acometen grandes bascas, que se le muda el color, que pone los ojos en blanco, que balbucea frases incoherentes, y en fin, que pierde el equilibrio, viniendo á caer sobre el regazo de una labradora obesa y rechoncha, á quien por poco no convierte en tortilla, bajo el peso de su gigantesca mole.

Agólpase la gente hácia el sitio de la catástrofe, gritando en confusion:

—¡Jesús! ¡Jesús!

—¡Pobre señor!

—¡Abanicarlo! ¡Abanicarlo!

—¡Agua y vinagre! ¡Agua y vinagre!

—¡Sacarlo á donde le dé el aire!

Y aun hay criatura aprensiva que, á consecuencia de haberse observado ya cólicos sospechosos en algunos pueblos cercanos, asegura que este es un caso de cólera-morbo fulminante.

El Padre Jesús, que toma el fresco á la puerta de la casa con varios vecinos, entra en la sala corriendo, alarmado por las voces que á sus oídos llegan.

Es imposible describir el dolor que se retrata en sus ojos, no bien se hace cargo de lo que ocurre.

—¡Era de esperar!—murmura para sí.—¡Qué ejemplo, Dios mío! ¿Como extrañar que la injusticia y la pasión atribuyan después á todo el clero vicios que existen sólo en algunos de sus indignos miembros?

El buen señor recurre á una inocente disculpa que deje á salvo la reputación del Padre Severo: dice, pues, que ántes de salir de N... ya se sentía indispuerto, y que á oír su consejo, no hubiera venido á la fiesta.

En seguida hace que retiren de la sala al desgraciado, temiendo que lo repugnante de la escena se aumente, y él mismo se constituye en enfermero, pasando á la cabecera de la cama la mayor parte de la noche.

VI.

Por desgracia, el cólera verificó su entrada en el pueblo de N... , pero no triunfalmente y con banderas desplegadas, sino á la chita callando. Que venia con hambre el viajero del Ganges, harto lo demostró en lo sucesivo; pero al principio supo disimularlo con tal perfidia, que todo el mundo convino en que era mucho mas sóbrio y tratable que en el año 34. Tres muertos en cuatro dias en una poblacion de dos mil almas, no era cosa para aterrar á nadie. Nuestro cura mostró en las primeras veinticuatro horas prodigiosa actividad y celo sin segundo, ya animando con su valor al vecindario, ya excitando el de los concejales, para que adoptasen las medidas y precauciones oportunas, con el fin de aminorar los estragos de la epidemia, ya con el de proveer á las necesidades que surgieran, principalmente en la clase menesterosa.

—Es preciso,—dijo al alcalde,—no aturdirse ni amilanarse; mucha higiene, mucha vigilancia, escrupulosa inspeccion de los alimentos y de las bebidas, que cada cual permanezca firme en su puesto y cumpla con su deber, y nos habremos salvado como en una tabla. El cólera solo es valiente y cruel con los pusilánimes, propiedad de todo cobarde; pero resistasele cara á cara, y se verá que no es tan fiero el leon como lo pintan.

Al médico le dijo:

—Hé aquí una bonita ocasion para lucirse y conquistar laurels; hé aquí los casos en que resplandece la ciencia y en que se prueban las virtudes que deben adornar al facultativo. ¿Qué satisfaccion hay comparable con la del médico que arranca á la muerte una víctima? ¿Qué título mas dulce que el de ángel de salvacion de una familia? ¿Qué recompensa mas grande que la gratitud de los enfermos y de los desvalidos?

No paró aquí el Padre Severo; corrió de extremo á extremo la aldea, duplicándose, centuplicándose, dirigiendo á todos palabras consoladoras, y hasta inició una suscripcion á beneficio de los pobres, figurando él al frente por la suma de ;treinta reales, nada menos!

El primer caso, fué un labrador que habia comprado un cor-

tijo, perteneciente á bienes nacionales; y aunque avisaron al párroco para que le administrase el Viático y la Extrema Uncion, como el párroco era hombre de manga estrecha y muy consecuente con su conducta *religiosa*, creyó sin duda que no debía cargar su conciencia con la absolucion (criminal, en su concepto) del infeliz, que en la agonía reclamaba los auxilios espirituales; fundándose en que ya, tiempos atrás se los habia negado por la misma causa á otro vecino, cuyo cadáver no permitió que se enterrase en lugar sagrado. Sustituyóle, pues, el teniente, y él siguió explicando las obras de misericordia.

El segundo dia hubo otro *caso*; el enfermo no era comprador de bienes nacionales; pero habiendo dicho el ama del párroco que el Padre Severo habia salido de N... á diligencias precisas, tambien pudo administrar á aquel los últimos Sacramentos. Qué diligencias fuesen estas, se ignora; pero mucho tiempo debia tardar el párroco en evacuarlas, porque su ama, en compañía de dos niños de tierna edad (sobrinos del Padre Severo, si no me engaño, que bajo el mismo techo que él moraban desde pequeñuelos), ausentóse tambien de N... Lo que resulta claro como la luz del sol, es que la familia del Padre Severo hacia ardientes votos porque la epidemia desapareciese de su aldea, asegurando el párroco, que estaba inquieto por la suerte de las óvejas que á su cuidado tenia, y que sólo motivos poderosísimos retardaban el momento de volar á consolarlas y asistirles con su proverbial abnegacion. Las rosas de sus mejillas y de las del ama conservaban su envidiable lozanía y frescura; singularidad que apenas se comprende en tan tristes circunstancias, y que debe atribuirse á la privilegiada naturaleza de entrambos.

Pero todo tiene fin en el mundo. Llegó el momento anhelado por el cura para regresar á N..., y sin perder minuto voló en alas del macho que á la fiesta le habia conducido semanas antes, logrando el placer de llegar á su feligresía (¡oh feliz coincidencia!) á poco de terminar la epidemia.

¡Con qué gusto canto el *Te-Deum* para celebrar el fausto suceso! ¡Qué escalas, qué primores de vocalizacion no hizo para expresar la gratitud que inundaba su pecho por el beneficio que el Señor dispensaba á su pobre rebaño!

En su primer sermon tuvo un recuerdo y una lágrima para

el Padre Jesús, que, mártir de la caridad, como algunos otros sacerdotes dignísimos, habia sucumbido ejecutando al pié de la letra las instrucciones que, según el predicador, le habia dado él antes de su forzosa partida, y lamentó los secretos motivos de su ausencia en tan críticos momentos.

—Mas no por lo dicho,—añadió,—os pase por la cabeza, amados oyentes míos, la idea de que haya sido yo insensible á vuestros dolores; al contrario, he sufrido lo mismo, si no mas que vosotros; he estado en medio de vosotros, sí, en medio de vosotros... con el pensamiento; y si no fuera pecado, me alegraría de que mañana volviese el cólera, para que se viera quien es vuestro párroco. ¡Que venga!—repitió, levantando la voz.—¡Yo lo desafío, y estoy seguro de que vosotros lo desafiáis, ahora que la experiencia y la fé en la misericordia del Altísimo os han enseñado á despreciarlo!

Alguno que otro oyente reveló en su fisonomía poquísimos deseos de recibir de nuevo al terrible huésped, por el solo placer de mostrar heroismo; pero en general, el sermón gustó mucho.

Al participar el alcalde al gobierno de la provincia los nombres de los vecinos que mas servicios habian prestado con motivo del cólera, no hubiera querido incluir el del párroco; pero le debia unos cuartos, necesitaba de su dinero en aquel entonces, y no solamente lo incluyó, sino que lo puso á la cabeza de la lista que al oficio acompañaba.

En suma: dos meses despues, el Padre Severo recibió copia de una real orden, en la que se le anunciaba haber sido agraciado con la cruz de Beneficencia, en recompensa de su admirable comportamiento durante la epidemia, cuando así en esta como en otras circunstancias no habia hecho mas que excitar el celo y la caridad del prógimo, dando él ejemplo de lo contrario en la práctica, ó haciendo lo que indica el refrán que dice: *No entra á misa la campana, y á todos llama*; ó en fin, lo que el capitán Araña, que embarcaba la gente y se quedaba en tierra.

A LA TORRE
DE
SANTA MARIA DE MARCHENA ⁽¹⁾
POR
ANTONIO DE LOS RIOS ROSAS.

Torre de Santa Maria,
del alto alcázar señora,
tú que en la noche sombría
y al nacer el claro día
alzas plegaria sonora;

Oh torre de filigrana,
¿sabes tú quién te dió el ser?
¿Ese nombre de cristiana,
te lo pusieron ayer?
¿te lo quitarán mañana?

¿Quién antes el aire vano
hirió en tu armónico seno,
y eco despertó lejano?

(1) Esta bellísima poesía, como otra que tuvimos el gusto de publicar en el tomo anterior, formará parte del libro que muy en breve ha de imprimirse conteniendo todos los trabajos literarios del ilustre orador.

¿El grito del almuedano,
ú el bronce del nazareno?

Bien lo dice tu apostura,
que en esta atmósfera pura,
en esta atmósfera azul
un minarete figura
arrebatado á Estambul;

Un castillo de coral,
que del piélago ondeante
en el profundo cristal
como vision ideal
vió nacer el navegante;

Fantástico monumento,
que una maga fabricó
para algun encantamento
en las regiones del viento,
y allí cual pluma voló;

Hecho de vapor sutil
de celage trasparente,
teñido en los visos mil
que dibuja el sol de abril
en el risueño occidente;

Calado cual rico velo
en garganta de española,
luciente cual terciopelo,
reverberando en el cielo
con su color de amapola.

Obra de primor divina
que en el éter se mecía
como rosa matutina,
á quien la brisa halagó
del tallo la roja espina;

Y cuando al hado cumpliera
la puso ignorada mano
en la sangrienta frontera,

porque maravilla fuera
del moro y del castellano.

¿Guardas, torre, en la memoria
todos los hechos de gloria
de tu imperio secular?
Oh ¡cuánta ilustre victoria
habrás mirado pasar!

Y á la vez en el espacio
de la magnífica alhambra,
y entre el nácar y topacio
de ese espléndido palacio
habrá empezado la zambra.

En sus cuadras sonarian
las dulzainas y añafles,
y mil luces arderian,
y los moros danzarian
con las moras mas gentiles.

Y en la danza bullidora
ostentáran cien doncellas
su beldad fascinadora...
¿Dime, torre, eran tan bellas
como las bellas de ahora?

¿Tez de armiño y rosa pura,
mirar de celeste encanto
las ornaban por ventura?
¿Guardaba celoso manto (1)
su delicada cintura?

¿Eran rasgados sus ojos,
y ardientes como el cabello
de relumbrantes manojos?
¿Era nieve el albo cuello,
y fuego los labios rojos?

No: jamás altiva mora

(1) Alusion al traje que todavia usan las mujeres de Marchena.

emular pudiera aquí
á las hermosas de ahora...
Hay alguna que atesora
hechizos de blanca hurí.

Luenga cabellera leve
en su espalda renegrea
como la endrina en la nieve,
y resplandece y se mueve
como la llama en la tea.

Del nítido mar hirviente
mas flexible que la ola,
á su pudorosa frente
rizándose blandamente
ciñe mágica aureola.

Y partida en bucles mil
de su pecho de marfil
bebe balsámico olor,
cual arroyuelo sutil
el aliento de la flor.

Ardiente como la grana
y tersa como el cristal
es su megilla lozana,
que templá sombra liviana
de tinte meridional.

Sombra de luz vibradora,
que su tierno pecho cela;
vaga sombra que se ignora
si en su fino cutis mora,
ó si al aire en torno vuela.

En su boca embalsamada,
do fugaz risa mostró
la dentadura esmaltada,
fresca, entreabierta granada
que puro aljofar bañó.

Y vierte el labio elocuente

su voz en raudal sonoro,
ya halagüeña, ya doliente,
como entre arena de oro
murmura limpia corriente.

Arco de seda flamante
ostenta en la rica ceja,
suelta en relieve ondeante,
y en el ceño penetrante
de rayos sutil madeja.

Entolda lengua pestaña
de sus ojos el reflejo
y en dulce sombra los baña,
como yedra que enmaraña
de clara fuente el espejo.

¡Qué halagüeño señorío
de aquella pupila negra
en el resplandor sombrío!
Es el matinal rocío
que los vergeles alegra;

Es de luna cariñosa
el apacible destello,
que en vislumbre prestigiosa
sobre lago azul reposa
y al bosque dora el cabello.

Cuando sereno descende
asi su mirar cautiva;
mas si la pasión lo enciende,
entonces con flecha viva
les senos del alma hiende:

Flecha de agudo fulgor,
que tal vez piadoso quiebra
el párpado latidor,
como rápido vapor
del sol naciente la hebra.

Mas ligera que la espuma

de las ondas en la haz,
ni el blando césped abruma
la breve planta fugaz
con que lo huella y perfuma.

Y envuelto en pliegue sutil
á su noble andar vacila
mórbido talle gentil;
tierno pimpollo de abril,
mecido al aura tranquila.

Ella es deidad triunfadora,
vision radiante del cielo,
misterio que el hombre ignora
y con risa y llanto adora
en el placer y an el duelo.

A su beldad soberana
dime, torre, si igualó
beldad mora ó castellana;
dí si á la roja mañana
nocturna estrella eclipsó.

Oh torre, que presidias
á los moriscos festines
y las trovas repetias,
y aroma de los jardines
del alto alcázar bebias;

Y con bandera flamante
y con viva luminaria
ostentabas arrogante
esa cúpula elegante,
hoy ruिनosa y solitaria;

¿Por qué, por qué descaeces
del régio brillo de entonces,
y entre vil polvo falleces,
y de mal grado en tus bronces
á Jesús entonas preces?

Porque el cristiano ganó

el castillo de Marchena,
y aunque á Dios te consagró,
aherrojada en su cadena,
á morir te abandonó.

¡A tí, que de su victoria
eres despojo y testigo
y página de su historia!
¡Y de su padre la gloria
hunde en el cieno contigo!

¡Torpe, ominoso desden!
¡Señal de luto y de afrenta,
con que tras fiero vaiven
del nazareno á la sien
amaga suerte cruenta!

¿Quién sabe si volverá,
y ese alcázar en serrallo
el moro convertirá?
Él dice que *escrito está*
con sangre tan crudo fallo.

Oh torre de filigrana,
la de gentil parecer,
¿ese nombre de cristiana,
que te pusieron ayer,
te lo quitarán mañana?

Mas ¿qué vale el nombre vano?...
tú cautiva del cristiano,
ó del árabe mimada,
siempre asombro del humano
y de Dios serás morada.

ESTUDIOS HISTÓRICOS

SOBRE LA CIUDAD Y LA PROVINCIA DE ALMERIA

POR

A. GONZALEZ GARBIN.

INTRODUCCION. (1)

La actual ciudad de Almeria comienza por primera vez á ser mentada en el siglo ix de nuestra Era y v de la Égira, por historiadores y geógrafos mahometanos, como naciente poblacion colocada en el alegre litoral del Mediterráneo, entre Adra (la antigua fenicia Abdera) y el Cabo de Gata. Esta ciudad morisca vino, á poco andar del tiempo, á ser la capital de la *cora de Pachana*, region que correspondia con poca diferencia á las antiguas diócesis de Urci y de Abdera, y á las comarcas que en nuestros tiempos constituyen la *provincia civil*,

(1) Proponiéndonos revisar y coleccionar los *Estudios históricos* sobre *Almeria musulmana*, que hemos publicado en esta REVISTA, á los que seguirán otra série de artículos que tratarán de la historia de esta ciudad y su provincia hasta la expulsion de los moriscos,—hemos escrito el presente, que podrá servir de *Introduccion* á dichos *Estudios históricos sobre la Ciudad y la Provincia de Almeria* durante el *periodo de la dominacion sarracénica*.

militar y eclesiástica de Almería. Hasta los últimos tiempos de la dinastía Humeyya no encontramos en ningún documento histórico el nombre de Almería. La capital de esta comarca era la inmediata ciudad de *Pachana, Bascena* ó *Bagiana*, que con todos estos nombres la designan los antiguos cronistas y geógrafos; y no debió ser otra que el inmediato pueblo de Pechina, hoy villa humilde, y entonces ciudad murada, fuerte y poderosa.

No es, por lo tanto, esta bella ciudad de Andalucía una de aquellas antiquísimas poblaciones donde se ostentan suntuosos seculares monumentos, en que podemos admirar los maravillosos encantos de aquel magnífico arte clásico greco-romano, que se desplegó en toda la Europa antigua desde las bocas del Danubio hasta el estrecho hercúleo gaditano; en sus contornos no se encuentran arcos de triunfo, ni puentes, ni acueductos, ni termas regaladas; ni los geógrafos é historiadores de la antigüedad clásica la aplauden ni mencionan con la veneración que hablan de Ampúrias ó de Gades, de Numancia ó de Astapa, ni con el entusiasmo que les inspira la magnificencia y la belleza de aquellas colonias patricias, que sirvieron de cuna á los Sénecas y Columelas.

Durante la dominación visigoda, no suena aún el nombre de Almería en las crónicas políticas de aquella edad remota. La historia de Almería, ó por mejor decir, la de la antigua Ur-ci, se puede afirmar que en los siglos turbulentos, que preceden á la dominación mahometana, se limita á la historia algo oscura y legendaria de la instalación y propaganda del cristianismo en estos postreros límites de la Bética y de la Tarracónense. Cuando Ur-ci en los primeros tiempos del cristianismo era la capital de la diócesis de su nombre, figuraba como importante mansión ó etapa en aquella vía, que conducía al caminante desde la populosa *Malaca* hasta *Castulo*, en cuyo punto se enlazaba con la gran Vía heráclea, tantas veces visitada por las aguerridas romanas legiones, que paseaban sus gloriosos estandartes desde la fenicia Gades hasta la Metrópolis del Antiguo mundo.—Urci, capital de una de las siete diócesis, que componían la afamada provincia de *Oróspeda*, en las antiguas *Cartaginense* y *Aurariola*, participó en aquellos días de angustia y de prueba, en que comenzó la formidable lucha entre

la cruz y la media luna, de las mismas glorias, de los mismos dolores, y de las vicisitudes mismas que sus otras hermanas de la Bética y del reino de Todmir. La iglesia mozárabe de Urci, debió sobrevivir á la ruidosa catástrofe del Imperio hispanogótico, tal vez por mas de dos siglos: que hay documento histórico fehaciente que lo comprueba, sin necesidad de tener como buenas las historias imaginarias, que nos ofrecen los desacreditados falsos cronicones, acerca de la Sede, que la tradición considera con bastante fundamento como una de las creadas por los primeros varones santos y heroicos, que arribaron en nuestras playas á predicar la dulce fè cristiana.—De que Urci durante los primeros tiempos de la religion mahometana debió conservar su riqueza, su poblacion y su importancia, buena cuenta nos dán los historiadores y geógrafos árabes, puesto que con el nombre de *Pachana*—(Pechina y Thuche?)—siguió siendo la capital de esta cora ó provincia del Andalús, hasta tanto que en torno del *castillo* ó *atalaya de Almeria*, ya mentado por la crónica del moro Raxis en el ix siglo, se fueron estableciendo numerosas familias de mercaderes é industriales y de famosos maestros de galeras, desertando una á una las familias musulmanas y mozárabes de la antigua romana Urci, para venir á establecerse en la nueva ciudad, que se alzaba en la vecina playa, graciosa y sonriente, acariciada por las espumantes olas del mar Mediterráneo; y hasta tal punto, por circunstancias que no relatan con claridad las crónicas cristianas ni mulímicas, la antigua capital de la diócesis cristiana vino á quedar despoblada y en ruinas, y la naciente musulmana Almeria acrecentada en prosperidad y riqueza, que recabó para sí el honor de la capitalidad de la cora, diócesis ó provincia, principalidad que tuvo ya hasta la época de la memorable Reconquista, llevada á cabo por los Católicos Monarcas, y que ha conservado hasta nuestros tiempos. (1) Se vé, pues, que la historia, civil y política de esta hermosa ciudad andaluza comienza propiamente con los árabes: es mas, que su comercio,

(1) Los Reyes Católicos restablecieron la antigua diócesis urcitana,—como antes lo habia hecho el célebre expugnador y primer conquistador de ella, el valeroso Emperador don Alfonso VII;—pero Almería quedó como cabeza del obispado.

sus artes y su industria, tan ponderados en las crónicas agarenas, su época de raro movimiento literario, su fama y su antigua grandeza, en una palabra, brillaron durante la dominacion musulmana, y con la dominacion mahometana concluyeron. Cuando Isabel y Fernando reconquistaron á Almeria ya venia desde algun tiempo declinando el esplendoroso astro de su brillante poderío. El cenit de su fortuna lo tuvo Almeria en los postrimeros tiempos del renombrado Califato de Córdoba, y mas principalmente cuando los gualíes del Imperio musulmico de España se proclamaron independientes, alzándose aquellas pequeñas repúblicas ó reinos de Taifa, en cuyas córtes ostentaron sus régulos espléndida fastuosidad oriental, luciendo en ellas su ingenio poetas y músicos, sábios y filósofos, los cuales á manos llenas se veian obsequiados por aquellos magnates y príncipes que querian imitar á los califas de Bagdad y á los cultos Ben-Umeyyas de Córdoba.—La historia de la ciudad y del reino fastuoso de Almería,—flor de un dia no obstante en la historia general de la España mahometana,—es asunto digno de estudio para los amantes de la historia crítica y de la filosofía de la historia: pues tanto en ella, como en todas las otras historias de los pequeños reinos de Taifa, resaltan bien á las claras los gérmenes de muerte que llevaba y lleva consigo el islamismo, no obstante la rapidez con que estendió su dominacion por las costas mediterráneas del Asia, del Africa y de la Europa esta religion batalladora, y de las brillantes civilizaciones con que llegaron á deslumbrar al mundo en los pavorosos dias de la edad media, en los que (y éste es su innegable título de gloria) por haberse consagrado los maestros y doctores de sus renombradas escuelas al estudio y conservacion de la ciencia gentilica y cristiana, fué el islamismo instrumento glorioso de progreso y de cultura: como que por arábigas traducciones se conocieron en Europa algunas esclarecidas obras de la sabia antigüedad, ricas preseas traídas por los árabes, del Oriente, que vinieron á acaudalar el riquísimo tesoro de las nacientes literaturas europeas.

Almeria, en la segunda mitad del siglo xi, fué tal vez el primer puerto del Mediterráneo y un gran centro, como queda indicado, de prosperidad y de cultura. Pero de todo aquel brillo y magnificencia sólo queda un poético recuerdo y los restos

imponentes de su alcazaba solitaria; pues hasta sus antiguas cercas y muros y sus arábigos y cristianos baluartes, han sido derruidos ante nuestros ojos, quedando apenas huellas ni vestigios del recinto de la ciudad histórica, sin que inscripciones, ni seculares monumentos arquitectónicos, atestigüen en nuestros dias los hechos, que tan bella y poéticamente hallamos consignados en las crónicas musulmanas.

Es inútil, por lo tanto, buscar documentos de verdadero valer en la misma Ciudad de Almería acerca de aquel período *de su antigua perdida grandeza*, siendo preciso estudiarle en los escritos de musulmanes y mozárabes que con gran provecho para la Historiografía española publican y analizan nuestros modernos orientalistas. Con la irrupcion de los almoravides empieza á decaer la que fué corte fastuosa de la noble dinastía de los Benu-Sommádh hasta venir á convertirse en el siglo xii en un pavoroso nido de piratas que tenian difundido el terror y el espanto en la Europa cristiana: entonces tuvo lugar el famoso asedio y toma de esta plaza por el emperador Alonso VII, sin que tampoco de este suceso de verdadera importancia europea, en aquella época, se encuentren en la ciudad arqueológicos testimonios, y hay que buscarle referido en rudo Poema latino, en Crónicas de Aragon, de Cataluña ó de Génova ó cantado por la lira melodiosa de los poetas provenzales.—Despues de una decena de años volvió á caer bajo el yugo de la morisma y siguió hasta los postreros dias del siglo xv corriendo la varia suerte del reino granadino, hasta que fué entregada en 1489 á los católicos monarcas de Aragon y de Castilla.—Sólo desde este memorable suceso de la Reconquista se hallan en los Archivos civiles y eclesiásticos de Almería documentos de carácter histórico.—Las instituciones mas antiguas subsistentes en aquel pais son las que fundaron los Católicos Monarcas: es en vano por consiguiente buscar en los archivos de su Municipio ni en el de su almenada catedral gótica erigida á principios del siglo xvi, esa riqueza de códices y preciosos monumentos que se han venido custodiando en las antiguas basílicas españolas y en sus famosos monasterios, desde aquella mística Edad media en que la Iglesia cristiana fué árbitra de las naciones, en que prestó su sublime inspiracion al Arte, en que fué madre y protectora de las ciencias y de las letras.

Desde el siglo xvi la historia de Almería se confunde con la historia general de la Pátria restaurada; siendo de escasa importancia los sucesos ocurridos en su suelo, pues desde entonces empobrecida la diócesis ó provincia con la espulsion de los moriscos, acosada y llena de espanto por las armadas turcas y berberiscas y afligida por continuos terremotos y calamidades hasta principios de este siglo, no ha podido tener la influencia que otras ciudades y provincias de España en la Historia general de la Península.

Por la rápida mirada que acabamos de tender hácia el pasado histórico de esta ciudad andaluza, se puede deducir que su edad de Oro la tuvo en el undécimo siglo, cuando se vieron regido sus destinos por los califas mahometanos.—En aquella edad dorada se encerraban en su recinto suntuosos palacios cuya hermosura y espléndida riqueza celebran las leyendas musulmanas; Almería era entonces floreciente emporio del comercio en la España mahometana; y al cebo de sus esquisitos frutos, de sus ricos metales y primorosas mercaderías acudían bájeles de Pisa, de Genova, de Alejandria y de los mas remotos puertos de la Siria.

Almería fué un gran departamento marítimo en tiempo de los Humeayas y una córte regocijada, culta y floreciente mientras estuvo venturosamente regida por el sultan Mahomad-ben-Man, el Motasim, uno de los caracteres mas dulces y simpáticos de su tiempo.—Así las Historias musulmicas de aquel reinado se muestran tan galantes, cuando hablan de la opulenta Almería, apellidándola *mina de la riqueza, esencia de la vida, residencia de todo bien, saludable y provechosa, fortaleza de la elevacion en el refugio, y de larga é ilustre memoria*.—Los geógrafos é historiadores árabes que escriben á mediados del siglo xii afirman que en toda el Andalús ó España mahometana «*habia gente mas rica, mas industrial ni de génio comercial superior al de los hijos de Almería*». Poetas, filósofos, botánicos, médicos, jurisconsultos y políticos señalados nacidos en esta ciudad, entonces venturosa, dieron lustre á la España mahometana y de ellos se han salvado fragmentos preciosísimos; de sus vidas y empresas literarias se conservan interesantes pormenores en los escritos de los historiadores y biógrafos orientales, y de ellos hemos tomado nota con imponde-

rabable infinito júbilo, porque le tenemos indecible en encontrar todo lo que de una manera auténtica, puede comprobar el antiguo esplendor de la noble ciudad que nos ha servido de cuna, —por cuyo engrandecimiento, prosperidad y gloria suspiramos todos sus hijos (1)

(1) Para el estudio de la *Historia de Almería desde la invasión agarena hasta la espulsion de los moriscos*, deben consultarse como apreciables fuentes bibliográficas:

La Crónica del moro Raxis.

Las Crónicas cristianas de los primeros siglos de la Reconquista.

Ajbar-Machmúa.—Traducción de Emilio Lafuente.

Aben-Adzari.—Historias del Andalus, traducción de Fernandez Gonzalez.

Conde.—Historia de la dominación árabe en España.

Dozy.—Historia de los musulmanes, traducida y anotada por Castro.

Dozy.—Investigaciones sobre la Historia y la Literatura de España durante la Edad media, traducción de Machado.

Dozy.—Scriptorum Arabum loci de Abbadidis.

Casiri.—Bibliotheca arábica escurialensis.

El Kartkás, traducido por Mr. Beaumier.

Historia de las dinastías mahometanas por Al-Makkari, traducida en inglés por Gayangos.

España sagrada, del Padre Florez.

Crónica de Sandoval.

Poema de la toma de Almería (Almería expugnata).

Rodrigo de Toledo.—Historia de los árabes.

Estoria general de don Alonso el Sábio.

Diago.—Los Condes de Barcelona.

Pujades.—Crónica universal del Principado de Cataluña.

Bleda.—Corónica de los moros.

Orderico Vidal.—Historia eclesiástica.

Anales de Aragon, por Zurita y el Compendio histórico de Garibay.

El Idrisi, geógrafo árabe.

Simonet.—Descripción del reino de Granada según los escritores árabes.

Simonet.—Biografía de O mar ben Hafsún.

Mármol.—Descripción de Africa.

E. Lafuente.—Inscripciones árabes de Granada y reseña histórica de los reyes Alahmares.

Lafuente Alcántara.—Historia del reino de Granada.

Orbaneja.—Almería ilustrada.

Schack.—Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia, traducción de don Juan Valera.

Sedillot.—Historia de los árabes.

Fernandez Gonzalez.—Los mudejares.

Fauriel.—Historia de la poesía provenzal.

Anales de Génova.

Hernando de Baeza.—Relaciones de los últimos sucesos del Reino de Granada.

La Crónica de Bernaldez.

La Crónica de Pulgar.

Los Anales de los Reyes Católicos, de Galindez de Carvajal.

Pedraza.—Historia eclesiástica de Granada.

Washington Irving y William Prescott.

Cartulario de Alonso de Castillo.

Diego Hurtado de Mendoza, Luis del Mármol Carvajal y Ginés Perez de Hita, historiadores de la Rebelion y Guerra de los moriscos.

Morales.—Crónica general de España.

Historias generales de Mariana, Masdeu, Romey, Lafuente, etc.

Coleccion de documentos inéditos.

Memorias de la Academia de la Historia.

ASTRONOMIA POPULAR

LA TIERRA Y EL CIELO (1)

PRÓLOGO DE ESTA OBRA DE CAMILO FLAMMARION

POR EL TRADUCTOR DE LA MISMA

JOSÉ GENARO MONTI.

La ciencia antigua, educada aisladamente, sin noción alguna de la física ni de las fuerzas vivas del Cosmos, desprovista de instrumentos y de buenos métodos de exámen, dió significación sobrenatural á todos los fenómenos del mundo exterior, y creó el politeísmo griego y romano, origen de esa série in-

(1) La conocida y acreditada casa editorial de Gaspar y Roig, ha publicado en un elegante volúmen esta interesante obra, que es una completa descripción de los grandes fenómenos del Universo al alcance de todos. Esta obra ha sido vertida libremente al español, y ampliada y adicionada con notas por nuestro paisano y amigo D. José Genaro Monti, cuyos estudios astronómicos son tan estimados por las gentes ilustradas.

En nuestro deseo de dar completa idea de lo que es tan curioso libro, reproducimos el Prólogo con que lo encabeza su traductor. La obra de que nos ocupamos vá ilustrada con profusion de grabados, que contribuyen á la mas clara esplicacion del texto.—Véndese en las principales librerías de España: precio 16 rs.

concebible de preocupaciones y de absurdos que todavía no han desaparecido por completo, de la conciencia humana, no obstante los progresos de las ciencias y de la industria que han transformado todas las cosas, y han contribuido á la abundancia, al mejoramiento y bienestar que hoy disfrutan los pueblos modernos.

En los tiempos antiguos caminaban las ciencias por los tortuosos senderos del error y de las preocupaciones; en nuestros días el carácter que ofrece el progreso es muy distinto. No hay secreto, no hay fenómeno que no se someta á la investigación; todos los adelantos son patrimonio del mundo; y la ilustración, regenerando á los pueblos, crea nuevos elementos de vida, y abre por todas partes inagotables veneros de riqueza social.

El progreso se realiza, el progreso se cumple.

La sociedad moderna, como la antigua Niobe, sufre hoy una de sus mas gigantescas transformaciones.

Así como en el terreno político, merced á una ley eterna de la historia, todo se agita y se transforma hasta el punto de que la edad presente no puede considerarse sino como la transición natural y lógica del viejo mundo de la tiranía al nuevo mundo de la libertad, del mismo modo en el estudio de la Naturaleza todo se transforma y adquiere nueva vida, hasta que llegue el día ¿quién sabe? en que el hombre se eleve al verdadero conocimiento del mundo, y pueda someter, por el libre ejercicio del pensamiento, á la unidad de un principio racional todas las maravillas del Cosmos.

Esta perfección de la ciencia en el porvenir la anuncian, hacen presentirla los adelantos de hoy.

Haughton, aplicando á la biología los métodos de la geometría y de la mecánica teórica; Jellet examinando los fenómenos de la óptica física para llegar á una teoría verdaderamente racional de la luz; Reynolds recomendando el estudio de la fisiología como único capaz de proporcionar conocimientos positivos en medicina; Purser utilizando la fuerza que se transforma en calor por el movimiento de las mareas; Darwin estableciendo que todas las especies pueden reducirse á una sola de donde han salido las demás; Berthelot con sus importantes combinaciones de la glicerina con los ácidos y sus estudios sobre los cuerpos grasos; Brown buscando un principio fundamental de

la química para relacionar esta ciencia, por medio de una hipótesis, con la teoría general de la dinámica; Janssen, Lockyer, Huggins y otros astrónomos probando por medio de la análisis espectral que los cuerpos que existen en la Tierra se encuentran tambien en el Sol y en los planetas de nuestro sistema, siendo esto aplicable á todos los grupos estelares del Universo; Redfren estudiando la constitucion íntima de la sangre para determinar la distincion que existe entre las sustancias cristaloideas y las coloides; Thompson, en fin, aplicando la mecánica á los caminos de hierro para hacer menos frecuentes los accidentes desgraciados ocurridos por los descarrilamientos, todos estos sábios eminentes, apóstoles de la verdad y del progreso, aunque por tan distintos caminos, no solo contribuyen con esos trabajos gigantescos á ensanchar los dominios de la análisis matemática, aspiracion hoy de la ciencia, sino á mejorar las condiciones generales de la vida y á asegurar el bienestar de la humanidad en el porvenir.

Con estos adelantos, ¿cuál será el porvenir de la civilizacion monstruosa de Occidente? ¿A dónde llegará la humanidad si las ciencias siguen floreciendo como hasta aquí, y no desaparecen por las mismas causas que desaparecieron en Egipto, Grecia y Roma? Pues que la ciencia, como la Naturaleza, es una trasformacion sucesiva y permanente, y acercarse cada vez mas á la perfeccion es su destino, ¿habrá quien dude del progreso?

Al émpazar el siglo XIX, la industria aun no habia ensanchado las esferas de la vida, ni alcanzado grandes conquistas de la ciencia y del arte; pero de poco tiempo á esta parte la riqueza material se ha desarrollado en virtud de la subdivision del trabajo y de los secretos arrancados á la mecánica; y los descubrimientos y los grandes inventos prestan relevantes servicios á la sociedad; que á este portentoso resultado, han sabido llegar los hombres de la ciencia de los tiempos modernos; los que han reducido á conocimientos populares las ciencias mas abstractas, y traducido al lenguaje vulgar el fruto de sus penosas investigaciones; los que han reconstituido las civilizaciones encontradas en las ruinas de Nínive, de Babilonia, de Menfis, de Tebas y de otros pueblos antiguos; los que han descifrado las escrituras cuneiformes y han sabido leer las inscripciones de los templos de Henné y del obelisco de Luxor; los que

han descubierto los restos fósiles del hombre en los terrenos cuaternarios, y han explorado las regiones polares, las de la Australia y del Africa; los que han unido el mar Rojo al mar Mediterráneo, y han hecho atravesar el génio de la civilizacion moderna por las entrañas mismas de los Alpes; los que han sometido á su voluntad la electricidad impalpable; los que han acortado las distancias y unido á los pueblos entre sí, por medio del vapor y del telégrafo; los que han creado, en fin, todo este admirable orden de cosas moderno que dignifica al hombre, y estrecha mas y mas cada dia las relaciones de su espíritu con la Naturaleza.

Este es el carácter distintivo de la ciencia del siglo XIX, á cuyo desarrollo y perfeccionamiento contribuyen con éxito glorioso todos los pueblos cultos de Europa y de América.

El pensamiento humano, que es absolutamente libre, no tiene fronteras ni se limita en el estrecho círculo de las arbitrarias divisiones prescritas á las nacionalidades por la ambicion de los tiranos: su poder, como la atmósfera que nos rodea, se estiende por todas partes, vá mas allá del tiempo y del espacio, hasta perderse en lo infinito. Merced á esta cualidad esplendorosa del pensamiento y á sus continuos esfuerzos para sondear los abismos de la Naturaleza, bien puede decirse que nada hay oculto á la observacion. Los fenómenos celestes, que no hace mucho tiempo estuvieron sin revelarse, cediendo hoy al impulso irresistible del progreso se prestan á las investigaciones humanas.

Hasta mediados de este siglo la análisis matemática encerraba el Universo en las tablas de logaritmos, y enseñaba que los cuerpos celestes no eran otra cosa que globos de luz mas ó ménos voluminosos, lanzados en el vacío con velocidades diferentes. Hoy, por el contaario, la ciencia astronómica consiste no solo en el estudio y conocimiento exacto de las magnitudes de los cuerpos celestes, de sus respectivas distancias, de sus diversos movimientos y de sus masas, sino tambien en el estudio y detenido exámen de la organizacion del Universo viviente, en los elementos físicos que constituyen la naturaleza de los astros, y en averiguar en la forma y condiciones especiales en que está esparcida la vida en esos mundos lejanos.

Tal es el objeto grandioso de la divina Astronomía, síntesis

sublime que lo abraza todo, desde el átomo llamado Tierra, hasta las nebulosidades mas remotas de los cielos; síntesis que por sí sola suministra mas datos y testimonios para probar la habitabilidad de los cuerpos celestes, que todas las elucubraciones de los filósofos juntos. Y en efecto, á la descomposicion de la luz solar, debida al génio de Newton; al descubrimiento de su espectro hecho por Fraünhofer, y á los repetidos ensayos practicados por Bunsen y por Kirchhoff sobre los espectros de la luz producida por los cuerpos simples, ha sucedido como consecuencia lógica en nuestra época un maravilloso procedimiento conocido en la Astronomía física bajo el nombre de *análisis espectral*, por medio del cual se pueden descifrar los secretos de la naturaleza íntima de los astros, y conocer la semejanza de composicion química que existe entre la Tierra y los demás planetas.

Con estos adelantos el Universo presenta un aspecto sorprendente hasta aquí desconocido. El cielo no es ya una esfera cristalina en la cual están enclavados los astros como creia Job y las teogonias antiguas: sus vastas soledades, la oscuridad de esas regiones, se han convertido en foco inagotable de vida, de luz, de movimiento y de sublimes armonías. Los soles, interpuestos delante de soles, irradian en el éter torrentes de luz, de calor y de electricidad, que no solo llenan de vida á los mundos que á su alrededor gravitan, sino que establecen en todo el Universo la misteriosa solidaridad que existe entre las fuerzas cósmicas. Y todos estos astros, todos estos sistemas gigantes no están fijos en el espacio: impulsados por la atraccion, giran sobre sí mismos y en el infinito en órbitas inmensas como nuestro Sol: forman grupos siderales, tienen manchas provenientes de las reacciones químicas que se verifican en las sustancias ígneas que los constituyen, y por medio de la *análisis espectral* se ha llegado á conocer hasta la constitucion física de esos globos de luz, conquista gloriosa de la Astronomía contemporánea que parecerá absurda á los espíritus pequeños, que en su crasa ignorancia, no conocen la Naturaleza, ni la riqueza que hoy atesora el progreso.

En medio de este universal conjunto de mundos y de sistemas estelares, la Tierra no es otra cosa que un punto perdido en la inmensidad, y la humanidad que la habita, una po-

bre familia de las innumerables que pueblan los espacios infinitos.

Estos conocimientos son de primer orden, y prestan un nuevo sello de grandeza y magestad al estudio de la Naturaleza.

Rompiendo el valladar de las preocupaciones seculares, eterna rémora del progreso, la ciencia moderna, no solo ha ensanchado el Universo, sino los horizontes de la vida infinita que se agita por todas partes: centellea en las ondulaciones del éter, brilla en la luz de las estrellas, palpita en las atmósferas de los planetas animándolos con su hálito creador, y regula toda la grandeza de la creacion universal.

La analogía entre la Tierra y los demás planetas, y la que existe entre el Sol y las estrellas, es un hecho físico incontrovertible. Hoy no juzgamos estos cuerpos como vastas soledades ó desiertos sombríos flotando alrededor del Sol: la unidad de las fuerzas físicas y el sentimiento general de la vida se revelan ya mejor á nuestro espíritu, y podemos estudiar á esos hermanos nuestros bajo sus aspectos físicos, geográficos y climatológicos, considerándolos como estancias habitables. Y en efecto, hijos del Sol, emanados de su ardiente atmósfera, los planetas no son estraños entre sí: las mismas fuerzas, las mismas leyes los rigen. Se han formado lentamente en virtud de idénticos procedimientos de evolucion, y con arreglo á sus distancias del Sol, á sus volúmenes, á sus masas y á sus movimientos respectivos; y sus elementos constitutivos tierras, aguas, gases atmosféricos y demás, son análogos á los terrestres, ó solo difieren en las proporciones; y esto que la ciencia enseña y que estaba presentido desde antiguo, pone fuera de toda duda que los planetas son mundos reales como el nuestro, con sus montañas y con sus mares, con sus llanuras y continentes habitados por humanidades hermanas nuestras.

La exposicion, pues, de los fenómenos cósmicos que encierra la historia de los mundos, su estudio general y filosófico, el exámen profundo de los hechos y de las maravillas que ofrece la Astronomía estelar y planetaria, y las conclusiones especulativas y fisiológicas que acreditan la existencia de la vida ultra-terrestre, constituyen unos estudios de una utilidad y de un mérito extraordinario, dignos por cierto de que se popula-

ricen en España, donde desgraciadamente los conocimientos astronómicos son tan extraños.

Todos los escritores científicos contemporáneos, todos los que estudian la Naturaleza y aman la verdad, tienden con sus trabajos á vulgarizar la ciencia, esto es, á destruir el valladar que separa al pueblo de toda nocion científica, presentando el resultado de la contemplacion física del mundo á la inteligencia de todos en una esposicion clara y estética.

Entre estos puede incluirse por su laboriosidad incansable á Camilo Flammarion, pues el mérito de este escritor consiste en haber recopilado de una manera general y metódica, en armonía con los conocimientos recientes, cuanto se refiere á la habitabilidad de los cuerpos celestes, y cuanto se ha dicho sobre este asunto desde las doctrinas de los Vedas y los dogmas de Zoroastro, hasta Cyrano de Bergerac y Fontenellé, en virtud de los fantásticos viajes que la imaginacion humana, sedienta de hallar la verdad, se ha permitido hacer por los espacios celestes á fin de resolver á su manera el importante problema de la vida universal. En este caso se encuentran todas sus obras y especialmente la *Pluralidad de Mundos Habitados*, y *Los Mundos Imaginarios y los Mundos Reales*, en las cuales, á pesar de su indisputable mérito, brilla mas la imaginacion que el juicio analizador y la verdad científica.

El libro que ofrecemos hoy á nuestros lectores, publicado en Paris en 1877 por Flammarion bajo el título de *Petite Astronomie Descriptive*, es de una índole muy distinta. En él no se espone la hermosa doctrina de la pluralidad de los mundos habitados, sino los principios mas fundamentales de la ciencia astronómica, haciendo al efecto un bosquejo del cuadro entero del Universo; pero escrito por Flammarion con destino a la juventud estudiosa de París, es sóbrio en la forma y su carácter elemental, y así todas las definiciones y símiles que en él emplea para poner al alcance de la inteligencia de los jóvenes los fenómenos celestes, están consignados en un estilo sencillo, en lo cual ha procedido lógica y acertadamente.

Un libro escrito en este sentido tan familiar, que es el adecuado para vulgarizar la enseñanza pública, pierde su interés y no responde al objeto de la propaganda, al ser traducido literalmente, mucho mas si como sucede con la *Petite Astrono-*

mie Descriptive no se hace otra cosa que explicar someramente, indicar mejor dicho, las maravillas celestes sin entrar en detalles, y sin consignar siquiera los descubrimientos verificados de algun tiempo á esta parte en la Astronomía.

Para salvar este inconveniente y dar á los asuntos que abraza toda la estension que requieren y toda la libertad propia de nuestro idioma, á fin de hacer mas clara y fácil la inteligencia de las doctrinas astronómicas, nos hemos decidido por una version libre, en la cual, ajustándonos únicamente al plan trazado por Flammarion, hemos omitido lo que en rigor podia pasar por accesorio, y ampliado y modificado aquellos puntos en que mas lo exigia la importancia del asunto ó la sobriedad del texto, en cuyo caso se halla comprendida toda la obra, excepto el último capítulo que trata del Calendario.

Hemos dado á este libro el título de *La Tierra y el Cielo*, en lugar del de *Pequeña Astronomía Descriptiva*, por considerarlo mas conforme con nuestra lengua y mas adecuado al objeto y plan del mismo, toda vez que en él se explican desde la figura de la Tierra, su posicion en el espacio y los fenómenos provenientes de sus movimientos de rotacion y de traslacion alrededor del Sol, hasta la grandesa objetiva de los espacios siderales.

Los adelantos mas importantes realizados en estos últimos tiempos en la diviua ciencia del cielo, no los pasamos desapercibidos; y muy especialmente los que se han hecho desde 1877 en que Flammarion publicó su *Petite Astronomie Descriptive*. Asi entre otras muchas observaciones y descubrimientos trascendentales, citamos el de varios asteróides, el de los satélites de Marte, el de la estrella aparecida repentinamente en la constelacion del Cisne, el paso de Mercurio por delante del disco del Sol observado el 6 de mayo de 1878, el *probable* descubrimiento del planeta Vulcano, y el resultado de las observaciones practicadas en Cuba sobre el eclipse total de Sol del 29 de julio de 1878, por nuestros ilustres marinos, los únicos hoy en España que se interesan por el esplendor y porvenir de la Astronomía, y cuyas observaciones somos los primeros que tenemos la satisfaccion de darlas á conocer en nuestra pátria.

Tambien publicamos por vez primera en una obra de Astronomía, una relacion detallada de todos los aerolitos ó piedras

del cielo que han caído en España, y hacemos una ligera descripción de la famosa lluvia de estrellas fugaces observada por nosotros en Málaga en 1866, cuyo fenómeno está considerado como el acontecimiento cósmico mas notable de estos últimos tiempos. La mayor parte de estas noticias interesantes y otras sobre diferentes asuntos, las hemos incluido en el texto; mas para evitar la difusión que hubiera ocasionado comprenderlas todas en los capítulos respectivos, hemos hecho varias adiciones en forma de notas, en algunas de las cuales nos permitimos manifestar sinceramente nuestro juicio, pero sin acrimonia, sobre ciertos puntos en que no estamos conformes con las opiniones de Flammarion.

Para la mejor inteligencia de los fenómenos hemos hecho trazar espfeso algunas láminas, entre éstas las que representan los diferentes aspectos observados en la corona solar por la comision española, durante el eclipse de 1878, las cuales están tomadas de dos magníficas fotografías que ha tenido la amabilidad de remitirnos el sábio astrónomo don Cecilio Pujazon, Director del Observatorio de San Fernando. Y con el objeto, en fin, de destruir la prevencion desfavorable que tienen muchos contra las medidas de las distancias celestes, hemos trazado la figura inserta en la página 232 á fin de dar una idea del método principal de que se valen los astrónomos para determinar la paralaje del Sol, ó la distancia que lo separa de la Tierra.

En nuestro trabajo hemos empleado un lenguaje sencillo y claro hasta donde nuestras pobres facultades nos lo han permitido, para que el lector, cualquiera que sea su instruccion, no tenga necesidad de fórmulas difíciles, ni esplicaciones técnicas, que impidan comprender las verdades científicas, pues la mayor parte de los que leen una obra didáctica quieren que se les hable sencillamente y con naturalidad, por ser este el medio mas eficaz para hacer comprensibles las cuestiones mas profundas. Tambien hemos procurado no insistir en cosas generalmente conocidas, fijándonos con predileccion en las que no lo están, con el fin de vulgarizar mejor las hermosas enseñanzas de la Astronomía en nuestra patria, tan refractaria á este ramo del saber humano, á causa del atraso en que se encuentra, por desgracia, en el progreso de las ideas.

Emancipémonos de esta ignorancia y aprendamos en los libros de ciencias de los grandes pensadores todas las verdades, todas las bellezas que atesora la inagotable mina de la Naturaleza. Conocer la organizacion del Universo, las maravillas de los cuerpos celestes, la naturaleza y dimensiones del globo que habitamos y la estrecha relacion que existe entre todos los seres, para no vivir como autómatas, es un estudio elevado y rico de emociones de toda clase que no requiere una tarea tan difícil como se cree: es tan fácil como leer una novela ó una poesía que á nada conducen, siendo en cambio el resultado mas útil, mas verdadero y mas interesante, pues como ha dicho Euler, la Naturaleza, eterna fuente de inspiracion y de belleza, escede en mucho á todas las fábulas y á todas las creaciones de los poetas y novelistas.

Despreciar, pues, la Astronomía como lo hacen en nuestra pátria la mayoría de sus habitantes, y aun aquellos que siguen carreras especiales y que se precian de entendidos y literatos, considerándola como una ciencia pueril de mero entretenimiento, es un error estremadamente absurdo que revela pobreza de ideas y una instruccion mezquina, toda vez que lo que mas engrandece á la Astronomía y hace de por sí su apología mas alta, es la circunstancia de haber sido la causa de la propagacion universal de los conocimientos, y de la civilizacion de todos los pueblos.

Para poderse formar una idea de la importancia científica y social de la Astronomía, baste decir que sin esta ciencia la sociedad no podria ordenar las épocas y la sucesion del tiempo; la cronología y la historia estarian sin guia; la agricultura no seria tan productiva; la medicina aplicaria sin oportunidad sus remedios; la navegacion no hallaria conductor en la soledad de los mares; y sobre todo, la geografia no existiria, los pueblos ignorarian sus posiciones respectivas y las relaciones y medidas de sus distancias.

La Astronomía, además, eleva estraordinariamente nuestro espíritu. Las maravillas que nos descubre cautivan el entendimiento; ensanchan los horizontes de nuestra razon; desarrollan en nuestras almas el sentimiento de lo infinito; despiertan en nuestros corazones nobles afectos, altas aspiraciones, y nos presta, en fin, por su grandeza un verdadero preservativo con-

tra las miserias de la vida. Mas á pesar de esto, fuerza es decirlo, no sabemos que admirar mas, si las maravillas del Cosmos ó la inteligencia del hombre que ha logrado poner los astros bajo sus plantas, y obligar á la Naturaleza á contarle sus secretos.

El hombre, estudiando el eterno curso de los astros; analizando todas las peculiaridades físicas de la materia; descubriendo la misteriosa relacion que existe entre todas las cosas; dando unidad á la diversidad de los fenómenos naturales que, segun Hegel, se hallan como traducidos en nuestras representaciones internas, aplicando, en fin, las leyes de su espíritu á la Naturaleza entera, ha formado las ciencias para que demuestren toda su grandeza, y para que reflejen toda la brillantez de sus ideas. El hombre, pues, es la corona del Universo: todas las grandes ideas son destellos luminosos del sol de su inteligencia.

Madrid, Marzo de 1879.

UN SAUCE (1)

POR

ANTONIO DE LOS RIOS ROSAS.

Ya se anubla la esfera en el Oriente;
ya en el ocaso el sol triste se abisma;
leve celaje rebozó su frente
de oro y de grana en matizado prisma:

De la serena luz risa postrera,
postrer aliento del cansado día,
que se consume en moribunda hoguera,
y su flebil adios al mundo envia.

Entre vapores despuntó livianos
la prestigiosa, la callada hora,
que junta de la noche los arcanos
con los destellos de la blanca aurora.

Aquí contemplo en la florida cumbre
que el ancho parque entorno señorea,
en vaga sombra y en dudosa lumbre
la natura morir que me rodea.

(1) Esta bellísima poesía, como otras que ya conocen nuestros lectores, también formará parte del libro que muy en breve va á publicarse con todos los trabajos literarios del ilustre Rios Rosas.

Allá se esconde en luenga lontananza
la escelsa villa, de Isabel asiento,
y el ojo que á sus torres se avalanza,
pierde á cada mirada un monumento.

Se hunde mas lejos la feroz cumbrera
de Guadarrama en lóbrego horizonte;
la tiniebla creciendo por do quiera
devora el valle y el erguido monte.

Triunfó la noche; mi pupila umbría
que de la tarde se abrevó en la escena,
ansia los rayos de la luna fria,
que coloren del bosque la melena.

Del sol despierta, soñolienta hermana;
álzate, antorcha del fulgor tranquilo;
la falleciente luz que de tí mana,
me alumbra del vergel en el asilo.

Que voy errando ya por la maleza
y medito en mi cruda desventura;
ay! ven; derrama plácida tristeza
en un pecho abrevado de amargura...

Y el astro en pos de clara estrella asoma
del firmamento en el azul riente,
y las flores exhalan nuevo aroma,
y murmura mas dulce la corriente;

Y lanza el ruiseñor blando gorgéo,
y el aura espira arrullo cariñoso,
y la floresta en mórbido meneo
vibra las hojas de su seno umbroso.

Así revives, plácida natura,
y sollozando en tiernas armonías,
asi te aprestas de la noche oscura
á gozar las calladas alegrías.

El rayo de la mágica lumbrera
entre las ramas del jardin vacila;
ved del lloron la muelle cabellera
que á torrentes lo bebe y lo destila.

Él resbala en su tronco giganteo
y la corteza retorcida baña,
y en vislumbres de tibio centelleo
su verdeiente bóveda enmaraña.

Y parece una y otra tersa hojuela,
mecida al soplo del lascivo ambiente,
enjambre de luciérnagas que vuela
luciendo con fulgor intercadente.

Y así el doble color de tu cabello
y el puro aljófár que tu sien recrea,
en varia llama inundan, sauce bello,
la atmósfera que en torno te rodea.

¡Oh encanto, encanto que en el alma cria
visiones tristemente halagadoras!
Altar de la flebil melancolía
eres, ó sauce, que en el huerto lloras.

Ay! no el recinto que tu copa escuda,
profanaré con paso temerario;
aquí, apartado entre la breña ruda,
contemplaré tu mágico sagrario.

¿Quién sabe los misterios que atesoras
bajo el dosel de tus pimpollos denso?
¿Quién sabe, oh sauce, que en el huerto lloras,
si arde en tus aras escondido incienso?

¿Quién, si una ofrenda de abundoso llanto
corre á deshora por tu tronco frio,
cuando mas negros de la noche el manto
sus pliegues desenvuelve en el vacío?

Allá interrumpa del dolor el culto,
postrer amparo al corazon doliente,
con sacrílega risa y torpe insulto
el hombre imbécil que el dolor no siente;

Que yo avezado al temporal mundano,
movido al soplo del destino injusto,
á venerar me ádoctriné temprano

del infortunio el sacerdocio agosto.

Arbol añoso, que en tu tierna infancia
creciste al par del bosque primitivo,
donde acosó del moro la arrogancia
entre el jaral al oso fugitivo;

¿Cómo burlaste la segur impia
que en tus hermanos hizo crudo estrago?
Oh, cuántas veces contra tí alzaría
su airado filo en pavoroso amago!

Y vives hora, y tu flexible rama
la fugaz rosa á saludar se inclina,
y juega en torno de la humilde grama,
y descuella mas alta que la encina.

¿Guardas, oh sauce, guardas la memoria
de las edades que por tí han corrido?
De mil desdichas la ignorada historia
salvar pudieras tú del triste olvido!

Tú, de los infelices confidente,
cuéntame las pasadas amarguras;
dime del lloro y del gemido ardiente,
que acogiste en tus bóvedas oscuras.

¿Ese murmurio que en tu copa suena,
eco será de sollozar ageno?
¿esas perlas que vierte tu melena,
lágrimas que bebió tu blando seno?

¿Entre los surcos de tu tronco anciano
geroglíficas páginas archivadas?
Ay! dame descifrar algun arcano
de esos que al vulgo despiadado esquivas!...

Mas ¿qué hechizado quejido
á tus plantas, sauce, mana?
Jamás halagó mi oído
acento de arpa lejana
con tan plácido sonido.

Ni de la fuente el murmullo,

ni de tórtola el arrullo,
ni del ruiseñor el canto,
ni olor de tierno capullo
inspiran mas dulce encanto.

Otra vez!... y se derrama
blandamente en la espesura,
y la conmueve y la inflama,
y no hay pimpollo ni rama,
que no gima con tristura.

Los ojos clavo embriagado
al pié del árbol frondoso,
y en celaje nacarado
vagamente bosquejado
bulto miro vaporoso.

¡Será el génio del dolor,
que leve queja murmura
con prestigioso dulzor,
y despierta la natura,
y la enciende en santo amor?

¡Un suspiro lastimero,
moribundo y hechicero!
¡Al pié del sauce á deshoras...!
Adios, oh sauce, que lloras!
Yo tus misterios venero.

CONSIDERACIONES

ACERCA DEL ORIGEN DEL LENGUAJE

POR

JUAN QUIRÓS DE LOS RIOS.

Tres grandes hechos sobresalen en toda la ciencia tomada en su mayor generalidad: estos tres hechos son la creacion y sus faces sucesivas, el diluvio histórico universal, y la dispersion de los pueblos, consecuencia, segun el historiador sagrado, de un suceso que modificó el lenguaje, hasta entonces uniforme de la familia humana. El lenguaje, como se desprende del texto de las Sagradas Letras, y en sentir tambien de muchos filósofos, fué revelado por Dios al hombre. Esta es una tésis que todos los pueblos de la antigüedad admitieron sin el menor esfuerzo, ó á lo menos que nadie trató de investigar, siquier no fuese mas que someramente, cuando el génio creador de la ciencia empezaba á remontar su vuelo por toda la creacion, no solo analizando los mares y los astros, los aires y las montañas, y en una palabra, todo cuanto aparece mas ó menos visiblemente sobre la gran escena del globo, sino hasta introduciéndose en el seno de la tierra, ya para sacar á la luz del sol sus

inmensos tesoros, ó ya para hacer profundos estudios que viesen á corroborar importantísimas verdades.

De estos estudios progresivos fueron brotando, por decirlo así, sirviéndoles la filosofía como de escabel, la astronomía, la química, la geología, la medicina, y en una palabra, la mayor parte de las ciencias que son hoy orgullo del hombre.

El hombre, empero, que siguiendo siempre los impulsos de su admirable naturaleza, todo lo estudia, todo lo analiza, dejó pasar miles y miles de años sin estudiar y sin analizar una de las mayores misteriosas facultades que posee: el lenguaje. La palabra, sin la cual no se concibe ciencia alguna, puesto que ni aun se concibe sociedad, pasó casi desapercibida para los primitivos filósofos; ¡la palabra! y diremos con un historiador moderno, de la cual proceden todo el perfeccionamiento del hombre y todos los tesoros de la tradicion; ¡la palabra! que une lo pasado á lo presente, y lo inmediato á lo mas remoto; ¡la palabra! intérprete de las generaciones extinguidas, base de la dignidad del hombre y de sus altos destinos, supuesto que necesariamente se comprenden en ella la conciencia y el entendimiento, sirviendo no solo para comunicar las ideas, sino tambien para el amor, la reconciliacion, el mando, la justicia, y aun para la misma creacion.

Sin embargo, aunque tarde, vino un tiempo en que á la palabra le llegó tambien su vez, sirviendo ella por sí sola en toda su extension para formar una ciencia nueva, ciencia que á pesar de los muchos sábios que la han dado la mano, todavía puede decirse que se halla en la infancia. Ya se comprenderá que aludimos á la *Etnografía*.

Como principio ó preliminar de esta ciencia, cuyo objeto es el estudio comparativo de todas las lenguas conocidas, á mas de la investigacion del idioma primitivo, se considera como muy principal y necesaria, y lo es en efecto, una cuestion importantísima, la del origen del lenguaje; si éste fué comunicado al hombre por revelacion divina, ó si por el contrario, es pura invencion humana. Sobre esta cuestion trascendental é importante en extremo, vamos á ocuparnos en el presente artículo, examinándola dentro del terreno de la lógica. Así nos lo exigen el asunto y la mayor parte de los filósofos que de él se han ocupado.

Creen algunos, que el hombre, sin haber oído antes hablar, no hubiera hablado nunca; luego si el primer hombre habló, fué porque Dios le habló á él antes. «Si el hombre, dicen, nunca hubiera oído hablar, se hubiera quedado sin el uso de la palabra, como todos los dias lo están demostrando los sordo-mudos, los cuales, si andando el tiempo aprenden un lenguaje de signos, es porque viven en una sociedad educada por el idioma. Las distinciones lógicas, las gradaciones de los tiempos, de los modos y de las personas, ¿cómo era posible que hubiesen sido inventadas por el hombre, supuesta la ignorancia de sus primeros dias? ¿Cómo era posible, para decirlo de una vez, que el hombre hubiese podido inventar el maravilloso artificio del lenguaje? Centenares de siglos hace que ahullan los animales, y sin embargo en nada se parecen al lenguaje humano sus inarticulados sonidos.»

En primer lugar, nosotros creemos que los que así se explican caen en una triste contradiccion. Ellos mismos son los primeros en sentar y defender que Dios crió al hombre en un estado completo de perfeccion, puesto que le crió *á su imagen y semejanza*, y sin embargo niegan que el hombre pudiese hablar sin oír antes á su Criador. Pues entonces ¿de qué servian al hombre todas sus facultades intelectuales unidas al don de la palabra ó facultad de hablar? Porque la cuestion es ésta: tanto los partidarios de la revelacion como los que la combaten, admiten como inconcuso que Dios concedió al hombre la facultad de hablar, y esto no tienen mas remedio que admitirlo, porque de otro modo entonces si que no habría hablado nunca. Luego en lo que no convienen, es en la manera como habló, pues como ya hemos visto, unos dicen que fué enseñado por Dios, y otros sostienen que el hombre no tuvo lenguaje articulado en mucho tiempo; y si solo lenguaje natural, que es el que constituyen los gritos, los gestos, etc.

Analicemos estas diferentes doctrinas.

Si unos y otros admiten la facultad de hablar como inherente á la inteligencia del hombre, ¿cómo los unos dicen que hace millares de años ahullan los animales, y que sin embargo no han llegado á componer un lenguaje? La razon es bien sencilla: no lo han compuesto ni lo compondrán nunca, porque son irracionales, porque no les ha sido concedido el don de la pa-

labra. ¿Cómo el hombre, preguntáramos nosotros á nuestra vez, á pesar de estar dotado de esa inteligencia que le ha hecho creerse el rey de la creacion, no se remonta como el águila y traspasa las mas elevadas nubes? ¿Cómo no imita con toda su ciencia y su saber esos dulcísimos gorgoros que oye en el bosque exhalado por un animal á quien es capaz de ocultar la hoja mas pequeña del álamo? La razon, repetimos, es obvia: porque el hombre no tiene la propiedad que fué concedida al águila, como tampoco la que es envidia de todas las aves, la del ruiseñor.

Fatorum arbitrio partes sunt vobis datae:
Tibi forme, vires aquilae, lusciniæ melos,
Augurium corvo, leva cornici omina...

dice Fedro en una de sus sapientísimas fábulas, palabras que llevan á establecer que cada uno de los seres de la creacion en particular, posee una propiedad que lo distingue y separa de los demás, de tal modo que nunca pueden confundirse.

Una cosa parecida sucede á los sordos-mudos; no habian, porque les faltan dos cosas muy necesarias para poderlo hacer, que son: la facultad de articular y el oido.

Volvamos ahora á los que combaten estas ideas.

Dicen, pues, que los hombres, despues de haberse desarrollado de los gérmenes materiales que les dieron origen, vivieron arrojados como por la casualidad, sobre una tierra confusa y selvática, y que obedeciendo puramente á la ley de la necesidad, inventaron primero ciertos gritos convencionales, que fueron las interjecciones, y que de éstas se fueron elevando poco á poco á las demás partes del discurso.

Entre estos filósofos descuellan Condillac y Volney, los cuales representan al hombre como el *mutum et turpe pecus* de los antiguos, *arrojado por casualidad*, segun dicho del último, *á un país desierto é inculto, huérfano abandonado de la mano desconocida que le produjo*, y descubriendo los primeros elementos de la vida social, segun el principio y procedimiento indicados por el poeta epicúreo:

Ergo si variei sensus animalia cogut,
Muta tamen quum sint, emitere voces,
¿Quanto mortaleis magis oequum est tum potuisse
Dissimileis aliá atque aliá res voce notare?

Este modo de considerar el origen del lenguaje ha sido y es repetido en nuestros dias con bastante frecuencia: es el principio, por decirlo así, de la escuela de los estóicos.

Creer que el linaje humano tuvo un periodo mas ó menos largo de mutismo, valiéndose solo para comunicar sus ideas, de los ademanes, los gritos y los gestos, es creer en una fábula, por mas que haya habido filósofos que lo sustenten; entre ellos Mr. Coucin, el cual dice que para convertir los signos naturales en verdaderos signos y constituir el lenguaje, basta con que repitamos deliberadamente, esto es, por un acto de voluntad, los gritos, los gestos y los ademanes que antes hacíamos solo por instinto. Esta repeticion voluntaria, es, en su concepto, el convenio primitivo, sin el cual no es concebible ningun contrato ulterior entre los hombres.

La opinion del célebre fundador de la escuela ecléctica estriba en dos hechos psicológicos, cuya verdad está fuera de toda duda. En efecto, es cosa averiguada que los gritos, los gestos y los ademanes, fruto de los varios estados del ánimo, son signos que ponen á éste de manifesto á los ojos de los demás; y lo es tambien, que la voluntad dirige en seguida esos mismos signos, que comenzaron por ser iustitivos, valiéndose de ellos para expresar las ideas y los afectos del alma. De aquí el arte mímica y la accion del orador.

Pero dada como inconcusa la verdad de estas observaciones, no por eso deja de subsistir el problema en el mismo estado en que se hallaba. ¿Pues qué, y diremos con un filólogo moderno, de que los signos naturales puedan convertirse en artificiales por ministerio de la voluntad, se sigue de aquí acaso que este acto voluntario sea el eslabon intermedio que haya de unir los dos extremos de la cadena? ¿Qué pruebas existen para convencernos de que de esta manera se verificó el tránsito de uno á otro lenguaje?

Nosotros creemos con Humboldt, Remusat, Leibniz y otros célebres etnógrafos y filólogos, que si en la cuna del género humano se hubiese hablado, ó mejor dicho, hubiera existido solamente el lenguaje natural, el lenguaje de los gritos y de los gestos, ese mismo lenguaje existiria hoy tan solo, y seria el único con que expresariamos, aunque muy pobremente nuestros pensamientos.

Una prueba de ello, y poderosa, es la siguiente: vemos en el progreso de la sociedad que tanto las ciencias como las artes se van perfeccionando de día en día considerablemente, y sin embargo, ninguna nueva perfeccion notamos introducida en las lenguas, y ninguna de estas, desde que las conocemos, ha adquirido un nuevo elemento esencial. Las lenguas semíticas, aunque inmediatas á las otras en algunos siglos, no han inventado el tiempo presente, ni los tiempos y modos condicionales: tampoco han inventado ninguna nueva conjugacion ó particula para evitar al *van* copulativo la necesidad de expresar una relacion cualquiera entre las partes de un discurso; sus alfabetos carecen de vocales, y ellos no han sabido, ó al menos no han querido dárselas. Por otra parte, los chinos, ¿cómo no han variado los principios fundamentales de su idioma, tan poco exacto y tan confuso aun para ellos mismos? Y si fijamos nuestra consideracion en los toscos americanos que hablan el *maya* y el *betoy*, encontraremos en su lengua dos formas del verbo, una que indica el tiempo, y otra que expresa simplemente la relacion entre el atributo y el sugeto. ¿Cómo aquellos hombres tan rudos pudieron inventar esta perfeccion tan lógica? ¿Por qué nosotros los europeos, tan engreidos con nuestra civilizacion, no la introducimos en nuestros idiomas? No, el hombre no introduce estos cambios tan radicales en su lengua; antes por el contrario, pone el mayor conato en conservarla intacta, si no en los accidentes por lo menos en cuanto á su naturaleza.

Creemos haber demostrado la imposibilidad de que el hombre estuviese primero en el estado que pretenden algunos, y que pasase despues, por mero convenio, ó por mera casualidad, á formar el lenguaje articulado. El hombre, dado caso que pudiera nacer y vivir solitario, no transformaria en palabras semejantes á las que componen los idiomas que conocemos, los gritos naturales que forman la principal parte del lenguaje que creen algunos primitivo. Para hacer esta transformacion háce menester el auxilio de los otros hombres, y como este auxilio supone la existencia de la sociedad, vendremos á concluir que si el lenguaje es invento humano y posterior á los dias de la creacion, la sociedad ha debido precederle; mas ¿cómo pudo existir ésta antes que los asociados se entendie-

ran? La idea misma de asociacion, no supone necesariamente el acuerdo de los que se juntan para constituirla?

Tal vez se diga que los signos naturales fueron los primeros vehiculos, por decirlo así, del conocimiento, y que el lenguaje artificial se fué formando lentamente repitiendo los gritos proferidos por instinto, y adaptándolos á significar los objetos, cuyas impresiones hubieron de ser causa de que saliesen de boca de los hombres; pero no consta en manera alguna que esto sucediese, y además, no es así como quiera la distancia que media entre los signos naturales y los artificiales, sino un abismo que vanamente pretenden colmar ciertos pensadores con sutilezas y con argumentos sacados de analogías casi siempre engañosas.

Los gritos que arrancan el temor, la alegría ó la admiracion son signos naturales de cada uno de estos afectos; mas si se comparan con esos gritos los verbos *temer*, *alegrarse* y *admirar*; si se examina cada una de las inflexiones para expresar los accidentes de tiempo, de modo y de persona, conoceremos que no es tan llano, como pudiera discurrirse á primera vista, el tránsito de las interjecciones á los verbos, ó lo que es lo mismo, el tránsito de los gritos y los gestos al lenguaje filosófico, atendidos su naturaleza y sus principios fundamentales.

Por lo que llevamos dicho, se comprenderá que los filósofos, al tocar la cuestion que nos ocupa, se han dividido en dos escuelas que podremos llamar *materialista* y *moralista*. La primera, que atribuye la invencion del lenguaje al hombre, invencion verificada muchos años despues de la creacion; y la segunda, que sostiene que el hombre habla porque Dios antes le habló á él, porque Dios articuló palabras para que el hombre las oyese y las aprendiese; en una palabra, que Dios le indicó el lenguaje que habia de usar.

Una y otra escuela están muy distantes de la verdadera senda, segun nos demuestra con su severa imparcialidad la lógica. Creer que el hombre no habló en mucho tiempo mas que con el lenguaje natural, y que el artificial ó articulado es invencion posterior suya, debida solo á un simple acto de su voluntad, ya hemos visto que es hasta absurdo, concedidas al primer hombre las mismas facultades intelectuales que vemos en los hombres de ahora, ya alienten bajo los rayos ardientes

del sol de Africa, ya en los países nebulosos y frios del Norte, ó ya bajo el espléndido cielo de las regiones del Mediodia.

Por otra parte, defender que el hombre, aun teniendo todas las facultades ya dichas, no hubiera hablado á no haberle enseñado á hablar el mismo Dios, es cosa que calificaríamos de herética, si no comprendiésemos la buena fé con que lo dicen quienes tal sustentan; porque á la verdad, esto de convertir al Omnipotente en una especie de pedagogo del hombre, parece que se opone á toda razon y lo rechaza toda idea mas ó menos desarrollada que se tenga de la Omnipotencia divina. Crió Dios el mundo todo de la nada, crió al hombre con un solo acto de su voluntad, le crió á su imágen y semejanza, *ad imaginem et similitudinem suam*; y sin embargo necesitó articular palabras junto á sus oídos para que las aprendiese y fuera formando su lenguaje! ¿Pues por ventura, no le habia dado ya, al crearle de la nada, una perfecta inteligencia alumbrada por los vivos resplandores de su divinidad?

Tal vez estas consideraciones, y concluirémos, en contraposicion con la doctrina de los naturalistas, hicieron decir al gran Humboldt que la palabra es inherente al hombre, ó lo que es lo mismo, que la palabra es á las ideas lo que el alma es al cuerpo. Esto mismo, aunque con distintas expresiones, ha dicho tambien Bonald: el hombre, segun este filósofo, *piensa su palabra antes de hablar su pensamiento*, ó lo que es lo mismo, *el hombre no puede hablar su pensamiento, sin pensar su palabra*. El que piensa tiene palabras en la mente, al modo que el que habla tiene pensamientos en los labios; así el lenguaje es de tal modo necesario para el ejercicio de las facultades intelectuales, que si de él careciésemos, no tendríamos ideas. Despréndese de aquí que el hombre, luego que salió de las manos del Creador, empezó á hablar, primero consigo mismo, en su mente, y despues al encontrarse ante el otro ser de su misma condicion y naturaleza, con palabras articuladas que la mujer comprendia sin esfuerzo alguno, porque era la mitad de él mismo. El lenguaje, pues, es una consecuencia inmediata de la inteligencia con que al Supremo Hacedor plugo dotar á la mas perfecta y querida de sus criaturas.

FRAGMENTO

POR

PLÁCIDO LANGLE.

¡Humanidad!... cual las revueltas ondas
Del piélago bravío;
Cual los mundos que en giro rutilante
Ruedan sobre sus ejes de diamante
Por los cóncavos senos del vacío,
Te agitas sin cesar, y ora apenas
Arrastras del esclavo la cadena,
Ora, blandiendo la tajante espada,
Al mónstruo del terror tu mano enfrena.

Ahogó pujante el grito de victoria
La voz llorosa de tu inútil ruego,
Y los siglos guardaron tu memoria,
Que hallé esculpida, con buril de fuego,
En el libro gigante de la historia.

Sus páginas abrí, y estremecido
El calvario miré de tus dolores,
Y en el oscuro mar de los errores
Tu noble pensamiento sumergido.

Yo ví al siervo infeliz regar la arena
Del ancho circo con su sangre impura,
Ante la odiosa y criminal figura

Del César, que sus miembros encadena.
Perdida la virtud, postrada Roma
De repugnantes vicios en el lecho,
El moribundo imperio se desploma
Y en torpe bacanal se rasga el pecho.
El mundo entero, pária y maldecido,
Y con el vil estigma del ilota,
Ciego camina en su ignorancia, herido
Por el verdugo infame que le azota.
Y entre dioses y reyes y tiranos
Que le oprimen, no alcanza
Su redencion, y en sus delirios vanos,
Ni vislumbra la luz de la esperanza!

Despues, buitre feudal que se cernía
Sobre tu triste y lívida cabeza,
Hoyó con saña impía
La augusta majestad de tu grandeza.
Y se elevaron místicas plegarias
Para oprimir el libre pensamiento,
Entonando canciones funerarias
En la rueda maldita del tormento!

¿Y siempre así? ¡las ondas agitadas
Del mar de tus ideas,
Seguirán, con revueltas oleadas,
Por fieras tempestades impulsadas
En luchas giganteas?
Oh! no; al son de los cetros que se rompen
Y al crujiir de las aras que se hunden,
Dió Guttemberg sus letras inmortales,
Y de Colon al grito, se confunden
Dos mundos eternals!
Galileo los célicos palacios
Borró con la vision del telescopio;
Montgolfier ha cruzado los espacios,
Y ha mostrado otro mundo el microscopio!..
Como rey de la ciencia
El hombre poderoso se proclama.
Y alumbra su conciencia
De viva luz la esplendorosa llama!

¡Qué importa que el terror del fanatismo
Quiera seguir el alma esclavizando,
Si el hombre vé ¡en sí mismo!
El soplo divinal que ahogó nefando?..
Tú, humanidad, en tu vital carrera
Culto darás al númen que te inspira,
Y extinguirás de la terrestre esfera
Las sombras del error y la mentira!

¡Pues qué! ¡vencida al yugo
Que osa cortar tu vuelo,
Podrá impedir el hacha del verdugo
Tu eterno afán de remontarte al cielo?
Si caminando sierva y fatigada
Sentiste el noble anhelo,
Entre los sueños de la edad pasada,
De hacer del mundo la mansión dichosa
Que forjára tu ardiente fantasía,
Idolos vanos alzarás, ansiosa
De muda calma y soledad sombría?
Ah! si postrada en la inacción, te espanta
La realidad desnuda de la ciencia,
Ya escucharás la voz de tu conciencia
Que te grita: «¡Levanta!»

Vates, pulsad la lira,
Alzad las nobles frentes,
Y la aurora entreved que el alma admira,
El porvenir cantando prepotentes.
Y al pronunciar vuestro glorioso nombre
Con respeto profundo,
Verán los siglos sublimado al hombre
Y á la verdad triunfante sobre el mundo!

LA FERMENTACION

COMO MEDIO DE MEJORAR Y CONSERVAR EL FORRAGE VERDE

POR

JOAQUIN COSTA.

Hace unos cuantos años ha principiado á generalizarse en Europa un procedimiento de conservacion del forrage (singularmente del de maiz), imitacion del sistema tradicional de conservar las coles en forma de *sauer-kraut* ó *choucrouste*, tan comun en los pueblos septentrionales. En nuestro país es apenas conocido, no obstante el escepcional interés que entraña para la ganadería y la agricultura de no pocas comarcas; y acaso sea todavía único el ensayo que acaba de practicar en Huesca con lisonjero éxito, el entendido agrónomo y propietario don Antonio Orús, ingeniero del Instituto agrícola de Gembloux. La siguiente sucinta noticia de ese ensayo podrá servir de plan ó de guia á los agricultores que tengan el buen acuerdo de imitarlo.

Una hectárea, próximamente, medía el campo que se tomó por base: habíase sembrado de maiz á voleo, cortóse éste á la sazón en que principiaban á despuntar las mazorcas, y produjo de 50 á 54.000 kilógramos. En el año próximo se promete doblar, y aun triplicar este rendimiento, por medio de fuertes estercoladuras. La zanja destinada á recibir aquel producto mide 20 metros de longitud, 2'50 de profundidad y 2'50 de anchura media, y por tanto, 125 metros cúbicos de capacidad; de

modo que ha podido dar cabida á 50.000 kilogramos de maiz desmenuzado y comprimido por el peso de un hombre, porque segun se ha visto luego, cada metro cúbico en esta disposicion pesa cuatro quintales métricos, ó sea 400 kilogramos.—Una máquina corta-maiz (Mr. Pecard, París), movida por un hombre y alimentada por otro, sirvió para reducir las hojas y tallos á menudos fragmentos, que iban cayendo directamente en la zanja, mientras un tercer jornalero los apisonaba con los piés, á fin de expulsar la mayor cantidad posible de aire, y al par que ordenaba y emparejaba los estratos, valiéndose de un biello, los espolvoreaba con sal sin moler en la proporcion de 3 por 1.000. A la caída de la tarde, cuando habia de suspenderse el trabajo, se cubria la parte llena durante el dia con una capa de paja menuda y otra de tierra bien apretada, de 10 y 60 centímetros respectivamente, con objeto de protegerla contra el agua de lluvia, impedir el acceso del aire, y mantener la masa fermentable en un estado de presion que contribuye no poco al logro del resultado apetecido.—Algunos no se toman el trabajo de cortar los tallos, y los depositan enteros en la zanja; pero en este caso, la fermentacion es mas irregular, el maiz se penetra menos de la sal, la extraccion es mas dificultosa y ocasionada á dejar expuesta la masa á la accion directa del aire atmosférico, y por último, la zanja tiene que ser mayor para contener igual cantidad de forrage. Al contrario, otras veces se mezcla con el maiz paja de trigo, la cual, gracias al contacto de aquel y al influjo de la fermentacion, se enriquece considerablemente: así proceden algunos agricultores del Norte con los últimos cortes de yerba cuando el sol parece de la fuerza necesaria para enjugarla y convertirla en heno.

A los dos dias de cortado y ensilado el maiz dió principio la fermentacion tumultuosa; no habia recibido aún maíz el un extremo de la zanja, cuando ya se habia elevado en el otro la temperatura á 70 grados centígrados. En los diez dias que duró esta fermentacion hubo necesidad de ir cerrando las grietas que, por efecto de los gases desprendidos, se abrian en la capa de tierra que cubria la zanja; sin esta precaucion hubiese penetrado en ella el aire, determinando la fermentacion acética y aún la pútrida, segun se vió ya por experiencia en uno de sus lados.

Un mes despues de ensilado el maiz estuvo ya en disposicion de ser consumido por el ganado. A este efecto se extrae de la zanja en la necesidad necesaria para el consumo de un dia, cortando la masa verticalmente, á fin de que sea mas íntima la mezcla de la sal, y menor el contacto de la parte que queda con el aire exterior. Al principio repugnaron este alimento las vacas, y fué menester acostumbrarlas á él, mezclándolo en pequeñas porciones con la paja del pienso y aumentando la dosis poco á poco. Al cabo de una semana ya lo comian con avidez. La racion de engorde por cabeza de ganado vacuno de 500 kilogramos de peso en vino se compone de

Maiz fermentado.	20	kilógramos.
Paja de trigo.	5	»
Heno de veza.	3	»

Apenas habia trascurrido un mes, ya podian notarse las ventajas de este régimen de alimentacion, en la mayor rapidez del engorde y en el mejor aspecto de las reses sometidas á él. El ya nombrado agrónomo oscense, en vista de tan favorable resultado, se dispone á construir en el corriente año agronómico tres zanjassilos para maiz, revestidas interiormente de mampostería, abrigadas con un cobertizo en regla, y capaces para contener 300 metros cúbicos, ó sea 120 toneladas de este sustancioso y nutritivo forraje. El maiz verde constituye ya de por sí un excelente alimento para los animales domésticos; la fermentacion le añade nuevas excelencias. Cuesta poco, nutre mucho, y ocupa relativamente muy breve espacio. En la *Granja de Orus* no recibe otra ocupacion que la de cebar ganado vacuno; pero la agricultura española puede darle mayor extension consagrándolo á la manutencion del ganado lanar, en los dias de lluvias, nieves y hielos, en que se hace imposible sacar las reses á pastar, ó peligroso para su salud, ó contrario á la buena calidad de las lanas; así como despues de grandes lluvias, en que la ovejas destruyen con sus pezuñas y su diente las yerbecillas tiernas que nacen ó rebrotan, estorbando su crecimiento y disminuyendo en proporcion notable los productos eventuales, pero saneados, de las barbecheras, vegas, montes y majadas, así como los permanentes y normales de las praderas.

Siendo el fin del agricultor y ganadero transformar en carne

las sustancias minerales vegetalizables contenidas en la atmósfera y en el suelo, el cultivo del maiz como forraje ofrece una ventaja inapreciable, siempre que sea consumido en el punto mismo de produccion, y es el absorber y convertir en sustancia vegetal asimilable una gran cantidad de elementos inorgánicos, y reducir, por tanto, muy rápidamente á capital efectivo la riqueza meramente posible y potencial que aquellos representan, mientras yacen deparramados por el suelo, inertes y sin vida. Y como pueden ser restituidos en mayor parte y en estado perfectamente asimilable con el estiércol extraido del establo donde el maiz fué consumido, la tierra no se esquilma apénas ni empobrece, ni el rendimiento disminuye de un modo sensible, aun cuando su cultivo se prolongue durante muchos años, ni se retarda ni se suspende ese movimiento continuo que lleva la sustancia mineral desde el terron del suelo y el giro del aire, al vaso de la planta y al músculo del animal, y desde aquí otra vez al suelo y á la atmósfera, para entrar en un nuevo círculo de vida, y emprender una capitalizacion nueva.

La economía rural de nuestra pátria reconoce como uno de los dogmas fundamentales de su credo presente, la necesidad de que *la ganaderia alivie á la agricultura y la agricultura á la ganaderia*. Para lo primero ha menester producir mas carne y ménos trigo; para lo segundo, no fiar tanto en la produccion espontánea de la naturaleza, y basar la cria y sustento del ganado en el cultivo racional y sistemático de plantas forrajeras. En este supuesto el procedimiento de conservacion que queda descrito será un auxiliar de mucho precio, para llegar á esa suspirada conciliacion de las dos ramas principales en que se divide la industria de la tierra.

LA FLOR DE OTOÑO

POR

SOFIA TARTILÁN.

Bella, como la rosa que es la gala
De mayo en la estacion,
Brotó sin saber como una mañana,
Del huerto en un rincon,
En los últimos dias de Setiembre
Una lozana flor.

Recibiendo el rocío de la aurora
Y los rayos del sol,
El primero con perlas la engalana
De mágico esplendor,
Y el segundo la viste de colores,
De galas y arrebol.

Mas el viento de otoño despiadado,
Con hálito traidor,
Sacudiendo las perlas del rocío,
Sin tener compasion,
Marchitó de los pétalos hermosos
Las galas y el color,
Y arrancando por último las hojas
Deshecha la dejó.

Así, cuando el otoño de la vida
Abriga una pasion,
El rocío del alma la engalana
Con mágico arrebol,
Y el sol de la esperanza la colora
De galas y esplendor.

Mas el viento cruel del desengaño
Con hálito traidor,
Robándole matices y perfumes
La dejó sin color,
Y convirtiendo en lágrimas las perlas
Deshace la ilusion.

EL HOMBRE

HA PODIDO APRENDER DE LOS ANIMALES, DE LAS AVES

Y AUN DE LOS MAS VILES INSECTOS

DESDE LOS ELEMENTOS MAS SIMPLES HASTA LOS CONOCIMIENTOS MAS PROFUNDOS

DE LAS CIENCIAS Y LAS ARTES,

POR

SEBASTIAN PEREZ Y AGUADO.

«Por un principio que la Divinidad ha concedido al hombre somos los señores de todo cuanto existe. Por medio del *pensamiento*, don dispensado exclusivamente á él, nos elevamos sobre todas las cosas. Con él sujetamos la bravura de los elementos, imponemos silencio al rayo y le hacemos obedecer humildemente como á las mas pequeñas de las criaturas.»

Pueril vanidad del hombre que racionando así se considera como el único ser que ha podido penetrar en la naturaleza y arrancarla sus mas profundos secretos. Verdad es que el hombre es superior á todos los seres: es la obra portentosa y magnífica donde el Supremo Creador ostentó su omnipotencia: es la imágen de la Divinidad, señor del mundo y origen de la sociedad; empero porque al hombre se le hayan concedido tales privilegios, ¿podrá afirmar con arrogancia que los demás seres

animados carecen de todos los conocimientos que á él le enseñan? Nosotros juzgamos que los que contestan afirmativamente esta proposición no han abierto el gran libro de la naturaleza, ni estudiado la organización, desarrollo y funciones de los demás seres que pueblan el universo. Con algo más de filosofía y estudio, habrían visto que el hombre ha podido aprender de los animales, de las aves y aun de los más viles insectos, desde los más sencillos hasta los más sublimes conocimientos de las ciencias y las artes.

En efecto, si bien como dice un esclarecido filósofo del siglo XVI, con nosotros mismos nacieron la Lógica, la Retórica, la Poesía, la Filosofía moral y otras ciencias, nacieron éstas entre tan ruda ignorancia, que para lucir algo es menester un continuo trabajo, en que consumimos los años: y no de otra suerte que como se hallan los diamantes, la plata y el oro en los minerales con tan rústicas cortezas de tierra, que, si á fuerza de buril y del fuego no se limpian y labran, quedan inútiles; así es menester un largo curso de trabajo y fatiga para limar nuestros entendimientos y descubrirles las ciencias que están en ellos.

¡Qué lágrimas y desvelos no pasamos en más madura edad! Tanto leer, tanto escribir, tanto meditar para una poca luz que venimos á dar al discurso; y lo peor es que para ello fué menester que tuviéramos por maestros á los animales, con los cuales anduvo más cortés la naturaleza. Ellos, según nos hace observar el mismo filósofo, nos enseñan gran parte de las ciencias y artes. De las abejas aprendimos la política, de las hormigas la económica. Aquellas nos dieron ejemplo de la monarquía en el gobierno de uno: éstas de la aristocracia en reducirle á pocos y estos los mejores. Las grullas nos muestran la democracia, cuyo público cuidado se alterna entre todas. El milano enseña el arte de navegar, los remos en sus alas y el timón en la cola; la codorniz las velas; la araña el tejer; la golondrina el edificar; el elefante la crujía... Pero hagamos un examen más detenido en cada uno de los ramos del saber.

Física.—Si observamos un perro al pasar un río caudaloso, cuyas aguas corren con alguna velocidad, le veremos que no parte de un punto frente adonde se dirige, sino desde otro más arriba. Véase aquí al perro dando luz al hombre para formar to-

das las leyes del movimiento compuesto y establecer el siguiente principio: «Cuando un cuerpo es solicitado por dos fuerzas, cuyas direcciones forman un ángulo, el cuerpo se mueve en direccion de la diagonal del paralelógramo formado por las fuerzas inelentes, y su intensidad está representada por la misma diagonal.»

A Newton, apellidado con razon génio inmortal, se debe entre otros secretos que su privilegiado entendimiento arrancó á la ciencia, la siguiente ley del movimiento que lleva el nombre de su autor: «Un cuerpo móvil permanece en estado de movimiento uniforme y en línea recta, hasta que otro cuerpo le hace cambiar de estado. Y sin embargo, Newton debería avergonzarse de su descubrimiento, considerando que la liebre le enseña prácticamente esta ley de inercia, cuando perseguida por un galgo muda de direccion á fin de que aquel, en virtud de la fuerza que le obliga á marchar en direccion recta, tenga que hacer un arco para cambiarla. En esto enseña tambien á los geómetras que la línea recta es la medida mas corta entre dos puntos.

La abeja da tambien lecciones al hombre, segun nos hace observar un sábio naturalista. «Sabemos, dice, que cuando se ha estraído el aire de un vaso, queda desequilibrada la fuerza necesaria para resistir á la presion del aire exterior, y las paredes del vaso se hallan por consiguiente oprimidas hacia adentro: así es que un vidrio llano se rompería, á menos que fuese muy grueso; y uno convexo, teniendo la fuerza de un arco, resistiría mucho mejor; pero cualquiera sustancia blanda, como el cuero y la piel seria aplastada en un momento. Mas si el aire se estrajese aspirándole poco á poco, la compresion seria gradual; y si no aspirase mas que la mitad, no se juntaria la piel comprimida sino en parte.» Pues bien, añade, «este es el modo cabalmente con que recojen las abejas el polvo fino llamado pólen y los jugos de las flores secas y algunos de las dedaleras, dentro de las cuales no pueden entrar por su angostura. La abeja ocupa con su cuerpo, toda la boca de la flor, y chupando el aire ó á lo menos gran parte de él, hace cerrar los lados mas blandos de ella, y comprime de este modo el polvo y el jugo hácia sí tan bien como podriamos hacerlo con la mano si la aplicásemos por la parte exterior.»

Un pájaro conoce tal vez mejor que el hombre todos los grados de la resistencia del aire, de su temperatura, de diferentes elevaciones, de su peso relativo, etc. Prevé mas que nosotros, é indicaria mejor que nuestros barómetros y termómetros las variaciones y mudanzas de este elemento móvil.

El cuervo nos enseña la impenetrabilidad de los cuerpos. Tucídides le atribuye la singular industria de atraer hasta su alcance el agua que habia visto en el fondo de un vaso muy estrecho, dejando caer dentro de él, y de una en una, algunas piedrecillas, que, amontonándose en su fondo, hicieron subir insensiblemente el agua, y la pusieron en estado de que pudiera beberla.

No menos admirable debe parecernos la abeja instruyéndonos en las *Ciencias matemáticas*. La disposicion de los alveolos de un panal de abeja prestó asunto á los sábios teoremas del famoso geómetra Pappo y del célebre arquitecto Vitrubio, y modernamente á los de Maclaurin y Koeng. Su contruccion en exágonos regulares ha dado á conocer á los hombres estas importantes verdades:

1.^a Que no hay mas que tres especies de figuras que se pueden ajustar exactamente sin dejar entre sí ningun vacio, á saber: el triángulo, el cuadrado y el exágono. Por ello, cuando se quiere embaldosar una pieza con ladrillos iguales, que se ajusten exactamente, se emplea una de las figuras mencionadas; pero de estas tres clases de figuras, el exágono ha merecido la preferencia, porque ninguna de las otras dos podia satisfacer las condiciones reunidas de aprovechamiento de superficie, ahorro de materiales y solidez de su obra arquitectónica. En efecto la figura de seis lados es la mas conveniente de estas formas, porque siendo sus ángulos mas obtusos, cualquier cuerpo redondo colocado en ella tiene mas espacio. Es la mas fuerte de las tres, y resiste mas á toda presion de adentro y de afuera porque participa de la fuerza de un arco. Es verdad que una figura redonda ofreceria mas resistencia; pero esta forma no llenaria la condicion de aprovechamiento de superficie, puesto que entonces se perderia el espacio comprendido entre los círculos.

2.^a Hemos considerado solamente la construccion de los panales de la celda; veamos ahora la de los techos y pavimen-

tos. Está probado por cálculos matemáticos, que para dar la mayor fuerza y aprovechar todo el lugar posible, deben construirse el techo y el pavimento de modo que su superficie sea igual á tres planos cuadrados, y estén de tal modo dispuestos, que se encuentren en un punto; y está probado tambien por una demostracion, que pertenece á los cálculos superiores del álgebra, que hay un ángulo de inclinacion particular y mútua de aquellos planos en donde se encuentran con lo que se ahorran mas materiales y mas trabajo que con ninguna otra. Pues bien, admiracion causa el ver á la abeja ofreciendo en sus obras estas saludables lecciones al rey de la creacion. Ellas hacen los techos y pavimentos de sus celdas de tres planos que se encuentran en un punto, y las inclinaciones ó los ángulos en que se encuentran son precisamente las mismas descubiertas por los matemáticos. ¡Quién, hubiera imaginado jamás que la abeja conoce los mas intrincados problemas de las ciencias matemáticas!

Pasemos á la *Medicina*. La golondrina usa con el mejor éxito la yerba llamada celidonia para las enfermedades de la vista. La mangusta acomete á las víboras y se alimenta de ellas; y cuando se ve mordida y siente los efectos del veneno, busca una raiz, á la que los indios han aplicado su nombre, y con este antídoto seguro contra el veneno consigue salvarse.

Plinio y Galeno atribuyen á la ibis la invencion de la lavativa, así como la de la sangria al hipopótamo. Y no son estas en sentir de Buffon las únicas cosas en que el hombre no fué mas que discípulo de los animales.

Plinio asegura tambien que el ansar ó ganso para purgarse usa la sibarita.

Si nos fijamos en la *Astronomía*, hallamos ejecutadas cuantas observaciones astronómicas nos dió el continuo desvelo de los hombres. El Cenacéfalo señala con sus ladridos las horas como relox animado y nos da á conocer el equinoccio. El ave Virio se deja ver en el dia de solsticio. Los delfines y los ána-des nos pronostican los temporales.

Tambien los animales instruyen al hombre en la *Química*. Esa radiante antorcha que, como ha dicho un ilustrado profesor, «ilumina al hombre en el tenebroso camino de la naturaleza, y sin la cual las artes mas decantadas no son mas que el

dudoso resultado de los afanes y sudores, las mas veces infructuosos, de unos trabajadores que sin la luz necesaria buscan los matices que reúne el prisma, y cuyos elementos en vano intentan conocer. Con ella al contrario se vanagloria el hombre de poder averiguar los elementos de todos los seres pertenecientes al reino inorgánico é igualmente á los del orgánico; domina, por decirlo así, á estos mismos seres, compone y descompone los primeros; y si bien la pródiga naturaleza le ha negado la facultad de componer seres orgánicos, le ha concedido á lo menos la de trasformarlos en otros seres por medio del mismo estudio. De aquí la preparacion del alcohol, la del ácido acético ó vinagre, la del ácido oxálico, la del azul de Prusia y otras infinitas preparaciones que tanta aplicacion tienen en el ramo de las artes; y de aquí tambien los ingertos y que podamos variar el aspecto del ganado, haciendo cruzar las crias y aun las castas.»

Y bien, haremos nosotros observar: el hombre que así domina la naturaleza y la obliga á trabajar á su capricho, no ha podido por el solo medio del alimento llegar á producir un cambio en la naturaleza del animal, una vez nacido; y sin embargo, admiracion causa el decirlo, las abejas poseen esta facultad y la ponen en práctica con la mayor frecuencia. Cuando pierden la reina, escojen una larva de las que han nacido para luego salir abeja trabajadora: de tres celdas construyen una, y colocándola allí, adaptan un tubo al rededor de la misma celda: construyen luego otra celda de forma piramidal, en la cual se desarrolla el gusano, suministrándole un alimento particular y prodigándole todos sus esmeros; y cuando pasa á trasformarse en abeja, nace reina y no trabajadora.

Y no son las ciencias las únicas en que el hombre tiene por maestro á los animales. Tambien en las artes recibe de ellos igualmente instruccion. Fijémonos en la *Música*. Observemos con Buffon al Burlon de América, el mejor cantor de todos los volátiles del mundo, sin esceptuar el ruiseñor en sentir de Nieremberg. «No solo canta con gusto, sino tambien con accion, con calma, ó por mejor decir, su canto no es otra cosa que la expresion de sus afecciones internas; se entusiasma á su propia voz, la acompaña con movimientos cadenciosos siempre adaptados á la inagotable variedad de sus frases, ya naturales, ya

adquiridas. Su prelude ordinario es elevarse poco á poco con las alas estendidas, dejar caer la cabeza hasta el punto donde la habia alzado, y solo despues de haber continuado por algun tiempo este caprichoso ejercicio, empieza la armonia de sus diversos movimientos, ó si se quiere de su danza, con los diferentes caractéres de su canto. Con la voz ejecuta gorgoros vivos y lijeros. Su garganta forma una cadencia brillante y bien marcada, que acompaña con una pulsacion ó movimiento de alas igualmente vivo y precipitado. Se lanza á la volabilidad de los arpejos y de los trinos, y los repite segunda vez con los multiplicados botes de un vuelo desigual y salteado. Da rienda suelta á su voz en esos sentimientos de tono, durante los cuales los sonidos al principio llenos y estrepitosos, se degradan cromáticamente, y al fin parece apagarse del todo, perdiéndose en un silencio que tambien tiene sus encantos como la mas dulce melodía.» ¿Y qué diremos del canario y ruiseñor? Oigamos al citado Buffon: «La garganta del ruiseñor es una obra maestra de la naturaleza, en la cual nada puede cambiar ni añadir el arte humano. Pocos pensarán que un canto tan variado como el de este cantor sublime está encerrado en los estrechos límites de una sola octava.»

Por no hacer demasiado largo este artículo, omitimos reseñar los profundos conocimientos que muestran los estorninos en el arte militar, y vamos á concluir exponiendo lo que hacen algunos insectos en la *Arquitectura*. Acostumbrados como dice Buffon á no ver mas que las obras de los hombres, pasan desapercibidas para nosotros las maravillas que ejecutan los animales. El hombre se engríe al contemplar esas magníficas obras arquitectónicas, producto de su inteligencia, ayudada de los instrumentos que ha sabido facilitarse, y sin embargo cuán lejos está de igualar á la hormiga, que, sin otros auxilios que el de su misma naturaleza, construye edificios á los que por su grandiosidad relativa no pueden compararse ninguno de esos que caracterizamos con el nombre de maravillas. Su nido es una ciudad que consiste en casas, calles y plazas con espaciosos y fortificados departamentos, que á la vez sirven de almacenes para las provisiones, y de segura cárcel para los insectos vivos que cuidan con el mayor esmero para alimentarse de su miel.

M. Malonet ha descubierto una de estas ciudades muy frecuentes en la América del Sur, cuya relacion, si no se hallase confirmada por varios testigos, pudiera parecer exagerada. Observó á grande distancia una elevada prominencia, y su guia le informó que era un hormiguero al que no podian acercarse sin peligro de exponer sus vidas. Su altura era de 15 á 20 piés y su base de 30 á 40 cuadrados. Sus lados se inclinaban de modo que parecia una pirámide truncada. Estos nidos los derriban á cañonazos, haciendo una hoguera al rededor para envolverlos en las llamas.

Todavia mas admirable, son los thermes construyendo sus *ciudades de las tinieblas*, cuya descripcion hace Michelet en los términos que siguen: «Figuraos un terreno de barro de 12 y hasta 20 piés de elevacion que cualquiera podria suponer al primer aspecto que es una cabaña de negros; pero desde cerca se conoce que es el producto de un arte superior. Su forma es la de una cúpula puntiaguda, ó si se quiere de una aguja obtusa que todo lo domina, pero la aguja tiene por sustentáculos cuatro, cinco ó seis especies de campanarios de cinco ó seis pies de altura. Junto á éstos hay otros como de dos piés. El conjunto podria pasar por una catedral de Oriente, cuya aguja principal tuviese una cintura doble de minaretes, disminuyendo en elevacion. Todo es de una extraordinaria solidez, y de un barro tan duro que expuesto al fuego, es el mejor ladrillo. No solo se suben muchos hombres en él sin moverlo, sino que hasta los toros salvajes se establecen encima para ver por la copa de los arbustos, que cubren la llanura, al leon ó la pantera que vienen á sorprender el rebaño. Esta cúpula está sin embargo hueca y el piso inferior que la sostiene está á su vez sostenido por una construccion casi hueca tambien que forma el encuentro de cuatro arcos de dos ó tres pies; arcos de forma muy sólida porque son puntiagudos, ojivales y de estilo gótico. Todavia se extienden por bajo de estas construcciones pasillos y corredores espaciosos con cielo raso, que se pueden llamar salas, alojamientos, en fin, amplios, cómodos, salubres, propios para recibir á un gran pueblo; en una palabra, toda una ciudad subterránea.

Un ancho corredor en espiral da vueltas y sube suavemente en el espesor del edificio. Ni puertas, ni ventanas, ninguna

clase de agujero: las entradas y salidas están distantes, ocultas; van á parar lejos en la llanura. Esta es la construccion mas importante, mas considerable que da testimonio del génio de los insectos, trabajo de paciencia infinita y de un arte audaz.

No debemos olvidar que esas paredes tan duras han estado al principio sujetas á desmoronarse; por lo tanto, ha sido preciso para levantar á tal altura ese titánico edificio una continuidad de esfuerzos, de construcciones provisionales, demolidas sucesivamente en cuanto habian servido á construcciones mas altas. Los albañiles han principiado por las pirámides exteriores de un pié y medio ó dos piés y luego han hecho las de la segunda fila. Cuando éstas se han solidificado y endurecido, ellos han minado intrépidamente la base para hacer los pasillos, los corredores y la escalera principal.

La misma operacion han hecho bajo la cúpula, acanalándola poco á poco por dentro; de manera que la gran bóveda hueca y su piso inferior se sustentase en las bóvedas estrechas de los cuatro arcos que forman el centro y la base del edificio. Observad que la cúpula se sostiene sobre ella misma, y que esas subconstrucciones le bastarian en rigor, porque las pirámides laterales no son sino auxiliares no indispensables. Este es el principio del arte verdadero, franco, audaz que, contando consigo mismo y con su cálculo, no pide ayuda á los apoyos exteriores; no necesita puntales ni machones. Es el sistema mismo de Brunellesqui. Este monumento es una obra maestra del arte, porque lo es de la utilidad.

Ahora, si quereis saber quienes son estos artistas admirables, os lo diré: son los seres mas despreciables de la naturaleza; magnífica irrision que hace Dios del hombre, Dios que gusta ensalzar á los mas pequeños! La Ménfis y la Babilonia, el verdadero capitolio de los insectos ¿por quiénes está construido? Por piojos, por thermes.

Su afecto por estas ciudades de las tinieblas es extraordinario: las defienden obstinadamente. Al sentir el primer golpe, cada uno se resiste á su modo: los obreros trayendo de adentro barro para tapar los agujeros; los soldados atacando á los agresores, y pinchándolos con sus aceradas lanzas hasta ensangrentarlos, agarrándose á la herida y muriendo aplastados an-

tes de soltar la presa. Si persistís en el ataque, si penetráis en el edificio, os admirarán el palacio, sus contornos, los pasillos, los puentes aéreos, las salas en que el pueblo tiene su alojamiento, las casas de maternidad para los huevos, las bodegas, las despensas ó los almacenes; pero id al centro: allí está el misterio de ese pequeño mundo; allí está su *paladium*, su ídolo incesantemente rodeada de una multitud que la cuida y la venera; es la reina ó la madre comunasombrosamente fecunda, de la que sale sin interrupcion un flujo de 60 huevos por minuto ó de ochenta mil huevos por día.»

Sería larga tarea reseñar las obras maravillosas que ejecutan los animales y la multitud de conocimientos que nos ofrecen.

Si á pesar de tan visibles muestras que acreditan inteligencia y discurso en los animales, hay todavía quien les niegue estas facultades, siquiera sean inferiores á las del hombre, concediéndoles solo esa idea vaga é indeterminada que llaman *instinto*, enhorabuena. No vamos hoy á disertar sobre este punto; pero no concluiremos sin decir con Feijoo, que de negarles inteligencia y discurso, segun otro día manifestaremos, se seguiria de exactos raciocinios que podrian formarse, que entonces el bruto en el modo del conocimiento era mas perfecto que el hombre.

EL ALMA DE HERMÓTIMO

POR

EDUARDO BUSTILLO.

Era Hermótimo un griego
que de la ciencia alimentaba el fuego
con una gran virtud, que hoy nadie tiene,
aunque nuestros filósofos son tantos,
y que al sabio inmortal de Clazomene
pudo ahorrar mil domésticos quebrantos.

Justo es que no lo calle;
pues si no habla de Hermótimo en detalle
á mi escasa memoria
la historia que escuché de experto labio,
que tenia mujer dice la historia,
y un sabio con mujer... es mucho sabio.

Digo, pues, que á mi griego,
que por la ciencia se mostraba ciego,
no le quedaban ojos
para mirar á su bendita esposa,
y esto á la hermosa le causaba enojos,
porque presumo que seria hermosa.

Y como las mujeres
 no recelan muy santos proceder
 de los pobres maridos
 que, en honestos quehaceres,
 van á emplear el alma y los sentidos
 de su casa por honra y por provecho,
 sospechará cualquiera,
 como yo lo sospecho,
 que Hermótimo, al buscar la paz del lecho,
 hallaba á su mujer hecha una fiera.

Sin cuidado del cuerpo, atento al alma,
 y desvaído y todo espiritado,
 con beatitud divina y santa calma,
 por alta aspiracion transfigurado,
 él, con sabias razones
 y conyugal paciencia,
 le cuenta sus lejanas excursiones
 por el campo infinito de la ciencia.

Y á tanta maravilla
 como el griego le dice en son de ruego,
 contesta tan acorde su costilla
 como quien nunca oyó ni ha hablado? el griego.

Si la mujer es necia,
 ¿qué le importan los sabios de la Grecia?
 Querrá... ¿qué ha de querer? á su marido
 tener siempre á la mano,
 siempre á sus pies rendido,
 de sus gracias eterno cortesano.

—«¿Para qué me casé?—la tal diría,—
 »¿para qué me case, Dios Himeneo,
 »con un hombre que un día y otro día
 »se va por esos mundos de paseo?
 »Aunque goza de sabio tal renombre,
 »¿cómo podrá en conciencia

»probarme á mí este hombre
»que se entrega no más á su alta ciencia?
»¿Por qué trae ese cuerpo tan rendido,
»débil y desmayado?
»¿Por qué trigos de Dios habrá corrido?
»¿En qué libros el tuno habrá estudiado?
»Yo sé que hay textos vivos
»que hacen perder á un hombre los estribos;
»y ¡éstos son, sólo éstos
»de mi marido los dichosos textos!»

Ay, amado Teótimo!
¡Qué situacion tan triste la de Hermótimo!
El que su vida en el estudio pasa,
¿quieres decirme tú por qué se casa?...

Prudente, reflexivo,
viendo que ya en historia pica el cuento
de aquel de su mujer genio tan vivo,
hijo de tan atroz temperamento,
buscó y halló, con sobrehumana ciencia,
medio de abandonar el cuerpo inerte,
y lanzarse al espacio en pura esencia
sin sufrir las angustias de la muerte.

No importa aquí saber qué sortilegio
dió al gran hombre tan alto privilegio.
El caso es que mi Hermótimo salía
á media noche ó al romper el día;
y al suave resplandor de las estrellas
ó á la primera luz de la alborada,
dejando que sus dudas y querellas
su mujer consultase con la almohada,
buscaba á su hondo afán el campo abierto
y, al lado del camino,
soltaba en una zanja el cuerpo yerto
y su alma se lanzaba á su destino.
¡Oh! con qué regocijo se bañaba

en sublimes y etéreos resplandores,
en que problemas altos estudiaba
dignos de los humanos pensadores!

Y despues ¡con qué pena descendia!
¡Qué horrible sufrimiento
cuando al mísero cuerpo al fin volvía,
porque á su pátria iluminar quería
con la luz que arrancaba al firmamento!

Pero, en una de aquellas excursiones,
la mujer, en razon de sinrazones,
por celos desvelada,
dejando las consultas de la almohada,
dispuesto su furor á mil fracasos,
quiso seguir de Hermótimo los pasos.

Del sábio la cruel media naranja,
que era todo un limon de puro acerba,
el cuerpo sólo halló junto á una zanja,
inerte y frio ya sobre la yerba.

¿Viuda juzgóse allí la fiera esposa?
¿O es que en el privilegio al fin creía
con que él gozaba vida tan dichosa
que frutos á la ciencia producía?
Su pobre corazon, haciendo agravio
del sabio á la alta gloria,
¿soñaba con marido menos sabio?

¡Todo podia ser!... Dice la historia
que la mujer, imperturbable, fria,
al contemplarle en su mortal reposo,
sin esperar el alma un solo dia,
hizo quemar el cuerpo del esposo.

Y el alma volvió al fin; pero ni un grito

lanzó al hallarse sin su cárcel triste;
tornó á cruzar gozosa el infinito,
donde aún de galas y esplendor se viste.

Crímen fué el de la esposa sin ejemplo,
y de él la Grecia se creyó vengada,
alzando al sabio un templo
donde nunca mujer tuviese entrada.

¡Oh, venturoso Hermótimo! Qué envidia
te han de tener los seres de este mundo
condenados en él á eterna lidia
con dolor mas intenso y mas profundo!

Poco sufriste al fin, pues la miseria
de tu esposa feroz diste al olvido:
ella gozó en quemarte la materia,
mas tu espíritu el fuego no ha sentido.

Ya no hay mortal que logre ni un momento
dejar el cuerpo vil en torpe calma,
y librarse cual tú del fuego lento
que poco á poco nos consume el alma!

IDEALES

POR

ANTONIO LUIS CARRION.

El sagrado rocío de la aurora
riega lo mismo al provechoso arbusto,
que á las plantas malditas que producen
empoñados jugos.

El mismo aire que llena los pulmones
del pez, del ave y del gallardo bruto,
infunde vida al tigre sanguinario,
y al reptil nauseabundo.

El mismo sol desde su trono envia
sobre la humanidad sus rayos puros...
y unos hombres son víctimas humildes,
y otros fieros verdugos.

¡Cuándo vendrán los dias en que todo
sea bueno y verdad, y bello y justo;
hora en que se iluminen los cerrados
horizontes oscuros!

¡Cuándo llegará el dia en que se encuentre
perfeccionado y redimido el mundo,
y sobre la virtud no se levante
el vicio con orgullo!

APUNTES PARA LA HISTORIA DE LAS LETRAS Y LAS ARTES EN MÉXICO

CONSERVATORIO DE MÚSICA Y DECLAMACION

POR

ENRIQUE DE OLAVARRIA Y FERRARI.

I.

Orígenes de la Sociedad Filarmónica Mexicana.—Parece cuento!—El maestro Melesio Morales.—«Ildegonda».—Los pueblos de idioma castellano.—El Club Filarmónico.—Palabras memorables de D. Ignacio Durán.—La Sociedad Filarmónica Mexicana queda instalada.

La Sociedad Filarmónica Mexicana, á cuya vida de diez años que al presente cuenta, deben las bellas artes gran porcion de la que gozan, es una sociedad eminentemente nacional y patriótica, una maravilla del espíritu de asociacion y el mas hermoso triunfo de la iniciativa individual.

Nacida en un modesto gabinete de estudio no cabe hoy dia en el vasto perímetro de una antigua Universidad; destinada á recrear á un corto número de amigos durante unas horas de la tarde del sétimo dia, deleita todo el año á la oculta sociedad de la capital, y surjida de la necesidad de distraer el ocio, comba-

te actualmente la ociosidad, repartiendo profesiones y el pan bendito del trabajo.

*
* *

Érase—¡parece cuento!—un hijo de aquel país, cuya espléndida naturaleza, cuyo cielo panorámico deshácense en armonías que se encargan de traducir las aves con el concierto de sus voces, las fuentes con el murmurio de sus aguas, las brisas con el susurro producido al columpiarse sobre las ramas tiernas de los árboles: esta *mdjica capilla*, como en mas de una tirada de sus deliciosos versos llama D. Pedro Calderon á semejantes conciertos naturales, habia hallado eco en el alma de nuestro héroe, que dotado de génio bastante para escribir sus impresiones, merecia el título que se le daba de maestro compositor. Su primer ensayo habia sido acompañar con la música de su patria las desgracias y los amores de esa creacion de Shakespeare de todos conocida, Romea y Julieta. Aquel ensayo tuvo la fortuna que todos los ensayos del génio tienen. Gustó. Su autor se animó á proseguir.

Pero... dejemos este estilo: hablemos de las cosas como las cosas son; sencillas y naturales.

*
* *

Despues del éxito obtenido con «Julieta y Romea» el maestro mexicano Melesio Morales se puso á trabajar su ópera «Ildegonda», cuyo *libretto* adquirió de un viejo cantante italiano, mediante dos pesos fuertes, y bajo la condicion de que, en caso que la *partitura* agradase y fuera representada, correspondieran al vendedor la mitad de las utilidades que la venta de dicho *libretto* produjera.

El tal *libretto* es malo, y si Morales no hubiera sido tan bisono en las cosas de teatro, jamás lo habria elegido para ponerle en música; pero es el caso que no pudo haber otro á las manos. Antonio Garcia Cubas y el maestro buscaron largo tiempo, y vanamente, un poeta que quisiese encargarse de escribir sobre algun argumento original. Los pueblos de idioma castellano jamás se han dado la pena, no diré de escribir *librettos* originales para sus compositores, pero ni siquiera de tradu-

cir y arreglar los de las óperas conocidas. Esto solo lo hacen los alemanes, los franceses, los ingleses, los italianos en su deseo de entender á los cantantes. A nosotros nos agrada mas que Carlos V, El Trovador, D. Alfonso, Hernan Cortés, y hasta los *infames* toreros de la Traviata, hablen como personas de buena educacion algun idioma extranjero. Para las citadas naciones es un motivo de agrado que un artista no compatriota cante alguna obra en el idioma del país que visita, para nosotros una muestra de respeto semejante, sería suficiente para que no concurriéramos al teatro..... *Ab uno disce omnes*: como dijo Virgilio.

*
* *

En 1863 el maestro habia concluido su «Ildegonda» y en 1864 trató de ponerla en escena con la compañía Biachi-Mazzoleni, que trabajaba en el teatro Nacional de México, y en cuya *tropa* musical estaba empleado Morales como segundo maestro ó por mejor decir, maestro de coros.

D. Jesus Dueñas, que desde que oyó sus primeras composiciones tuvo gran afición por su música, tomó empeño en que la «Ildegonda» hubiera sido puesta en escena. Entonces no pudo realizar sus deseos porque la compañía se vió precisada á abandonar el Nacional, al verse á su vez abandonada por el público.

En Agosto ó Setiembre 1865 volvió Biachi á tentar fortuna en el susodicho teatro al frente de una nueva compañía, en la cual pocos meses despues ingresó Angela Peralta, célebre cantante mexicana, que por primera vez iba á oirse en su patria como parte de una compañía italiana.

Duénas creyó conveniente volver á gestionar la representación de la «Ildegonda» y buscando de quien aconsejarse se dirigió á D. Joaquin Patiño, famoso conocedor de intrigas de bastidores. Patiño imaginó organizar un núcleo de amigos de Morales á fin de presentarse con cierto carácter de cuerpo ante el empresario Biachi, quien, por su lado, como buen negociante, habia prometido al maestro poner en escena su obra, si podia lograr que el Gobierno le subvencionase.

El núcleo de amigos ideado se reunió bien fácilmente: para ello bastó dirigirse á la casa del eminente profesor D. Tomás

Leon, quien acompañado de varios amigos, dedicaba las tardes de los días de fiesta á recrearse saboreando las bellezas de la buena música. Los congregados fueron Tomás Leon, Ignacio Durán Dueñas, Lázaro y Aniceta Ortega, D. Urbano Fomeca, Francisco Villalobos, Manuel Payno, Antonio Garcia Cubas, Agustin Balderas y algunos otros cuyos nombres no recuerdo. Todos protestaban con entusiasmo igual prestar su eficaz ayuda, acordándose desde luego tomar la denominacion de «Club Filarmónico» y como individuos de él presentarse oficialmente á Biachi: así lo hicieron, encontrando en él la mas ruda é interesada oposicion.

A esta altura se hallaban las cosas cuando llegó la Peralta, absorviendo por entero la atencion del público, quien á pesar de haber principiado á interesarse en la *cuestion Morales*, se desvió un tanto por admirar y aplaudir á la mexicana, que llegaba á aquella escena triunfante desde los primeros pasos en su carrera.

Pasados los primeros momentos, tornaron á la carga los amigos del compositor, pero no ya de una manera pacífica, sino con grande energía y haciendo punto de honor el cumplimiento de sus patrióticos deseos.

Cuatro meses pasáronse en unas y otras cosas sin lograrse que Biachi se decidiera á cumplir las promesas con que habia entretenido á los sócios del Club Filarmónico. Reunidos éstos una noche en la artística casa de Tomás Leon, lamentábanse de las demoras sufridas, cuando levantándose D. Ignacio Durán dijo estas ó semejantes palabras: «Amigos, el empresario italiano está en su derecho para tratar como comerciante sus asuntos sin cuidarse para nada del progreso del arte en nuestra pátria: la culpa de lo que nos sucede, nosotros la tenemos: si hubiese cantantes entre nuestros compatriotas nos burláramos de él...»

Y despues de un breve instante en que los concurrentes guardaron reflexivo silencio, exclamó con entusiasmo:

«La ópera no se dará, pero habremos ganado mucho sin embargo. Señores! es preciso, para concluir con las pretensiones de los especuladores, que formemos cantantes mexicanos. Formemos una sociedad con el objeto de dar educacion musical á los pobres, y de ella saldrán con el tiempo, mas ó menos bue-

nos artistas que puedan desempeñar las obras de los maestros que menos infortunados que Morales, puedan revelarse en el porvenir: siquiera ellos satisfarán sus nobles deseos mirando puestas en escena las obras de su génio.»

La proposicion fué acogida con unánime aplauso y la Sociedad Filarmónica que hoy sostiene un conservatorio en toda forma, quedó á los pocos dias instalada.

II.

Apertura de las cátedras.—Rápido crecimiento.—El primer concierto público.—La Italia del Nuevo Mundo.—Proteccion del Gobierno.—La ex-Universidad.—1871-72 y 73.—Verdadero carácter de la Sociedad.—Creacion del Conservatorio dramático.—Viva España!—Division de la enseñanza dramática.—5.000 alumnos.—Don Benito Juarez y don Sebastian Lerdo de Tejada como protectores del Conservatorio.—Distincion á la Junta directiva.—Disposicion del 2 de Setiembre de 1875.—Los teatros de México.—Autores mexicanos.—Autores españoles.—Propiedad literaria.—El problema.—Enrique Guasp de Pérís.—Sociedad de escritores dramáticos «M. E. Gorostizai.»

Aquí debo separarme de la historia particular del maestro Morales para extenderme sobre la de la Sociedad Filarmónica. Volveremos al compositor al tratarse de los miembros que forman la Junta directiva.

Cuotizándose segun sus haberes, los fundadores de la Institucion que me ocupan dispusieron local á propósito para las necesidades primeras, se convocó á la juventud estudiosa y las cátedras se abrieron bajo la base de enseñanza gratuita, ofreciéndose los profesores á servir sus voluntarios cargos sin esperanza alguna de retribucion pecuniaria, pero con las obligaciones y compromiso de todo empleado con sueldo.

En cuanto de tan ilustrada determinacion se tuvo noticia no quedó persona notable alguna en México que no se ofreciese á concurrir con cuantos elementos estaban á su alcance al logro de la patriótica idea. A los pocos dias el número de inscritos fué tal, que la Sociedad pudo con justicia creerse establecida sobre sólidos cimientos: habia llegado á ser una potencia artística.

Sonó la hora de demostrarlo así y se preparó un concierto público: entre las personas que como parte cantante figuraban en el programa se contaban las mas hermosas señoras de la mas elevada sociedad, los mas distinguidos profesores de la capital. El concierto proyectado convirtiéndose al realizarse en magnífica solemnidad. Pudo entonces apreciarse con cuanta justicia se le llama á México la Italia del Nuevo Mundo. La semejanza no estribaba únicamente en la belleza del clima y el paisaje, sino tambien en el amor y culto rendidos al arte y en las felices disposiciones de sus hijos para crear é interpretar lo bello en toda su lata expresion.

*
* * .

El local asignado á cada Cátedra llegó á ser insuficiente: los alumnos se multiplicaban y en todo México no podia encontrarse un edificio particular, bastante holgado para contenerlos.

El Gobierno creyó llegado el caso de prestar su apoyo y puso á disposicion de la Junta directiva el vasto edificio de propiedad nacional que habia sido el abrigo de la extinguida Universidad. La liberalidad de los socios protectores facilitó las cantidades suficientes para dar cómoda distribucion á las antiguas aulas, y los trabajos continuaron.

La Sociedad habia sido creada en 1866: en 1871 figuraban en los registros 434 socios: un año despues, habia aumentado el número en mas de ciento. En 1873 la Sociedad contaba con 93 protectores, 57 profesores, 98 literatos, 134 aficionados, 28 corresponsales y 9 artistas.

*
* *

Pero aun no he presentado á la Sociedad Filarmónica Mexicana en su verdadero carácter. La institucion no está limitada como de su nombre podria creerse simplemente al cultivo del arte musical. En sus cátedras se enseña á la mujer todos los ramos de la instruccion primaria y secundaria, y sus profesores tienen la gloria de mirar al frente de escuelas públicas y par-

ticulares á sus propias discípulas, trasmitiendo á la nueva generacion el fruto de sus laboriosas tareas.

La Sociedad Filarmónica ha consagrado una atencion particular al importante punto de abrir ámplios horizontes al porvenir de la mujer, y para conseguirlo creó las susodichas cátedras, cuyo resultado no ha podido ser mas satisfactorio.

La Sociedad Filarmónica, es pues, un importante plantel de educacion.



Pero aun faltaba mucho para completar una obra que tan grandes proporciones adquiria á cada instante. Este complemento lo obtuvo en 1870 al crearse por iniciativa del Sr. don Urbano Fonseca y del Dr. D. Manuel Peredo, el Conservatorio de declamacion anexo al de música. La inauguracion tuvo lugar de un modo solemne.

Hallábase en aquellos dias en México el eminente actor español D. José Valero, é invitado á la fiesta ocupó como presidente honorario el primer lugar en la mesa directiva, cuyos miembros deseaban que tan célebre artista pronunciase las sacramentales palabras de inauguracion. Concluido el concierto que como primera parte marcaba el programa, D. José Valero, cuyo modo de comportarse ante el público y con la sociedad mexicana hará eterna su memoria en aquel pais, aprovechando los momentos que de permanecer en la capital le quedaban, pues al siguiente dia regresaba para el extranjero, hizo de ellos ocasion para despedirse de los hijos de la República. Tal lenguaje empleó, de tal modo reflejó en él la grandeza de su alma de artista, de tal manera expresó su gratitud, que, arrebatando á los concurrentes, prorumpieron estos en Vivas á España! *los primeros* que de lábios mexicanos salian á contar del principio de la guerra de Independencia con la metrópoli. Los poetas que al acto concurrían brotaron entusiastas improvisaciones, la orquesta rompió imponente las notas del himno nacional español, alternando con la diana mexicana y todos los lábios gritaron y todos los corazones se conmovieron y en los ojos de todos brillaron las lágrimas del entusiasmo.

Qué fiestas tan hermosas aquellas que improvisa el corazón!

*
* *

La enseñanza en el Conservatorio dramático quedó dividida en cuatro años, según se expresa á continuación:

1.º Estudio del arte métrico é idioma castellano, estudio de las pasiones humanas y manera de expresarlas según la verdad y la estética: ejercicios prácticos.

2.º Historia universal. Arqueología teatral, trajes, decoraciones, muebles, etc.

3.º Curso general de literatura dramática española desde su origen hasta nuestros días.

4.º Literatura teatral griega, romana, inglesa, francesa, italiana y alemana.

*
* *

Desde entonces la institución tomó el nombre de «Conservatorio de música y declamación de la Sociedad Filarmónica Mexicana.»

Empresas tan colosales como estas, no dan desde luego resultados colosales también: para ello es preciso que la infancia adelante con seguro paso en la senda de la juventud. Esto es lo que ya comienza á lograrse, y no es poco conseguir, haber presentado á exámenes, quedando en ellos con lucimiento á quinientos alumnos próximamente por cada año de los diez que de vida cuenta la Sociedad.

*
* *

Desde poco después de su fundación, el Conservatorio sin perder ni un solo día su carácter particular é independiente, ha venido siendo protegido por los gobiernos nacionales. Mucho debe en este sentido al ilustre benemérito de la patria don Benito Juárez, y no hizo menos ciertamente su sucesor en la alta Magistratura D. Sebastian Lerdo de Tejada.

Rindiendo puro homenaje á la hábil é inteligente dirección del conservatorio, el último presidente citado le encomendó la

aplicacion de un decreto protector de la literatura dramática expedido el 2 de Setiembre de 1875. Dichodecreto señalaba una subvencion á una compañía dramática que debia comprometerse á poner en escena obras originales de autores del país.

La intencion fué tan buena como ineficaces los medios empleados para realizarla. Los resultados vinieron á demostrarlo asi. No existiendo en México ley alguna que obligue á las empresas teatrales á pagar derechos á los autores ni nacionales ni extranjeros, de nada podia servir subvencionar á un solo teatro para toda la república con obligacion de satisfacer tan justísimos derechos.

*
* *

No existiendo tratado de propiedad literaria con España y pudiendo en consecuencia los actores disponer á su antojo del fecundo catálogo de comedias castellanas sin tener que pagar por ellas derecho de autor, las obras de autores mexicanos no serán puestas en escena sino únicamente por la compañía subvencionada. Como desde luego se comprende, conociendo la escasa vida de los teatros de México, la representacion de composiciones nacionales en solo un coliseo de toda la república tiene cortísima importancia para los autores en cuanto al punto de vista material y productivo, pues aquel público, cualquiera que sea el mérito de la obra, no concurre á tres representaciones seguidas del mismo drama ó comedia, por ser escaso en número y exageradamente partidario de la variedad. En Madrid, muy mala tiene que ser la obra para que no soporte al menos doce representaciones: en México tiene que ser espléndidamente magnífica y perdonése la exageracion, para poder ser puesta en escena tres ó cuatro veces en toda una temporada. Así pues solo en el caso de que en todos los teatros de la república tuviesen los autores nacionales los mismos derechos que en el subvencionado, podrian sacar á su obra una mediana utilidad. Bien se comprende la imposibilidad de acordar iguales subvenciones á todas las compañías dramáticas, y en consecuencia éstas se guardarán muy bien de servirse de poetas mexicanos ni con su permiso, porque habrian de pagarles sus justos derechos, ni sin su permiso tampoco, porque segun un artículo del código civil mexicano, una obra puesta en es-

cena sin licencia de su autor, da derecho á éste para embargar el producto de entrada antes de la representacion, durante la representacion y aun despues de la representacion.

Además no seria prudente distraer de los fondos nacionales la enorme suma que dichas subvenciones importarian, cuando contra la avaricia de los empresarios de teatros, que es la causa única de que no se representen las obras de autores mexicanos, hay tan poderosa arma cual es la de cargar de igual manera todo drama ó comedia, nacional ó extranjera. El problema, si asi puede llamarse, queda reducido á poner á unas y á otras en igualdad de circunstancias. Una vez conseguida ésta, muy imbécil seria el empresario que se atreviese á ponerse en pugna con el espíritu nacional, rechazando las obras de autores del país.

No se me alcanza la razon que pueda haber para que se carguen con fuertes derechos de importacion artículos que pudieran llamarse de primera necesidad, y no se quiera hacer otro tanto con la introduccion de obras dramáticas en aquella escena.

Pero en fin, el primer paso era el difícil y ya está dado. Mas tarde, muy pronto quizá, vendrá lo demás.

*
* *

Antes de concluir con esta materia, diré que tomó una gran parte en los trabajos que dieron origen á la disposicion antedicha, el distinguido actor español D. Enrique Guasp de Peris, muy justamente estimado por el público de las Américas, ante el que tiene conseguidos muy levantados triunfos. Si todos sus compañeros en el arte manifestaran á su vez el mismo respeto y consideracion á los autores mexicanos, el teatro de aquel país, llegaria muy pronto á ser todo lo grande que pueden hacerle los talentos de sus hijos.

*
* *

La necesidad de un tratado literario internacional de propiedad literaria no es desconocida en aquel país y cuenta con

muy ilustres simpatizadores, por mas que tampoco le falten encarnizados enemigos.

Como una prueba de lo primero, puedo citar á mis lectores uno de los artículos del reglamento de la Sociedad de escritores dramáticos instalada en aquella capital el 4 de Diciembre de 1875. Dice así:

«Artículo 10.—La Sociedad iniciará por la prensa ó de otro modo, el pensamiento de la celebracion de un tratado internacional de propiedad literaria con España y otras naciones amigas.»

Este reglamento está formado por los Sres. Ignacio M. Altamirano, Ramon Manterola y José Rosas Moreno, y aprobado por la Sociedad en 7 de Diciembre del mismo año, bajo la presidencia del distinguido literato D. José Maria Vigil.

Esta declaracion de la Sociedad «M. E. Gorostiza» que así se nombra la de escritores que me ocupa, en memoria del poeta mexicano, debe haber complacido á cuantos han consagrado todo su empeño á tan importante fin.

Por mi parte, tanto en México como en España, he hecho en distintas ocasiones cuando me ha sido dable para conseguirlo, sin otra mira que la de ver progresar la literatura dramática mexicana, como yo creo que progresará el dia en que se haya marcado un «hasta aquí» á la avaricia de casi todos los empresarios de teatros.

III.

Teatro del Conservatorio.—Antonio Garcia Cubas.—Presidentes de la Junta directiva.—Los Sres. Martinez de la Torre y D. José Maria Iglesias.—Secretarios de la Junta.—El Doctor Manuel Peredo.—Miembros de la Junta.—Sres. Trigueros, Liceaga, Terreros, Baranda, Larios, etc.—Aniceto Ortega.—Tomás Leon.—El Maestro Morales.—Sus protectores.—Sus obras.—Conclusion.

La importancia de las fiestas públicas del Conservatorio llegó á atraer tal y tan distinguida concurrencia que difícil era dar á toda el lugar correspondiente.

En el antiguo salon de actos de la vieja Universidad había-

se improvisado un escenario en época anterior á la que nos ocupa; pero á falta de elegancia sobrábanle malas condiciones.

La Junta creyó conveniente crear un local elegante y á propósito, y lo que aquella distinguida corporacion concibe pocas ó ninguna vez, deja de llevarse á cabo: en el presente caso un miembro de ella, D. Antonio Garcia Cubas á quien ya mis lectores conocen, como ingeniero que es se ofreció á encargarse de la direccion de la obra del teatro, como habíase ya encargado de cuantas anteriormente fueron precisas, es decir, por espontáneo deseo y sin retribucion de ninguna especie: á su tiempo presentó los planos y el presupuesto y despues de examinarles detenidamente, se aprobaron. Solo faltaba el dinero, digo mal: el dinero no existia en las cajas de la sociedad, pero si en las de algunos de sus sócios que enterados del caso se cuotizaron en la respetable suma de seiscientos pesos hasta cubrir creo que la de diez mil que el presupuesto exigia. Necesario es convenir en que semejante caso en pocos paises se da.

Las obras comenzaron.

*
* * *

Por un vestíbulo pompeyano, obra de pintores de la Academia de San Carlos, bajo la direccion del Sr. Monroy, se pasa á un lindo saloncito de descanso y de éste á la hermosa sala pública decorada con toda la esplendidez propia del Renacimiento y en la que solo se emplearon el blanco y el oro. En la curva que sostiene el artesonado se levantan en relieve los bustos de los grandes dramáticos de todas las épocas y de todos los paises, con sus nombres y las fechas de su nacimiento y muerte, grabados en letras de oro.

La embocadura de la escena es riquísima y entre sus grupos de columnas corren dos telones, uno obra de los pintores de la Academia, bordado el otro por los alumnos del Conservatorio.

Detrás de la escena se extiende un salon destinado á facilitar la entrada y salida de los coros, y en su contorno se abren las puertas de los cuartos de actores.

El teatro del Conservatorio es el mas reducido, pero el mas bello de los de la capital.

*
* * *

Cuantos presidentes ha tenido la Junta directiva, otros tan-

tos han dejado imperecedera memoria en los anales de la Sociedad, por la gran cantidad de bienes que cada uno le trajo; pero no recordando los nombres de todos, me limitaré á citar únicamente los de los dos últimos, á saber, el Sr. Martínez de la Torre y el Sr. D. José Maria Iglesias. Ya conocen al primero mis lectores; es el segundo un eminente personaje político, orador insigne, consumado literato, una de las glorias en fin de aquella república: sus conciudadanos, que rinden culto á sus méritos, le honraron cuatro años hace con la presidencia de la Suprema Corte de Justicia y vicepresidencia de la Nacion. Tanto debe á entrambos el Conservatorio de música y declamacion que imposible me seria intentar un extracto sin pecar contra la brevedad que este libro me impone.

Tambien el secretario de la Junta tiene un cargo laborioso y difícil: cuantos lo han sido, lo han desempeñado con igual fé é inteligencia, aunque por la razon que de expresar acabo, solo debo nombrar al Sr. D. Manuel Peredo, quien cumple con su penoso cometido como solo podria esperarse de quien siendo tan concienzudo literato, pone su conciencia tambien en todo cuanto le ocupa.

*
* *

La Junta directiva se ha compuesto siempre de personas distinguidas en las ciencias, en las artes, en posicion social. Son miembros de ella individuos como D. Ignacio Trigueros, el padre de los desgraciados, el alma y la direccion del inmejorable asilo y colegio de niños ciegos que en la capital existe, montado y cuidado como no lo está mejor ninguno de los de su especie en Europa; el doctor D. Eduardo Liceaga, que desempeña el cargo de tesorero con un celo y una inteligencia, solo comparables á los que igualmente despliega en su tarea humanitaria como Director del hospital de la infancia; el Sr. D. Ramon Terreros, que emplea su fortuna en promover empresas benéficas á México; el Sr. D. José Maria Baranda, profesor distinguidísimo; el Sr. D. Felipe Larios, maestro de casi todos los compositores mexicanos; el tantas veces nombrado Antonio Garcia Cubas y tantos otros cuyos nombres en este instante no recuerdo, pero no menos distinguidos que los ya citados.

*
* *

Tres eminencias del arte musical formaban tambien parte de la Junta, y empleo el tiempo pasado, porque desgraciadamente una de ellas, el Sr. D. Aniceto Ortega, bajó al sepulcro poco há. Las otras dos son, el Sr. D. Tomás Leon y el maestro Morales.

El primero, es un célebre pianista y compositor, que desde la edad de diez años, viene haciendo de su arte su favorita ocupacion. Su primer maestro fué D. José Maria Oviedo, profesor muy estimado por los años de 1837, pero al cual bien pronto superó el génio de su discípulo; no mucho tiempo despues, Tomás Leon comenzó á ser buscado como profesor pianista, y hoy dia sus lecciones son tantas que apenas se concibe como humana naturaleza puede resistir una vida tan laboriosa.

Además de sus vastos conocimientos musicales, su esquisito y elegante gusto al tocar el piano, en cuya ejecucion rivaliza con Thalberg y Rubinstein, sus maneras altamente distinguidas y afables, su porte caballeroso, su inflexibilidad en el cumplimiento de sus compromisos le han hecho el profesor de casi toda la buena sociedad.

De las reuniones dominicales que en su casa tienen lugar y en las cuales se rinde culto á Chopin y Gotshat, á Bethowen, Mozart y Mendelson, surgió la idea de la Sociedad Filarmónica, segun ya tengo referido: desde entonces Tomás Leon viene siendo uno de sus mas asíduos profesores.

*
* *

Tiempo es ya de volver al maestro Morales: reanudando en el punto en que suspendí la historia de «Ildegonda», diré que una vez creada la Sociedad Filarmónica, el empresario Biachi no se atrevió á seguir luchando con ella y al fin la ópera del maestro se representó en el teatro Nacional, la noche del 17 de Febrero de 1866. El éxito de las tres representaciones que se dieron fué tan entusiasta como no es decible, y como lógica consecuencia, el mérito del maestro adquirió celebridad y protectores. El primero de éstos fué el opulento capitalista D. Antonio Escandon, quien á solicitud del Sr. Martinez de la Torre, pensionó á Morales dos años en Italia, que le sirvieron para

perfeccionarse en el arte bajo la hábil direccion del maestro Mabellini.

En Florencia creyó necesario dilatar otro año su permanencia en el pais clásico de la música, y el Sr. Escandon concedióselo desde luego, y entonces fué cuando, hallándose en Europa otro de sus buenos amigos no menos entusiasta y pródigo que los Sres. Escandon y Martinez de la Torre, el Sr. D. Ramon Terreros, le tendió tambien la mano, completando la obra de aquellos; si unos le proporcionaron el medio de *saber*, el otro le facilitó el de dar á conocer su aprovechamiento, pues con su auxilio, pudo hacer representar la misma «Ildegonda» en el teatro Pagliano de Florencia, la noche del 10 de Marzo de 1869 con un éxito brillante. Hasta la citada fecha jamás se habia representado en Europa una ópera seria en cuatro actos, puesta en música por un hijo del nuevo continente. Con tal motivo Morales fué llamado por los periódicos italianos el Colon de los maestros americanos.

En Florencia escribió algunas particiones de importancia. Compuso una misa solemne que dedicó á D. Antonio Escandon, estrenada en 1869 en el santuario de Guadalupe y siendo sus ejecutantes los alumnos y Orfeon del Conservatorio. Escribió tambien una Sinfonia-Himno dedicada á D. Ramon Terreros, y tambien los alumnos del Conservatorio la cantaron en el teatro Nacional de México. Compuso igualmente una multitud de piezas para piano, impresas en Milan y Florencia. Por último, concluyó, en Italia tambien, dos óperas mas, «Gino Corsini» y «Cárlo Magno». Deseoso de que entrambas se estrenasen en su pátria, el maestro regresó á México, donde fué recibido con indescriptible entusiasmo, y donde hasta hoy permanece dedicado á su arte y como profesor de la juventud á quien Dios ha hecho heredera del opimo fruto de las vijilias y del génio de Melesio Morales.

Tal es, en sucinto resúmen, la historia del Conservatorio de música y declamacion de la Sociedad Filarmónica Mexicana y de sus mas distinguidos hombres.

¡GRAN CRUZ!...

POR

EDUARDO BUSTILLO.

Lo he visto y me parece horrible chanza;
lucías la gran cruz muy satisfecho...
¿Dónde está la virtud? ¿cuál es el hecho
que tan sagrado galardón te alcanza?

Yo, que tu historia sé, no hallo fianza
en que pueda fundarse tu derecho,
y allá en su fondo tu cruzado pecho
sólo abriga la envidia y la venganza.

Jesús, que fué al suplicio con paciencia,
otra vez en tu cruz se ve afrentado;
que ultraja su martirio tu impudencia.

Sobre el pecho la cruz has colocado;
pero Dios, en tu lóbrega conciencia,
está siempre por tí crucificado.

DERECHO PENAL

POR

VÍCTOR OZCARIZ Y LASAGA.

El derecho penal es la fiel expresion del carácter de una época y el grado de cultura de las sociedades; pues aunque las leyes civiles pueden permanecer estacionarias por mas tiempo y aun ingerir su espíritu en códigos posteriores, como sucedió con el derecho romano, la penalidad, por el contrario, tiene que observar incesantemente todas las pulsaciones del cuerpo social y, eterno vigilante del orden moral, necesita examinar el nuevo aspecto que sucesivamente va tomando el hombre con la civilizacion; circunstancia que impone una variada y profunda modificacion en la apreciacion de los delitos. Asi vemos que en los antiguos pueblos la sociedad estaba cimentada sobre la fuerza del instinto guerrero, la vida del hombre no gravitaba en la balanza general de la nacion, y solamente atendido el espíritu de aquellas sociedades es como se comprende que la esclavitud fuera el resultado de la piedad y un principio de derecho de gentes. Efectivamente la vemos identificada en las costumbres del mundo antiguo, producto necesario de las conquistas y de sus ideas religiosas, las cuales mantenian la diversidad de castas, si bien entre los judios fué mas tolerable, merced á la institucion del año Sabático y á su

gran código que, como dice Herder, comprende desde las mas elevadas combinaciones del orden social hasta los menores detalles de la vida humana. La familia, primer núcleo social, se constituye bajo la severidad del padre, quien tiene derecho de vida y muerte sobre sus hijos, y esta organizacion es general en todo el mundo antiguo hasta la caída del Imperio de Occidente. Aparte de los códigos religiosos antiguos, que mas bien pertenecen á la historia de la Filosofía, únicamente nos compete advertir que en el código penal de la China se dá cuenta de todas las relaciones sociales del Gobierno, como la propiedad, el matrimonio, los ritos sagrados, los contratos civiles, sobre la base de la severidad mas estricta. En Grecia, la legislación de Dracon, escrita con sangre, no sirvió para suavizar el carácter rudo de aquellos guerreros, ni tampoco en Esparta busquemos los tiernos afectos de la familia, los dulces sentimientos del amor, porque como todo se hallaba supeditado á la sed de conquista, la legislación de Licurgo fué el mas exacto reflejo de una sociedad que arrojaba á los niños raquíticos por las vertientes del Taigeto. Por mas que Solon propusiera en Atenas una legislación mas filosófica, no pudo consolidar sus instituciones sin embargo de la mayor cultura de los atenienses, y es que en vano se elevaban en los tiempos antiguos monarquías fuertes y poderosas, como las de Ciro y Alejandro, imperios fastuosos y prepotentes, como los de asirios, medas y egipcios: al través de tanto lujo, riquezas y de los colosales monumentos que nos han legado, á pesar de las sublimes concepciones de su filosofía, aquella sociedad estaba herida de muerte, porque se hallaba despojado el ciudadano de la libertad individual en su constitucion política, si bien tenia sus formas aparentes en la plaza pública, y la religion no enseñaba todavia el destino elevado de la humanidad.

En los bellos tiempos de la república romana, las leyes de las doce tablas castigan con la hoguera, la pena del Talién, la roca Tarpeya, bañada con la sangre de ilustres ciudadanos, y con la vara del verdugo: mientras que el esclavo, como cosa, no tiene personalidad, no merece que las leyes se acuerden de su existencia ni aun para castigarle. Desde el tiempo de los emperadores se estableció el crimen de lesa majestad: ¡fatal suspicacia de la tiranía de los Césares! La muerte llegó á ser un

objeto de recreo para los romanos envilecidos, que ya no ambicionaban mas que *panem et circences*, si no es sarcástico el aserto de Juvenal. La multa fué sustituida por Julio César con la confiscacion, y aun cuando el derecho civil habia suavizado las formas rudas y enérgicas de su primera época, aun cuando progresan las ciencias, aun cuando la jurisprudencia y el foro se elevan á su mas alto grado, el verdadero derecho de castigar era enteramente desconocido, y el capricho de los emperadores la única regla en la aplicacion de las penas. Así es que, una ley de Graciano, Valentiniano y Teodosio perseguia como sacrílegos á los que promoviesen discusion sobre las decisiones del Príncipe. ¿Y qué hubiera sido de Roma y del mundo antiguo sin que una divina ley de amor y fraternidad no iluminase cual brillante faro la tenebrosa noche de aquellos tiempos? La escuela estoica, por mas que blasonara de pureza, energía y moralidad, si bien tuvo grande influjo en la legislacion, no abrigaba en su seno el gérmen de la verdadera libertad, pues solamente al cristianismo estaba reservado salvar á la humanidad en su carne y en su espíritu. La organizacion de la familia, el perdon de las ofensas, la emancipacion de la esclavitud y la igualdad moral de los hombres, instituciones regadas con la sangre de su fundador, comenzaron á purificar las sociedades y á engrandecer la legislacion, predominando sobre la lucha de los diversos elementos que vinieron á mezclarse á la caida del imperio romano. La invasion de las hordas del Norte, no solamente nos presenta el aspecto de sus armas, batallas y conquistas, sino que tambien dió márgen al combate de dos civilizaciones opuestas, el elemento romano y el germánico, sobreponiéndose á todos ellos el elemento religioso que sirvió de asilo á la humanidad en el desierto de la Edad média. Como es natural, el derecho penal habia de manifestar respectiva y privativamente el espíritu de aquellos diversos pueblos. En los que vinieron del Norte participaba de un carácter particular por el sistema de las compensaciones, pues los delitos privados se rescataban con cierta cantidad de sueldos en relacion de la ofensa, si bien el procedimiento era público y oral en las asambleas. La ley sálica establecia entre romanos y francos las distinciones mas afflictivas. En el Fuero Juzgo, brillante epílogo de la civilizacion goda, se encuentran

modificadas las costumbres germánicas con las doctrinas del cristiano; pero al mismo tiempo que el legislador es cristiano, tiene que ceder á las supersticiones de la época, pues se castigan delitos imaginarios.

Estas pruebas unidas á las del tormento se tomaron del código Teodosiano. Sin embargo de estos defectos ó mas bien resabios de la época, dicho código, si no lucha de frente con el espíritu feudal y belicoso de los tiempos, es el mas filosófico, aun en su procedimiento penal, merced al elemento religioso que entró en su redaccion.

Habiendo perecido en el Guadalete la grandeza y poderío de los godos, quedó una jurisprudencia fundada en las fazañas y albedríos que vinieron á establecer el sistema foral, del cual formaban parte las terribles pruebas de hierro ardiendo, agua hervida, juramento y duelo, consecuencias naturales de la mala interpretacion que dieron al sentimiento religioso, pues á falta de comprobantes contra el presunto reo, esperaban que una intervencion divina descubriese, como el *Deus est machina*, la verdad del proceso por medio de un milagro.

Aparte de tales errores y considerando estas pruebas á la luz de la crítica histórica, no hay duda que fueron un medio supletorio, aunque rudo y cruel, de un procedimiento que solamente la cultura de sociedades mas adelantadas ha conseguido establecer, porque la investigacion de los delitos y la demostracion de sus causas requiere una ciencia que los hombres de aquel tiempo no alcanzaban. El duelo y la compurgacion canónica eran tradicionales en los pueblos del Norte, así como las pruebas espresadas se derivaron de la ignorancia de la época que se halla caracterizada por el feudalismo, especialmente desde el siglo octavo al oncenno.

Cuando por efecto de la influencia de las cruzadas aparecieron las comunidades sobre las ruinas del feudalismo, la legislacion penal hubo de afectarse de esta nueva generacion social, y tanto mas, cuanto que habiéndose unido los reyes con los pueblos para combatir el poderío de la nobleza, obtuvieron éstos sucesivamente franquicias y libertades por medio de los fueros municipales. Estos tenian respectiva y privativamente su legislacion especial, siendo divergentes al mismo tiempo en su modo de castigar y partidarios de privilegios exclusivos,

como se vé por el fuero de Sepúlveda que establecía generalmente la pena capital para los forasteros que cometiesen ciertos delitos, al par que penas muy suaves para los moradores si fuesen reos de los mismos. El de Cuenca dice hablando de los homicidios, que si fuesen cometidos por los forasteros se les despeñase y no tuvieran derecho de asilo.

Al lado de estos y otros fueros municipales, encontramos un principio mas humano, justo y lógico en el Fuero Viejo de Castilla, en el cual ya no se hallan las pruebas vulgares ni se prodiga la pena capital que solamente en casos muy raros impone á los homicidas, siendo notable la disposicion de su libro segundo, mandando que nadie pueda matar á otro por mucha saña que le tenga; dejando á cargo de los tribunales imponer las penas merecidas.

Mas en el Fuero Real se observa que empezó á reconocerse la necesidad de un nuevo procedimiento penal, puesto que en él se establece la acusacion pública en sustitucion de la vindicta privada, aunque en los demás extremos se resiente de la falta de un principio filosófico. El código de las Partidas, sin embargo de ser el monumento colosal de su época bajo el doble concepto legal y literario, el cual comprendió en su seno las leyes del Digesto, adiciones de los fueros castellanos, el decreto de Graciano y el título de juicios de la coleccion Gregoriana, adolece en su parte penal de la amalgama de tan diversos elementos, pues las penas que impone, si son en unos casos humanas, son crueles otras y algunas rigurosas en demasía, como la ley segunda, título segundo, que hace extensivo el delito de traicion del padre á sus hijos menores, prohibiéndoles dar y recibir mandas y consignando para ciertos delitos los suplicios de ser descuartizado el reo y enterrado vivo. Posteriormente á las Partidas se aumentó el catálogo de las penas á merced de la supersticion y de la mas absurda tiranía. Todos los elementos sociales, así como la industria y el comercio, fueron sacrificados en aras de una poderosa razon de Estado, la de conservar ilesa y compacta la integridad de la monarquía española, en medio de las disenciones religiosas que agitaban el espíritu público de Europa.

La influencia de los grandes acontecimientos que venian operándose desde el siglo XI se hizo sentir con doble fuerza,

particularmente desde el promedio de la época moderna. Efectivamente, las cruzadas, los viajes, la invasion de los turcos en Grecia que obligaron á establecerse en lo restante de Europa á varios sábios de la misma, el renacimiento de las letras, el establecimiento de las Universidades y los descubrimientos en diversos sentidos, prepararon el inmenso desarrollo de la filosofía y de las ciencias que tan profundamente caracteriza nuestra época contemporánea. Contribuyeron á esto los trabajos científicos de notables jurisconsultos que tomaron desde entonces en los estudios un giro mas profundo y trascendental. Grotio examina la teoría de la penalidad; Alemania presenta su enciclopedia en Leibnitz y su profundidad en Kant; Vico aplica al derecho la teoría histórica de la organizacion y origen de los pueblos; Hugo, Savigni y Niebur investigan las instituciones y el derecho de los antiguos. El tratado de derecho penal de Becaria promovió el estudio de la legislacion penal en Europa. Filangieri, sugerido por el doble estudio de la jurisprudencia romana é inglesa, se propuso ilustrar el procedimiento penal. Bentham ingirió en el derecho la filosofía materialista de Helvecio Diderot y Priestley, fundando la moral sobre la mezquina base del placer y del interés personal, aunque por otra parte sus obras contienen erudicion y profundidad. La escuela de Grotio y Rossi aunque no desecha completamente el principio de utilidad, no le confunde con la noción de lo justo.

En el siglo XVIII, los diversos sistemas filosóficos sostuvieron con ardor una tenaz discusion sobre los actos humanos, y esta excitacion intelectual dió márgen á que moralistas y fisiólogos establecieran la apreciacion moral de los delitos, cuyo estudio fué esclarecido por los cuatro jurisconsultos que representaban en dicho siglo á las principales naciones: Pastoret la Francia, Bentham la Inglaterra, Romagnesi la Italia, y Jovellanos la España: así como á su vez la Alemania cuenta en la ciencia penal á Velcker y Shauver, y la Francia é Italia á Nicolini, Boglie de Lucas y Rossi.

Atrevidas y trascendentales teorías han venido á implantarse en el horizonte de la ciencia penal. Las unas estudiando la organizacion política han sospechado, cuando no combatido el libre albedrío del hombre, impulsado por la fatalidad social que

lo rodea: las otras, procedentes del exámen fisiológico de su constitucion orgánica, no han deslindado con exactitud el elemento moral que preside á las acciones humanas, y llevando mas allá de lo prudente las doctrinas frenológicas, han concluido por no dejar á la humanidad mas que una sombra de su propia libertad.

En un siglo en que se ha preguntado á todas las constituciones, de donde vienen y á donde van, en el que todas han tenido que comparecer en la barra de la discusion, era consecuencia natural que tambien se inquirese en virtud de qué derecho se cree autorizada la sociedad para castigar á los que turban su sosiego. A lo cual se respondió con la necesidad del interés general, siendo así que sobre este interés se halla la idea moral de justicia, pues como dice Mr. de Cousin «la primera idea del orden es ser fiel á la virtud cuya parte de virtud referente á la sociedad se llama justicia. Mas si á ella se falta, la segunda ley del orden consiste en purgar la trasgresion, y no se purga sin el castigo.»

En la inteligencia á la idea de injusticia corresponde la de pena, y cuando la injusticia tiene lugar en la esfera social, por la sociedad debe ser aplicado el castigo. La pena no es pues justa porque es útil, preventiva ó correctivamente, pero es útil porque es justa.

Y con razon dijo Pastoret, «que la naturaleza, la sociedad y la ley son los primeros objetos de respeto para los hombres, y por lo tanto el crimen es un ultraje hecho á la naturaleza, á la sociedad y á la ley positiva.»

No negamos que pueden existir circunstancias mas ó menos propensas al crimen. Sabido es que la humanidad tiene dos guias: el instinto y la razon: si los desoye se encuentra con el dolor, que es el terrible aviso de los órganos enfermos, ó con el remordimiento, que es el grito acusador de la conciencia herida.

Es verdad que entre las profesiones mas penosas y menos lucrativas se encuentran con la mayor frecuencia la enajenacion mental, los crímenes y los suicidios; y tanto influyen ciertas circunstancias exteriores, que por la estadística francesa consta que son menos frecuentes las reincidencias de los presidiarios cumplidos que al salir del presidio cuentan con

una suma superior á cien francos, que en los otros que salen sin recursos.

Además, los vicios del sistema carcelario son causa de que los penados vuelvan á la sociedad sin ser corregidos, lo cual, unido á la consideracion de que muchos pierden los hábitos del trabajo y la esperanza de ser rehabilitados en su honor, se arrojan nuevamente por las vertientes del crimen.

Evitando la reincidencia en la pasion, se la evita en la enfermedad que abrevia la existencia y en el crimen que causa nuestra deshonra. Pero si el castigo es un medio, y la correccion del criminal es el fin, ¿cómo conseguir esta correccion?

Para conseguirla se han ideado varios sistemas penitenciarios desde la Panóptica de Bentham hasta las teorías propagadas por los novelistas modernos.

En los Estados-Unidos se establecieron los sistemas de Amburn y de Filadelfia, enteramente distintos aunque fundados sobre los dos principios del aislamiento y del trabajo. El sistema de Amburn requiere el trabajo en reunion y en silencio, carácter que le distingue y le hace superior al de Filadelfia, pues lo importante no es el aislamiento del cuerpo, sino la soledad de la inteligencia.

Siempre que se ha ensayado el aislamiento sin trabajo, los detenidos que no se han vuelto dementes, han muerto en la desesperacion.

Prescindiendo de examinar por ahora los motivos que mantienen todavia la pena capital, diremos que á no hallarse sostenida por la recta razon y la moral, es mas bien una usurpacion de la vida. El delito debe ser aborrecible por sí mismo, y no por el castigo. La ilustracion es la grande higiene de los pueblos, ella les inspira elevacion, dignidad y nobleza de sentimientos.

Se propaga con una perfecta administrecion, con la competencia de las ideas y de las ciencias, con la asociacion que producen el comercio y las artes, con la proteccion de buenas instituciones, con una sana moral que aliente las virtudes públicas, y con una solucion económica que descifre la grande incógnita de los males sociales, porque el problema económico es el eje de todas las cuestiones políticas. Sin una educacion ilustrada y moral, es natural que aumentando la poblacion se

aumenten proporcionalmente los delitos; además que cuando reina una civilizacion viciosa cubierta con el dorado manto de los intereses materiales, el aumento de los enagenados sigue al desarrollo de las facultades intelectuales, de las pasiones, de la industria, de las riquezas y de la miseria, cómo ha observado Mr. Bierre de Boismont en su obra «De la influencia de la civilizacion en el desarrollo de la locura». De consiguiente siendo las necesidades del hombre, físicas, morales é intelectuales, para ser completa, ha de comprender el desarrollo armónico de todas ellas.

Una de las principales cuestiones del procedimiento, es la del Jurado, el cual se halla ingerido en el sistema político de Inglaterra. El pueblo inglés rechazó la tortura y el derecho romano, habiendo elaborado su constitucion al través de largos periodos de revoluciones, cuyos principios son el resultado de seis ó mas siglos de esperiencia. Juan Luis de Lolme dice «que siendo libre la constitucion inglesa, exigia por tal concepto precauciones extraordinarias para estar á cubierto de los peligros que amenazan inevitablemente al poder de aplicar penas, siendo las mas eficaces las fundadas en el juicio de jurados, acreditado por la esperiencia como una institucion admirable.»

Indicados estos precedentes, y volviendo á la historia de nuestro derecho penal, observaremos que no adelantó en gran manera con la publicacion del Ordenamiento de Alcalá, las leyes de Toro y la nueva recopilacion, pues se continuó prodigando la pena de muerte por robos de cantidades insignificantes.

Habiendo recibido la España un nuevo aunque fugaz impulso hácia el desarrollo material y científico durante el reinado de Cárlos III, la legislacion se estudió en tratados particulares, con aspiracion á grandes reformas, merced á la iniciativa tomada por los ilustres jurisconsultos Campomanes y Florida-Blanca. Mas el estado político subsiguiente no permitió efectuarlas hasta que las Córtes españolas redactaron el Código penal sancionado el 8 de Julio de 1823. Este Código distingue las penas corporales de las pecuniarias, lo cual indica la tendencia de reducir á un sistema filosófico la legislacion penal. El principio esclusivo de que la intencion criminal sea la única

medida del delito cometido, sin atender al daño causado, hace que no guarde analogia en la aplicacion de las penas; y por consiguiente, la de muerte se hallaba prodigada con frecuencia. Con respecto á nuestro Código penal actual, sancionado en 19 de Marzo de 1848, vigente con la ley provisional y demás decretos posteriores, solamente diremos que hallándose fundada sobre el eclecticismo de las escuelas filosóficas, es en algunos puntos superior á otros Códigos penales extranjeros.

Por lo demás, no nos creemos autorizados, ni nuestras fuerzas lo consienten, para analizar un Código que ha sido comentado por los mas notables jurisconsultos con tanta ilustracion y elocuencia.

En este siglo, en el cual los embates de la industria, con sus nuevas y apremiantes necesidades, la visible alteracion de los hábitos y costumbres que producen los cambios económicos, la inteligencia del hombre que se agita en todas direcciones, suministrando datos del mas profundo estudio á la estadística criminal, y observaciones importantes á las ciencias morales y políticas; en medio del proceloso mar de recientes aspiraciones, debemos mirar siempre á la eterna nocion de lo justo, como la única brújula que puede guiar á la humanidad al punto de su progreso, despues de tan larga navegacion, como vienen haciendo las generaciones entre los escollos de la ignorancia y de la tiranía.

LA ÚLTIMA HORA ⁽¹⁾

POR

ANTONIO LUIS CARRION.

AL SR. D. NICOLAS SALMERON.

I.

La tempestad ruge fiera
sobre el calabozo oscuro,
y zumba en el fuerte muro
la seca detonacion;
cual si estremecida viendo
el crimen que se prepara,
desde el cielo protestara
la voz potente de Dios.

(1) Los horribles sueltos que á continuacion copio han dado motivo á la presente composicion. Medite el lector sobre estos tristísimos detalles:

—Solo en el transcurso de ocho dias han tenido lugar tres ejecuciones en Amurrio, una en Bilbao, dos en Pamplona, una en Belmonte, una en Logroño, dos en Algeciras y otra en Estepona. En los mismos dias han sido condenados á la última pena tambien, dos reos en Almanza y uno en Burgos.—(*El Avisador*, 25 Setiembre 1877.)

—La avanzada edad del ejecutor de la justicia ó la mala disposicion de los tornillos del garrote, ocasionó una escena horrible en la ejecucion del infeliz Lopez Burriel, llevada á cabo hace pocos dias en Algeciras. El

El relámpago encendido
 cruza las altas regiones,
 y en furiosos aluviones
 se desata el vendaval.
 Luz que á cegadas conciencias
 justas enseñanzas trae;
 llanto que en la frente cae
 de la triste humanidad.

Se oye el golpe que levanta
 el patíbulo afrentoso;
 da un centinela medroso
 su alerta la última vez...
 mientras que la muchedumbre,
 sin caridad ni conciencia,
 con estúpida impaciencia
 aguarda el amanecer.

Y en la fúnebre capilla,
 duramente encadenado,
 por el terror embargado
 respira con ansiedad,
 un hombre, de Dios imagen,
 que el destino airado lanza

reo tardó algunos minutos en pasar á la otra vida, impresionando hondamente esta repugnante escena á cuantos la presenciaron.—(*El Porvenir*, 28 Setiembre 1877.)

—Ni la hora, ni la niebla, ni la llovizna impidieron que el Campo de Guardias estuviese desde muy de madrugada ocupado por una concurrencia numerosísima, ávida de presenciar la ejecucion de los reos Aguilar y Molló. Niños, mujeres y ancianos, hombres de todas clases y condiciones corrian en tropel sin respetar la fuerza pública ni los agentes de la autoridad: el objetivo era coger un sitio, como se dice vulgarmente, si podia ser en uno de los desniveles del terreno, desde cuyo lugar pudiera dominarse el terrible espectáculo. No es posible calcular el número de gentes que de todos los barrios y por todas las calles se dirijian al Campo de Guardias; pero á juzgar por la extension del terreno y las masas que lo ocupaban, se cree que llegarían á ochenta mill las personas que asistieron á la ejecucion. Lo consignamos con dolor y con vergüenza.—(*La Epoca*, 29 Diciembre 1877.)

ante la estéril venganza
de la torpe sociedad.

Un pobre ser sin consejo
en el mundo abandonado,
por leve falta encerrado
en miserable prision,
cuyas viles compañías
excitaron sus pasiones,
cuyas impuras lecciones
perturbaron su razon.

Pues si las cárceles fueran
en vez de antros pervertidos,
para espíritus caidos
casas de paz y salud,
tal vez el que hoy contemplamos
en tan horrible agonía,
bien curado... seguiría
la senda de la virtud.

Y libre y digno se viera
el que ahora la frente inclina,
gracias á la medicina
del trabajo y la instruccion,
que en la celda solitaria
hallaría el delincuente,
isempre aislado... y frente á frente
con su conciencia y con Dios.

II.

Ya amanece; ya es de día;
ya llega la última hora;
y sin duda reza ó llora
en silencio el infeliz;
porque ante el Cristo humillado
silencioso permanece,
y sumergido parece
en un letargo sin fin.

Tal vez recorre un extenso
campo de esmaltadas flores,
aspirando los amores
de una niña virginal.
Tal vez en su demacrada
y calenturienta frente
el pobre, soñando, siente
las auras de libertad.

Tal vez goza el desdichado
en sus funerarios sueños;
quizás torna á los risueños
instantes de su niñez.
Quizás su letargo tiene
misteriosas armonias,
y esperanzas de otros dias
que ya nunca han de volver.

Mas... bruscamente saliendo
del estupor que le embarga,
deja escapar una amarga
y doliente exclamacion,
que trasparente la idea
en su pensamiento fija,
pues dice, llorando, «¡hija...
madre de mi corazon!»

Y al descubrir el semblante,
rojo por la calentura,
enternecido murmura,
«¿y mi madre, dónde está?
Ella y la hija de mi alma
son mi esperanza postrera,
y antes de morir quisiera
entre sus brazos llorar.

Voy á morir, y la muerte
que se acerca yo no siento;
soy cristiano y me arrepiento
de los males que causé;

mas la idea que mi pobre
ardiente cerebro quema,
es el odioso anatema
con que sus frentes marqué.

Mi hija... mi madre... las prendas
queridas del alma mia,
con esta sentencia impía
infamadas quedarán.
Y perdidas en el mundo,
solas, sin un brazo amigo,
¡inocentes el castigo
de mi crimen sufrirán!

Por ellas, por ellas siento
la amargura de mi suerte;
por ellas temo á la muerte
que no tardará en venir.
Por ellas exhalo ahora
mi alma envuelta con mi llanto:
¡voy á morir, cielo santo...
y no quisiera morir!»

III

Cual seca encina que dobla
silbando furioso el viento,
el infeliz sin aliento
desfallecido cayó
ante el altar do se alza
como emblema cariñoso,
aquel hombre misterioso
que en el Gólgota murió.

Poco despues... impasibles
en el calabozo entraban
los que allí representaban
la ofendida sociedad,

seguidos de nécia turba
que el calabozo invadia
mirando al reo con fria
y vana curiosidad.

Y aquel triste, derramando
miradas de angustia llenas,
sintió caer sus cadenas
con funerario crujir.
Y al ver la faz del verdugo
ruda y amenazadora
dijo... «¡Ya llegó la hora!
¡Dios tenga piedad de mí!»

Despues, cayendo en los brazos
de un sacerdote, contrito
lanzó el desdichado un grito
de inexplicable dolor.
Y llevando su mirada
en un Santo Cristo fija
salió repitiendo... «¡hija!
¡madre de mi corazon!»

Mientras que fuera se escuchan
los gritos de la canalla,
y la tormenta que estalla
con solemne magestad;
como si la voz del cielo
se alzara en potente grito
contra ese crimen maldito
que afrenta á la humanidad.

UN POCO DE ASTRONOMÍA

POR

JOSÉ ANGULO.

Si es una verdad innegable, que al cultivo de las diversas ramas del árbol de la ciencia, cuyo tronco puede considerarse formado por la filosofía y á costa de los inmensos sacrificios de multitud de héroes cuya memoria empieza hoy á honrar la humanidad, debe el siglo XIX su privilegiado lugar en la série de los tiempos, no es menos cierto que esas ramificaciones, al compararlas entre sí, deben tener una importancia relativa.

Existe, no obstante, alguna que resistiendo todas las comparaciones, sale siempre triunfante, ya se la considere como gimnasio de la inteligencia, ya bajo el punto de vista de su utilidad y aplicaciones, ya finalmente, entre aquellas, que en un orden mas elevado, ponen al hombre en relacion con los demás seres del Universo y pueden llevarle algun dia, con seguridad absoluta, al conocimiento de su verdadero principio, de su actual destino y de sus futuros fines.

Inútil nos parece, despues de lo que antecede, decir que el estudio á que nos referimos, ha de ser de los menos cultivados en España y añadir que la ciencia de que estamos hablando, es la Astronomía.

Como parte integrante del grupo de las *exactas*, ha de tener por precision la importancia de todas ellas, que ya hemos procurado hacer ver en otro lugar, siendo, por consiguiente,

de las que mas contribuyen al desarrollo de la inteligencia humana, apartándola constantemente de las que colocadas en órdenes inferiores, no pueden cumplir su progresivo destino, sino con extremada lentitud.

En cuanto á su necesidad, utilidad y aplicaciones, baste decir, que esta ciencia ha dado origen á muchas otras, como la Geografía matemática y la Cosmografía; que á ella se debe la relativa medida del tiempo, y por lo tanto, la formacion del Calendario y la construccion de los primeros relojes; que sin haberse dedicado el hombre á su estudio, no habrian alcanzado los instrumentos de óptica el grado de perfeccion que hoy dia tienen; y que los adelantos de la navegacion, del comercio y de la agricultura podrian considerarse como nulos, sin el conocimiento de las estaciones y la prediccion de su vuelta periódica, sin el del planeta que habitamos, sin que el navegante perdido en las soledades de los mares, pudiera determinar la posicion del punto en que se encuentra, en relacion con los demás del globo, por la contemplacion de los astros, y sin que le fuera tampoco posible rectificar ese nuevo sentido que desde hace tre~~s~~ siglos posee, para determinar la direccion de las corrientes magnéticas, conocido con el nombre de Brújula, sentido importante, que entre otros varios, solo debe á su inteligencia y constante trabajo.

Por último; si consideramos al hombre, no ya como habitante del grano de arena llamado Tierra, sino que elevándonos á otras regiones superiores le vemos al parecer aislado, en el tiempo y el espacio, la Astronomía nos enseñará, que ni él, ni el planeta que accidentalmente le sirve de morada, están solos; que nada finito puede ser permanente en el tiempo; que nada está fijo en el espacio; por su medio llegaremos á saber, que el movimiento continuo existe realmente en el Universo, que todo se mueve, que todo gira, que todo cambia; que la vida se presenta por donde quiera que tendamos la vista, en la mas pequeña partícula del polvo que pisamos, flotante entre los vapores de la atmósfera, quizás en la totalidad del Globo mismo, en las mayores profundidades del Océano, en su superficie, entre la nieve de las mas altas montañas, sobre todos los seres orgánicos que es posible observar, hasta en el interior de sus cuerpos, y por consiguiente, á todas las temperaturas, en

todas las condiciones, en lo infinitamente grande, como en lo infinitamente pequeño, segun nos revela esa preciosa facultad que nos ha hecho los reyes de la Creacion, que no puede equivocarse por no necesitar para el desempeño de sus funciones el concurso de los sentidos y por cuyo solo medio podemos llegar á la certidumbre de la verdad: la razon.

Natural es, por lo dicho, que desde los tiempos mas remotos, se haya dedicado la humanidad al estudio de esta ciencia, ámena, por otra parte, tanto para el que sabe comprender la sublimidad de una noche estrellada, la grandeza de una tempestad, ó la belleza del cielo en un dia claro y sereno, como para el que aun á su pesar, se vé obligado á levantar los ojos, de este suelo y no puede menos de sentir curiosidad, por conocer algo positivo, acerca de las maravillas que contempla.

Por esta razon la Historia nos presenta á cada paso ejemplos de mártires de la Astronomía, sacrificados en la constante lucha de la verdad con el error, de la ciencia con los fantasmas del pasado, que en todas partes han existido y á quiénes parece contrariar que el hombre se vaya acercando á su destino, y conociendo la verdad. Por esta razon, donde falta ya la Historia, nos conserva la tradicion el recuerdo de las antiquísimas observaciones efectuadas en la India, Caldea, Egipto, etc. 4000 y mas años antes de nuestra era, observaciones que suponen instrumentos y conocimientos, fruto de miles de años de constantes trabajos, y por esta razon, en fin, donde falta ya hasta la tradicion, acerca de otros conocimientos que pudieran poseer los hombres de aquellos tiempos, levantan su cabeza los vestustos monumentos, que parecen estar todavia en pié, como para justificar siempre la preeminencia de la Astronomía, presentándonos en sus muros de granito, los Zodiacos grabados, no sabemos á costa de qué esfuerzos y paciencia, por nuestros antepasados de hace 15.000 años.

Habiendo tenido en todos tiempos la misma importancia, habiendo sido siempre la emancipadora de la inteligencia y hasta puede decirse que la redentora de la humanidad, pues por medio de su estudio y por el conocimiento de sus incontrovertibles verdades, es principalmente por lo que el hombre ha recobrado su personalidad, viéndose precisado á desprenderse de los tejidos de falsedades que en varias épocas han fabricado al-

gunos espíritus egoistas y ambiciosos, creyendo que lograrían ejercer por completo el monopolio de la inteligencia y de las voluntades, justa es la curiosidad que hoy siente toda la generación contemporánea, por conocer hasta el mas pequeño de los fenómenos celestes y la impaciencia con que las personas dedicadas al estudio de la Astronomía, esperan la resolución de los problemas anunciados.

Descubiertos durante el presente siglo la multitud de asteroides comprendidos entre Marte y Júpiter; ensanchado el dominio del Sol desde 1846, hasta la órbita de Neptuno; determinada la periodicidad de varios cometas, y la velocidad del movimiento de todo nuestro sistema hacia la constelación de Hércules; conocida algo mas la constitución física del padre de la Tierra, desde los últimos eclipses; fijado el centro de atracción de la bella estrella Sirio; calculadas con mas precisión todas las distancias; observados mejor la Luna y los planetas por la mayor precisión de los instrumentos; teniendo ideas mas perfectas acerca de las estrellas errantes, bólidos, luz zodiacal, etc., y tranquila ya la raza humana al saber que de 20 años á esta parte hemos estado envueltos dos veces en la ligerísima sustancia de que están formados los cometas y que nada puede suceder en el caso tan temido en otros tiempos, de un choque con esos fantásticos astros, pudiera parecer que el hombre del siglo XIX, desearia descansar un poco, abrumado por el peso de sus importantes descubrimientos.

No es así, sin embargo; la generación actual, ha tomado ya posesión de sí misma; ha comprendido la ley del progreso, ha reconocido con pena profunda, la larga serie de siglos perdidos en ridículas prácticas y en temores mas ridículos aun; ha perdonado á sus verdugos, á quiénes permite todavía que se agiten en el vacío y la maltraten á su sabor, y convencida de que tarde ó temprano han de triunfar la bondad y la justicia, se ha propuesto recuperar en un solo siglo todo lo perdido, ha continuado dedicándose sin tregua ni descanso á acumular para que sus descendientes, mas tranquilos ya, continúen la obra, la mayor suma de verdades, y ha seguido interrogando á los cielos.

Las respuestas no se han hecho esperar, que siempre ha sido complaciente la ciencia, para los que reconociendo su supremacía, la interrogan con verdadera fé. Después de haberse

descubierto en 1846 el satélite de Neptuno, y dos años después, el octavo de los de Saturno, se acaba casi de contestar á la importante pregunta de si todos los planetas tienen lunas, con la perfecta observacion de las dos que acompañan á Marte en su revolucion, con la probabilidad de que no gire sola en el vacio la hermana menor de la Tierra, y con la esperanza de descubrir algun hijo del pequeño Mercurio.

Sin embargo, el problema que hoy agita los espíritus, es el relativo á los planetas intra-mercuriales. ¿Existen verdaderamente?

Este punto merece que nos detengamos un poco en él, por dos razones: la primera, porque de los demás descubrimientos, pertenecientes á la época actual, que no hemos hecho mas que enumerar, pueden los aficionados encontrar, cuantos detalles quieran, en los tratados que sobre Astronomía se han publicado recientemente; y la segunda, porque quizás este problema nos conduzca á averiguar si realmente España empieza á despertar de su letargo, y si es cierto que nuestros compatriotas no tienen ninguna parte, en el progreso de la ciencia.

Para los que no tengan dato alguno sobre este asunto, debemos antes decir, que hasta hace pocos años y desde la mas remota antigüedad, Mercurio ha sido considerado como el planeta de nuestro sistema mas cercano al Sol; pero que desde el descubrimiento de Neptuno, efectuado de un modo admirable por Mr. Leverrier, que dedujo su existencia de las inexplicables perturbaciones, que Urano experimentaba en su movimiento, creyó este mismo astrónomo que cerca del astro central, debian existir análogamente uno, ó mas cuerpos celestes, productores de ciertas perturbaciones, que tambien experimenta Mercurio al recorrer su órbita.

Desde entonces se dirigieron todos los telescopios y anteojos astronómicos, hacia la zona de 60.000.000 de kilómetros, en la cual, si existen deben moverse, y varias veces se ha creído haber visto uno, al que se ha llamado *Vulcano*. La incertidumbre reina, sin embargo, en este punto aun en nuestros dias, por la dificultad y contradiccion de las observaciones, hasta tal punto, que D. José Genaro Monti, después de atribuir por completo en la esmerada traduccion que acaba de publicarse de la última obra de Flammarion, la gloria de todas las inves-

tigaciones relacionadas con este asunto, al profesor Watson, que como otros muchos anteriores, ha creído ver al planeta Vulcano, termina indicando que si existen algunos de esos astros no lo sabremos, hasta que pueda observarse el tránsito de Vulcano por delante del disco del Sol, anunciado para 1882 y el eclipse que se verificará en dicho año, á no ser que antes de esa época lo descubra Mr. Janssen, por medio de sus trabajos espectroscópicos.

Mucho sentimos que el señor Monti no se haya acordado de España y de los trabajos anteriores á los del profesor Watson, aunque de distinta indole, llevados á cabo por el eminente geólogo D. José J. Lauderer, trabajos que no puede ignorar el ilustrado traductor de la *Astronomía popular*, pues dicho señor, entre otros trabajos, publicó hace mas de dos años en *La Science pour Tous*, una primera aproximacion acerca de la distancia entre el Sol, el planeta Vulcano y otro interior á la órbita de éste, que aunque hipotético se distingue ya con el nombre de *Pluton*; ha dicho tambien algo acerca de ellos en sus *Principios de Geología y Paleontología*, que vieron la luz hace pocos meses, y hasta nos parece haber leído algo sobre el particular, hará como unos tres años, en un artículo que con su firma publicó, si no recordamos mal, *La Ilustracion Española y Americana*.

Examinemos ahora, el estado de la cuestion.

Nadie que se haya dedicado un poco al estudio de la Astronomía, desconoce el medio empírico expuesto la primera vez por Titius y conocido generalmente con el nombre de *Ley de Bode*, para encontrar aproximadamente las distancias de los planetas al Sol, que consiste en escribir en una línea, 0 , 3 y los duplos de los números que vayan resultando, á partir de este último, es decir,

0 3 6 12 24 48 96 192 384

agregar 4 á cada uno de estos, para formar la série,

4 7 10 16 28 52 100 196 388

y considerar esas distancias como aproximaciones de las que existen entre el astro central y los planetas Mercurio, Vénus, La Tierra, Márte, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno, teniendo además en cuenta la distancia media de los asteróides, situados entre Marte y Júpiter, expresada por el número 28.

Las que hoy se admiten como exactas, están efectivamente representadas, tomando como unidad, la décima parte de la distancia á que se encuentra la Tierra, por los números

3,8 7,2 10 15,2 31,2 52 95,3 161,8 300,4

que difieren poco de los anteriores, á excepcion del correspondiente á los asteróides, todos los cuales no están probablemente descubiertos, siendo por otra parte sus distancias en extremo variables, y de los tres últimos, especialmente el que se refiere á Neptuno, lo que fué causa de ligero retraso, cuando de su descubrimiento se trataba.

Si en lugar de aplicar la *ley de Bode*, se hace uso de otra mas sencilla, escribiendo los términos de una progresion geométrica que empiece por 0,38 y cuya razon sea 1,7, se obtendrán tomando dos cifras decimales, los términos:

0,38 0,64 1,08 1,83 3,12 5,30 9,00 15,30 26,00

que como se vé representan las distancias

0,38 0,72 1 1,52 3,12 5,20 9,53 19,18 30,04

de los planetas al Sol, suponiendo 1, la de la Tierra, con menos error generalmente, y tanto mas aproximadas, cuanto mas cerca del punto de partida, está el astro que se considera.

Ahora bien; prolongando la progresion en sentido decreciente, para lo cual bastará dividir por 1,7, el término 0,38, hallaremos por cociente 0,22, y si volvemos á dividir éste por la razon, el nuevo resultado será 0,129, lo que nos probaria, si esa ley fuese cierta para ellos, como lo es para los demás planetas, que de existir, segun parece probable, otros dos hijos del Sol, por lo menos, cuyo nacimiento haya sido posterior al de Mercurio, deberán hallarse situados aproximadamente, á las distancias 0,22 y 0,29

Ni las ciencias exactas podian, sin embargo, contentarse con un resultado inducido por analogía, ni el matemático darse por satisfecho con una conclusion obtenida tan solo por medio de una ley exclusivamente empírica y no demostrada, asi es que dicho astrónomo ha tenido la paciencia de estudiar detenida y concienzudamente, cuantas observaciones se han hecho durante el presente siglo, que hayan podido revelar al parecer, la presencia de esos desconocidos planetas y ha encontrado, despues de descartar las que indudablemente se habian hecho tan solo sobre manchas del Sol, que las mas importantes eran:

las de 10 de Octubre de 1802; 8 de Octubre de 1819; 12 de Febrero de 1820; 2 de Octubre de 1839; 11 de Mayo de 1845; 12 de Marzo de 1849; 26 de Marzo de 1859; 20 de Marzo de 1862; 8 de Mayo de 1865; y la del profesor Watson, llevada á cabo el 29 de Julio de 1878, que por no haberse efectuado todavia no pudo tener en cuenta, la primera vez que despues de un detenido exámen, consiguió dividir dichas observaciones, á la que ahora puede agregarse la última, en los dos grupos siguientes:

1.º	{	1802 á 1839. .	13506 dias; ó lo que es igual.	321.42,075
		1839 » 1849. .	3492 »	83.42,072
		1819 » 1820. .	126 »	3.42,000
		1849 » 1859. .	3667 »	87.42,149
		1849 » 1878. .	10731 »	255.42,082
2.º	{	1820 á 1862. .	15375 dias; ó lo que es igual.	900.17,085
		1862 » 1865. .	1145 »	67.17,089
		1820 » 1845. .	9220 »	540.17,074
		1859 » 1862. .	1090 »	64.17,031

Esto es todo lo que hasta aquí ha dado la observacion, y cualquiera que examine un poco los cuadros anteriores, será forzosamente inducido á creer, que lo que se ha presentado á diferentes observadores en esas épocas, ante el objetivo de sus anteojos, no es uno, sino dos astros, *Vulcano* y *Pluton*, el primero de los cuales efectua su revolucion en poco mas de 42 dias, durando la del segundo algo mas de 17. La observacion de Watson, ha venido á confirmar estas conclusiones.

Pero no es esto solo; si por medio de las fórmulas, que no creemos propias de esta ligerísima reseña, pero que pueden encontrarse en cualquier Tratado de Astronomia, se calcula la distancia media al Sol, suponiendo para valor de las revoluciones 42,073 y 17,084 dias, se hallará, que esas distancias deben ser iguales respectivamente á 0,22 y 0,129, resultados completamente idénticos á los obtenidos empíricamente, modificando algo, para hacerla mas sencilla y aproximada, la *Ley de Bode*, en la cual no se tienen en cuenta para nada, las citadas observaciones.

En virtud de esta conformidad ¿puede racionalmente dudar-

se de la existencia de los dos planetas y de los valores aproximados que se han deducido, para su distancia media al brillante astro, y para los tiempos de sus revoluciones? Nosotros creemos que nó y hemos tratado de hacer ver las razones en que nos apoyamos, dejando sentado al propio tiempo, que la gloria y primacía de los primeros cálculos, pertenece á un español, que ya en 1875 dejó consignada en su Memoria sobre el *Origen del Granito*, la distancia 0,2202 como media entre Vulcano y el Sol, tomando por unidad la de la Tierra, y que en el pais de las corridas de toros hay tambien quien ama la ciencia como el que mas.

Una sola objecion puede hacerse á las anteriores conclusiones, y el eminente geólogo á quien principalmente pertenecen, no la pasa por cierto en silencio, en la nota que hace poco envió á Francia, con motivo de la Memoria presentada á la Academia por el profesor Watson.

No se comprende, en efecto, hoy que parece indudable la formacion de los planetas, por el desprendimiento de anillos del ecuador del Sol, como el tiempo empleado por Pluton en su revolucion, es menor que los 25 1/2 dias, que próximamente emplea el astro central, en girar al rededor de su eje; pero ni hay una seguridad absoluta de que hace millones de años gire el centro de nuestro sistema con idéntica rapidéz, ni aunque así fuera tendria la objecion valor científico ninguno, en razon á que la ciencia, obrando de contrario modo que sus constantes enemigos, prefiere dejar para mas adelante la resolucion de varios problemas, antes que explicar lo que hoy no tiene explicacion posible, y asegurar lo que tal vez no sea cierto.

Los cometas se mueven en todas direcciones; la mas hermosa estrella del cielo, gravita al rededor de un punto oscuro; los anillos de Saturno, continúan en su primitiva forma; los satélites de Urano giran de Oriente á Occidente; acaba de saberse que el primer satélite de Marte, gira igualmente con mas rapidéz que el planeta, todo lo cual es tambien inexplicable por ahora y, sin embargo, nadie puede dudar de la exactitud de estos hechos.

Esperemos que el tiempo y el progreso, nos enseñen la razon de esos fenómenos, de otros no menos extraños que se ve-

rifican en el Universo, y de los problemas que en adelante se han de presentar forzosamente, pues la ciencia es inagotable, y únicamente tiene el hombre el deber de irse acercando constantemente á la posesion de la verdad absoluta, que probablemente nunca llegará á conocer, á pesar de que algunas agrupaciones, dignas quizás de lástima mas que de censura, hayan abrigado en todos tiempos la insensata pretension de poseer esa verdad.

Finalmente; despues de haber hecho por España, en este desaliñado artículo, cuanto nos ha sido posible, para colocarla en el lugar que le corresponde, debemos en honor á esa misma verdad, á la que siempre rendimos culto, hacer una pequeña aclaracion: el notable geólogo y astrónomo de quien hemos hablado, á pesar de ser español, ha cursado todos sus estudios en el extranjero y no posee, por consiguiente, ningun título expedido por nuestros ministros de Fomento.

¡Ojalá nuestros compatriotas se convenzan de que no es génio, ni imaginacion lo que nos falta para colocarnos en la línea de las naciones mas adelantadas, como lo hemos estado, antes de la expulsion de la fuerza, por el derecho!

¡Ojalá se convenzan de que todos los males que experimentan el Comercio, la Industria y la Agricultura, provienen de nuestro bajo nivel científico! y ¡ojalá que examinando detenidamente el verdadero origen de ese descenso de nivel, que nos hace vivir en pleno siglo XVII, acudan pronto al remedio, y preparen para nuestra querida pátria tantos dias de gloria como ha tenido cuando imperaban por completo en el mundo, ese resto de barbárie producida por la ambicion, que nos ha legado la antigüedad bajo el nombre de guerra; esa nube llena de orgulloso vapor, que hasta ha pretendido tener sangre de distinto color que los demás humanos; y ese extravio de la imaginacion, hijo de la ignorancia, que se llama fanatismo, principal causa de decadencia para esa parte de nuestra raza, que desgraciadamente ha perdido el sentimiento de su dignidad al prestarse á ser instrumento de malvados y egoistas fines, por la abdicacion en manos extrañas, de lo que es mas inherente á la naturaleza del hombre: la libertad de su pensamiento, la libertad de su conducta y la libertad de su conciencia.

¡SIEMPRE ADELANTE!

POR

FERNANDO ARAUJO.

¡A vuestras tiendas, hijos de Israel! Ya los
clarines tocan á marcha. ¡Adelante!

(Pelletan.—*El mundo marcha*, XX.)

I.

¡La aurora!... Tiñense los horizontes
De colores y luz; trinan las aves;
Vuelve al cielo el rocío; nuestras frentes
Acarician las auras matinales;
Las estrellas se ocultan, y la tierra,
En su órbita girando, á los raudales
De luz del Sol presenta sus tesoros
Que el sol besa... ¡adelante!

¡Momento del trabajo!... Ya ilumina
El sol nuestro hemisferio fulgurante;
Hiende á su luz el labrador la tierra;
Forma el artista la perfecta imagen;

Canta un himno el poeta; el sacerdote
Murmura una oracion en los altares;
Pronuncia el juez sentencias; los obreros
Trabajan... ¡adelante!

¡Los tintes del crepúsculo!... Las nubes
Vestidas por el sol de mil cambiantes
De colores; las hojas en el árbol
Trémulas, y la estrella de la tarde
Fulgurando en un cielo nacarado
De oro, zafir y rosas con encajes;
Y el sol de despedida un beso dándole
Y muriendo... ¡adelante!

¡Momento del misterio!... Allá el espacio
Cuajado de magníficos brillantes;
Sus corolas cerrando lindas flores;
Los pájaros durmiendo entre el follaje;
Lucecitas allá en el cementerio
Como ánimas en pena andando errantes;
Las esferas girando eternamente
En su órbita... ¡adelante!

¡La calma!... Los arroyos que serpean
Entre lechos de cespéd; con su madre
Jugando el niño; por la paz bendita
Hechos los pueblos florecientes, grandes
Y respetados; con el almo cielo
Feliz virgen soñando; por los aires
Los ecos del placer; astros que giran
En concierto... ¡adelante!

¡La tempestad!... El trueno que retumba;
El buque en el Océano sin velámen;
El desengaño que destroza un alma;
El simoun que sepulta las ciudades;
La guerra que destroza las naciones;
El choque de un cometa incontrastable

Que un mundo hace pedazos á su paso...

¡Adelante! ¡adelante!

II.

¡Una pobre cabaña!... Anciano trémulo
Reposa sobre un lecho medio exánime,
Tranquila la conciencia, el pecho firme,
La sonrisa en los lábios inefable
Y el asombro en los ojos su familia
Al ver en derredor inconsolable...

¡Una oracion, hermanos, y marchemos!

¡Adelante! ¡adelante!

¡Mirad!... Unas facciones se dibujan
De idiota tras la reja de la cárcel;
Los barrotes golpea airada mano...
Llega un hombre y al ver los ademanes
Del loco, le sujeta fuertemente
Y al fondo lo retira delirante...

¡Una mirada de piedad, hermanos!...

¡Adelante! ¡adelante!

¡Pobre niña!... Inocente y tierna virgen
En manos se entregó de un miserable,
Sueños de dicha sin cesar soñando,
Creyendo como en Dios en el infame
Que mintiéndola amor, la hizo su víctima:

¡Ella! tan linda y buena!... todo un ángel!

¡Ya murió!... Hermanos míos ¡una lágrima!

¡Adelante! ¡adelante!

¡Escuchad! escuchad!... De muerte el hálito
Lanza el cañon en desigual combate;
«¡No hay cuartel!» todos gritan; las charangas
Tocan con frenesí paso de ataque;
Sangre y lodo se ve por donde quiera
Y los campos sembrados de cadáveres...

Y son ¡todos hermanos! aun no es hora!
¡Adelante!... ¡adelante!

III.

¡Marchemos!... Y vosotros los poetas,
Píndaro, Homero, Calderon, el Dante,
¡Formad nuestra vanguardia!... ¡Un himno, hermanos,
Que ensanche el corazon y el alma exalte!
¡El himno del Progreso, hermanos míos!...
¡Adelante! ¡adelante!

¡Legisladores!... Numa, Decenviros,
Moisés, Solon, Licurgo, á nuestros reales
Presurosos venid, y nuestros pasos
Con sabias leyes dirigid cual padres.
A conseguir nuestro ideal... marchemos!
Adelante! adelante!

¡Atrás, atrás vosotros!... En la tumba
Por siempre quietos! Pesan los cadáveres
Que habeis sacrificado á vuestro orgullo
Mucho, conquistadores; y es bastante
Que nos oigais marchar desde el sepulcro .
Adelante! adelante!

¡Bien venidos seais dignos obreros
De la Ciencia! Mostradnos saludable
El camino más llano á nuestras miras;
Con vosotros no habrá dificultades
Y ejemplo nos dareis. ¡Sed bien venidos!
¡Adelante! ¡adelante!

¡Pobres gentes, que niegan que marchamos
Y sudan por seguirnos!... ¡Esperadles!
Teneis sitio tambien en nuestras filas,
Pobres gentes; sereis mas razonables
Con el tiempo. ¡Paciencia si aun es pronto!
¡Adelante! ¡adelante!

¡Sacerdotes, aquí!... Las religiones
Todas representais; un estandarte
Hoy á todos os junta. Para siempre
Cesen vuestros rencores y crueldades.
¡Por nosotros rogad al almo cielo!
¡Adelante! ¡adelante!

¡Al bello sexo plaza!... Al centro! al centro!
Nos hareis héroes, y os haremos madres!
Beberán nuestros hijos con la leche
De vuestros pechos el valor bastante
Para no acobardarse ante el peligro...
¡Adelante! ¡adelante!

¡Ahora!... Astros fulgentes ¡brillad! Dadnos
Vuestra sombra apacible, frescos árboles!
Mundos! escuchad todos!... ahora!... Un himno
Que ensanche el corazon y el alma exalte!
¡El himno del Progreso, hermanos mios!...
¡Adelante! ¡adelante!

RIMAS

POR

NARCISO DIAZ ESCOVAR.

Cuando un tiempo á tu lado, sentiente,
escuchaba de amor tus juramentos,
en tus dulces pupilas contemplaba
de mi ventura *el cielo*.

Luego, por tu desden esclavizado
y en las cadenas del cariño preso,
contemplaba en tus ojos, de tu alma
el tenebroso *infierno*.

Aunque loco me llamen, muchas veces
en mi delirio, enamorado, pienso
que dichoso ha de ser el condenado
que habite en ese infierno.

*
* *

Mirando tu retrato hora tras hora
suelo á veces pasar,
y en silencio contemplo las bellezas
de tu hechicera faz.

Y pienso que me miras, al mirarlo,
y hasta llego á pensar,
que á mí vá dirigida la sonrisa
que en tus labios está.

Ficciones tan veloces, á mi alma
dicha eterna le dán,
que existen ilusiones tan hermosas
como la misma ansiada realidad.

NO ES CIERTO

POR

SOFIA TARTILAN.

Desde que hemos descubierto que el sol tiene manchas, nos hemos dado á buscarlas en todas partes con infatigable afán, y tan pronto como se vislumbra un astro, mas ó menos refulgente, empuñamos el telescopio, y si no descubrimos sombras, las inventamos, por aquello de «calumnia, que algo quedará.»

Hay oídos tan sensibles al elogio que no se dirige á ellos, que sufren horribilmente con todo lo que es alabanza ajena; y para estos oídos la única melodía agradable la producen la murmuración y la diatriba ó el descrédito. La envidia es la que ha desarrollado esta sensibilidad, y la impotencia quien la mantiene despierta.

I.

En la noche del 28 de Noviembre del año pasado, tuvo lugar en el teatro de Apolo, en la corte, un gran acontecimiento literario: este acontecimiento lo fué el estreno del drama en tres actos y en verso, original de D. Eugenio Sellés, titulado *El Nudo Gordiano*. Del éxito extraordinario que esta producción alcanzó se ocupaba al día siguiente toda la prensa de Madrid, y

á los ocho dias toda la de provincias y parte de la del extranjero. Sesenta representaciones, que fueron otros tantos ruidosos triunfos para el autor, pudieran parecer bastantes pruebas de que los elogios tributados á la obra eran justos; y cien juicios críticos hechos por amigos y contrarios, vinieron á depurar mas y mas el mérito real y positivo de una produccion que, á la belleza de la forma, une lo profundo del pensamiento. Plantéase en ella un delicadísimo problema social. En el poema dramático se desenvuelven de una manera lógica y natural los sucesos, y dadas las condiciones en que se hallan los personajes que figuran en él, y que son perfectamente reales, la catástrofe llega, porque debe llegar; porque no hay solucion posible segun nuestras leyes, segun nuestra sociedad, segun nuestro actual modo de ser. Las conciencias timoratas se alarmaron, los pensadores discutieron, los reformistas reflexionaron; pero unos y otros aplaudieron al poeta, al autor dramático, concediéndole todos, por lo menos, lo que no podian negarle, que es originalidad en el pensamiento, belleza en la forma y rectitud en el fondo ó móvil que guió la pluma cuando se propuso decir á las leyes «hé ahí vuestra obra» y á la sociedad «hé aquí el resultado de tus leyes defectuosas, refórmalas.»

Muchas conciencias asustadizas se alarmaron, no lo negamos, porque existen muchos *severos* como el que figura en el drama que nos ocupa, los cuales transigen con el mal, exigiendo únicamente que no se vea. Ciertas publicaciones ultramontanas alzaron la voz, excomulgando al jóven autor y pidiendo para él toda clase de anatemas, y hasta de buena gana le hubieran sepultado en un calabozo de la Inquisicion, si por fortuna no estuvieran hoy convertidos en sótanos para encerrar leña y carbon de cok. En suma, como todo lo que vale mucho, el drama del Sr. Sellés, ó mejor dicho, el pensamiento que encierra, ha dado lugar á discusiones acaloradas en pró y en contra; pero á nadie se le habia ocurrido dudar de su mérito literario, ni mucho menos de su originalidad, hasta que un periódico de provincias, *El Noticiero de Murcia* ha lanzado, como al acaso una china; y ahora repetimos aquello de «calumnia, que algo quedará.» Esta chinita, pues, ha puesto la pluma en nuestra mano, y hora es ya de que digamos el objeto de estas líneas.

II.

En 1846 se representó por primera vez en París, el 5 de Noviembre, en el teatro Francés, un drama en cinco actos y en prosa, escrito por Madame de Casamajor, titulado *Le nœud gordien*, drama que tradujo al español pocos meses despues D. Francisco de Paula Montemar, y que se representó en Madrid, en el teatro del Museo, en 10 de Mayo de 1847.

Ahora bien: revolviendo papeles viejos, dice el redactor de *El Noticiero* que ha encontrado dicho drama, del cual, sin duda creyéndole olvidado, ha podido servirse el Sr. Sellés para trazar el plan de su obra, puesto que los dos son idénticos en el fondo y en la forma, En primer lugar, el Sr. Sellés no podia creer olvidado un drama que figura en una de las galerías dramáticas mas acreditadas, como lo es la del Sr. D. Vicente Lalama, y además representado en Madrid, en donde aun viven muchas personas que lo vieron puesto en escena; y en segundo lugar, el Sr. Sellés, por mucho que sea su talento, no era fácil que hiciera un drama tan bueno como su *Nudo Gordiano*, sobre uu drama tan malo como *Le nœud gordien* de Madame Casamajor, pues ya se sabe que es harto mas difícil edificar sobre escombros ruinosos que sobre un suelo desnudo en el que pueden echarse sólidos cimientos. En cuanto al nombre del señor Montemar, huelga completamente en el asunto, porque su traduccion fué literal y nada alteró en el fondo, ni en la forma al drama francés.

Modernos Aristarcos nos llama irónicamente el redactor de *El Noticiero* á los que nos ocupamos en Madrid de crítica dramática, y añade, «que pretendemos hacer comulgar á los provincianos con ruedas de molino.» ¿Qué calificativo merecerian los que se empeñan en rebajar el verdadero mérito con suposiciones absurdas? Pero volvamos al parecido de los dos dramas, que solo existe en la imaginacion ó en la mala fé de quien tal asegura.

El drama francés, que además dudamos de si es tal drama, puesto que no tiene verdaderas situaciones dramáticas, ni ca-

tástrofe, ni casi luchas de pasiones, está basado, no en el adulterio, sino en un conato de adulterio. Véase el argumento.

El marqués de Harmental, casado con una jóven, que le dió su mano por obedecer á su padre moribundo, tres semanas despues de su enlace parte para Méjico, en donde permanece tres años, dejando á su esposa en París en compañía de su madre. Durante esta ausencia, un libertino se ha enamorado de Amalia, que tal es su nombre; y aunque nada criminal parece haber mediado entre ellos, la esposa imprudente ha escrito varias cartas al seductor, en una de las cuales le dá esperanzas y una cita en el jardin, todo con el objeto de que el galan no se suicide. Antes de que esta cita tenga lugar el esposo vuelve, y aquí comienza la accion del drama. Amalia, al ver á su marido, se apercibe de que le ama, que le ama á él solo, y que lo otro ha sido una fascinación. Desea entonces recobrar las fatales cartas, para lo que ruega, suplica, y el galan, vencido al parecer se las entrega, y ella, sin mirarlas siquiera, las arroja al fuego. Mas como era de esperar, el seductor, que no ha renunciado á conseguir el triunfo, ha guardado la carta comprometedora, entregando solo las inocentes. Con esta carta, pendiente sobre la cabeza de la culpable como la famosa espada de Damocles, recorre el galan los cinco actos del drama. Un discurso en la Cámara, interrumpido por un falso aviso, el arreglo de un duelo, la pretension de una embajada y de una plaza de secretario en la misma, las veleidades de una prima de la heroína, á la que pretende para esposa el seductor, con objeto de estar mas cerca de la mujer que ama, llenan las sesenta y cuatro escenas de la obra, viniendo el desenlace entre cortesías y cumplidos, traído por Amalia que, cansada de la lucha, cede á la cita, y cambia la llave del jardin por la famosa carta; mas en lugar de acudir á la cita entrega la epistola á su marido, diciéndole que ella se destierra voluntariamente del hogar doméstico, yendo á encerrarse en el convento en donde se educó. El marido, como buen diplomático, arregla el asunto sin escándalo: se reconcilia con su mujer, y le proporciona al galan una plaza de secretario de Embajada en Lóndres, declarando que Amalia es acreedora á todo su cariño. ¿Dónde está, pues, el parecido de esta pueril intriga, de esta accion lánguida y desenlazada, y de este desenlace puramente conven-

cional, con el vigoroso drama del Sr. Sellés, tan valiente, tan rico en detalles, y tan sobrio en incidentes de efecto? ¿Qué problema se presenta, ni qué deducciones se desprenden de este conjunto de escenas casi sin enlace, en donde no hay mas que palabras, palabras y palabras? ¿Qué materiales pudo aprovechar para su poema dramático el autor de *El Nudo Gordiano* de una obra en la que no hay ni caracteres, ni lucha, ni pasiones, ni nada, en fin, de cuanto es necesario para que una obra dramática tenga condiciones de tal? La circunstancia de comenzar la accion del drama francés en el momento en que el marqués de Harmental dá un baile para celebrar su regreso, y el que la esposa imprudente dé una cita á su adorador en el jardin, son incidentes de detalle que se ven surgir todos los dias en la escena, sin que por ellos se suponga que hay plagio.

Lo repetimos, solo la mala fé puede inventar tales absurdos; solo la envidia puede extenderlos, y solo la ignorancia pretenciosa darles pábulo, aunque sin creerlos. Si le hemos encontrado manchas al sol, no será difícil que hallemos sombras en todos los astros; y si no las tienen, nosotros las proyectaremos con nuestras alas de murciélago. Esto se dicen, sin duda, aquellos á quienes la luz hace daño; mas por fortuna no basta decir que una cosa es negra ó blanca, es necesario probarlo; y cuando no pueden presentarse las pruebas, á los que afirman absurdos, se les dice como lo hacemos nosotros ahora, eso que decis *no es cierto*.

LAS ESTACIONES DEL AÑO.

La bellísima poesía que á continuacion publicamos, con la correspondiente autorizacion, forma parte del último libro que ha escrito nuestro querido amigo el inspirado poeta D. Ventura Ruiz Aguilera.

Juzgadas en España y en el extranjero las obras del anciano venerable que se halla reputado como el mas sentido y el mas popular de los poetas contemporáneos, al enviar á nuestro apreciable colaborador el testimonio de nuestro reconocimiento por el magnífico trabajo que para la REVISTA nos proporciona, concretámonos á darle el mas sincero parabien por el éxito que ha tenido su último libro.

Seguros de que las cuatro magníficas composiciones que forman *Las estaciones del año* serán leídas con regocijo por todos los amantes de la buena y bella literatura, recomendamos este precioso volúmen, cuyas páginas encierran la prueba de que ni los años, ni las enfermedades y amarguras que ha sufrido el autor de los *Ecos Nacionales* y las *Elegías*, han debilitado su inteligencia ni enfriado el fuego de su corazon: de este célebre poeta puede decirse, mirando los hilos de plata que coronan su cabeza, que es un volcan cubierto de nieve.

La obra que nos ocupa ha sido editada, segunda vez, por el

conocido editor D. Fernando J. Fé, y se halla de venta en las principales librerías de Madrid y provincia, al precio de cuatro reales.

LA PRIMAVERA.

El sol descorre el velo
de nubes, que á su luz el paso cierra;
al sublime espectáculo del cielo
responde el himno inmenso de la tierra.

Montañas, bosques, mar, todo palpita
y de júbilo todo se estremece;
la Creacion parece
que con nueva hermosura resucita.

En los aires, gozosas,
y entre el fresco vapor de las corrientes,
sus alas diligentes
agitan las primeras mariposas:
en tante el mirlo, que esperaba alerta
la floracion, en plácido saludo
por los alcores lanza silbo agudo,
de bonancible tiempo señal cierta.

Como rio de fuego,
la savia, sangre vegetal, asciende
por cada ser que vive de su riego,
y la llama de amor en él enciende.

Los árboles, dormidos,
la cabeza levantan,
y con susurros y gorjeos cantan
selvas y fuentes, céfiros y nidos.

Derrítese la nieve;
sobre el valle risueño, que verdea,
al soplo que le orea
sus blancas flores el almendro llueve.

Conduce á la colmena su tesoro
de miel del tomillar, aún no labrada,
el enjambre sonoro
de la jóven abeja atareada.

Indómito el caballo
que freno aún no sufrió ni dura espuela,
por el ejido relinchando vuela
y sacude sobre él su firme callo.

Y aquel manso animal, del hombre amigo
y dios un tiempo y víctima que el ara
de su sangre la púrpura bañara
con todo el viejo Oriente por testigo,
que su cerviz de flores coronara,
todavía tributa noble ofrenda
de sudor y trabajo, y nos da ejemplo,
en el grandioso templo
del campo, que hasta Dios es fácil senda.

Su nido la cigüeña ya construye
en la punta de viejo campanario;
la Estacion, generosa, restituye
al techo de edificio hospitalario
parlera multitud de golondrinas;
y hasta la rota piedra
de estatua, de sepulcro y santuario,
monton informe de olvidadas ruinas,
de sombrío verdor cubre la hiedra.

Cada sér comunica el gran secreto
de sus historias íntimas de amores,

con el rico alfabeto
de perfumes, sonidos ó colores.
Habla el ave á la flor, la flor al ave,
y tienen confidencias misteriosas
en lenguaje simbólico las cosas,
que de él conocen la segura clave.
De aguda esquila y de cencerro grave
tampoco los sonidos son extraños;
y á su compás uniendo allí cercana
su vibracion robusta la campana,
caminan los pacíficos rebaños.

En el fondo de lóbregos talleres,
de la alegría y la salud destierro,
donde ruge la máquina de hierro,
y macilentas sombras de mujeres,
y niños como espectros, á su lado,
su vida silenciosos deshilaban,
á la vez que finísimo tramado
para vestir al lujo fabricaban
—precio de un pan con lágrimas regado,—
entra un rayo de luz consoladora
que los semblantes pálidos colora
y las almas calienta
de la desnuda grey, flaca y hambrienta,
cuyo lábio ya es fuente de cantares
en que pone su nota la esperanza,
mientras la suya penetrante lanza
el concierto vital de los telares.

¡Oh dulce Primavera,
luminosa Estacion al hombre grata
como recuerdo de la edad primera,
y temida á la vez porque retrata
placeres de una edad, que ya no espera!
En tus horas benditas,
bajo el azul de un cielo trasparente,
no sintió gravitar sobre su frente

el peso de tristezas infinitas.
Cruzaban por su mente,
con majestad serena de inmortales,
visiones celestiales,
desprendiéndose, al paso, de su boca
de armonías purísimos raudales,
como el agua que nace de una roca.
En tu feliz imperio no hubo lira
por el dolor pulsada,
ni tras la fé jurada
se escondió cautelosa la mentira.
El amigo creía en el amigo;
la mujer, adorable criatura,
no llevaba en su frente, por castigo,
de bastarda pasión la sombra impura.

Y así en la tierra fué desde su infancia.
En los antiguos días de que aún vago
eco repite á siglos de distancia
la edad nuestra con débil resonancia
como su luz la luna en fuente ó lago,
Asia, abuela del mundo, envilecida
y del tiempo encorbada bajo el peso,
joven y hermosa fué, como nacida
de la aurora primera al primer beso.
A sus robustos pechos, hoy vacíos,
madre y nodriza, amamantó naciones
que de extenderse habían, frescos ríos,
por remotas y bárbaras regiones.
Reina, esclava, inocente, disoluta
por fin, sobre su trono hecho pedazos
durmióse, fácil y ebria prostituta,
de bestial sensualismo entre los brazos.
Y cubierta se vió de vilipendio,
y cayeron sobre ella, en el letargo
de su vigor y su infortunio largo,
invasores testigos de su afrenta,
repartiéndose, en pos, sin ceremonia

harapos de su púrpura sangrienta
Como Nínive torpe y Babilonia.

Y así Grecia tambien. Por las azules
ondas mediterráneas, mal envuelta
de espuma y verdes algas en los tules,
la rubia cabellera al aire suelta
que el sol de ardientes chispas constelaba,
la Madre del Amor, Vénus, bogaba
cuando tímida rompe en los jardines
su capullo gentil la primer rosa,
entre turba graciosa
de nereidas, tritones y delfines.
Los templos de la diosa,
—obra sin par de los cinceles dorios—
erguidos en los altos promontorios
de Chipre y Citerea
que sumisa besaba la marea,
y bajo el cielo hermoso de Corinto,
en su interior y en torno á su recinto
de vil disolución aún no manchado,
veían desfilar, entre canciones,
las grandes procesiones
del pueblo en mirto y rosas coronado,
hasta que el velo púdico se quita
en las infames noches de Milyta.

Mas de estas breves dichas el fin llega,
y se borra la nube que á los ojos
ocultaba del mundo los abrojos;
¡oh juventud del hombre, tú eres ciega!
El mismo sol de tus serenos dias
hoy con su lumbré el universo baña,
y del valle profundo y la montaña
se desprenden las frescas armonías
que en tu inexperta mocedad oías.
En aquellos, vestido de oropes
que luce el Carnaval en las orgías,

Arlequin agitó sus cascabeles,
á cuyo són la multitud se lanza
y se confunde en borrascosa danza.
Y de locura tanta, despues, vino
el solemne severo aniversario
del drama aquel del Redentor divino,
que principió entre *hossanas* el camino
cuya estacion postrera fué el Calvario.

¿La eternidad del bien quién asegura?
¿Quién, Primavera, tu esplendor fecundo?
¿En qué cáliz no hay gotas de amargura?
¿Quién no lleva su cruz en este mundo!

En el risueño Mayo
que la celeste bóveda corona,
la tempestad, formándose, amontona
nube tras nube donde estalla el rayo;
y en la rosa, primor de los verjeles,
y en los rojos claveles
donde la vista con placer se ufana,
reflejos vivos hay de sangre humana.
En Mayo fué: de aquí, de esta llanura
partió el grito colérico de guerra
con que un pueblo vendido y sin ventura
llamaba á las naciones de la tierra,
eclipsando en su trágica ruina
las glorias de Platea y Salamina.
Y entonces comenzó la grande Iliada
de Europa, que tomando la cadena
con que la tuvo un tiempo agarrotada
el hombre de Austerlitz, Marengo y Jena,
amarrólo al peñon de Santa Elena.

Alternan los placeres con el llanto,
bella es la luz porque la sombra existe,
bella la sombra si de luz se viste;
la vida sin dolor no tiene encanto.

Dejamos de sentir la yerta brisa,
pasó el Invierno triste;
mas ¿quién alguna vez en su sombrío
rostro no vió asomar, reinando el frío,
del padre de la luz una sonrisa?
Ahora, que de ella la extensión inunda
y disipa del nublado los horrores,
cante el bardo la fiesta de las flores,
que ya en la verde soledad profunda
celebran melodiosos ruiseñores.
Esta es la edad segunda
del año, en que los gérmenes despiertos,
abandonando subterráneas sombras,
los montes cubren y los valles muertos
de espléndidos tapices y de alfombras.

El esperado infante
cuya venida el frío retardaba,
era la flor que rompe triunfante
la envoltura sutil que la guardaba.
Para ornarse la frente, que ya inclina
coronada de rústico tocado,
ó ponerla en el pecho enamorado,
la corta la muchacha campesina;
y principia á dudar la abeja loca
si tomará en la flor que ésta se prende,
ó en la flor, aún mas linda, de su boca,
la ansiada miel que su apetito enciende.

¡Oh Primavera de la vida humana!
en tanto que tu sol en ella brilla,
de la oculta semilla
elévase también la flor temprana.
¡Qué continuo brotar de aspiraciones!
Como el campo de rosas,
llénanse en esta edad los corazones
de sueños y de ideas generosas.
Toda noble ambición, con firme planta,
por su ideal á combatir se apresta;

este es su fin supremo, y la edad esta
que ni el temor de lo imposible espanta.

¡Oh juvenil falange! todavía
para tí no es un nombre el sacrificio,
ni blanco del desden y la ironía
la santidad augusta del suplicio.
En la sangre que corre por tus venas
hay sangre del antiguo Prometeo
que al infinito aspira, y sin cadenas
abandona el peñasco giganteo.
Tu alma vuela por ámplios horizontes,
y al sentir que á él te acercas sin reposo
por cima de las cumbres de los montes,
Dios no frunce su ceño poderoso.
Tú eres el porvenir; en tí se inicia,
como en la flor, el fruto venidero:
un beso más del sol, una caricia
del aura tibia que negaba Enero,
y no ha de ser perdida la simiente
que á su paso dió el hombre por tributo:
hoy, promesa divina ya presente,
la flor primaveral anuncia el fruto.

TU Y YO

POR

ANTONIO LUIS CARRION.

I.

Tú eres la rosa que en la pradera
su puro cáliz entreabrió;
yo soy el lirio que en el desierto
marchito muere por el dolor.

Tú eres la alondra que en fresco nido
alza su canto de bendicion;
yo soy el ave que errante cruza
bajo el ardiente fuego del sol.

Tú eres la brisa que vá libando
dulces aromas de flor en flor;
yo soy la tromba que fiero empuja
el rudo soplo del aquilon.

Tú eres la pura dulce armonía
que brota al fuego de inspiracion;

yo un eco triste que entre suspiros
por los espacios perdido voy. ^

Tú eres laguna de puras aguas;
yo soy torrente desolador.—
Tú la alegría; yo la tristeza.
Tú eres la risa: el llanto yó.

II.

Tú eres la clara luz de los cielos
que alumbra el alto trono de Dios;
yo soy la sombra que triste gira
de los sepulcros alrededor.

Tú eres la perla que la alborada
sobre las flores depositó;
yo soy la lágrima encandecida
que amarga brota del corazon.

Tú eres la dulce santa plegaria
que llega al trono del Hacedor;
yo solamente un prolongado
triste suspiro desgarrador.

Tú eres brillante copo de nieve;
yo soy el fuego devastador.
Tú la esperanza; yo soy la duda.
Tú eres el día: la noche soy.

Tú, niña hermosa, por tus virtudes
eres un ángel de redencion.—
Yo soy un alma que errante gime.
Tú eres la vida: la muerte yo.

PAGINAS MARINAS

POR

AUGUSTO JEREZ PERCHÉT.

EL CABO NORTE.

I.

Pródigo de tempestades, inquieto, poderoso, iracundo, el Oceano glacial eslabona sus férvidas olas en las regiones árticas y lanza con afán perpétuo sobre las ásperas costas, montañas de espuma, cataratas palpitantes que se rompen con fragoroso estrépito contra los ciclópeos muros que la naturaleza opone á su rugiente invasion.

¡Espectáculo sublime! La movilidad en lucha con el quietismo. El Oceano veleidoso pretendiendo aniquilar los baluartes que en el extremo norte de Europa simbolizan los primeros alardes del mundo geológico.

¿Cuál vence? ¿Cuál es el vencido? Son dos gigantes de fuerzas iguales. El uno arroja sus huestes líquidas. El otro opone su pecho de granito. Aquel oprime á su enemigo entre sus brazos de menudas gotas, pero retrocede una y otra vez. Este permanece impasible; pero el hálito de su rival desgasta sus líneas, y le arranca átomos que van á constituir un día elementos de defensa contra el altivo mar.

Turbulencias de una vida agitada; deseos no reprimidos; aspiraciones que se exhiben íntegras; hé aquí el cuadro de ese Oceano batallador, que tan pronto arrastra récias olas, como sirve de lecho á titánicas moles de hielo; á fantásticos obeliscos; á monumentales puentes de correctos y peregrinos rasgos y á tantos modelos de una arquitectura no ideada por la inteligencia del hombre; sino debida á las escelsas maravillas del invierno polar, á la elaboracion del frio en las noches de aquella zona, que alumbran los fúlgidos resplandores de la aurora boreal.

¡La inspiracion! ¿Qué es la inspiracion, en presencia de los sueños tangibles que mece en su atormentada superficie el mar glacial?

El elemento de composicion es uno, el hielo, y sin embargo, adquiere matices no presentidos por el artista; y toma formas no adivinadas por la mente humana.

Son opacos ó deslumbradores fantasmas, severos ó risueños, pero siempre mágicos, inimitables.

¿A dónde van? A la muerte, á la destruccion. El fustigar incesante de las olas los quebranta; y cuando abandonan su patria, el calor solar estraño á esas creaciones virginales, rompe la armonía del dibujo, modifica sus formas y poco á poco, la gentil columna, el insigne pórtico, sucumben hasta desaparecer lejos de las regiones donde fueron engendrados.

II.

El Cabo Norte es un promontorio sombrío, adusto, que de continuo golpean las aguas del Atlántico, del mar Blanco y del mar Glacial. Se interna en el Oceano, como abriéndose paso entre los continentes de América y del Asia septentrional y llegan hasta el pié de sus contrafuertes las olas que vienen de Groenlandia, las que se forman en la Nueva Zembla y las que nacen en el Spitzberg.

Tiene mucha semejanza con un torreón cuadrado. El primer aspecto causa estrañeza, mas aún, impresiona tenazmente y deja un recuerdo inefable.

Parece una titánica incrustacion hecha en el seno de las

aguas, de las que sobresale para mostrar su mole maciza, sus atrevidos escarpes.

Las vertientes de la roca están cortadas á pico y son verdaderos bastiones de muralla; pero doblando uno de sus ángulos aparece una pequeña bahía, un refugio perteneciente á la montaña misma.

La latitud del Cabo Norte es la de las islas de Juan Mayer y Liverpool, la de Nueva Zembla, el polo magnético y la gran banca de hielo.

Forma el Cabo un solo bloque; avanza un cuarto de legua en el mar y es la punta mas septentrional de la melancólica isla Mageroe y sobre todo, es el fin de Europa.

Los vientos del norte y del noroeste que se dirigen desde el polo al ecuador, lo combaten con energía; y cuando esto sucede, cuando las ráfagas tumultuosas se desencadenan, entonces en aquellas latitudes, en la inmensidad del Oceano, ante las aves marinas, espectadoras atónitas, desarróllase una vertiginosa tragedia, un duelo audaz, que á veces alumbra el sol de media noche, en su día de cuatro meses y á veces tambien, el sol y la luna, mostrando á un tiempo sus distintas bellezas sobre el horizonte y pintando las aguas de matices purpúreos, verdes y amarillos.

III.

Subid á la cumbre.

Diríase que la montaña es inaccesible, segun la dificultad de escalarla.

Anidan en las rocas el águila, el cuervo, la gaviota y el halcon, y á trechos, en la áspera y pedregosa pendiente, representan la vida vegetal algunos miserables musgos y tal cual exhausto abedul.

Vencida la altura, que es de mil piés, encuéntrase una meseta, observatorio magnífico donde la vista abarca la móvil superficie del Oceano Glacial, que tiene por limite el polo, es decir, el misterio.

Ningun panorama puede exceder á este en severidad, en grandeza, en magestad. Es sencillo, como sencillo es todo lo

sublime y no obstante, agobia el espíritu, fatiga la inteligencia y hace meditar.

De la meditacion brota el desengaño.—El hombre, frente á la naturaleza, es pequeño.

¡Triste revelacion!

Despues de admirar aquel baluarte asentado sobre estribos inquebrantables, comprendemos que Europa debe estar tranquila, sin temer un cataclismo del mundo del Oceano. La defiende el Cabo Norte.....

El sufre los ímpetus del mar bravío. El basta á domeñar la furia del Oceano Glacial, cuando medio oculto por las negras nubes que parecen gravitar sobre las olas, lo ataca despiadado y amontona contra los sólidos escarpes, las iras fermentadas en el polo, acrecidas en el Spitzberg y hecha bacanal de ódios profundos al contacto de las frenéticas aguas del Atlántico esquivo.

¡Salud al Cabo Norte!

REPRESENTACION POLITICA

DEL CID EN LA EPOPEYA ESPAÑOLA

POR

JOAQUIN COSTA.

No conozco epopeya nacional ni de raza, que haya levantado tan alto el principio de justicia y rendídole tan fervoroso culto, como la epopeya española. La *Ley*, como la voluntad general, absorbiendo y anulando las voluntades particulares, exigiendo de ellos ciega, absoluta, incondicional sumision, reduciendo al silencio todo interés individual que disuene de ella; el *Derecho*, como una categoria eterna, iumanente en el entendimiento divino, ingénita en la humana naturaleza, anterior á toda ley, superior á toda soberanía, ante cuya santidad y majestad augusta deben inclinar su frente todas las potestades de la tierra: tales son las notas más robustas y sonoras con que España ha contribuido á la sinfonia universal del arte europeo. Esa epopeya lleva un nombre querido de los españoles: el nombre del Cid Campeador.—Un error de la crítica moderna sobre el modo de formacion de las dos Gestas que celebran al héroe del Vivar, ha sido causa de que se falseara esa nobilísima figura, ofendiéndole en su amor de padre y en su dignidad de ciudadano, personificando en ella el amor y la lealtad al soberano llevadas al mas degradante servilismo; y esa supuesta lealtad típica pasada ya en autoridad de cosa juzgada y de lu-

gar comun, reinfluendo á su vez sobre la crítica, le ha ocultado como detrás de una nube los orígenes de las Gestas y el verdadero grado de parentesco que las une á las Crónicas y al Romancero.

No olvidemos que el Cid, el patrocinador de la honra pátria, el porta-estandarte de la independencia, el fuerte castillo de la nacionalidad, el terror de la morisma, es tambien el terror de los reyes, el fiel custodio de las libertades, el austero guardador de la ley; reivindica á la nacion su territorio y revela al pueblo la conciencia de su derecho; riega el suelo con rios de sangre africana, y al propio tiempo hincha los aires de acentos liberales, que no han cesado ni un minuto de resonar en nuestra historia. La musa justiciera y patriótica ha encontrado su símbolo. En el viviente Tabor de la fantasia popular, el Cid épico se trasfigura en jidea y es la expresion plástica de una nocion moral: la nocion eterna del derecho. Aquí tiene su raiz la vocacion artística de nuestro pueblo; su epopeya parece la apoteosis del deber y un himno á la justicia; hace del derecho una religion. Ante él cede la fuerza de los poderosos y se humilla la soberbia de los reyes. El vetusto poema solo glosifica al que ha padecido persecucion por la justicia. Sus valientes estrofas ponen en conjuncion el orden con la libertad, el respeto debido al poder con la suprema obediencia debida al derecho; enaltece la política de la paciencia; exalta la revolucion incruenta de las ideas, pero no rehuye el oponer el veto de la fuerza á las expansiones de la arbitrariedad. Por esto la ardiente palabra de Mio, sublimada al contacto de la belleza, encuentra poderoso eco en el alma de todas las generaciones cual si viviera contemporánea de todas ellas y fuese caminando al paso de su pueblo por el camino sembrado de flores que las musas del pueblo han ido abriendo. Por esto trae luz á nuestra inteligencia, calor y consuelo á nuestro corazon, en estos dias de crisis tan nefastos para los que sufrimos sus dolores sin gustar de la vlda que llevan en gestacion.

Hélo aquí al Cid súbdito de la ley, vasallo de un soberano.

Representacion política del Cid en la Epopeya española.—Sancho I durante el cerco de Zamora, y Alfonso VI despues de la jura de Santa Gadea, destierran de Castilla á Mio Cid, y Mio Cid se somete á esta especie de ostracismo que por ser bueno

se le impone, porque los fueros de la nobleza autorizaban al rey para desaforar y *echar de la tierra* á un vasallo, no sólo *por malfetría*, sino tambien *sin merescimiento*, cuando (el rey) quier tomar venganza por malquerencia que aya contra los ricos omes.—(Fuero viejo, lib. I, tít. III, cap. 3; I, IV, c. 1 y 2; —Partida IV, tít. xxv, ley 10); el pueblo murmura contra el ejercicio abusivo de este derecho (poema de «Mio Cid,» v. 20), y el Campeador se queja amargamente de la fiereza con que le persiguen sus envidiosos detractores (Ibid., v. 9), pero acata la orden del soberano, que es acatar la ley.—Síguele el rey de cerca con ánimo de reducirlo á prision si deja cumplir los nueve dias sin haber salvado la frontera de Castilla, y el Cid se apresura á mover sus escasas mesnadas y camina de noche, y va á acampar léjos de su airado señor, y penetra en territorio musulman, porque el plazo que se le habia señalado era el legal, conforme al fuero de Leon; á la sazón vigente (Berganza, «Antigüedades de España», lib. V, c. 14). Entre el primero y el segundo destierro, Rodrigo Ruiz consiguió que ese fuero se modificase dilatando el plazo hasta treinta dias, y éste parece que le fué concedido ya en su segundo destierro (Valerio de las Historias, lib. II, cap. 2), y el que causó estado y pasó al Fuero Viejo y á Partidas (Romancero de Duran, núm. 833;—Estoria general de Espanna, fól. 233, edicion de Valladolid: «*que otorgase á los fijosdalgo treinta dias de plazo, assi como ante avie nueve*»;—F. Viejo, I, IV, 2;—Part., loc. cit.,).—El Cid rehuye el encuentro del rey, y teme verse en la necesidad de combatir con él, porque uno de los fueros que compiló el F. Viejo, prohibe al rico-ome desaforado hacer la guerra al soberano, sopena de que el rey destruya cuanto posean en raices él y los vasallos que le acompañasen (F. Viejo, I, IV 1;—Part. IV, título xxv, I. 11); y otra ley del mismo F. Viejo prohibe á estos mismos vasallos guerrear contra la persona del rey, imponiéndole la obligacion de enviarle un mensaje ántes de entrar en batalla, rogándole que «non quiera él entrar en aquella facienda, *ca ellos non quieren lidiar con él* (F. Viejo I, IV 2); palabras que recuerdan las que el juglar pone en boca del héroe burgalés: *non querria lidiar con Alfonso mio sennor* (Mio Cid, v. 546). Y le dice su señor, porque lo era por naturaleza: *mio sennor natural* (Mio Cid, v. 1273;—Romance 843): *es suo sen-*

nor natural (F, Viejo, I, iv, 1 y 2). El Cid envia al rey el quinto de las presas que hace, amén de otros presentes, porque así era debido por razon del vasallaje: «establecieron los antiguos que diesen al rey *el quinto de las cosas muebles* que los omes ganasen las guerras, aun si lo ganasen en hacienda, ó en lid, ó en cabalgada, ó en algara, ó en celada; é otros derechos y á que deben dar al rey de las cosas mayores é mas honradas que ganasen de los enemigos...» así dice la epopeya; *daquesta quinta que me avedes mandado, pagar-se ia della Alfonso el Castellano* (Mio Cid, v. 494, 5): *envidrame mi quinto, —como á mi pertectia* (Romance 876): *non so vuestro vasallo, non vos daré el quinto* (poema «Rodrigo» vs. 440, 471, 478). Y enviaba al rey las llaves de las ciudades que iba conquistando (Romances 830 y 846), y se las ofrecia en feudo: «te ha ganado el Cid mas tierras—que te dejó el rey Fernando... *que en feudo d' esto lo tomes* (R. 845)», porque los antiguos de España pusieron que todo vasallo del rey, cuando quier que ganase villa ó castillo ú otra fortaleza... se la diese *por razon de señorio al rey* cuyo vasallo fuese, é si non, que fincase traidor por ello (Part. II, xviii, 32).—Esforzábase en su destierro por mostrarse con el rey liberal sobre toda medida, y enviábale reiterados presentes y embajadas, porque el decreto de desaforamiento fundábase en la comision de un delito de alta traicion, el rey habia hecho uso de sus atributos feudales confiscándole sus haciendas y prendiendo á su mujer é hijos (Gesta Ruder. Campid., fol. 29, ed. de Risco;—F. Viejo, loc. cit.;—Part. IV, xxv, 12) y el Cid entendia que esos presentes sirvieran de rescate á su idolatrada familia (Mio Cid, v, 1275; Romance 845).—Y no sólo él, los vasallos que militaban bajo sus banderas estaban igualmente interesados en que se desagraviase al rey porque tambien á ellos les habian sido confiscados los bienes. Parece que en la partida del Cid, una algara, mandada por Martín Antolinez, habia merodeado en tierra de Castilla: habia abastecido al fonsado de pan y vino *sin haberlos comprado* (Mio Cid, v. 66,—cf, v. 33); en la glera de Arlanzon, llevaba *ansares robados* (Crónica del Cid, cap. 13); y el rey *desheredó* á todos los vasallos que iban con el desterrado caudillo (Mio Cid, v. 1363), porque «el rico-ome echado por malfetrias, non debe fazer guerra al rey, *nin tomar ni robar* ninguna cosa de su

señorío... é si lo ficiere, é sus vasallos le ayudaren á guerrear, entonces *les debe tomar el rey todo lo que ovieren en su tierra* (Part. V, xxv. 11;—cf. F. Viejo, I; iv, 2). Esperaba además del rey *gran algo* (Romance 843), y no sin fundamento, puesto que á la vuelta de uno de sus destierros fué colmado de honores, heredades y fortalezas.

Hasta aquí, pues, no parece ese Cid cortesano, ridícula parodia de los gentiles hombres de la corte de los Felipes, que la crítica ha fantaseado: hasta aquí se nos representa moviéndose á impulsos de su conveniencia, ó bien obedeciendo las prescripciones de los fueros como el mas austero espartano. Pues todavía conocemos otro hecho en que raya á mayor altura como encarnacion viva de la ley: la jura de Santa Gadea. Allí es mas que un Justicia castellano: la personificacion augusta de la Justicia. Sobre D. Alfonso, el debelador de Toledo, recaian vehementísimas sospechas de fratricidio, y se le exigió purificacion por medio de juramento. El Cid quiso que ese juramento se prestase en forma legal *assi como es derecho*, que dice la Crónica General, esto es: *en la iglesia* (Partida III, tít. xi, ley 22, que lo tomó de los antiguos fueros), en presencia de *fieles* ó compurgadores (Estilo, ley 240), echándole el acusador *la confusion*, y respondiendo el juramentado *Amén* (F. Real, lib. II, tít. xii, ley 1.^a); y repitiéndose esto hasta *tres veces* (F. Viejo, tít. II, ley 1.^a). Ni una sola de estas formalidades perdona el Cid, considerando al rey como á otro cualquiera ciudadano: el rigor con que le echa la confusion es tan extremado, que recuerda la solemnidad de las antiguas excomuniones, y provoca el enojo del monarca, y arrastra su fiera enemiga, porque para él el egoismo personal debe enmudecer en presencia del deber, y en aras de su cumplimiento, sacrificarse todo, hasta la familia, hasta el honor, hasta la patria.

Si vos, rey, fuísteis la causa,
O de los vuestos alguno,
En la muerte de don Sancho,
Hayais la muerte que él hubo. (R. 810)
Si vos non decis verdad,
Y jurades la mentira,
Plegue á Dios que algun traidor
A vos os quite la vida...
Don Alfonso dijo Amen;

La color tiene perdida:
Otras dos veces la jura
Le tomó como decia.

El rey recibiera enojo
Contra el Cid por lo que hacia. (R. 809)
—Muy mal me conjuras, Cid!
Cid, muy mal me has conjurado,
Porque hoy le tomas la jura
A quien has de besar mano. (R. 811)
—Buen rey, faced vuestra «guisa»,
Contestó el Cid sosegado,
Que yo tengo hecho mi «oficio»
Como caballero honrado. (R. 815)

Desterróme el rey Alfonso,
porque allá en Santa Gadea,
Le tomé á él su juramento
Con mas *vigor* que él quisiera.
Las leyes eran del pueblo,
que no excedí un punto d'ellas. (R. 847.)

Pero la justicia no se encierra toda en la ley: los reyes, y en general el poder oficial, con sus actos, con sus interpretaciones, con sus decretos, pueden delinquir, pueden herir al pueblo en sus derechos fundamentales, pueden hollar la justicia, saltando por encima de las leves estatuidas, ó estatuir otras de índole tiránica. También á este problema hallóle solución la *musa épica* de nuestro pueblo. Cuando no pudieron conciliar la lealtad feudal debida al superior jerárquico con el respeto debido á la justicia, los héroes de la epopeya popular española se pusieron resueltamente al lado de ésta: para escudar el derecho eterno, inmanente en la conciencia, contra la tiranía amparada por la ley, y prestar una sancion eficaz á los fallos de la opinion pública, erigieron en ley y en costumbre el «derecho de insurreccion». De aquí la simbólica historia de los padres de Bernaldo y del Campeador. Uno y otro caudillo se revuelven airados contra el rey y le amenazan de muerte: aquél porque lo retiene en prision y reclama su libertad; éste, porque teme que se le cautive traidoramente, y se dispone á llevar su rebellion hasta el tiranicidio, «si tus ofensas vengaste,—desde agora, rey, te informo,—que *he de vengar mis ofensas—que no con reyes me ahorro* (Romance 659): «*non vos pueden desir traidores por vos al rey matar.... que mas traidor serya el rey si á mi padre matasse*. (Rodrigo, vv. 395 y ss.)

Por esto, piden los nobles al rey Alfonso II que se revoque la donacion del reino hecha á Carlo-Magno, y resista la invasion de los francos por medio de la fuerza: *si no, echarlo fuera del reino,—y pondrán otro en su cabo* (Romance 641), palabras que reproducen las de la antigua gesta que ha dejado huellas de su rima en la Crónica General: «si non, que le echarian del reino, é que ellos catarian otro señor».—Por esto, cuando el Cid pide al rey que convoque á Córtes (ó mejor dicho, la corte) para juzgar á los infantes del Carrion, intima á los suyos en esta forma: Non perdonamos el respeto—al rey, que *no es de razon,—juzgando bien y derecho* (Romance 869).—Por esto establece como doctrina de sentido natural la mujer del Cid, que *rey que no hace justicia,—no debia de reinar; non debia de ser rey,—quien fallece en la justicia* (RR. 733 y 736); anticipándose á la traduccion en sentido etimológico que Ayala hizo de una conocida fórmula del Fuero Juzgo: *el nombre de rey—de bien regir descende* (R. 238).—Por esto, profesan el principio de que *se debe obedecer al rey en lo justo y advertirlo en lo dañoso* (R. 647), siguiendo un precepto de Partidas, y dando argumento al autor del «Montañés Juan Pascual»; ó concretando mas: *rey que no guarda fé,—bien es que lo desamparen* (R. 110). Por esto, el conde D. Julian hace esta declaracion en el Romancero: *tambien debe castigarse en la tierra la maldad de los reyes* (R. 592); doctrina admitida por Juan I en las Córtes de Segovia de 1386: que *D. Pedro mereció por sus obras ser depuesto, asi como lo fué*; y extrema en el drama «El amor constante», que es como el poema apologético del tiranicidio, debido á la osada pluma de Guillen de Castro, empapado en el espíritu del Romancero popular, y cuyo argumento parece calcado sobre los romances del tiranicida Azarque. Por esto, al referir el destronamiento de D. Alfonso el Sabio: *mandóse dar por sentencia no ser él para reinar*,—enuncia los motivos de agravio, como encontrándolos bastantes para justificar aquel acto de rebeldía; prodigalidad, adulteracion en la moneda, relevacion del vasallaje al rey de Portugal (RR. 950 y 951). Por esto, califica de *concierto muy justo* á la Concordia de Medina del Campo, en la cual se consignaba á favor de los magnates el derecho de insurreccion como legítimo para casos concretos (R. 1022).—Por esto, se rebela Bernardo del Carpio

contra Alfonso II, promoviendo una guerra civil. (RR, 635, 637, 656, etc).—Por esto, enseña indirectamente que, en caso de surgir desavenencias en la eleccion de rey, ántes que promover una guerra civil, debe hacerse de la nacion *toda una al-caldía*, y no poner rey alguno, pues que sin rey pueden vivir y medrar los pueblos: *dos omnes de gran guisa por alcaldes alzaron:—los pueblos castellanos por ellos se guiaron,—é non poseyeron rey; gran tiempo duraron* (poema de «Fernan Gonzalez», v. 164). En todo lo cual trasciende el mismo concepto que de la monarquía formulaban, teorizando, las Cortes de Ocaña, cuando decian: que el reinar no es honor, sino *oficio*, y oficio de gran fatiga y responsabilidad: el rey es un empleado, un *mercenario*, que recibe por su trabajo una *soldada* y vive obligado por *contrato tácito* á regir bien y conforme á justicia (Cuadernos de Cortes: Ocaña, 1469).—Por esto, tanto Bernaldo como el Cid distinguián muy oportunamente en el tirano los dos aspectos de trasgresor del derecho y de representante de la nacion y de la ley, y mientras le amenazan en razon de lo primero, le acuden con sus armas contra los enemigos de la pátria, deponiendo temporalmente sus odios ó dando treguas á la rebelion.—Por esto, cuando el rey, en el cerco de Zamora, destierra á Mio Cid, cumple como ciudadano leal sus obligaciones acatando la órden inícuá del soberano, mas como hombre exige su arrepentimiento y sus disculpas, y sólo despues que los vasallos que componen su córte señorial han juzgado bastante esa reparacion del derecho individual hollado en su persona, admite de nuevo la gracia del rey arrepentido; *el Cid se habia aconsejado—con los suyos que tenia,—si haria lo que el rey manda; su parecer les pedia.—Que se vuelva al rey, dijeron,—pues su disculpa le envia* (R. 771).—Por esto tambien, cuando el rey Alfonso lo condena una vez al ostracismo, sea por miedo de perder la corona (*causa timoris*, que dice el cantar latino), sea por el resentimiento que le produjo lo de Santa Gadea, sea consecuencia de malfetrias ó traiciones, obedece el decreto, saliendo de Castilla dentro del noveno dia; mas como legislador prudente y precavido, cuando el rey lo llama del destierro para que vengue la cruel alevosia del moro Almotade ó Albofalac, alcaide de Rueda, pone precio á su aceptacion, y logra restablecer el imperio de la justicia y colocar las leyes á cu-

bierto de la arbitrariedad, á que el rey se mostraba tan inclinado, desechando su *perdon* (!) y desoyendo su llamamiento,

. Si el rey no le prometia
De dar á los fijosdalgo—un plazo de treinta dias
Para salir de la tierra,—si algun crimen cometian,
Y que fasta ser oidos—jamás los desterraría,
«Nin quebrantaria los fueros—que sus vasallos tenian,
Nin menos que los pechase—mas de lo que convenia
Y que si lo tal ficiese,—«Contra él alzarse podian.»
Todo lo promete el rey. (R. 833.)

Dos siglos mas tarde se erigia en ley constitucional el derecho de alzarse contra el monarca cuando cometiese algun desafuero y se negare á remediarlo en la Constitucion pactada entre las Hermandades generales de Castilla y Sancho IV, en forma de compromiso, año 1282 y en la impuesta por la Union Aragonesa á Alfonso III (privilegio de la Union) cinco años despues.

LA NUBE

POR

FRANCISCO FLORES GARCIA.

DOLORA.

I.

La escena en Andalucia,
mansion alegre y risueña
donde el sol es mas brillante
y mas fecunda la tierra:
eterno jardin de flores,
encanto de los poetas,
paraiso prometido
donde aun se notan las huellas
y palpita el sentimiento
de los hijos del Profeta.

II.

Cerraba, tibia, la noche,
brilló una luz en la reja,

llegó el galán presuroso,
mostrose la bella Elena
y dulce y sabrosa plática
trabó la amante pareja.

.....
.....

Reía en el horizonte
del alba la luz primera
y aun estaban al principio
del nunca gastado tema
que plantea el corazón
y analiza la experiencia.
—¡Adios, vida de mi vida!—
—¿Cómo? ¿Tan pronto te alejas?—
Hubo apretones de manos
y suspiros y promesas,
y tras el rumor de un beso
quedó la calle desierta.

III.

Seis meses despues, sentados
los dos á la chimenea,
en el amor de la lumbre
su perdido amor contemplan.
Ella se rinde al hastio;
él se rinde á la pureza
y ambos á dos, contrariados,
ó dormitan ó bostezan.
Despues de un largo silencio
de imponderable elocuencia,
él dice:—¿Qué tal la noche?
No sé á donde ir.—Y ella,
sin vacilar un momento

responde:—La noche es buena;
puedes salir sin cuidado.

—Bien: presto daré la vuelta.

—No, esposo, no; por mi parte
puedes tardar lo que quieras.

.
.

Salió á la calle el marido...
y en el semblante de Elena
volvió á brillar la alegría:
dirigióse con cautela
y con pasos inseguros
á la ya olvidada reja:
mató la luz que otras veces
para *su amante* fué seña,
y abriendo solo un resquicio
esperó con impaciencia.
La luna, que en aquel punto
iluminaba la tierra,
ocultóse presurosa,
detrás de una nube negra.

INFLUENCIA DE LA ENSEÑANZA

EN LA CONDICION DE LAS CLASES OBRERAS (1)

POR

FRANCISCO CAÑAMAQUE.

Antes, señores, de comenzar esta conferencia, habreis de permitirme que declare dos cosas: mi atrevimiento y mi temor. Mi atrevimiento al presentarme á un público como vosotros, y mi temor, mi certidumbre de que he de defraudar vuestras esperanzas si colocais este modesto trabajo al lado de las magníficas conferencias dadas aquí por mis dignos compañeros y amigos los Sres. Rebolledo, Bosch y Corchado. Pero el título de *Amigo del País* no se obtiene en vano. Requiere sacrificios y buena voluntad, exige desinterés y celo, manda con imperiosa energía que realicemos el motivo de nuestra existencia como corporacion que busca y enseña la luz, y aunque de todos el que mas la necesita soy yo, no he vacilado en venir aquí y ocupar este sitio para deciros llanamente y segun lo

(1) Este trabajo fué presentado en una de las Conferencias públicas celebradas por la Sociedad Económica Matritense.

permiten mis fuerzas, breves palabras acerca de uno de los problemas mas grandes de nuestro tiempo.

Y de este modo, haciendo cada cual el sacrificio de su saber ó de su insignificancia, prestándonos los individuos de la Económica Matritense á coadyuvar á la obra de los siglos, cumplimos nuestro deber: que en estos momentos de discusiones que remontan su vuelo á los espacios mas temerosos de la filosofía y de la ciencia; cuando en todos los corazones palpita el anhelo de la perfeccion, y en todas las inteligencias el deseo de la sabiduría; cuando la sociedad parece agitada por convulsion que perturba su marcha, precipitándola unas veces en el mundo luminoso, pero sin término de las utopias y otras en el extraviamiento apasible, pero esteril, que mata la vida atrofiándola y corrompiéndola; cuando vemos que la humanidad sacude el pesado sueño de largos siglos de violencia, y entra gallarda y diligente, armada de la fria razon y con el entusiasmo de las grandes causas, en el camino de su regeneracion progresiva; cuando las ciencias todas se citan y conciertan para aumentar el número de sus afirmaciones y el caudal de sus beneficios; cuando por todos los ámbitos del mundo suena, con ruido formidable que electriza, la voz del hombre civilizado que pide bienestar y progreso; cuando hasta los mas humildes acuden presurosos á librar la eterna batalla del espíritu humano; cuando esto mueve, señores, á la Económica Matritense, ni por su institucion, ni por su historia, ni por el temperamento activo é incansable que le es propio, puede permanecer en silencio; y dejando la modesta casa que oye habitualmente sus polémicas y sus consejos, viene aquí, os pide vuestro concurso, y reclama un puesto en la difusion de las ideas bienhechoras: que no hay empresa tan noble, tan santa, tan fecunda, como aquella que tiene por medios el bien y la enseñanza, y por término la realizacion de la libertad, el derecho y la justicia.

Surgen natural y necesariamente en nuestro pensamiento al empezar estas *Conferencias* dominicales, cien y cien problemas que se disputan el honor de la primacia, cuestiones que llaman nuestra actividad y la solicitan, asuntos que seducen nuestras aficiones invitándolas á su desarrollo; y escogiendo cada uno de nosotros aquel punto que mas relacion guarda con

los estudios habituales de su espíritu, cediendo al misterioso impulso que obra en nuestra naturaleza empujándola al trabajo que mas analogía tiene con su condicion esencial, pretendemos cumplir nuestro deber y consumir nuestro intento.

Pero sin apartarnos, por que no es lícito, del carácter, índole y tendencias de la ilustre Corporacion que representamos individualmente en este lugar, y sin perder de vista que el pueblo español está mas necesitado de útiles y modestas enseñanzas, que de estériles y ruidosas declamaciones, cabe tambien, señores, que al lado de las *Conferencias* que se bazan y fundamentan en asuntos de la industria, el comercio, las artes y la agricultura, el alma se abre asimismo á las expansiones generosas de ciertos problemas, no menos provechosos que aquellos aunque de fisonomía diversa y de aplicacion distinta, comunicando de esta suerte unos y otros, los temas prácticos y los temas morales, como concurren todas las fuentes á la formacion del caudaloso y agitado rio, á la formacion de hábitos y costumbres que hagan de nuestra sociedad un pueblo culto, digno de la grandeza que tuviéramos en pasados siglos, cuando España era la señora del mundo y la lengua española la palabra de la diplomacia, cuando en los espacios de la tierra no se percibia otro ruido que el de nuestras hazañas increíbles, ni en los mares otra bandera que la española, izada en buques que llevaban á todas partes la gran iniciativa, la inteligencia esplendorosa y el corazon heroico de nuestra pátria.

Y con esto os doy, señores, la explicacion de lo que significa el tema escogido para mis *Conferencias*. Dejo á otros dignísimos compañeros míos el desarrollo de asuntos, mas prácticos si quereis, pero no mas provechosos, y tomo aquel que está mas en armonia con mis inclinaciones, y que mejor encaja con las tareas de mi actividad.

Señores: hablar de la influencia de la enseñanza en la condicion de las clases obreras, no es herir la delicada fibra de los que huyen de la emancipacion de los humildes como huye el murciélago de la luz; no es sonar la trompeta de Jericó para que los desheredados derriben y pulvericen las murallas que les separa del banquete de la vida; no es tampoco, señores, una protesta contra las escuelas que niegan á esas clases el derecho de ciudadanía y la condicion de la libertad; es llamar

al obrero á la existencia del mundo moral, solicitar su espíritu para que se desarrolle y purifique en el estudio, convidarlo sincera y honradamente á que busque en la ilustracion el pan que necesite su cuerpo y la cultura que necesite su alma, emplazarlo á que sacuda de una vez la miseria que le hace morir de frio y la opresion que le hace morir de esclavitud.

Y al abordar esta cuestion, ni la idea egoista de partido debe guiarnos, ni movernos el apasionamiento y la parcialidad.

¿Por qué ni para qué? A todos por igual nos conduelen las miserias del obrero y su estado infeliz; y todos, cumpliendo como leales, hemos de prestar nuestra energia y nuestra voluntad, olvidando noblemente lo que constituye fuera de aquí el calor, el entusiasmo y el interés de la vida política, á la obra generosa de la regeneracion de las últimas clases sociales.

Seamos, pues, ciudadanos que acuden al socorro de sus conciudadanos. El programa, la propaganda, el celo de partido, quédense para donde fuera menester. Aquí no somos mas que españoles, españoles que anhelan y buscan el bien de la patria.

Es indudable que la influencia de la enseñanza es la condicion de las clases obreras, trasciende y se comunica bien pronto á la vida individual y á la vida colectiva. El estado y la familia son los primeros que sienten sus beneficios. El estado que debe ver en esas clases, no pedazos de materia destinados á realizar con su sudor y sus fatigas las comodidades de los poderosos, sino ciudadanos de un pueblo libre, hijos de una civilizacion amorosa y fraternal; y la familia, el templo mas sagrado y la religion mas santa, que se transforma y eleva cuando sus individuos practican la moral por la moral misma, el bien por el bien, y hacen del hogar la Iglesia que recoge los suspiros de nuestros dolores y los trasportes de nuestra felicidad, como la Iglesia de Dios recoge las oraciones de nuestros labios y las preces de nuestro espíritu.

Y que la enseñanza de de las clases obreras es urgente, que necesitamos emprenderla y acabarla con celo y actividad, que este problema es uno de los mas grandes de nuestro tiempo, la historia lo dice y la realidad lo confirma; y doquiera volvamos nuestros ojos, vemos que en las exigencias de la civilizacion y las ambiciones del progreso, vienen esas clases á la vida so-

cial invocando sus derechos y pidiendo la participacion que les corresponde en los negocios públicos.

¿Cómo y en qué forma lo hacen? Hiriendo unas veces los sentimientos mas puros; agitándose otras en el calor sofocante de teorías anárquicas y subversivas, apelando por último á la fuerza brutal de las armas, á cuyos golpes pretenden destruir la sociedad que les olvida y el mundo que les aprisiona. Calla entonces la razon y hablan las pasiones; la hiel que acumularon los años brota en hirvientes oleos que todo lo amargan y encolerizan; el hambre sacude su terrible pereza y amenaza devorar con sus negros y afilados dientes la propiedad, la patria, y la familia; los capitales, antes tan soberbios con el débil, huyen cobardes á la proximidad del fuerte; desaparece el órden, la seguridad no existe, las turbas lo invaden todo, los clamores de la irritada multitud ensordecen el espacio, se riñe en las calles y en los campos, la sociedad vacila y se bambolea en sus cimientos, el estruendo de las armas y la sangre que corre avivan la lucha, y los pueblos se entregan á los furoros de la demagogía que todo lo corrompen y pierden, ó caen desfallecidos en los brazos de dictaduras que todo lo sujetan y tiranizan.

Los obreros de Roma se retiraban con sus águilas al Aventino, amenaza suprema contra las iniquidades de la gran ciudad, y hasta que la casta patricia no hacia justicia á los plebeyos escribiendo leyes como la Agraria, códigos como el de *Las doce tablas*, los desheredados de Roma no volvian al pueblo abandonado. Los obreros del siglo XIX se lanzan á los clubs y las barricadas, ponen en peligro la libertad, perturban el órden, y solo ceden ante la muerte que siembra el cañon; pero no creamos que el enemigo ha desaparecido, no; el enemigo huye temporalmente, se esconde en su guardilla, en su estrecha y mísera ventana acecha implacable la hora de renovar el combate, sus hijos le piden pan y no tiene, sus pulmones le piden aire y no puede respirar, su naturaleza de hombre le pide libertad y derecho y el mundo se los niega, acude de nuevo á las armas, y su historia, escrita con sangre, es la historia de motines infecundos y revoluciones grandiosas.

El pueblo romano fué poderoso cuando en el ejercicio de sus derechos halló el remedio de sus males; y confundidas todas

las clases en una sola, elevándose los plebeyos al tribunado, asegurando el gobierno de los Cónsules, concedores de los grandes beneficios de la ciudadanía, cediendo los menos á los mas, y la razon de la nobleza y la estirpe y el abolengo, á la razon del derecho, el trabajo y los servicios, victoriosos en suma, el principio político que reconoce en todos los hombres idéntica participacion en la vida pública, dejó Roma la tutoria de los Clodios y Catilinas, y la nobleza su gobierno abusivo y privilegiado, preparándose así para llevar mas tarde á todos los pueblos de la tierra el esplendor de sus armas, las grandezas de su civilizacion y el tesoro de su libertad.

Ahora bien, señores: el procedimiento que empleara el pueblo-rey para su emancipacion relativa, es el que debemos emplear en España para la emancipacion de nuestras clases obreras: el trabajo, la enseñanza y la libertad: el trabajo como fuente de todas las virtudes, la enseñanza como medio para vencer los vicios de nuestro propio ser y los obstáculos de la naturaleza, y la libertad como amparo seguro del derecho, garantía firmísima del pensamiento, y escudo sagrado de la conciencia.

Porque no creo, señores, que ninguno de vosotros dude siquiera, que el obrero tiene los mismos derechos á los goces y beneficios de la vida pública, que el ciudadano que se considera de sangre mas azul, de árbol geneológico mas abundante en nombres y fechas, de pergaminos mas históricos y empolvados.

¡Ah! Los tiempos tristísimos en que el obrero pasaba y vivía como cosa, sin alma en el pecho y sin ideas en la inteligencia: limitado al rudo trabajo de domeñar constantemente los obstáculos de la naturaleza; sin familia, sin ley, sin libertad, sin derecho; idólatra de un Dios vengador y cruel como el que presidió los crímenes horrendos de la Inquisicion; juguete de capitanes aventureros y de sacerdotes fanáticos, esclavo de reyes que disponían como de vil objeto de su sangre y de su honra, privado del sol en la choza de su hogar y de la luz del espíritu en las oscuridades de aquellos días tenebrosos, muriendo unas veces por el Dios de la intolerancia en los campos de Alemania y por la patria de los reyes en guerras encarnizadas contra pueblos hermanos y pacíficos; sin otro presente que la

rapaña y el saqueo en el triunfo, ó la supersticion ó los conventos, con la paz; sin otro porvenir que espirar lejos de la pátria ó consumido por las pasiones bajo el hábito de una religion intolerante, aquel obrero murió, como murieron el pária de la India y el ilota de Grecia; y los que hoy representan y continúan su condicional social en el mundo; tienen en su frente el sello de la dignidad humana, en su pecho el anhelo de la perfeccion, y en su conciencia el calor y el fuego de un alma libre é inmortal.

Por todo esto, pues, se hace indispensable, absolutamente indispensable, que la enseñanza ilumine el pensamiento de las clases obreras, mejorando, á la vez, su condicion social. No tenemos enfrente ni vivimos al lado, de los plebeyos de la antigüedad y de los siglos medios, hombres pacíficos ó aventureros que se humillaban dócilmente ante los favorecidos por la fortuna ó los elevados por la iniquidad.

El obrero del siglo XIX es sangre de nuestra sangre, derecho de nuestro derecho, vida de nuestra vida; y es necesario que sea hijo de una misma ley, como todos somos hijos de un mismo Dios y ciudadanos de una misma pátria. Desoid las reclamaciones que formula diariamente, olvidad que es tanto como nosotros, tenedlo por inferior á los demás hombres, y pronto el sangriento drama del 93 ó los bárbaros incendios de la *Commune*, (sin acercarme á ejemplos mas inmediatos y no menos dolorosos,) avisarán á la sociedad sus injusticias, y al exclusivismo de política y de escuela sus errores y sus peligros.

No, señores, proclamemos muy alto que las clases obreras tienen los mismos derechos que las clases altas, idénticos deberes para con el Estado, y afirmemos en nuestro corazon el amor á esa libertad bendita que une, confunde y fraterniza á todos los hombres bajo el imperio de la razon y la tolerancia; proclamemos la ilegalidad de la fuerza que no representa otro derecho que el fuero brutal de su propia condicion, anatematicemos honradamente las teorías que divide la sociedad en pobres y ricos, ignorantes y capacidades, y hagamos votos porque el derecho se realice por igual en todos los hombres, en todas las clases y todos los pueblos, como el sol ilumina la alta cumbre y el modesto valle, la cabaña del pastor y el pala-

cio del poderoso, la ignorada aldea donde no se oye otro ruido que el de la campana que llama los fieles á la oracion, y el silbido del pastor que llama las ovejas al redir, como la populosa ciudad que encierra en sus entrañas de fuego el movimiento incansable de la civilizacion, y el tumulto magnífico, la lucha enérgica y el fragor incesante de una vida potente, fecunda y regeneradora.

Dicho ya que las clases obreras tienen perfecto é incuestionable derecho á compartir con las otras, constituyendo todas el Estado, la direccion de los negocios públicos, mediante el ejercicio de su actividad dentro de los principios políticos que consagran su personalidad jurídica, y que de este modo pueden emprender y realizar su enseñanza, para bien de la nacion y en provecho propio, veamos, señores, rápidamente cual es la influencia de esa enseñanza en la condicion de todas las clases obreras.

Lo primero que salta á nuestros ojos y apenas nuestro espíritu, es la falta de educacion política de esa muchedumbre que cae unas veces en el desfallecimiento del fatalismo, y otras en la locura de revoluciones violentas y sistemáticas. Impulsada por la pasion y ciega por la miseria, tan pronto se arroja en los brazos de la anarquía, como se postra y humilla ante las amenazas de una espada victoriosa ó de un frac soberbio y desvanecido. Y pueblos que viven así, que de esa suerte desconocen su mision social y la dignidad de su naturaleza, necesitan educarse en la vida del derecho sino quieren que sus apóstoles, elevando los ojos á Dios, digan como el último de los Gracos al morir en el abandono de aquellos por quienes se sacrificaba: «Dioses inmortales: no concedais la libertad al pueblo romano, porque no es digno de ella.»

Los motines que han ensangrentado nuestras calles en el siglo en que vivimos, las revoluciones que han sacudido con terrible sacudimiento las columnas del edificio social, la violencia que sucede á esos trasportes imprudentes y peligrosos, las extrañas teorías que caracteres mal avenidos y cerebros calenturientos predicán temporalmente con escándalo de los hombres de bien y en perjuicio de las mismas clases obreras, todos los males que nos agobian y empobrecen, nacen de ahí, de las esplosiones y la indiferencia de las masas, de su poca ó nin-

guna educacion política; pues prefieren los inocentes acordes de un himno patriótico, á losacentos del consejo honrado y sincero; el apasionamiento y la intransigencia de los clubs y las asonadas, al espectáculo sublime de un pueblo que sacude la tiranía que le embrutece y prostituye, y entra sereno y digno, dueño de sus fuerzas y en posesion de su derecho, en el camino lento y progresivo de su emancipacion y su libertad.

Pero demos instruccion al obrero, que busque él la enseñanza que necesita, formemos su cuerpo para el trabajo y su espíritu para la vida pública, y un solo acto será bastante á consolidar para siempre sus derechos, y á garantir para siempre tambien la existencia de la sociedad de revoluciones peligrosas y reacciones insufribles. Dadle instruccion, aficionadlo á la lectura de los buenos libros, decidle que su bienestar no es obra de un dia de fiebre, sino tarea laboriosa del tiempo y las circunstancias ayudadas por el órden y la libertad demostradle que el capital y el trabajo deben coexistir es trechamente unidos, como el alma al cuerpo, propagad un dia y otro dia, incessantemente, que en el equilibrio de ambas energías está la razon y el derecho del obrero y del capitalista; pulverizad con honrada palabra los castillos que levantan en el aire de las tempestades y las borrascas el socialismo de Prohoudon y el comunismo de Babenf; predicad que el individualismo es la emulacion, y la emulacion el triunfo y la gloria; sostened tambien que los principios que murieron en la conciencia del mundo civilizado no producen otro fruto que el absolutismo de los reyes y la intolerancia de la Iglesia; difundid sin descanso los mandamientos del progreso y las promesas de la libertad, y las clases obreras huirán de las catástrofes civiles, darán al olvido á los aventureros de la política, se harán fuertes en su derecho y el imperio de la razon y la justicia será un hecho feliz y definitivo.

Será entonces el Estado, no la fuerza que absorbe, cohibe y esclaviza, sino la entidad jurídica encargada de realizar el derecho y respetarlo, el obrero un ciudadano, las clases obreras una energía social tan legítima como la que se considere mas alta, la sociedad, seno amoroso donde vivan fraternalmente todos sus individuos, y la pátria madre bendita y cariñosa á cu-

yos pechos se amamantan y forman todos sus hijos, como al calor del sol y al rocío de los cielos se forma la menuda yerbecilla y la perfumada flor, el sabroso trigo de la humilde aldea y la deliciosa planta del aristocrático jardín.

Esta es la primera y mas fecunda influencia de la enseñanza en las clases obreras: su educación política, es decir, su actitud y su capacidad para la gestión general de los negocios públicos, su conciencia para ejercer el derecho del sufragio y el ministerio respetable del Jurado, su conocimiento de lo que vale el beneficio de la libertad, y de lo que cuesta el castigo de los retrocesos, su pensamiento familiarizándose con los grandes problemas económicos sin caer en el delirio de las utopías ni el abandono moral del empirismo y la rutina, su alma elevándose hasta Dios en la oración y en el libro, su naturaleza realizando en lo posible el bello ideal del progreso y la conservación, la justicia y la templanza, el orden con su reposo y la vida con sus combates, la autoridad con su energía y la libertad con su tolerancia.

Buscará entonces el obrero mismo, sin necesidad de tutores ambiciosos ni tribunos venales, remedio para las privaciones de su naturaleza física y luz para las nubes de su naturaleza moral é intelectual, asociándose pacíficamente para el ahorro y la economía, para la cooperación y el consumo, para vigilar también las intenciones del capital y prevenir un acto arbitrario: que si es verdad, señores, que las clases obreras suelen interrumpir la calma de los pueblos con gritos de cólera y demanda de liquidaciones imposibles, lo es asimismo que no siempre obra el capital con prudencia y justicia, sino que suele abusar de su posición considerándose inviolable y todo poderoso, rebajando la dignidad del obrero y el precio de su trabajo, sin conocer, en su egoísmo, que cuando así se procede y de ese modo se explota al débil, éste, en su legítima defensa, tiene el derecho de hacerse respetar con lo único que posee: con la fuerza. ¡Recurso violento y sensible; pero justificado, señores, cuando la paciencia falta y el sufrimiento se agota!

Mas instruyamos á las clases obreras, démosles la educación política y social que han menester, y su ira será mansedumbre, su encono amor y sus pasiones torpemente expresadas, nobilísima aspiración á lo bello, lo útil y lo bueno. Y en vez de

emplear su actividad y sus limitados elementos de vida, en coaliciones cosmopolitas como la que presidia Carlos Marx y ha desenvuelto y escrito sus anárquicos principios en los Congresos obreros de Ginebra, comprenderá los provechosos resultados del sistema cooperativo de Roberto Owen, único comunista que ha hecho algo aceptable y conveniente en la sucesion de los tiempos y en la labor de los siglos, pues las Sociedades Cooperativas por él ideadas y su sencillo mecanismo, son en verdad uno de los medios mas eficaces de que dispone el hijo del trabajo para realizar lenta, pero seguramente, la relativa emancipacion á que tiene incuestionable derecho. El movimiento económico de este principio salvador, además de unirse por estrecha relacion con el movimiento político de las modernas sociedades, ha demostrado sus grandes beneficios en las naciones mas cultas del continente europeo, y aun en la América del Norte, el Africa y la Australia se dejan sentir en esas clases los frutos de la cooperacion para el crédito, la produccion y el consumo.

Y si en otros pueblos este principio dá tan magníficos resultados ¿por qué hemos de dudar que los dé lo mismo en España? ¿Se arguye que nuestras clases obreras carecen de la instruccion que tienen, por ejemplo, las de Francia, Inglaterra, Alemania y Suiza? Pues bien: que se instruyan, que lean, que estudien, que busquen la enseñanza, concurramos todos á este elevado propósito, y esa será una de las principales influencias de la ilustracion en su manera de ser y de vivir.

La cooperacion para el crédito, el consumo y la produccion, asegura su mejoramiento social, como el derecho político asegura su primitiva grandeza de hombre libre, la cultura de su espíritu, y la dignidad de su carácter. Cooperando módica y lentamente al principio, con resolucion y audacia despues, á medida que vaya percibiendo los frutos de su empeño, no solo puede conseguir el obrero la continencia y el respeto del capital egoista é insaciable, sino que puede alcanzar tambien con energia y perseverancia, la construccion de barrios obreros, procurándose así la casa que no tiene, el aire de que carecen sus pulmones, y la salud y el vigor que pierde su naturaleza en las míseras boardillas que reciben hoy su cuerpo rendido, y su alma triste y desconsolada.

Y la dulce compañera de su vida dejará los penosos trabajos á que se dedica para contribuir al sostenimiento del desamparado hogar, cuidará de sus hijos y de su enseñanza, servirá de consejo en la desgracia y de advertencia en la fortuna, templará la ira, iluminará la duda, elevará su propio y delicado ser al alto y sublime ministerio de madre y de esposa mediante la cultura de su espíritu y la dignidad de su conciencia: que representa, señores, la mujer papel tan principalísimo en la vida íntima del hogar y en la vida pública de los pueblos, que su educacion y su libertad moral son la única garantía del porvenir, la única esperanza de que sus hijos, mas afortunados que nosotros, realicen sin guerras ni catástrofes el reinado del derecho que tanto amamos, y los beneficios de la civilizacion que todos bendecimos.

Y al llegar á este punto de la *Conferencia*, surge naturalmente en mi pensamiento la influencia de la enseñanza de los obreros en la familia.

La familia, señores, es la raiz social, y de ella arranca todo lo que es objeto de nuestro culto y nuestro entusiasmo. Su casa, es como la de Dios, inviolable, y su ministerio tan augusto como el de los sacerdotes. Es el principio de nuestra vida y el cuidado mas dulce é inminente de nuestros afanes. Por la familia reimos y lloramos; la familia produce en nuestro pecho el primer suspiro y en nuestros ojos la primera lágrima, recibe el primer beso de nuestros labios y recoge el último adios de nuestro espíritu: es voluntad y emulacion, virtud y gloria, nuestro propio ser, el resumen, la esencia, el reflejo de nuestra naturaleza, y nuestra naturaleza misma. La familia es el consuelo que reservó Dios á nuestra alma para compensarnos las atribulaciones, las amarguras y los desengaños de la vida. Es la bella y perfumada flor que embota con su aroma los punzantes espinos de la realidad.

Y bien: ¿qué es la familia del obrero? Todos lo sabeis como lo sé yo. La familia del obrero necesita mas ilustracion en su jefe y cabeza, mas independendencia, y conocimiento de moral y de higiene, en la esposa y la madre, mas educacion y mas levantadas aspiraciones en los hijos. Y la mujer española, por lo general mística y mogigata, creyente de hechicerias y milagros, ha menester en verdad, que nuevos y mas sanos princi-

pios formen su espíritu y su conducta, que la luz de la verdad y la razón penetre en su alma dignificándola y enaltecéndola, que es como dignificar y enaltecer su prole, ó lo que es lo mismo, el porvenir.

Ya hemos visto, señores, aunque de una manera rapidísima cuanta y cuan grande y provechosa es la influencia de la enseñanza en la condición de las clases obreras. Añadiré por consiguiente, pocas palabras.

Con el ejercicio libre de los derechos de su personalidad, alcanza su emancipación en la vida política; con la cooperación para el crédito, el consumo y la producción, consigue su mejoramiento social y económico, y con el estudio y la virtud la educación necesaria y fecunda de la familia. Tanto puede y tanto hará la enseñanza en las clases obreras el día venturoso que los gobiernos, los particulares y ellos mismos, se decidan á dejar la torpe rutina y el indiferentismo censurable que dificulta y embaraza hoy la marcha magestuosa y progresiva de las modernas sociedades.

¡Ah, señores! Antes de concluir esta conferencia, permitidme que os llame y conjure á todos á la resolución de este facilísimo é importante problema; permitidme amigos y conciudadanos, que yo, el mas humilde y desautorizado de todos, reclame vuestro concurso. Donde quiera que esteis y sea modesta ó elevada vuestra posición social, ora pertenezcais al mundo de las ideas que se fueron, ora al mundo de las ideas que viven, luchan se agitan y avanzan, ayudad á la grande obra, contribuid á ella con vuestro calor y vuestro entusiasmo, haced algo por los pobres y los humildes, enseñad como Jesús la buena doctrina, y yo os garantizo que si el camino es escabroso y la jornada de fatiga, triunfaremos al fin, la luz se hará, y el derecho, la libertad y la justicia brillarán en los espacios de nuestra vida, como brilla el fuego del sol en los espacios del cielo.

A EMILIA LA-GRUA, ARTISTA TRÁGICA,

POR

NARCISO CAMPILLO.

El alto aplauso á vuestra vista nace
como al rayo del sol nacen las flores,
ya nos mostreis recónditos dolores,
ya la inocente paz que al alma place.

Sois Desdémón triste que suspira
ante la torva faz del rudo Oteló,
dulce Julieta que el amor inspira,
Safo brillante como el griego cielo.

A la congoja tímida que gime,
á la profunda cólera rugiente,
prestais con vuestra voz, mujer sublime,
lánguidos ayes ó expresion potente.

¿Cómo pasa el acento y la mirada
de la queja al furor, que al rostro sube?
¿Cómo la muelle flor es dura espada
y guarda el rayo la apacible nube?

¿Por qué al oíros, sin igual cantora,
el arte mismo en vos cifrado veo,

y un arpa santa en mi ilusion os creo
que en bosque antiguo se extremece y llora?

¿Hay un volcan que vuestro seno esconde
y á vuestros ojos dá su ardiente lumbre?
Para volar del arte hasta la cumbre,
¿dónde las alas encontrásteis, dónde?

Puso en vos la natura poesia,
os hizo de beldad raro modelo,
luego vinísteis á encantar el suelo
derramando torrentes de armonia.

De laureles hollar noble camino,
pasar cual astro de fulgente huella,
tal es, Emilia, la feliz estrella
que al nacer presidió vuestro destino.

Eso es vivir; mover con vuestro acento
el escondido mar de las pasiones,
llevar en pos de sí los corazones
como las hojas que arrebató el viento:

Alzar tal vez muy pálida la frente,
pero una frente que el laurel sombrea,
breve sueño quizá dormir doliente,
sueño que el áura del aplauso oreá:

Por el arte reinar como señora,
ser noble Musa que entusiasmo inspira...
¿qué menos haceis vos, grande cantora,
ni qué mas puede celebrar mi lira?

LA NIÑA MUERTA,

POR

ANTONIO LUIS CARRION.

Se inician los matices de la aurora
mientras sus alas baten
sobre la cuna de la pobre enferma
impacientes los ángeles.

Sonriese la niña... y su alma pura
rompe la estrecha cárcel;
y brilla el sol, y las benditas puertas
del cielo se entreabren.

Y de aquel libre espíritu que se alza
son dignos funerales,
el plácido susurro de las brisas
y el canto de las aves.

EL FAUSTO ANTES DE GOETHE

POR

A. FERNANDEZ MERINO.

I.

Estudiadas las literaturas en sus elementos constitutivos, puede apreciarse sin gran fatiga, ni excesivo trabajo, que en todas existen comunes pensamientos que se desenvuelven en distintas épocas de ellas, sin que pueda determinarse cual sea su verdadero gérmen, sin que la investigacion crítica pueda llegar á afirmar cual es el punto de donde parte, ni de qué época es su primera manifestacion. Esto que decimos, tiene comprobacion sencilla en un número considerable de leyendas y tradiciones, del que al tener conocimiento suponemos haber nacido en el pais donde primero las hallamos y que en la continuacion del estudio podemos convencernos de que no es así, sino que por el contrario, la idea madre parece replegarse y huir delante de nosotros como sombra perseguida, á medida que con inciertos y vacilantes pasos penetramos en el vasto é intrincado laberinto que constituyen las generaciones que pasaron en la série sucesiva é interminable de siglos que han precedido al en que vivimos.

Querer hallar el origen de una tradicion ó querer hallar el origen del hombre, poco es el trabajo si tenemos fé; pero grande, muy grande, si nos imponemos la dura y árdua tarea de querer aquilatar los hechos y depurar el pró y el contra expuesto por las distintas sectas y escuelas que se disputan el campo desde remotas épocas. Cualquier punto de vista que tomemos, hace ver un confuso é intrincado cuadro, donde los elementos se acumulan, parece que los gérmes están en todas partes y que todos tienen razon, y sin que ninguno la tenga, la afirmamos en quien mas de nuestras simpatias goza, por ser todos en absoluto cálculos y probabilidades.

Al ocuparnos de las tradiciones y leyendas, al querer determinar el particular concepto de cada una de ellas en las distintas épocas en que se advierte su presencia, queda muy mal parada la teoría estética de la relacion prestabilita entre el fondo y la forma, pues sin que esta última cambie en nada, vemos encarnar en ella espíritus distintos, que son ciertamente los ideales de cada pueblo en sus distintas épocas, ideales que cambian en las sucesivas trasformaciones que la humanidad sufre al desenvolverse en el tiempo y en el espacio.

El mito legendario de una religion primitiva, en la cual era creencia dogmática robustecida por la fé, que los distintos sacerdocios han exigido, para lo que creyeron necesario al afianzamiento de su doctrina, se descompone en el trascurso de los años y llega á adquirir mas tarde un carácter político ó social unas veces, explicativo de relaciones familiares otras, y en cada arte, en cada ciencia, vemos muchas veces uno de ellos, sirviendo de origen y base. Ideas que en un principio fueron puras é ideales, han perdido tal carácter, llegando á ser expresion de sentimientos materiales, y otras siguiendo la opuesta línea, han llegado á ser verdaderas expresiones de la mas absoluta espiritualidad, pues sin que nos atrevamos á desechar nada de lo heredado, procuramos dar á esto la mas conveniente forma para la satisfaccion de nuestras necesidades, expresion de nuestras ideas ó verdadera representacion de nuestro modo de ser, en un determinado periodo.

Vista por demás penetrante, espíritu seguro y ánimo tranquilo, son cualidades necesarias y exigibles para el que en su amor á las investigaciones críticas, emprenda una peregrina-

ción al través de los siglos, mas aun si entre éstos se han de contar los que constituyen el caotico periodo histórico que se llama Edad media. Deshechos y caidos los restos de lo creado en aquel tiempo, yacen esparcidos por el suelo, imposibilitando el paso, creándonos obstáculos á cada instante ó haciéndonos perder el verdadero camino, distrayendo nuestra atencion hácia una parte y otra. En la oscuridad de este tiempo se goza á intervalos de clara y brillante luz; pero no es mas que á momentos, como decimos: son cárdenos relámpagos que lucen un instante, iluminando lo que en la lóbreguez no vemos, ni vemos á su luz tampoco, pues deslumbrados por el momento, no tenemos tiempo de fijarnos cuando estamos de nuevo sumidos en la mas absoluta oscuridad. Sin permitirnos tregua ni descanso se sigue adelante, creyendo encontrar al fin el gérmen de una idea que su mayor desenvolvimiento alcanzara en esta época; pero mayor es el desengaño cuanto mas grande la confianza era; hay un mas allá para todas las ideas, que engendradas al parecer al mismo tiempo que el hombre, las han heredado todos y las han manifestado en un principio allí donde han descansado y se han fijado despues de la dispersion. El génesis de una idea como el génesis de una religion, es el mismo en todos los pueblos, es el mismo en todas las épocas, su causa eficiente podrá suponerse, pero nunca podrá determinarse. La necesidad, el miedo, el reconocimiento de una superioridad afirmada en presencia de nosotros mismos, la existencia de fuerzas sobrenaturales que nos admiran, son otras tantas causas que nos llevan necesariamente á determinar el aparecimiento de una creencia, por mas que muchas existan sin que tal origen se les pueda asimilar, y parecidas causas tambien se señalan como gérmen de una idea, crece, y crece en el transcurso del tiempo, como la bola de nieve cada vez adquiriendo mayor volúmen.

Aparece el hombre y tan pronto como ha visto la luz se manifiesta en él un sentimiento que lo pierde, la ambicion. Sugestionado á él sigue su curso en el tiempo, y esta tendencia al infinito, esta tendencia al saber, este ansia insaciable ante la cual la vida es corta, que hace prorumpir al hombre en quejas á la vista de su pequeñez, la vemos en todos los pueblos, tiene representacion constante en todas las mitologias y en todas las

épocas. Siendo el objeto principal de nuestro estudio el análisis de la tan conocida leyenda del doctor Fausto, hemos de ceñirnos necesariamente á ella, y en verdad que ninguna tan apta para la demostracion de lo que en un principio hemos supuesto.

General y corriente es cuando se habla de esta leyenda, que sola hubiera bastado para inmortalizar á Goethe, que acuda á nuestra mente la Edad media con todas sus tenebrosidades, sus cábalas y sus mágias; al momento al lado del hombre cuya ansia de saber es grande, aparece una fuerza que lo impulsa, fuerza del mal que su ambicion excita y que al fin le hará sufrir un castigo; mas no podemos decir que su origen sea de este periodo, se remonta como idea que es, á mas anteriores tiempos, donde siempre la encontraremos, si bien no con igual tendencia, al menos muy semejante en la forma. El carácter legendario del doctor Fausto, personaje al que siempre vemos en el fondo del laboratorio rodeado de útiles é ingredientes químicos, su ambicion particular y concreta, la índole de sus estudios, la invocacion de la fuerza que le auxilia, el apoyo que ésta le presta gracias al pacto firmado, las solemnidades que á él se hacen concurrir, el fin que se propone, los hechos que realiza, el castigo que sufre, la obra entera, no cabe dudar que ha nacido en la Edad media, en el periodo en que se comienza á salir de aquellas tinieblas que se hacen palpables, cuando la humanidad cohibida por el temor y el miedo intenta desplegar su vuelo, para lo que necesario le es contar con fuerzas superiores que le auxilien contra las que determinan la marcha general y constante del hombre en la tierra, marcha sujeta á inquebrantable ley, para prescindir de la que tiene el ser humano que recurrir al principio del mal, que por un principio parece como que triunfa; pero que al fin en la lucha es vencido, revelándose de este modo el dualismo que se da en la Edad media dentro de lo que podemos llamar su creencia mística.

La forma con que la idea se presenta es la propia y adaptada al tiempo, pues universalmente se advierte la relacion íntima de la idea con el medio de expresion necesario para que sea comprendida dentro de un periodo. Pero el doctor Fausto, qué representa?

No hacemos esta pregunta creidos en que su contestacion

pueda llevarnos á consideraciones de trascendencia; el doctor Fausto en la historia literaria representa una creacion artística, el doctor Fausto es la idea molde en que muchos antes que el ilustre poeta de Weimar, han vaciado sus pensamientos; pero independiente de ésta, sin que sea necesaria una gran meditacion, sin que sea menester un detenido estudio, puede afirmarse que el doctor Fausto tiene en la general historia una representacion particular y propia, que es la representacion del hombre ser.

Por esta afirmacion que se da en nosotros no podemos dejar de admitir que la idea madre de la tradicion de la Edad media, es una idea transmitida, que de evolucion en evolucion ha sido conocida por todos los pueblos, en los que siempre ha representado lo mismo, con la forma que al que la ha expuesto exigia para presentarse en el mundo.

Es innegable que lo que se ha humanizado en el trascurso del tiempo se halla en los periodos primitivos rodeado de un aparato fastuoso, pues no de otra manera podria admitirse en aquellas épocas el atrevimiento colosal del que anhelara llegar hasta el poder supremo, averiguar como existe y querer participar de sus propias sobrenaturales condiciones. Como consecuencia de esto, ó mejor dicho, como afirmacion de lo sentido, vemos que todas las antiguas creencias, todas las demostraciones de los respectivos lugares en que las fuerzas naturales se hallan determinadas, están anexas á las creencias religiosas; siempre son héroes ó semidioses los que se atreven, siempre los dioses poderosos los que castigan.

De aquí la poética creacion de un sin número de mitos cuyo conocimiento tenemos, pero los Dioses se fueron y con ellos el poético antropomorfismo á que dieron lugar; quedó un solo y único Dios, y á pesar de ello no pudo desaparecer la idea de la ambicion humana, que se limitó á ser presentada con distinta forma, para seguir intentandolo que siempre le estuvo negado.

Concretándonos ya á la idea, esto es, á la representacion que en los distintos pueblos y en las distintas épocas ha tenido la que representa el Fausto que conocemos, nos vemos obligados á retroceder por cuanto, como hemos dicho, es tan antigua como el hombre la lucha entablada con la grandeza del infinito á pesar de la debilidad de sus fuerzas.

Si el Fausto es como lo creemos, una representacion de la humanidad, ésta ha variado con el curso del tiempo, ha cambiado segun las edades, se ha trasformado segun las épocas y segun los pueblos en que se ha dado. De aquí que en el antiguo Oriente la representacion sea mítica, como en Grecia y Roma, y venga á ser en nuestros dias social, encarnando en un personaje cuya realidad histórica no puede afirmarse por esta causa. De asignarle carácter histórico, prescindiendo de las opiniones emitidas acerca del lugar donde ha nacido, que como veremos luego es distinto en cada uno de los autores que de él se han ocupado, el viejo doctor, como afirma el espiritual Heine, tendria que ser aleman á juzgar por su verdadera, concienzuda y profunda naturaleza, su constante preocupacion de la esencia de las cosas y la erudicion que manifiesta hasta la sensualidad; mas tal suposicion tiene que ser desechada en vista de que, el tipo aleman con que se le asimila, es con uno de los sódicos del inventor de la imprenta, y en este hecho se dá la encarnacion de una idea moderna, mito representativo de superiores relaciones. Esta identificacion no es mas que el sentimiento general de que, lo mismo que en los anteriores tiempos, la hechiceria y los encantamientos de los mágicos, representaban un superior adelanto intelectual, éste ha encontrado su perfecta y propia realizacion con el descubrimiento de la imprenta.

No admitida la realidad del personaje y si la preexistencia de la idea en el tiempo anterior al en que mas considerable desarrollo adquiere, es necesario para hallarla, remontarnos á los que, como anteriormente hemos dicho, su concepcion tiene que ser mítica; mas necesario nos es proceder con sumo cuidado y no dejarnos llevar de la afirmacion sentada á priori, pues fácil sería entónces extraviarnos en el grande laberinto que constituye el panteon Vedico, ó deslumbrarnos con las singulares bellezas del poético antropomorfismo helénico. Cuando obedeciendo á un plan, queremos determinar relaciones, es harto frecuente que nos dejemos llevar de las mas ligeras similitudes, y aunque en manera alguna sea nuestro intento extraviar la opinion, sentamos con sobrada ligereza lo que como fijo concebimos, creyéndolo en el mayor número de los casos sin ulteriores consecuencias.

Lo que decimos se refiere únicamente á nosotros, esto es *á mí*, y séame permitido una sola vez determinar y concretar mi personalidad en un trabajo, siquier sea en gracia á que es con el solo objeto de particularizar las sospechas, si alguna por cualquier concepto llegara á darse en el ánimo del que esto leyere.

Del asunto que tratamos, no es el nuestro el primer trabajo; á él somos llevados por el conocimiento del que debido á la pluma de un notable, notabilísimo escritor portugués, distinguido tanto por la profundidad y extension de sus conocimientos, cuanto por la brillantez de su estilo, ha visto la luz en la revista *O Positivismo*. (1)

Habiendo de seguir el mismo camino que antes de ahora teníamos trazado, vemos como, remontándose á la antigüedad Vedica procura hallar en las tradiciones del antiguo pueblo indio, una que de evolucion en evolucion, llegue á convertirse en la que en la Edad media ha aparecido para llegar á ser posteriormente un titulo de gloria para Wolfgang-Goethe.

«En la mitologia de la raza arica, aparece Twahstar el artífice de los dióses, el que fabrica los rayos para Yndra y cuya principal funcion consistia en crear las formas, los aspectos y el cuerpo de cada cosa. Segun las leyendas indianas Twahstar se apasiona de Saranya á quien seduce. Twahstar es el fuego que se produce en Arani, y cuando en la redaccion del Fausto de Marlow vemos aparecer el tipo de Helena, que Goethe conservó en su obra, tambien no podemos dejar de explicar esta concepcion aparentemente fortuita, como elementales tradiciones conservadas inconscientemente.»

De tal afirmacion parte el Sr. Teófilo Braga para determinar el gérmen de la leyenda que, mítica en un principio, ha adquirido despues tan distinto carácter; pero siempre con iguales tendencias. Si la existencia del mito, tal como queda citado, fuera real, aunque con trabajo podria admitirse, haciendo un verdadero *tour de force*, pero no vemos de ningun modo certeza en el conocimiento. Efectivamente en los Vedas hallamos

(1) Teófilo Braga—O Positivismo—N.º 3. Fevereiro-Março—*Formas da lenda do Fausto*.

á *Twahstar* (el que crea) que tambien recibe los nombres de *Savitar* (el creador) y de *Visparupa* (el que tiene todas las formas); pero esto no es mas que una representacion de Yndra poderoso, que es el Dios supremo, el brillante.

En el estudio detenido de la simbólica de los Vedas, *Agnis* (Arani?) aparece como un *Asura*, esto es, como un principio indestructible de la vida. Ignoramos si es cierto, pero *Arani* no cabe que sea mas que ó un error ó la transcripcion portuguesa de la palabra *Agnis*, cosa que no dudamos en favor del escritor aludido, pues en los himnos viene significando la misma cosa, en distintos grados; y que no cabe dudar haya equivocacion en las palabras es una idea en la que nos confirma la sloka 188—I (Kutsa) que dice: «Se implora á *Agnis*: se le siente por todas partes, en el cielo, sobre la tierra, en las plantas, en el *arani* de donde obtiene su fuerza.» Bajo este punto de vista *Agnis* (Arani?) es el mismo *Twahstar*, pues asi en los Vedas se designa el fuego, no con relacion á las creaciones materiales, sino como eterno principio de los seres. El *Twahstar* indio no corresponde en manera alguna ni al Hefaeosto griego, ni al Vulcano latino, ni al imponente herrero de la mitologia germana; estos no son *demiurgos* en tanto que *Twahstar* es el prototipo de ellos; no es, ni en los Vedas hay nada que pueda hacer creer sea el que fabrica los rayos para Yndra, pues es el mismo ó sea la segunda manifestacion del principio de la vida. Si alguna duda pudiera quedarnos acerca de la identidad de *Twahstar* con *Agnis*, son ciertamente bastante para desvanecerla los epitetos ó calificativos que á cada una de estas manifestaciones de la misma cosa se le dá en los himnos. *Twahstar* es indicado como hemos dicho con los nombres de *Savitar*, el creador, *Visparupa* el que tiene todas las formas y á *Agnis* se le determina tambien con los de *Vavri*, el que cubre, el que reviste, análogo á los anteriores; si como creemos, no cabe negar que el principio de la vida es el principio de las formas, *Datri*, el fundador, en cuanto á que todo lo que se realiza en el mundo sensible es obra suya, recibe el nombre de *Viswakarman*, y en cuanto á que es el productor de todos los beneficios el de *Dravinodas*. Aun podemos añadir mas, y es que mas tarde, cuando los Asuras manifiestan antagonismo con los dioses, todos estos se identifican con *Agnis*, como lo prueba uno de los himnos de *Gritsasnada*.

Continuando el estudio del primer germen de la leyenda, segun el distinguido escritor portugués, vemos que el pasage donde el nombre Twahstar se encuentra en relacion con el de Saranya es el himno 17, libro 10, sloka II del Rig-Veda que dice: «Twahsta celebra los esponsales de su hija y á este dicho el mundo entero se reúne; habiéndose casado la madre de Yama, la mujer del gran Vivasvat ha perecido.—Han ocultado la inmortal á los mortales; han hecho una parecida á ella y la han dado á Vivasvat. Pero ella ha traído los Arvin cuando ha llegado y Saranya ha dejado dos parejas de gemelos.

Yaska en el libro XII del *Nirukti* (interpretacion) explica las anteriores slokas de esta manera: «Saranya la hija de Twahstar, tenía dos gemelos de Vivasvat, el sol. En su lugar puso á una muy parecida á ella, tomó la forma de una yegua y huyó: Vivasvat, el Sol, tomó la forma de un caballo, corrió tras ella y la alcanzó; de esta union nacieron los Asvin y la que había sustituido á Saranya (Savarna) concibió á Manú.»

El ilustre profesor de Oxford deja afirmado que Saranya, la mujer de las aguas, era hija de Twahstar, mujer de Vivasvat y madre de Yama, que los inmortales ocultaban á los mortales.

El sabio orientalista M. Kuhn explica este mito diciendo «Twahstar, el creador, prepara los esponsales de su hija Saranya, la nube de tempestad, rápida, impetuosa, sombría, la cual antes de todas las cosas flotaba en el espacio. Le dió por esposo á Vivasvat el brillante, la luz de las alturas celestes. La luz y la oscuridad de la nube engendraron dos gemelos, Yama el varon, Yami la hembra, despues los dos Asvin, los caballeros, en seguida desaparece la madre, es decir, la oscuridad del caos ó se desencadena la tempestad; los dioses la ocultan.

Despues de estas explicaciones que lo mismo Roht, Kuhn y Müller dan acerca del mito, formado por las entidades Twahstar, Saranya y Vivasvat á propósito de la representacion de la aurora en los Vedas, no puede admitirse la explicacion del ilustrado escritor portugués, ni se halla nada en esta concepcion mítica que pueda parecer idea faustiana. Sarany, lo mismo que Sarama son representaciones de la Aurora y aun en el supuesto (no admisible por cuanto en el lenguaje mítico de los heleenos no aparece Sarama) de que los griegos hubieran dicho «Sarama ha sido robada por Paní, pero los dioses destruirán la

prision donde está oculta» tampoco hallariamos similitud ninguna con la idea á que la buscamos, pues los Panis, dioses de las tinieblas, vendrian siendo la noche que oculta á la Aurora despues del crepúsculo, la cual yuelve á aparecerá la mañana siguiente. En el libro 4.º, himno 45, slokas VII y VIII se halla un diálogo en el que los Panis quieren seducir á Sarama, pero esta idea como Max Müller afirma, no ha dado lugar en la India á mito alguno.

Salvo el que nuestro punto de partida esté mal determinado ó que no hayamos establecido la derivacion como se debe, no vemos que Twahstar pueda en manera alguna ser el mito representativo de la idea del Fausto en la Mitología Vedica. Nos vemos precisados á negarle toda semejanza, dado que no podemos afirmar la concepcion expuesta por el ilustrado éscritor á que nos hemos referido. Twahstar, el que crea, padre de Saranyá, la aurora, (segun Müller), la nube de tempestad, (segun Kun), casada con Vivasvat (el Sol) ó seguida por éste, segun la segunda interpretacion.

De querer determinar una similitud, ó mejor dicho, la derivacion de la idea que el Fausto representa en la Edad media, hay que buscar la lucha entre la fuerza limitada del hombre y el poder Supremo que cohibe su anhelado desenvolvimiento y comprension de cuanto le rodea, es necesario hallar el personaje que se revela, el personaje que utiliza todos los medios para adquirir facultades que lo hagan sobrehumano. Fundados en esto no podemos admitir tampoco que sea Gandharva ni Hefaesto mito helénico del cual, gracias á la filología comparada, sabemos equivale á uno de los epítetos de Agnis. Es éste, segun Max Müller, Yavishtha, superlativo de Yuvah (el mas jóven), no en el sentido de que haya nacido el último, sino por que jamás su fuerza decae. Por lo demás, Hefaesto tiene perfecta relacion con el Vulcano latino y nada en uno ni en otro tipo podemos encontrar que pueda llevarnos á establecer similitudes entre ellos y el Fausto, no ya en lo concreto, particular y determinado que el personaje tradicional tiene, pero ni aun en el sentido general y lato que en sí la tradicion pueda tener.

Estas asimilaciones son por extremo violentas, no pueden en modo alguno identificarse, pues sobre no tener ningun punto

de contacto con la que procuramos determinar, tienen otras ideas encarnadas en sí que claramente se comprenden sin necesidad de recurrir á modificaciones que haciéndoles dejar de ser lo que son, no llegan á ser nunca lo que se desea.

No es admisible tampoco, á nuestro modo de ver, la relacion que Baisaic quiere establecer entre el centauro Chiron y el Fausto. El hijo de Saturno y de Philipe es instruido por los dioses mismos, ayuda á los mortales y los instruye, su carácter es bondadoso, y en una palabra, no tiene conexion ninguna con el tipo legendario que nos ocupa.

Ni Twahstar, ni Gandarva, ni Hefaeosto, ni Chiron, tienen correspondencia alguna con Prometeo, y sí con algun personaje mítico el doctor Fausto puede tener relacion en la antigüedad, es ciertamente con el que gime amarrado á la roca del Cáucaso por haber amado mucho á los hombres. La idea encarnada en este mito es como la que en la Edad media se presenta, la de la ambicion humana en lucha con el poder celeste para adquirir sus sobrenaturales atributos; en la primera representa los principios ó gérmenes de la vida y la civilizacion, en el segundo la aclaracion de misterios, el deseo de comprender el mas allá oculto á la debilidad humana: en el primero la accion está circunscrita y limitada á un deseo, en el segundo hay mas, pues la idea desenvolviéndose tiene que ser comprensiva de muchos puntos que en el principio no se concebían; para la grandeza del primero ha bastado un hecho, para la del segundo era necesaria la relacion de los hechos.

Nos parece racional, para la mejor comprension de este estudio, determinar aquel á quien hemos de referirnos, al hacer la comparacion, por lo que veamos quien es, como aparece, como se presenta y que significa en Grecia el mito de Prometeo.

La mas antigua tradicion acerca de este mitológico personaje es la que nos ha sido trasmitida por Hesiodo en su Teogonia, segun el cual Prometeo, hijo de Jafet y de Climene, devuelve á los hombres el fuego que en su despecho les habia quitado el rey del Olimpo: irritado Júpiter por este atentado mandó á Vulcano que construyera una hermosa forma de mujer (Pandora) la cual lo vengó de la audacia del Titan, que fué encadenado á una columna donde continuamente un águila le roe con su corvo y acerado picolas entrañas. Tiempo despues, querien-

do Júpiter dar á Hércules un nuevo motivo de gloria, le permitió matar la voraz ave y libertar al Titan.

Esta primera idea que del tiempo al tiempo nos ha sido trasmitida, revela ya algo oculto á los humanos, algo que por una falta les ha sido quitado, en nueva posesion de lo que son puestos por una entidad audaz que afronta la lucha con el reconocido ser supremo, que arrostra sus iras por conceder á los mortales aquello que para la vida les era necesario. Si la voluntad del que todo lo podia lo habia quitado, ser devuelto sin su consentimiento merecia atroz pena, pues grande era el delito y el que por su amor á la humanidad lo llevó, gemirá eternamente al dolor cruento que su tortura le arranca. Sin que nos sea necesario un gran esfuerzo de comprension vemos en el sencillo relato de Hesiodo, primera encarnacion de la idea, algo de la que en su posterior desenvolvimiento nos ha de ser clara y comprensible. La falta de algo superior que le guie é ilumine, el fuego que es como la chispa vivificadora de nuestro ser y cuya carencia parece sujetarnos á un estado que nos es insoportable, que nos arranca continuas quejas y hasta reproches, atentos á las que hay quien como todo de la division y subdivision que representamos afronta de lleno los peligros y nos pone en posesion de ello.

Este mito primitivo, idea madre digámoslo así, sufre una segunda trasformacion en Esquilo: el 4.º año de la Olimpiada 81 no son los remotos tiempos en que vivia Hesiodo; el poeta al aprovecharse de la idea se ha propuesto una representacion, no es el mito escueto, y efectivamente en el pensamiento que preside á la tragedia, en su desarrollo, en el carácter del personaje, en las duras líneas que el trágico traza para delinear su contorno puede verse (segunda encarnacion de la idea) algo que de una manera mas clara y comprensible nos dá el general concepto del que por su ignorancia se revuelve en la lucha, se agita por conseguir el algo inexplicable que le falta, y perece sin haberlo conseguido. En el trágico griego, la tradicion aparece reformada de este modo: segun él, Prometeo es un dios amigo de los mortales por los que se sacrifica; cuando Júpiter quiso exterminar la raza humana, se opuso á sus designios, quitó á los mortales el conocimiento del porvenir y les dejó solo la esperanza. El Titan aparece como padre de todas las ciencias

y de todas las artes, las cuales enseña á los mortales. Júpiter celoso de su poder lo hace encadenar á una montaña de la Escitia por Vulcano, ayudado de Cratos y de Psia. En aquel triste lugar es visitado por Yo y por Mercurio, que enviado por Júpiter quiere saber del Titan cual es el hijo al que segun una antigua prediccion han de otorgar las Parcas el imperio del mundo; niégase y entonces el rayo lo hiere.

De este mito, en los múltiples estudios que del trágico griego se han hecho, hay varias interpretaciones, cada una bajo distinto punto de vista; mas de todas ellas, la del ilustre crítico Federico Amadeo Welcker (dice *Æschyleische Trilogie* (páginas 69 á 89) es la que á nuestro modo de ver concuerda mas con la idea aparente: segun este crítico las aventuras de Prometeo no son mas que una imágen de las luchas, las pruebas y progresos de la humanidad. Anterior á esta idea, en 1648, Desmarets en su obra *Historia de los dioses de la antigüedad* cuenta que «Prometeo, despues de haber hecho traicion á Júpiter por amor á Pandora, se retiró desesperado á las alturas del Cáucaso, donde el remordimiento de su crimen le roe el corazon.»

Estas ligeras indicaciones pueden servirnos para afirmar que la representacion general y lata de la ambicion humana se ha señalado antes de ahora en el Titan que mayor motivo de gloria ha dado á Esquilo. Lo mismo en el desarrollo dramático que á la fábula diera el trágico griego, que en la forma empleada por el gran pagano, vemos algo que los auna, algo que los identifica, y pequeña violencia hemos de imponernos para conceder esto luego que hayamos atendido al terrible monólogo que en el primer acto tiene el Titan y á las amargas quejas que la insuficiencia arranca al decrepito doctor en la primera noche de Walpurgis.

Es bien claro, como anteriormente hemos manifestado, que recibiendo la idea forma apta para su presentacion en el periodo en que aparece, el paralelo resulta violento á primera vista; pero si prescindimos de todo y atendemos únicamente al fondo, si en la leyenda moderna encarna la ambicion de la humanidad, representada en el amante de la inocente Margarita, hay que confesar que tiene equivalente directo en el Prometeo, amante de la humanidad por la que se sacrifica. En su gérmen la tradicion es sencilla, se concreta á una abstraccion, siéndolo

hasta tal punto, que aun para los mas distinguidos mitólogos permanece oscura. En el transcurso del tiempo esto mismo se habia de ir ensanchando, adquiriendo cada vez mas considerables proporciones, refiriéndose á hechos cada vez mas concretos y realizando en una palabra lo que es propio y comun á todas las ideas míticas de reconocida grandeza é importancia, que sin que en realidad pueda afirmársele similitud con algunas modernas, son en cierto modo procedentes de ulteriores manifestaciones, gracias á las singulares y caprichosas coincidencias que todos los génios han tenido.

Tal como en la antigüedad griega aparece el mito, y tal como los helenistas habian explicado su nombre y su representacion, era mas difícil, se hacia mas violenta la comparacion. Pero hoy que Prometeo no es el *previsor*, como los griegos lo entendian por la similitud del nombre con el verbo *prevér*, es mucho mas fácil y se advierten desde luego mas puntos de contacto. El nombre de Prometeo, segun los modernos indianistas, es un equivalente de Pramathyus, derivado de Pramantha, que significa el que obtiene el fuego frotando. El amor á la humanidad, ó mejor dicho la humanidad misma, que se agita, lucha y trabaja por alcanzar aquello de que tiene necesidad para hacer exenta su vida de las mil contrariedades que sufre la humanidad, que en el principio se siente falta de lo mas necesario para su existencia, cuando obtiene lo que desea, cuando gracias á la aparicion del fuego su vida será otra, cuando advierte los progresos que gracias á él obtiene y los beneficios que de él le resultan, no puede en modo alguno contener su imaginacion en los límites de lo natural y posible, sino que busca la causa productora en las celestes alturas, donde sus dioses moran, donde el fuego poseen, pues de él han visto efectos en el rayo que su poder constituye y buscan un intermediario, buscan un ser que en su amor á los hombres arrostre las terribles iras de los inmortales, les robe el fuego y haga un don de él á aquellos por quienes voluntariamente se sacrifica. Esta poética creacion de un pueblo, que obligado como todos á realizar un ideal, realiza en su historia el del arte, está presentado con todos los encantos, con todos los atractivos que eran de esperar dadas aquellas poéticas imaginaciones: de una parte el Olimpo con todas sus bellezas, de otra la tierra yerta, la tierra estéril; al lado de la

implacable saña del supremo de los dioses, el decidido amor del Titan que los protege; al lado de la omnisciencia la astucia; por campo el universo entero, por fin el bien supremo. El inaudito hecho realizado exige un castigo, los dioses se conmueven, el Olimpo no puede permanecer tranquilo ante tal atrevimiento, es necesario que el Titan sufra el castigo á que se ha hecho acreedor y la violencia y la fuerza (Cratos y Psia) obedeciendo al colérico dios que preside los destinos, lo encadenan fuertemente, un águila devora sus entrañas que nunca se consumen. Al llegar á este punto las opiniones se dividen, y en tanto unos sostienen que tan terrible suplicio será eterno, otros afirman que aplacada la cólera de Zeus, Hércules lo liberta.

Trascurren siglos, Grecia y Roma han cumplido su mision en la historia, á la vida hacen falta nuevos elementos para su continuacion, y pueblos salvajes lo invaden todo, lo agitan todo, y los resultados de aquellas civilizaciones se hunden en el polvo, del que un dia saldrán de nuevo para constituir con lo creado un nuevo periodo, el de armonía. El brillante sol de los tiempos clásicos para nosotros se ha eclipsado, en su lugar las mas profundas tinieblas invaden el mundo, la humanidad se agita en ellas, echando de menos como siempre algo que será el complemento de su dicha. La vida es corta, los dias trascurren con la velocidad del rayo, la ciencia y el arte en su extension no pueden ser abarcados, los goces se extinguen con los años y con éstos la existencia, hay necesidad de un algo que prolongue nuestros dias en el mundo, gracias á lo que podremos sin duda llegar á la comprension de tanto como ignoramos. Este deseo desvela al hombre, lo agita, le hace estudiar, y cuando en su extraviada mente lo halla, es tan grande, tan sobrenatural lo conseguido, que no cabe afirmarlo en presencia de solo las fuerzas naturales, hay que recurrir á algo extraño, á algo sobrenatural, y en este punto aparece Satan. El pacto firmado revela la audacia, el desconocimiento de lo que al Supremo debe el hombre, y tal acto realizado merece un castigo: el viejo doctor será condenado al eterno fuego. En este punto tambien las opiniones se dividen, y en tanto unos sostienen que el tormento de Fausto no tendrá fin, otros afirman que el profundo amor de aquella Gretchen ideal lo redime y lo salva.

Dados los términos de ambos mitos, cuesta menos trabajo encontrar puntos comunes entre uno y otro, la humanidad, siempre la humanidad luchando, en un principio por lo inmediatamente necesario, despues por lo que llegará á ser el complemento de su dicha. En los dos casos la vemos ansiar lo que es lo sobrenatural, lo que solo Dios posee; los dos tipos atentan contra el poder divino, los dos sufren un castigo, ambos segun unos se condenan, ambos segun otros se redimen.

En el curso de este trabajo hemos dicho y volvemos á repetirlo, que la idea exige siempre, las mas de las veces con imperioso modo, forma á propósito para presentarse en el mundo, y esto, dado la misma tradicion, la misma idea no podia presentarse en iguales condiciones en los tiempos de Hesiodo que en los siglos correspondientes á la Edad media. Hemos visto el fastuoso aparato, la grandeza del primero, que está en todos sus puntos conforme con la imaginacion de aquel pueblo primitivo. La escena de la segunda no podia ni aun ser parecida, se dá en relacion con el tiempo y la humanidad, no dispone en éste del ancho campo del Universo entero, no tiene sobre su cabeza el poético Olimpo, la vemos aparecer agitándose siempre por su orgullo en el fondo del lóbrego laboratorio; no acude para obtener lo que desea al carro brillante del Sol, sino á las frágiles retortas y á los inexplicables filtros, no se explica el hallazgo maravilloso gracias á la intervencion potente del audaz Titan, sino al poder maléfico del angel caido, no es su cuerpo el que se vé expuesto á la eterna tortura, sino su alma inmortal que eternamente será condenada al interminable martirio del infierno, sila poderosa mediacion de aquella pura mujer á quien hiciera experimentar el amor con toda su pureza y todos sus extravios, el amor que eleva, que purifica y que redime, no lo salva.

Esta mítica tradicion es la que en el supuesto de hallar aborígenes podemos determinar como fuente de la posterior que nos ocupa. Otra hay en la que pueden encontrarse semejanzas, aunque tal vez con mas violencia: nos referimos á la de Pigmalion. El hábil escultor de la isla de Chipre siente germinar en sí un amor que lo consume, las mujeres que cerca de él viven no excitan su atencion; absorto contemplando su estatua, ella es la causa de la excitacion que siente, ella quien

le seduce, á ella es á quien ama. La desea con todas las fuerzas de su alma, mas es imposible hallar correspondencia del inanimado objeto que es causa de su desvelo. Vénus permanece insensible á sus ruegos, no porque deje de sentirse conmovida, sino porque le es imposible hacer concesiones extranaturaleza. Ciego el artista, anhelando su bien, fijo en su idea, lucha, crece su exaltacion y al mismo cielo llega para robar el fuego que será el alma de su obra.

Este poético mito en que tan bien se retrata la audacia hija del vehemente y particular deseo de un ser que no puede llegar á la consumacion de él por ser superior á las humanas fuerzas y que le lleva á la consumacion de un delito, es mas semejante, tiene mas puntos de contacto con la tradicion del Fausto que tambien ante lo vano de sus ruegos, ante lo vano de sus súplicas, viendo que su deseo le consume y que con las fuerzas de que dispone no llegaria á conseguirlo, acude á lo sobrenatural, á lo que le es reprobado de antemano para la satisfaccion, sin la que no puede soportar la vida.

AMOR CULPABLE

(TRADUCIDO DEL PORTUGUES; DE M. M. BARBOSA DU BOCAGE.)

POR

LUIS VIDART.

En torpes lazos de belleza impura
Mi amorosa pasion halla alimento,
Y al mirar tan servil abatimiento,
Contra el sentido la razon murmura.

Un tiempo fué que amaba á la hermosura
Que de pudor guardaba el sentimiento;
Hoy busca el corrompido pensamiento
Falsas caricias de venal ternura.

Si dudo de ese amor asi alcanzado,
Si luego adquiero la fatal certeza,
Aun se aumenta el deseo emponzoñado.

¡Cómo pude llegar á tal bajeza!
¿Quién me condujo á tan horrible estado?
De mi desdicha la sin par grandeza.

EL RENACIMIENTO Y SUS CONSECUENCIAS

POR

A. RODRIGUEZ VILLA.

Hay un hecho, único en la historia de la civilizacion europea, cuya importancia y consecuencias nunca serán bastante bien estudiadas. Este hecho es el «Renacimiento», que determinándolo en tiempo y lugar abraza el siglo que corre desde la mitad del XV á la del XVI y tiene por cuna á Italia, extendiéndose luego á toda la Europa occidental. La idea de un renacimiento implica aspiraciones hácia el porvenir y abandono de lo pasado. Comparábanse en aquella época los siglos en que el pensamiento habia estado encadenado por los lazos del dogma á un largo sueño, y como el sueño es la imagen de la muerte, el despertar del pensamiento parecia el despertar de la vida.

En todas las cuestiones que están bajo el dominio de la inteligencia hay una lucha constante entre la tradicion mas ó menos bien establecida y las tendencias de los espíritus que aspiran á la innovacion. El Renacimiento, por consiguiente, debia atender á estas dos fases de la revolucion que iba á operar: tenia una obra de destruccion que cumplir, es decir, la lucha contra la sofistica escolástica, y una obra de renovacion que verificar, una nueva era de civilizacion que abrir. La sociedad se trasformaba y tendia á romper las últimas trabas del feudalismo clerical y secular.

Lo que se ha convenido en llamar Renacimiento, no es un hecho accidental que pueda ser retrasado ó adelantado dependientemente de los sucesos políticos.

El Renacimiento es mas bien una continuacion de la organizacion romana que un retroceso hácia un sistema olvidado. Desde el primer siglo de nuestra era el imperio romano se componia de elementos tan diversos que en vano se buscaria en el espíritu de raza, sino en una vasta organizacion política y administrativa. Asi es que Roma no pudo dar á las artes un impulso enérgico y definido, contentándose solo con imitar y recoger las artes de los demás pueblos. Con la invasion de los bárbaros se perdió el llamado arte romano, si bien se procuró despues conservar é imitar algo sus monumentos.

Carlomagno quiso restaurar el imperio romano; quiso hacer en el siglo VIII, lo que se efectuó en el XV. Pero bajo este emperador el elemento germano era muy considerable para que el retroceso fuese posible; y mas tarde con el predominio del feudalismo las artes son la expresion sensible del carácter germano.

La gran revolucion verificada en Europa á fines del siglo XII á causa del estudio del derecho romano y de la creacion de algunas Universidades, por la que muchos cargos públicos importantes, desempeñados antes por clérigos ó monjes, pasaron á los seglares, por la que se engrandecieron y llegaron á su mayor apogeo los municipios y mediante la cual el dominio de las artes pasó enteramente á manos de los legos, fué el primer retroceso hácia la revolucion romana. Ya en el siglo XI Guernerius comenzó á ilustrar la escuela de Bolonia, y Constantino el Africano aportó la medicina árabe en 1074 á Italia, donde no tardó en formarse la célebre escuela de Salerno. En este tiempo la literatura empezaba á ser independiente de todo yugo: pululaban los poetas cantores, especie de rapsodas, que trobaban en lengua popular, aun balbuciente, las hazañas de los guerreros y los amores de las damas.

Mas las letras cayeron bien pronto bajo el yugo de las *sumas*, cuando en el siglo XIII las Universidades centralizaron el saber y se redactaron por los maestros mas célebres, tratados donde cada ciencia estaba reducida á un breve compendio, que fué como un símbolo de fé para maestros y discípulos. Enton-

ces el espíritu especulativo, las nuevas investigaciones, la meditacion y la crítica quedaron encadenados. Fué necesario que los médicos siguiesen ciegamente la *summa* de Tadeo, los legistas la de Azon, los teólogos el *Liber sententiarum* de Pedro Lombardo, ó la *Summa* de Sto. Tomás. Estas tres ciencias, que reinaban entonces sin rivales, fueron reducidas, la medicina á un arte mecánico, la teología á oscuras discusiones escolásticas, la jurisprudencia á la sutil deduccion de algunos axiomas.

Igual suerte tuvieron las artes. La escuela lega del siglo XII ayudada por circunstancias favorables, tuvo bastante energía y fé en sus principios para sustituir á las tradiciones monásticas espirantes, un arte formado en su seno, que adoptando una forma flexible se prestaba á todas las trasformaciones que la sociedad pudiese sufrir. Este arte salido de la emancipacion intelectual de las clases obreras, cayó bien pronto en el exceso de sus propios principios y vino á parar en un simple formulario geométrico. La escultura y pintura progresaron bien poco hasta muy entrado el siglo XV, ya por estar estas dos artes sometidas á la arquitectura, ya por seguir la marcha rutinaria de la escuela bizantina, ya, en fin, por desconocer completamente los artistas la anatomía. Ello es, que desde fines del siglo XIV estas tres bellas artes quedaron reducidas á los últimos límites á que sus principios podian alcanzar; un solo paso les quedaba franco para su progreso, la imitacion y estudio de las artes antiguas, y por él se precipitaron.

Para que el Renacimiento fuese posible, para que la Europa occidental estuviese dispuesta á volver á las ideas políticas y administrativas de los romanos, menester era que las razas invasoras hubiesen sido anegadas en la triste mezcla operada por el imperio romano. Esto es lo que sucedió del siglo XV al XVI. Al considerar el Renacimiento no en los detalles sino como un gran hecho social, se debe buscar la continuacion de la organizacion romana, interrumpida durante muchos siglos por la afluencia incesante de poderosas invasiones.

Italia, aunque dividida en pequeños Estados, que se destruían entre sí con guerras intestinas, como que conservaban esparcidos por su bellissimo suelo mil y mil monumentos que recordaban á cada paso su grandeza pasada, como multitud

de códices que atesoraban la filosofía y poesía griegas, la historia y jurisprudencia romanas, eran sabroso pasto de hombres ansiosos de saber, como bajo su riente cielo los indígenas italianos guardaban la semilla de la civilización griega, y con ella una pasión decidida á lo bello; Italia fué la que inició el Renacimiento, la que le llevó á su mayor altura y la que le condujo á su decadencia.

Petrarca habia en cierto modo marcado el camino que debia seguirse en esta nueva era: sabidos son su celo por las literaturas griega y romana, sus investigaciones de manuscritos. No habia entonces, dice él mismo, dos hombres que supiesen griego: no tardó en aumentar su número. Bocacio lo aprende, Demetrio Cydon y Manuel Crysoloras lo enseñan, y durante un siglo, Italia, fiel á su génio, fué un inmenso taller de traducciones elegantes y de eruditas anotaciones.

Los sábios griegos que vienen á Italia huyendo de la toma de Constantinopla son acogidos con señaladas muestras de aprecio y protegidos por los grandes señores. En esta época la alta Iglesia atesoraba inmensas riquezas con las que desplegaba un lujo asombroso, fomentando así las artes. Nicolás V funda la biblioteca del Vaticano y consagra su vida á proteger las letras griegas y romanas. Despues de la toma de Constantinopla su primer cuidado fué enviar á los paises ocupados por los turcos, humanistas encargados de comprar manuscritos. Los amigos de la literatura decian que gracias al Papa la Grecia no habia perecido, sino emigrado á Italia.

Los Médicis especialmente se declaran espléndidos protectores de los sábios y artistas, que de todas partes acuden á Florencia atraídos por la generosidad y fausto de Lorenzo el *Magnifico*, que establece en su mismo palacio una Academia donde se reunian todas las notabilidades literarias y artísticas de su tiempo, forma un Museo y Biblioteca para que en ellos estudien las obras maestras de la antigüedad, hospeda á Miguel Angel en su palacio, y cuando este inmortal artista pasa á mejor vida en Roma, Cosme de Médicis manda secretamente comisionados para que roben su cuerpo y Florencia se glorie de poseer el cuerpo del primer artista del mundo. ¡A tal extremo se llevaba en aquella época la admiración á los grandes hombres!

En este tiempo los arquitectos eran á la vez pintores y escultores. Miguel Angel Bounarroti aventaja á todos en las tres artes: como arquitecto su obra verdaderamente asombrosa es la cúpula de San Pedro de Roma, como escultor es autor de las célebres estatuas de Moisés, de David, de Baco y de otras muchas, como pintor lo es del bellísimo fresco de la capilla Sixtina, llamado el *Juicio final*.

El renovador de la arquitectura antigua Brunelleschi, de quien decia Miguel Angel que era difícil de imitar é imposible de aventajar, une las cuatro naves de la catedral de Florencia por medio de una elegante cúpula, y traza los planos para la gran basilica de San Pedro de Roma.

Los Duques de Ferrara recompensan pródigamente á los hombres de mérito. Milan debe al Duque Francisco el palacio ducal, el castillo de Porta di Giova y el Hospital. Luis Sforcia hace construir la Universidad de Pavia y el lazareto de Milan. Los Duques de Toscana, Foscari, Plasencia y otros muchos señores imitan el ejemplo de los Médicis, y estos estímulos producen la emulacion y el renacimiento del buen gusto. La filosofía platónica tiene un digno representante en Ficino; la crítica es estudiada por Lorenzo Valla, y así como las excavaciones producen el descubrimiento del apolo de Belveder y del grupo de Laocoon, las investigaciones llevadas á cabo en antiguos archivos sacan del polvo y del olvido las obras de muchos autores clásicos hasta entonces desconocidos.

Las artes todas, esclavas antes de la idea total arquitectónica, se hacen independientes y cada una progresa separadamente; toman carácter de individualidad las obras de los grandes maestros, teniendo cada uno su manera propia y peculiar de presentar la belleza.

Multiplicanse las Universidades y sociedades literarias y los príncipes conceden á aquellas cuantiosas donaciones y distinguidos privilegios.

Pero no consiste solo el Renacimiento en el estudio de los monumentos de la antigüedad, que si así fuese no tendria esta época carácter propio. Además ¿qué importancia hubiese tenido este ardiente deseo de regeneracion social si se hubiese cifrado únicamente á este ó á aquel pais? Necesitaba esta época elementos fuertes y vigorosos de propagacion universal, y la

sociedad á mediados del siglo XV no estaba bastante adelantada para prestarse á la unidad: todo era en ella todavia muy local y reducido: no existian intereses y opiniones generales capaces de dominar los intereses y opiniones particulares. Se necesitaba que una civilizacion muy activa viniera á fundir en una masa todos esos elementos incoherentes. A realizar esta tendencia se dirigieron los esfuerzos del siglo XVI (1).

Uno de los descubrimientos mas importantes de que se gloria el Renacimiento es el de la imprenta. Guttenberg, Fust y Schoeffer abandonando el trabajo é imperfecto procedimiento de las planchas xilográficas, inventan el maravilloso sistema de los caractéres movibles obtenidos por medio de matrices metálicas, y en 1457 dan los dos últimos á luz el «*Psalmorum Codex*», el libro impreso mas antiguo que se conoce con signatura y fecha, al que siguen con rapidez increíble, mejorando cada vez mas los caractéres y cada vez mas correctos los textos, multitud de obras principalmente de clásicos griegos y latinos que difunden por doquiera el saber y el buen gusto, ensanchan el círculo de las ideas, rompen las cadenas con que estaba aprisionado el pensamiento, y es en mi opinion el móvil que mas influye en los cambios sociales que son como la introduccion á la civilizacion moderna.

Vasco de Gama dobla el cabo de las Tormentas, llamado desde entonces de Buena Esperanza. Datan de este tiempo las sorprendentes y utilísimas aplicaciones de la brújula y de la pólvora.

Colón descubre con unas miserables caravelas un Nuevo Mundo, que sirvió al antiguo para sostener su fastuoso lujo y prolongadas guerras, abandonándole, una vez agotadas sus minas, á luchas intestinas, y á vireyes cuyas exacciones y violencias solo son comparables á las de los pretores que Roma mandaba para la administracion de sus provincias. Si á Alemania se debe el descubrimiento de un mundo intelectual, la imprenta; débese á España el no menos importante de un mundo material, América. Con aquel se verificó la union de los entendimientos, con éste se realizó la unidad del globo; y con ambos la humanidad entera entró en comunicacion.

(1) Guizot. Historia de la civilizacion europea.

El estudio de la antigüedad por una parte, y los grandes descubrimientos por otra, debían ejercer una influencia muy poderosa y eficaz sobre los pueblos y traer tarde ó temprano sus consecuencias. En efecto, al mismo tiempo que la literatura de la antigüedad salía de su tumba, el paganismo que estaba con ella estrechamente ligado, pareció revivir igualmente. No es, como se ha pretendido, que el Renacimiento manifestase desde su cuna tendencias hostiles al catolicismo. No, los mas altos y dignos representantes de la Iglesia le saludaron con entusiastas vivas, le acogieron en su seno y fueron de sus mas decididos protectores. Y tanto es así, que precisamente la excesiva afición de la Corte de Roma á la literatura y artes de la antigüedad, fué causa de su corrupcion y desmoralizamiento, que cundiendo con rapidez asombrosa por el mundo católico, hizo necesario un pronto remedio. Retardóse éste y he aquí el origen de las guerras religiosas.

Lo que apartó desde luego á los pueblos de la Iglesia, fué el lujo deslumbrador que ostentaban los prelados en medio de las miserias públicas. «Vetusta Roma, dice una elegía de aquella época, tus costumbres se hunden como tus murallas. Tu imperio ha pasado, pero has guardado tu orgullo. El culto del oro te domina demasiado.» El mismo Dante la llama la infiel y cruel amante que azota á su amado. Preciso es reconocerlo: el ruido de los escándalos de la ciudad eterna pasó los Alpes, desengañó al pueblo, y mientras las riquezas y la corrupcion del clero excitaban la envidia y la cólera de los pobres, el progreso introducía en todas las clases el espíritu de exámen é independencia que tan fatal habia de ser al poder de la Iglesia. La ciencia se hacia lega; la imprenta estaba inventada, la brújula en uso, la América descubierta, hallado el sistema del mundo, y no era la Iglesia la que habia hecho estas cosas. Los pueblos se detenían admirados ante los cuadros de Rafael, las estátuas de Miguel Angel y los palacios de Brunelleschi y Bramante, y el arquitecto, el escultor y el pintor no llevaban el capuchon de Santo Domingo ó el silicio de San Francisco.

Erasmus y Vives, estos dos grandes génios, que fueron para las ciencias lo que Miguel Angel y Rafael para las artes, bien penetrados del espíritu de su siglo, se dedicaron á reformar el lamentable estado de los estudios y el pernicioso ejemplo de las

costumbres. Erasmo atacó la corrupcion del clero y Vives su erudicion. Esforzáronse uno y otro en separar de la teología como ciencia las pueriles y enmarañadas discusiones de que los escolásticos la habian cargado. «Cuando comparo, dice Erasmo, un San Crisóstomo, un San Gerónimo, un San Basilio con nuestros modernos doctores, se vé allí un rio magestuoso, en cuyas olas flota el oro, aquí algunos hilos de turbia agua que nada tienen de comun con el manantial de donde salen. Allí se escuchan los oráculos de la verdad eterna, aquí invenciones humanas que se desvanecen como un sueño apenas se las examina. Allí se vé un hermoso edificio que se eleva sobre la sólida base de las divinas Escrituras, aquí una andamia-da monstruosa que descansa sobre vanas sutilidades.»

La influencia del Renacimiento en la reforma es incontestable. Sabido es que los primeros humanistas no tuvieron intencion de atacar el catolicismo; entregados completamente á su estudio predilecto, no soñaron jamás en entrar en lucha con la Iglesia.

Mas las letras y las artes siguieron bien diversos rumbos. Mientras unos se contentaban con un estudio pacífico de la antigüedad, otros llevaban el culto de los antiguos hasta el fanatismo, y á fuerza de exaltar á los griegos y romanos se hicieron paganos é incrédulos. Erasmo, autoridad de tanto crédito, dice que en Italia el Renacimiento era un verdadero paganismo. Estaba encarnada en el génio italiano, como derivado del griego, la pasion á la belleza de la forma; asi que, cuando en el siglo XV los grandes génios de Grecia y Roma salieron de sus tumbas, hallaron eco en la raza italiana. Con dificultad hubieran conocido los doctores de los primeros siglos de la Iglesia el lenguaje del Cardenal Bembo. Si habla este príncipe romano de la elevacion de un Papa, dice que es deudor de este beneficio á los «dioses inmortales»; si de la Virgen, la designa con el nombre de «diosa»; llama al Espiritu Santo «soplo del céfiro celeste», y trasforma al hijo de Dios en «Minerva salida de la frente de Júpiter».

¡A qué vergonzoso extremo habia llegado el estudio de los autores paganos!

De propósito habia pasado por alto en la série de los sucesos que marcan la transicion de la edad média á la moderna, uno

de tal importancia que los historiadores cuentan á partir de él esta última. Constantinopla, arrastrando por espacio de diez siglos una existencia precaria, sin realizar ningun fin histórico, dejando abandonada la Europa á merced de las devastaciones de los bárbaros, empleando siempre una política vil y artera, entregada á disputas religiosas, que consumian lentamente el imperio, Constantinopla no tuvo quien recogiera su último suspiro; ninguna nacion de Europa se levantó á defenderla, y cayó en manos de sus mas odiados enemigos. Ejemplo elocuente para las naciones que, divididas y trabajadas por enconados bandos y por mezquinas parcialidades, no saben el secreto que dá la unidad de gobierno y gastan en estériles é intestinas luchas las fuerzas que necesitaran para organizarse y librarse del extranjero yugo.

Pero España, tan fecunda siempre en nobles y heróicos hechos, y siempre realizados estos en las épocas de mayor postracion para los restantes países de Europa, la que hizo temblar el poder romano, llevó á Anibal hasta las puertas de Roma, y fué sepulcro de Amilcares y Escipiones; España, que andando los siglos habia de ser la primera en vencer al que condujo sus triunfantes huestes desde el Sena hasta las pirámides de Egipto; España, cuando la Europa á fines del XV necesitaba de una mano fuerte y cnérgica que la despertase del sueño de diez siglos, humillase el altivo orgullo de la antigua nobleza y convirtiese en artesonados y espléndidos palacios los vetustos castillos á cuya sombra habian vertido sus lágrimas é infructuoso sudor tantos infelices siervos y colonos, y en cuya interior lobreguez se respiraba el infectado aire de la tirania; España, en oposicion á Constantinopla, recibia el premio debido á su valor y á su constancia, conquistaba el último baluarte mahometano, y volviendo sus ojos á las demás naciones antes de envainar su espada, hallólas sin una idea grande que reallizar, las letras y las artes espuestas á volver á su antigua tumba, apenas salian de ellas y dijo: «El siglo XVI es mio» y nuestro glorioso pendon tremoló en Oran, venció en Pavia y en San Quintín, hirió de muerte al imperio turco en Lepanto, la Italia fué nuestra, y allá en países casi ignorados, un puñado de valientes conquistaba al invicto Cárlos mas provincias que las que habia heredado de sus abuelos. Siempre es el

mismo el génio español cuando tiene á su frente un caudillo digno de él; cuando no, cargado de coronas y de trofeos, se recoge á su tienda de campaña y allí cuenta á sus hijos sus hazañosas empresas para mantener en ellos vivo el fuego del amor pátrio y el entusiasmo por la gloria y por su religion.

Mas no son únicamente las armas las que hacen de España en este período la primera potencia del mundo. Las victorias del gran Capitan permiten á nuestros artistas estudiar detenidamente las obras de los grandes maestros italianos; y hé aquí como se verifica el hecho repetidas veces observado de que las armas abren paso á las letras; las ciencias, las letras y las artes se elevan á la misma altura de nuestras glorias marciales; y si los estrechos límites que me he propuesto guardar y la índole de esta publicacion, no me lo impidiesen, fácil me fuera enumerar una larga série de hombres eminentísimos en cada uno de los ramos del saber; pero basten para muestra, en política, el mismo rey D. Fernando el Católico y el cardenal Cisneros; en ciencias, Arias Montano, Antonio Agustin y Luis Vives; en poesía, Garcilaso, Francisco de la Torre, Juan de Herrera y Fr. Luis de Leon; en artes, Berruguete, Machucha, Toledo, Herrera, Zurbarán, el gran Murillo; diganlo sino el concilio de Trento, la poesía y el habla castellanas llevadas á su mayor perfeccion, Toledo, la cuna del buen gusto, Sevilla, Granada y en nombre de todos, dígalo la «Octava maravilla del mundo», el monasterio del Escorial.

Los buenos tiempos del Renacimiento fueron, sin embargo, muy cortos y seguidos desgraciadamente de fatales consecuencias para los pueblos y para las artes. El exagerado entusiasmo, ó mejor dicho, la veneracion y el culto de las letras y artes greco-romanas fueron principalmente la causa de que por parte de las primeras se entibiase mucho la fé católica y se introdujese en los ánimos el deseo del libre exámen, con lo que paso á paso se vino á dar en el indiferentismo en materias de religion; y por parte de las segundas se perdiese el predominio de la idea sobre la forma, se sensibilizasen los adornos y figuras, y se alterasen en fin, por deseo de novedad, las proporciones arquitectónicas, recargando las construcciones de espeso é inútil follage, retorciendo las columnas, ondulando los entablamentos y rompiendo los frontones. Bajo este punto

de vista la escuela escéptica del pasado siglo es hermana gemela de la escuela borrominesca. Ambas exageraron, la una en filosofía y la otra en arquitectura, los buenos principios asentados por los grandes génios del Renacimiento; de Erasmo á Voltaire, de Vives á Rousseau hay una distancia tan grande, tan inmensa, como de Miguel Angel á Borromini, de Brunelleschi á Churriguera.

Empero el Renacimiento habia tan solo estudiado las obras griegas y romanas: todo lo demás era para él bárbaro y por tanto digno del olvido y del desprecio. La India yacía en la lobreguez de sus profundas pagodas, el Egipto dormía en la eterna noche de sus hipogeos y bajo el enorme peso de sus colosales pirámides; la Persia, esparcidos y groseramente amontonados sus antiguos magníficos palacios de gigantescas columnas y sus jardines colgantes, y lo que es mas extraño todavía, las obras de la misma edad media eran miradas con indiferencia y aun con aversion por no llevar en sí algo que recordara á Grecia ó á Roma.

Al siglo XIX corresponde por entero la gloria de haber hecho objeto de sus investigaciones y eruditos estudios las producciones de todos los pueblos de que existen monumentos, pertenezcan éstas á épocas de adelantada civilizacion ó á aquellos siglos de sencillez y rusticidad porque atraviesan los pueblos en su infancia. A su amor por todas las ciencias, á su pasion por todas las artes, á su deseo de universalidad y de agrandar los reducidos linderos en que se hallaba aprisionada la historia parece que acudió la Providencia, en premio de su solicitud, haciendo surgir maravillosos templos y palacios en medio de desiertos arenales, ó de vastísimas rocas, gigantescos edificios tallados en piedra viva y de una sola pieza, en los que no se sabe que admirar mas, si la grandeza de las proporciones ó el capricho y magnificencia del adorno; y la India nos mostró su rica imaginacion y génio poético en sus antiguos poemas el Ramayana y el Mahabarata; el Egipto nos descubrió su remotísima civilizacion velada hasta ahora por ingeniosos geroglíficos y por su escritura hierática, y la Persia nos abrió el gran libro de Avesta, en que están mezclados en florido estilo su historia y su religion.

El siglo XIX no satisface su vivísimo apetito de saber con

tan antiguos descubrimientos; su anhelo por llevar luz allí donde hay tinieblas y donde son mas densos los velos que encubren ciertos periodos históricos crece á medida que aumentan las dificultades. Tómase de la edad media la idea de un tenebroso caos, en el que la gran familia humana vivia, por decirlo así, á oscuras, sin progreso de ninguna especie y sumida en la ignorancia, y el siglo XIX estudia esta confusa edad y halla en ella tantos encantos, tantas maravillas, que si no eclipsan á las antiguas, pueden muy bien figurar á su lado: grandes empresas militares, el origen de nuestras instituciones civiles, una poesía popular en extremo rica y espontánea, y sobre todo, una arquitectura tan grandiosa, tan sublime, y que tan bien retrata el espíritu religioso de aquella época, que sus obras arquitectónicas, por fortuna tan abundantes, bastarían por sí solas para borrar la calificación de bárbara que se le ha atribuido. ¡Bárbaros los hombres que levantaron las catedrales de Reims, Strasbourg, Colonia, Chartres, Toledo, Barcelona y Sevilla! ¡Bárbaros los arquitectos y operarios que realizaron en los palacios de Bagdad, en los del Cairo y en la Alhambra de Granada lo que el sueño mas fantástico puede idear de gracioso, bello y esbelto!

Los estudios históricos han adelantado tanto en el presente siglo, y la historia se escribe hoy con tal copia de datos, con tanta crítica y buen juicio, que merced á estos extraordinarios esfuerzos se han podido unir y encadenar cronológicamente todos los periodos que la humanidad en su largo y trabajoso camino ha atravesado, y deducir de este cúmulo inmenso de ideas y de sucesos los principios permanentes que rijen la vida de los pueblos y que constituyen lo que se llama «Filosofía de la Historia.» Siguiendo esta marcha universal es como únicamente puede ser útil la ciencia histórica.

El Renacimiento de los siglos XV y XVI es greco-romano; el Renacimiento del siglo XIX es universal, abraza todas las edades históricas: á aquel se debe el primer impulso, á éste el haberle secundado y engrandecido. ¡Loor y gloria al siglo XIX!

ÍNDICE DE LOS TRABAJOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

	<u>Pág.</u>
No entra á misa la campana, y á todos llama, por D. Ventura Ruiz Aguilera.	5
A la torre de Santa María de Marchena, por D. Antonio de los Rios Rosas.	18
Estudios históricos sobre la ciudad y la provincia de Almería, por D. A. Gonzales Garbin.	25
Astronomía popular.—La tierra y el cielo: prólogo de esta obra de Camilo Flammarion, por el traductor de la misma, por D. José Genaro Monti	33
Un sauce, por D. Antonio de los Rios Rosas	44
Consideraciones acerca del origen del language, por don Juan Quirós de los Rios.	49
Fragmento, por D. Plácido Langle.	57
La fermentacion, como medio de mejorar y conservar el forrage verde, por D. Joaquin Costa.	60
La flor de Otoño, por D. ^a Sofia Tartilán.	64
El hombre ha podido aprender de los animales, de las aves y aun de los mas viles insectos desde los elementos mas simples hasta los conocimientos mas profundos de las ciencias y las artes, por D. Sebastian Perez y Aguado.	65
El alma de Hermótimo, por D. Eduardo Bustillo.	75
Ideales, por D. Antonio Luis Carrion.	80
Apuntes para la historia de las letras y las artes en México: Conservatorio de música y declamacion, por don Enrique de Olavarria y Ferrari.	81
¡Gran cruz! por D. Eduardo Bustillo	96
Derecho penal, por D. Victor Ozcariz y Lasaga.	97
La última hora, por D. Antonio Luis Carrion.	107

Un poco de Astronomía, por D. José Angulo.	113
¡Siempre adelante! por D. Fernando Araujo.	123
Rimas, por D. Narciso Diaz Escovar.	128
No es cierto, por D. Sofia Tartilan.	129
Las estaciones del año, la Primavera, por D. Ventura Ruiz Aguilera.	134
Tu y yo, por D. Antonio Luis Carrion.	143
Páginas marinas, por D. Augusto Jerez Perchét.	145
Representacion política del Cid en la epopeya española, por D. Joaquín Costa.	149
La Nube, por D. Francisco Flores y Garcia.	158
Influencia de la enseñanza en la condicion de las clases obreras, por D. Francisco Cañamaque.	161
A Emilia La-Grua, artista trágica, por D. Narciso Cam- pillo.	174
La niña muerta, por D. Antonio Luis Carrion.	176
El Fausto antes de Goethe, por D. A. Fernandez Merino.	177
Amor culpable, por Luis Vidart.	194
El Renacimiento y sus consecuencias, por A. Rodriguez Villa.	195



